



GEE-MX Lab



Memoria y Patrimonio desde el Giro Afectivo

Yuzzel Alcántara



San Bruno, Xalapa, Veracruz

Patrimonio no es un concepto neutral, implica una disputa entre memorias. La investigación arquitectónica del patrimonio en México ha privilegiado el estudio de la memoria como producto del discurso simbólico, omitiendo el estudio de la memoria como producto de la experiencia sensible. Más allá de los símbolos: emociones, afectos y sensibilidades son intensidades que también entran en disputa. Y son las memorias sensibles de los actores con menos poder las que a menudo quedan ocultas por el mercado y las instituciones que participan en la gestión patrimonial.

Desde el año 2000 las fábricas porfirianas que conforman el patrimonio industrial textil de México han sido blanco de destrucción perpetrada por grupos de poder para su beneficio económico. En el barrio obrero de San Bruno (Xalapa, Veracruz) la destrucción ha provocado sentimientos ambigüos de melancolía, repulsión, culpa y empatía como nuevas normas emocionales que redefinen la experiencia espacial de los habitantes que integran esta comunidad. El fenómeno descrito no alcanza a ser explicado desde el discurso simbólico que entiende al edificio arquitectónico como un conjunto de materia inerte depositario de valores –estéticos, históricos, culturales, sociales– que lo vuelven patrimonio. Siguiendo su argumento, la destrucción pone en riesgo únicamente estos valores. En cambio, visualizar lo arquitectónico desde su capacidad de afectar significa repensar al edificio patrimonial como resultado de una red de interrelaciones –hápticas, emocionales, sensoriales, experienciales–, dentro de la cual el cuerpo humano queda ensamblado. Luego, la destrucción es sentida con el cuerpo. Ello desestabiliza e impone nuevos retos al trabajo de gestión patrimonial más allá de la mera valoración edilicia.

Visualizar patrimonio a partir del cuerpo abre la posibilidad a la emergencia de un proyecto ético-político que guíe el trabajo museográfico y las intervenciones arquitectónicas del patrimonio industrial. Materiales, fotografías, narrativas, recorridos, escombros, deben ser pensados desde su capacidad de afectar, de tal forma que potencien el reconocimiento de las memorias, subjetividades y modos de vida que a la par, corren el riesgo de ser destruidos.



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Programa de Maestría en Arquitectura
Arquitectura, Ciudad y Territorio

MEMORIA Y PATRIMONIO DESDE EL GIRO AFECTIVO

**Despojo, destrucción y defensa como experiencias
afectivo emocionales de lo urbano arquitectónico**

Tesis

Que para optar por el grado de:
Maestra en Arquitectura

Presenta:

Yuzzel Alcántara Ceballos

Directora de Tesis:

Doctora Yohanna Lozoya Meckes
CIAUP UNAM

Cotutor:

Professor Sophie Tamas
Departamento de Geografía, Carleton University

Comité tutor:

Arq. Alejandro Suárez Pareyón
Dr. Guillermo Boils Morales

Sinodales:

Dra. Oliva López Sánchez
Dra. Carla Alexandra Filipe Narciso

Ciudad Universitaria, Cd. Mx., Enero, 2020

*Para ti padre, mi ausencia presente,
mi melancolía.*

AGRADECIMIENTOS

Cortinas blancas, de plástico y esterilizadas, bordeaban aquella última conversación pasada en la que hablábamos de futuro. Mi padre celebraría su cumpleaños número 70 pocos días después de que yo regresara de mi entrevista para ser aceptada en la maestría en arquitectura de la universidad pública más prestigiada de mi país. Le contaba mis sueños, pinceladas de ilusión contradictoria porque dudaba de que a mi regreso sus oídos aún pudiesen escuchar mi anécdota.

Esta tesis está dedicada a tí, mis desvelos, mis días de luz mental, mis decepciones, mis sorpresas, mis errores y mis aciertos. El gusto con el que pasabas horas sin fin en tu silla, abriendo tu diccionario de sinónimos, leyendo, reescribiendo y borrando, escribiendo para los despojados, organizándolos para que a la mañana siguiente evitaran que una persona más perdiera su casa: su patrimonio. Ese afán tuyo con el que te volcabas a defender a ciudadanos desprotegidos ha sido mi guía durante este proceso de aprendizaje científico y humano, de aprender a tropezar y a retomar el camino. Gracias papá.

Agradezco también haberme cruzado, mientras caminaba ligero o con esfuerzo, a todas esas personas cuyo tiempo, escucha, conocimientos, experiencias y afecto, disfruté tanto recibir.

A mi tutora la Doctora Johanna Lozoya, a quien admiro con el mismo grado de franqueza con el que uno admira los tréboles de cuatro hojas cuando es niño. Su calidez humana, su agudeza mental, sus críticas incisivas, y esa habilidad suya para despertar mi creatividad y agilizar mi pensamiento. Su amistad, un privilegio. Cuando me sentía limitada ante lo que creí era el campo de la investigación arquitectónica, me enseñó que había otras varias formas de hacerse preguntas frente al mundo. Por ayudarme a construir una especie de dispositivo invisible que filtra la realidad en gama de matices transformándola en algo inquietantemente interesante y estimulante. Gracias por regalarme la llave maestra para investigar (no sólo arquitectura) sino esta multirealidad.

Quizá es que uno avanza por la vida acumulando deudas impagables que a la larga uno espera poder redituar al menos la mitad de lo que significó para sí.

A la Profesora Sophie Tamas, por haberme recibido en Carleton University, y haberme enseñado a pensar conectando conmigo misma, con mis sensaciones, mis intuiciones, mis estados de ánimo. No fue un aprendizaje para toda la vida, sino para vivir de manera diferente, confiando en muchas cosas más allá de la razón. Para leer el mundo sin primero amarrar mis manos con la cuerda de la “objetividad”. Por todos sus consejos tan variados, útiles, sensibles y humanos. Desde cuál gorro me protegería mejor a -10°C, qué botas de nieve comprar, tips para no dejar de comer mientras se escribe por largas horas, hasta cómo analizar mis entrevistas, cómo organizar mi material para redactar una tesis, o cómo combinar el hacer maquetas, collages, pintar, con el acto de investigar. Por ese corto tiempo que tuve la dicha de compartir contigo, mi más sincero agradecimiento.

A la Universidad Nacional Autónoma de México por ser el espacio donde se han concretado mis ideales y han nacido más, por ser el espacio en donde mi universo mental se ha ido moldeando. Por haberme apoyado para realizar una estancia de investigación en Carleton University, Canadá. Al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) por el financiamiento recibido a lo largo de la maestría.

A mis profesores, a mis compañeros de aula, a mis colegas de GEE-MX Lab, por intercambiar ideas, experiencias, reflexiones y preguntas. Por construir momentos juntos que fueron el alimento sin el cual me hubiese sido imposible trabajar mis propios prejuicios, ver más allá de mis propios esquemas. Al Arquitecto Alejandro Suárez y al Doctor Guillermo Boils por el tiempo dedicado a la lectura de esta tesis, y así también a los miembros del jurado, la Doctora Oliva López y la Doctora Carla Filipe.

A los obreros y familiares que me abrieron la puerta de sus casas y la puerta a esa dimensión sensible de su habitar, para escuchar sus testimonios, sus silencios y lo que no suele platicarse en voz alta, espero haber sabido transmitir su sentir.

A mi familia. A ese ser humano, cuyo amor, impulso y energía inagotable, me ha facilitado el camino a este lugar, a este punto en el que se vuelve a mirar qué nueva ruta andar. Gracias mamá por confiar.

Gracias a Mauricio, por hacer alquimia cada momento que estamos juntos, y ser fuente interminable de mi inspiración.

A la vida.

Gracias.

ÍNDICE

- 11 INTRODUCCIÓN
- 17 CASO EX FÁBRICAS TEXTILES MEXICANAS
- 27 CASO EX FÁBRICA TEXTIL SAN BRUNO
- 29 PATRIMONIO: UNA CATEGORÍA ESPACIAL MÁS-ALLÁ-DE-LA-
REPRESENTACIÓN
- 29 *Representación en el pensamiento arquitectónico latinoamericano: Patrimonio, Identidad y Memoria como construcciones en proceso y en constante disputa política.*
- 33 *Patrimonio como un proceso socio-material o el producto temporal de una serie de interrelaciones que producen memorias mejor construidas que otras.*
- 35 *Afecto y emoción desde la geografía humana y política cultural de las emociones.*
- 38 *Poder.*
- 39 *Otredad.*
- 40 *Arquitectura afectiva: más-allá-de-la-representación.*
- 41 *Patrimonio arquitectónico más-allá-de-la-representación.*
- 45 *Aportaciones del giro afectivo en el estudio del patrimonio: una mirada crítica desde México.*
- 47 DESINDUSTRIALIZACIÓN A PARTIR DE LAS GUERRAS DE CUARTA
GENERACIÓN
- 49 *Desindustrialización.*
- 52 *Guerras de cuarta generación.*
- 53 *Intervención urbana y arquitectónica: un dispositivo de operación psicológica.*
- 54 *El enemigo cambia: control espacial y poblacional de las comunidades obreras.*
- 57 ORGANIZACIÓN CAPITULAR
- 61 I. CONSTRUCCIÓN
- 63 CAMBIOS GEOGRÁFICOS PARA LA CREACIÓN DE ESPACIO INDUSTRIAL
- 66 *Movimiento poblacional en la conformación de la clase obrera del porfirato.*
- 67 COMUNIDAD EMOCIONAL: CUERPO-MENTE OBRERO Y ESPACIO URBANO –
ARQUITECTÓNICO INDUSTRIAL TEXTIL
- 68 *Construcción del cuerpo-mente obrero.*
- 73 *Fábrica: un actor dentro del barrio obrero.*
- 76 *Conformación espacial urbano-arquitectónica.*
- 88 ESPACIO: ELEMENTO COHESIONANTE DE LA COMUNIDAD EMOCIONAL DE
SAN BRUNO

- 91 II. DESPOJO
- 93 MELANCOLÍA URBANA: LA EXPERIENCIA DE LA PÉRDIDA ESPACIAL
94 *Melancolía desde el psicoanálisis.*
- 96 PÉRDIDA ESPACIAL Y URBANO – ARQUITECTÓNICA
97 *Sensación de pérdida espacial.*
99 *Precarización de la zona norponiente.*
102 *Densificación por sectores de bajos recursos.*
109 *El papel de las autoridades.*
- 119 CUERPO EXCLUIDO: DISTRIBUCIÓN DE LA CULPA
- 123 CUERPO SIN VOZ: SILENCIO PATRIMONIAL INSTITUCIONALIZADO
- 128 DESPATOLOGIZAR LA MELANCOLÍA PARA PRESERVAR LOS EFECTOS DE LO
AUSENTE
- 133 III. DESTRUCCIÓN
- 135 PATRIMONIO ARQUITECTÓNICO INDUSTRIAL
- 137 FRONTERAS AFECTIVAS: TRAYECTORIA DEL ESPACIO ARQUITECTÓNICO
PATRIMONIAL
- 141 HABITAR CON ESPECTROS
- 143 DEFENSA
- 145 TRES DESPLAZAMIENTOS: SUSPENSIÓN, DEFENSA, SEGUNDO USO
145 *Suspensión*
148 *Defensa*
151 *Segundo uso*
- 154 CUARTO DESPLAZAMIENTO: RETORNO INTRUSIVO O LO CORPOREIZADO
DEMARCANDO FRONTERAS AFECTIVAS
157 *Atmósferas corporeizadas*
159 *Recorridos espaciales: haciendo recuerdos*
162 *Cicatrices: inscripciones corporales*
165 *Sueños: inscripciones mentales*
166 *Espacios densos: la vivienda de los obreros*
169 *Restos arquitectónicos*
- 172 LO QUE HACE A UN ESPACIO ARQUITECTÓNICO SER PATRIMONIO
- 172 PATRIMONIO ARQUITECTÓNICO INDUSTRIAL ENTRE LA MEMORIA
INSTITUCIONAL Y LA MEMORIA CORPORAL
- 175 CONSIDERACIONES FINALES
- 176 GESTIÓN

183 REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS
190 LISTA DE IMÁGENES

INTRODUCCIÓN

Patrimonio arquitectónico no es un concepto invariable y no es neutral. En cuanto forma de memoria revela procesos históricos y sociales notablemente dinámicos y multifactoriales de carácter material, discursivo y afectivo. Estos procesos se producen y reproducen, se construyen y destruyen, por medio de una confrontación sostenida por el poder y por el derecho de nombrar lo propio y lo otro entre múltiples memorias culturales. El patrimonio y lo patrimonial arquitectónico son el producto de un proceso de lucha material, discursiva y afectiva por una hegemonía identitaria socio-cultural. La investigación académica mexicana tiene una larga tradición en el estudio de la producción de sus formas materiales como representaciones simbólico-discursivas. La presente tesis propone una aproximación distinta. Esta investigación analiza el patrimonio arquitectónico desde su dimensión afectiva. No se limita al ámbito simbólico sino que apuesta por traer a la luz cómo esta guerra de memorias opera en el ámbito afectivo, emocional y experiencial de cuerpos y subjetividades. Cómo la memoria, más-allá-de la representación, es el producto de un proceso de interrelaciones entre las cosas (materiales y no materiales) que se producen en, con y a través del espacio, afectando cuerpos y produciendo lugares. La presente investigación tiene la convicción de que se requiere un enfoque transdisciplinar que permita el diálogo entre el giro afectivo del conocimiento científico académico—especialmente desde la geografía, los estudios culturales y la sociología— y los estudios del patrimonio arquitectónico.

Desde mis estudios de licenciatura, mis intereses de investigación se han dirigido hacia el estudio de la relaciones entre memoria, espacialidades históricas y patrimonio en el país. Ello me ha conducido a identificar como problemática de análisis el conflicto emocional causado por el desvanecimiento de memorias colectivas industriales, la destrucción de fábricas de la industria textil y la reconfiguración de la memoria industrial nacional para el consumo del turismo y el mercado de experiencias. Una guerra entre sensibilidades y memorias que no alcanza a ser explicada con las categorías analíticas propuestas por el enfoque representacional del Patrimonio. Cuando en la década del 2000 al 2010 comenzaron las destrucciones de las fábricas textiles porfirianas, que fueron el núcleo y origen de las configuraciones industriales mexicanas a inicios del siglo XX, los habitantes

de distintos barrios obreros en distintos lugares de México exigieron a las autoridades que frenaran las destrucciones y nombraran Patrimonio a sus fábricas. Durante esta misma década el INAH –Instituto Nacional de Antropología e Historia– las catalogó Patrimonio, en algunos casos las destrucciones cesaron, no así los sentimientos de enojo, melancolía, culpa y rabia que circulan hoy en día entre sus habitantes. Porque el tratamiento del patrimonio como producto de una historia y valores asignados por las instituciones no basta, porque no siempre los representa, porque esta etiqueta no les es suficiente puesto que no se compromete con las memorias afectivas y sensibles que han sido brutalmente dañadas mediante los actos de destrucción.

Desde el discurso institucional, el patrimonio arquitectónico industrial textil abarca estructuras, materiales, maquinaria y los componentes del paisaje industrial (patrimonio tangible) (Principios de Dublín, 2011; TICCIH, 2003; ICOMOS), así como los saberes técnicos respecto a la manipulación de las máquinas y conocimientos especializados que poseen los obreros y las formas de vida y costumbres que se generan alrededor de una fábrica (patrimonio intangible). No obstante, lo intangible se visualiza como parte de un pasado estático e inmodificable que no cuestiona ni atiende los conflictos que causa la intersección de la dimensión emocional de las experiencias pasadas de los obreros y habitantes con su contexto presente.

Si bien no se elabora un esquema de aplicación práctica con acciones que guíen las intervenciones arquitectónicas al patrimonio industrial, en esta investigación pensar patrimonio desde su dimensión afectiva permite proponer nuevas bases teóricas que dirijan el trabajo transdisciplinario entre los profesionales involucrados en la gestión patrimonial.

Para mostrar la importancia de rescatar la dimensión afectivo emocional en la reflexión del patrimonio, se retoma uno de los casos de espacios industriales en conflicto: el barrio obrero conformado por la ex Fábrica de San Bruno, ubicada en Xalapa, Veracruz. Puesto que se trata de recuperar el elemento de lo vivo, el estudio presentado no puede ser sustentado sólo mediante el trabajo de campo de una investigación arquitectónica “tradicional”, como el uso del levantamiento arquitectónico, registro fotográfico o búsqueda de mapas y planos en archivos, se vale entonces de un trabajo etnográfico realizado a lo largo del 2018, el cual consistió en la realización de entrevistas informales y semiestructuradas a 9 obreros¹ y 3 familiares

1. De los 9 obreros, 3 fueron tejedores, uno trabajó en coneras (donde se elaboraban los conos de

de obreros, recorridos por el interior de la fábrica (en ruinas) y visitas recurrentes a las casas de los obreros y vecinos que ofrecieron sus archivos fotográficos, libros y documentación personal aparte de sus testimonios. Los obreros participantes llegaron a trabajar a la Fábrica de San Bruno desde diferentes comunidades campesinas del estado de Veracruz entre los años 1950 y 1965, la mayoría entró a los 15 o 20 años de edad, laboraron alrededor de 40 años, y al momento de las entrevistas sus edades oscilaban entre los 70 y 90 años, sólo 2, los más jóvenes, tenían entre 60 y 70 años de edad.

Aunque desde hace más de dos décadas el término patrimonio comenzó a ser redimensionado a partir del giro afectivo en las ciencias humanas y sociales, en la región latinoamericana los estudios empíricos continúan colocando el ámbito discursivo por encima del ámbito de la experiencia. Este entendimiento de lo patrimonial se identifica como posible causa de la desatención al conflicto emocional y desvanecimiento de memorias señalado. Por un lado, la preocupación reside o en los aspectos materiales-edilicios o en la investigación de las redes de valor mercantil en las cuales el patrimonio latinoamericano queda inserto, y por otro, en la atención al patrimonio desde una perspectiva simbólica que continúa problematizando la puesta en valor de los edificios a través de la construcción de discursos que eluden la posibilidad de que los significados se construyen también desde lo sensible y lo sensorial². Cabe hacer explícito que lo anterior no le quita validez ni considera errados los estudios representacionales del patrimonio. Mi objetivo es mostrar que necesitan ser complementados desde otra perspectiva que considere la participación del cuerpo y las sensibilidades en la construcción de significación y memorias, y no sólo la mente. A continuación se explica cuál es el enfoque con el que se mira lo patrimonial en esta investigación, el cual considero puede contribuir a replantear los binomios

hilo), otro fue repasador (el que hacía el patrón de tejido de la tela), otro fue mecánico, otro fue machuconero (deshacía los nudos que se hacían en los telares durante el proceso de tejido), otro fue suplente (podía ocupar cualquier función), y otro fungió sólo dentro de las comisiones administrativas.

2. Véanse los estudios compilados en *El patrimonio cultural de México*, aquí se reúnen trabajos en donde pueden ser diferenciadas las dos vías señaladas, la primera colocando en un primer plano temáticas referentes a la legislación, instrumentación de políticas de conservación y gestión del patrimonio, en autores como Enrique Nalda, Salvador Díaz Berrio, o Alejandro O. Saavedra; y la segunda sobre la discusión de su significado y valor que ha preocupado a García Canclini, Sonia Lombardo, Guillermo Bonfil o Enrique Florescano.

mencionados (materia/sociedad, cuerpo/mente) de manera conjunta, sin disociar las preocupaciones materiales de los debates simbólicos.

A lo largo de todo el siglo XX el proyecto de catalogación del patrimonio arquitectónico se apoyó sobre fundamentos que hoy resultan cuestionables. Como punto de partida debe subrayarse la vinculación existente entre patrimonio –monumento histórico inicialmente– con la construcción del nacionalismo y la formación del Estado-nación posterior a la Independencia de México. Aquellos bienes inmuebles que eran denominados patrimonio debían cumplir con criterios de valoración como su excepcionalidad artística y arquitectónica, ser exponentes de la historia de la nación y, por ende, ser convenientes al proyecto ideológico-cultural de formación de nación. Los edificios patrimonializables se juzgaron como poseedores de un alto valor histórico por sí mismo, que asegurarían que la esencia de un pasado glorioso trascendiera en el tiempo. En consecuencia, los edificios arquitectónicos hoy catalogados patrimonio están insertos dentro de un aparataje discursivo ideológico que obedece a una mentalidad nacionalista y a los intereses del Estado y sus instituciones, representando una idea de nación que a menudo entra en conflicto con grupos sociales subalternos que pugnan el derecho a escoger el patrimonio en el cual se reconocen y con el cual se sienten identificados. Dichos fundamentos pueden ser desarmados desde tres preguntas.

¿Qué conflictos visibiliza repensar los conceptos Patrimonio, Nación, Memoria e Identidad como construcciones e invenciones?. El primer argumento a poner en duda es el que sostiene que la representatividad del patrimonio reside en su sustancia histórica, es decir, en una concepción fundamentalista de un pasado entendido como un conjunto de hechos reales, únicos, fijos, inmodificables y verdaderos. Sin embargo, dicho fundamentalismo debe ser discutido. Señala Anderson (1993) que nación es una comunidad política imaginada. Comunidad, en tanto que, pese a la existencia de desigualdades y fracturas entre los individuos que la conforman, la nación se imagina como un compañerismo profundo y horizontal. Imaginada, pues aún los individuos de la nación más pequeña, jamás conocerán a la mayoría de sus compatriotas, no sabrán de lo que hablan o lo que piensan, pero en la mente de cada uno vivirá la imagen de su comunión (Anderson, 1993: 23). Al ser la nación un imaginario, las memorias que lo sostienen son también imaginadas por sus comunidades. Ello da lugar a una guerra de conciencias mantenida sobre el quién tiene derecho a nombrar, o qué memorias de quiénes tienen mayor agencia para imponerse sobre otras.

Entonces, ¿qué nuevas posibilidades permite el pensar patrimonio no como un concepto fijo y en cambio como un resultado temporal de una memoria en proceso de construcción que logra imponerse sobre muchas otras?. Por un lado, la teoría arquitectónica asume a la sociedad, sus factores e influencias, como una fuente de explicación de lo arquitectónico. Por otro, lo arquitectónico se piensa como mecanismo para ejercer control y moldear lo social (Yaneva, 2012:2). Dentro de esta bifurcación del pensamiento arquitectónico, los edificios que conforman el patrimonio arquitectónico se visualizan como depositarios de símbolos, de discursos, como testimonios y huellas del pasado, que pueden ser explicados con herramientas semióticas que decodifiquen lo que simbolizaban para cierta sociedad pretérita. Es decir, lo social funcionando para explicar lo arquitectónico. En vez de perpetuar esta disociación, interesa visualizar patrimonio y memoria como el producto de interrelaciones entre actores de ámbitos heterogéneos —las instituciones, INAH, gobierno municipal, el aparataje discursivo, simbólico y material, la circulación de sensibilidades culturales, la comunidad de obreros, los habitantes de Xalapa implicados, la tecnología, el TLCAN, los grupos empresariales Mega Soriana y Chedraui, entre otros— que al estar articulados en red, se afectan mutuamente, y desde su condición de formar asociaciones³ es como cierta memoria se construye y logra sobreponerse a otras. No hay manera creíble de decir que memoria es algo sólido, durable, eterno e independiente; en todo caso, sólo hay memorias que han sido mejor construidas que otras. Memoria y patrimonio no como conceptos dados, sino en permanente construcción a partir de asociaciones de elementos y asociados.

Como última pregunta, ¿qué memorias necesitan ser visibilizadas al considerar que la interrelación afectiva produce experiencias subjetivas en los actores humanos a partir de las cuales se construyen significados múltiples del patrimonio arquitectónico?. Pese a que la disciplina arquitectónica tiene como objetos de estudio a los edificios, la ciudad, el espacio y el territorio, no se reconoce que el cuerpo es el primer espacio y territorio que habitamos. Ello ha derivado en que memoria y patrimonio se entiendan sólo desde el ámbito de lo mental y no desde lo corporal, o bien, desde el

3. Cuando se habla de asociaciones se adopta la definición planteada por Bruno Latour (2008), quien las entiende como un tipo de relación dada por la distribución de agencias entre dominios diferentes (como la política, la psicología, la historia, la literatura, y demás) y, por ende, también entre actores (humanos y no-humanos) que pertenecen a diferentes dominios.

dominio del lenguaje y no de la experiencia. Si retomamos la explicación de nación que da Anderson como una comunidad imaginada “con una legitimidad emocional profunda” que une a diferentes individuos (1993: 21), y si lo ligamos con la propuesta de Barbara Rosenwein (2006) quien ha hablado de la existencia de comunidades emocionales como grupos de humanos cohesionados por las mismas normas emocionales, es plausible pensar que memoria y patrimonio sean construcciones que se hacen también desde lo sensible y no sólo desde lo mental.

En tanto el habitar genera una experiencia de lo arquitectónico en donde el cuerpo está expuesto a impactos de tipo sensorial, perceptual y fisiológico, dichos impactos tienen un registro en la dimensión afectivo emocional, entendida ésta como un tipo de interacción entre actores humanos y no-humanos. Debido a ello, la mirada no se reduce a la materialidad de las fábricas textiles, ni a los límites marcados por la propia edificación —no se hablará de tipología, distribución espacial, técnicas constructivas, valores simbólicos, estéticos e históricos de las edificaciones textiles—, sino que se indaga en la interrelación de edificios, espacios y humanos que está moldeando su recepción. Se visualizan dichas fábricas como la territorialización de experiencias afectivas, de índole político-social, de un grupo determinado de obreros. Esta territorialización ha generado un circuito de memorias sensibles que han quedado al margen del discurso meramente simbólico de estas fábricas⁴. Para no dejar que las memorias se pierdan, esta investigación consiste en mostrar cómo el registro sensorial y emocional de las experiencias de los obreros permite reconocer que estas fábricas son memoria de dichos grupos sociales. Por ende, el patrimonio debe ser reformulado con base en éstas memorias y no con base en las memorias convenientes para el Estado, sus instituciones, y los grupos empresariales que imponen discursos ajenos a las vivencias y experiencias de las comunidades obreras. Siguiendo este argumento, la interrelación o mediación afectiva puede ser considerada como un dispositivo de lo patrimonial que haga frente al patrimonio del Estado que puede no representar a ciertos grupos y en cambio estar desvinculado de éstos.

4. La justificación de la valoración de estas fábricas como patrimonio se basa en que son testigos de la industrialización del país, representan el avance tecnológico de ese tiempo o bien, porque sus estructuras industriales, sus componentes y su maquinaria son registro importante de la memoria de ese pasado industrial. (Principios de Dublín, 2011; TICCIH, 2003; ICOMOS).

CASO EX FÁBRICAS TEXTILES MEXICANAS

Está por atardecer, sostengo mi cerveza Stout cuya espuma cremosa envuelve mi paladar, aromas dulces y especias herbales impregnan la atmósfera del lugar, me apoyo sobre una mesa de madera con apariencia rústica rodeada de paredes de concreto pulido, suena una melodía. Estoy en la ex Fábrica textil Hércules, Querétaro, ahora Jardín de Cerveza Artesanal. Alrededor de mí, en diferentes puntos, fotografías, máquinas y otros objetos antiguos que me recuerdan que estoy en una ex fábrica. Tengo conocimiento de lo extenuantes que fueron las jornadas de trabajo para los obreros que aquí trabajaron, sé la miseria en la que vive la comunidad pues en el trayecto hacia acá lo viví, pero estoy por terminarme mi cerveza artesanal, tomar el último trago y pagar la cuenta, después me iré. Y como yo, todos a mi alrededor (véase imagen 1).

Hoy en día, los espacios otrora de la industria se han transformado en habitaciones temáticas, hoteles concepto o sitios gourmet que romantizan el tema de lo fabril, industrial y textil, promoviendo una “laxitud” similar a la expresada. ¿Puede el diseño de renovación arquitectónica de estos espacios representar las memorias de la vida obrera de tal manera que impulse a los visitantes a reaccionar en otros registros emocionales que promuevan empatía y reconocimiento?.

Ruido, autobuses llenos de gente y cerros tupidos de casas. Miro ruinas enfrente de mí, techos caídos, muros derruidos, marcas en los pisos y paredes que me recuerdan que estoy en una ex fábrica, pero no sé el por qué de su destrucción. Hace algunos meses llegaba a “San Bruno”, un barrio obrero ubicado al noroeste de la ciudad de Xalapa, Veracruz. Toqué la primera puerta, no me quisieron dar información sobre ningún obrero, toqué la segunda y nada, en la tercera me dijeron en dónde podía encontrar a un obrero pero me pidieron de favor no dijera nombres, que no comentara quiénes me habían dado la dirección, que por favor mantuviera el anonimato. No entendía el por qué de tantos silencios. Silencios y destrucción (véase imagen 2).



Imagen 1. Jardín de Cerveza Artesanal Hércules y Cine Tonalá. Fotografía de Yuzzel Alcántara.



Imagen 2. Escombros de la ex fábrica textil San Bruno. Fuente: Archivo personal Antonio Contreras.

En tanto se habla de espacialidades industriales con más de 100 años existencia, éstas han sido atravesadas por diferentes modelos económicos que las han transformado física y emocionalmente. Las ex fábricas textiles documentadas fueron la base económica del régimen del porfiriato, más tarde del modelo de sustitución de importaciones (1940-1970), que fue puesto en jaque por el proyecto neoliberal a partir de la década de 1980, y en consecuencia, las fábricas dejaron de funcionar una década después. Estas fábricas se ubicaron en áreas periféricas que posteriormente fueron integradas a la mancha urbana quedando al centro de las ciudades mexicanas. Debido a ello, se han convertido en sitios clave económicos, políticos y culturales.

A partir del 2005, como resultado de la intersección entre el modelo neoliberal y la incorporación de las espacialidades postindustriales a la modalidad de la economía de la experiencia⁵, han sido puestas en marcha diferentes acciones para hacerlas funcionales de nuevo. Las experiencias narradas muestran dos realidades de esta misma y nueva modalidad económica que ha disparado una disputa por la construcción de memorias, así como por el control espacial y poblacional.

Las acciones puestas en marcha han generado efectos, como: invisibilización y degradación de cuerpos, perturbación de memorias corporales, despolitización de conflictos sociales y sobreposición de geografías de placer sobre geografías de explotación, despojo y abuso.

Lo anterior se ha logrado siguiendo un proceso. Uno que tiene como punto de partida el cierre de las fábricas textiles en la década del 90. Como segundo momento, la destrucción deliberada, ventas irregulares y expropiaciones de terrenos pertenecientes a las comunidades obreras. Como tercera etapa, la creación de nuevas atmósferas y diseños espaciales arquitectónicos que romantizan la realidad del pasado industrial y obrero⁶ para su uso comercial en una economía de la experiencia. En este nivel, dichos espacios

5. Economía de la experiencia hace referencia a una nueva era económica en la cual el negocio de las empresas está en vender experiencias y la gente gasta más en comprar experiencias que en bienes materiales. Este cambio de comportamiento humano ha necesitado espacio y lo ha encontrado en las antiguas fábricas textiles aparentemente obsoletas. Sobre el término léase Pine, B. J. & Gilmore, J. H. (1998) "Welcome to the Experience Economy".

6. Las intervenciones arquitectónicas realizadas en diferentes ex fábricas despliegan el pasado obrero e industrial de acuerdo a lo que aumenta el deseo, gozo y disfrute, siguiendo el principio del placer. Los objetos, materiales y representaciones puestos en circulación por el diseño arquitectónico cuentan una historia ajena al pasado de las comunidades obreras. Véase Alcántara, Y. (2019) "*Live it to Believe it. Espacialidades fantasía.*" (en edición)

terminan siendo funcionales sólo a determinados grupos con poder a costa de la neutralización e invisibilización de conflictos sociales. Como puede verse en la imagen 3, el número de destrucciones de fábricas ha aumentado en la última década, así como los casos de intervenciones arquitectónicas cuya base es el diseño de experiencia.

Hasta el momento se han identificado 21 casos de fábricas porfirianas que quedaron obsoletas tras su cierre en la década del 90, causando controversia entre 1990 y 2019 (véase imagen 4). De estos 21 casos, 12 se encuentran en la etapa de destrucción y 9 han sido intervenidos para albergar restaurantes gourmet, hoteles temáticos, exclusivas galerías de arte, plazas culturales-comerciales y torres de lujosos departamentos. En las siguientes tablas se muestra cuál ha sido su proceso de incorporación a la economía de la experiencia y en qué fase de dicho proceso se encuentra cada fábrica a la fecha actual. En la tabla 1 se exponen las fábricas destruidas y en la tabla 2 las fábricas que han sido objeto de intervenciones arquitectónicas. Cabe la posibilidad de que las experiencias afectivo emocionales particulares a la población de San Bruno que se muestran en esta tesis pueden estar aconteciendo también en los otros 11 casos de controversia y destrucción que aún no han sido rediseñados arquitectónicamente.

Si bien cada una posee su historia particular, tienen en común que su destrucción ha disparado conflictos políticos que definen la experiencia espacial emocional de cada barrio obrero. Por un lado, los habitantes originarios sienten indignación y melancolía ante la pérdida material, urbano-arquitectónica y espacial de su patrimonio, la cual va acompañada de pérdida de memorias, normas emocionales, prácticas de habitar y pérdida de poder. En todos los casos, los habitantes han formado asociaciones civiles⁷ para defender y reapropiarse de sus fábricas, como una forma de hacer frente ante las acciones políticas de despojo y destrucción. En la otra cara de dicha disputa, el discurso hegemónico político patrimonial ha acusado a obreros y demás habitantes de frenar el desarrollo económico de cada zona.

7. En términos generales, se ha suscitado que, desde estas asociaciones, los habitantes han protestado en cada fábrica con pancartas y consignas para exigir que no sean destruidas, que el INAH regule las modificaciones que los empresarios les han hecho, que este espacio le sea donado a la comunidad. Además han realizado trámites en los ayuntamientos respectivos, han organizado pequeños museos con la aportación de objetos relacionados a su pasado obrero por parte de los mismos vecinos, y han llevado a cabo diferentes actividades recreativas y deportivas al interior de las fábricas.

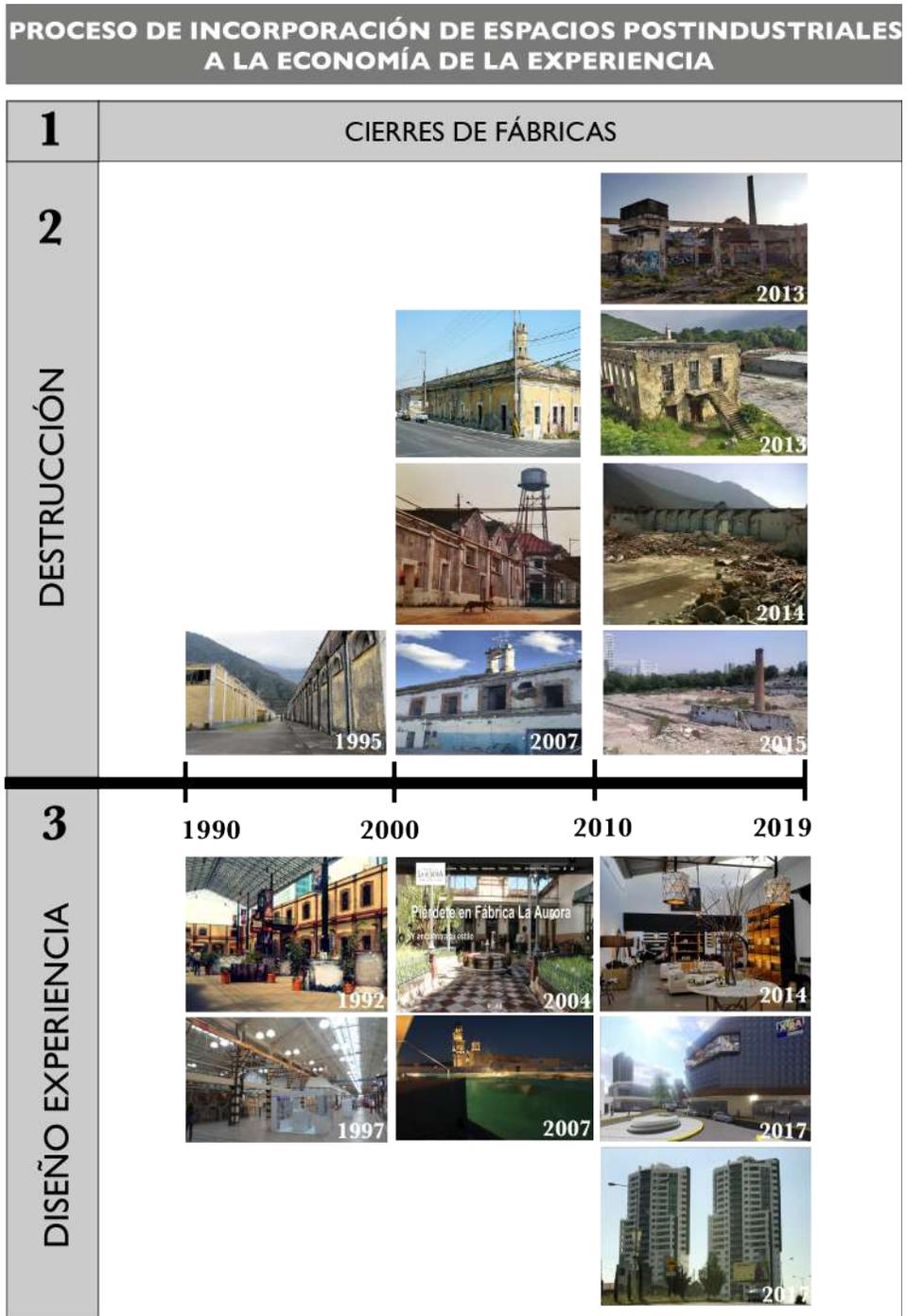


Imagen 3. Elaborada por Yuzzel Alcántara con fotografías propias y recopiladas de periódicos citados en las referencias bibliográficas.



Imagen 4. Controversias políticas detonadas por la venta, destrucción, despojo y desalojos de ex fábricas textiles en México. Elaborada por Yuzzel Alcántara con notas de periódicos

TABLA 1: D E S T R U C C I Ó N			
Espacios post industriales textiles destruidos			
Estado	Ex Fábrica	Conflicto	Proceso de incorporación
V E R A C R U Z	San Bruno Xalapa, Veracruz	Habitantes de la colonia piden desde el 2014 les sea donado el espacio para hacer un Centro Cultural. Gobierno no se ha interesado en continuar trámite de donación.	1991 Cierre 1991 Embargo 2013 Declarada Patrimonio 2013 Demolición 2014 Rescate vecinal 2015-2018 Espacio disputado
	San Lorenzo Nogales, Veracruz	Desalojos forzados. En disputa por su venta, obreros copropietarios no quieren ceder su parte a la empresa Hidroeléctrica Santa Rosa. Son culpados del estancamiento económico de la zona.	1993 Cierre 2011 Saqueo de maquinaria 2014 Demolición
	Santa Rosa, Ciudad Mendoza Veracruz	Después del cierre obreros tomaron el espacio como vivienda, fueron desalojados de manera violenta, utilizando armas y a la policía federal en 2018. Fueron obligados a vender su parte a Hidroeléctrica Santa Rosa. Se planea crear Centro Comercial.	1991 Cierre 2018 Venta y destrucción parcial 2019 Hidroeléctrica funcionando y Centro Comercial proyectado.
	Río Blanco Río Blanco, Veracruz	Consortio Plamat destruyó parte del inmueble para construir hotel y centro comercial. Se especula sobre su venta.	1995 Destrucción parcial 1996 Hotel y casino proyectados
	Cerritos Orizaba, Orizaba	Obreros fueron desalojados de las casas donde vivían y éstas fueron destruidas. Sus casas se ubicaban sobre terrenos de la fábrica. Irregularidades en la compra-venta de la ex fábrica por el Ayuntamiento en el 2010. Ex obreros no han sido liquidados.	1993 Cierre 2009 Venta

DESTRUCCIÓN			
Espacios post industriales textiles destruidos			
Estado	Ex Fábrica	Conflicto	Proceso de incorporación
P U E B L A	La Concha Atlixco, Puebla	Grupo de ex obreros en proceso legal para recuperar patrimonio sindical que les fue arrebatado. Movimiento Antorchista dirige Centro Cultural Público.	1994 Cierre
C D M X	La Fama Tlalpan, Ciudad de México	Han demolido varias partes y se especula sobre empresas que buscan apoderarse del inmueble. Vecinos y académicos la disputan desde el 2012 para que sea centro cultural.	1998 Cierre 2007 Destrucción parcial 2012 Rescate vecinal
N V O L	El Porvenir El Cercado, Nuevo León	Inmueble fue incendiado "accidentalmente". Habitantes indignados por el suceso.	2004 Cierre 2013 Incendiada y destruida
C O A H	La Estrella, Parras, Coahuila	Obreros vendieron su posesión legal sobre el inmueble a la Empresa T. T. Blues, pues les prometieron reabrir fábrica. Promesa incumplida.	2011 Cierre 2015 Venta
Q R O	Lanas Merino Querétaro, Querétaro	Conflicto entre obreros y empresa intenta ser resuelto por la Junta Federal de la Secretaria de Trabajo y Previsión Social.	2007 Cierre 2011 Embargo 2017 Proceso legal
J A L	Atemajac Guadalajara, Jalisco	Se construye Complejo Comercial Plaza Atemajac. Habitantes molestos por la transformación de la fábrica y de su entorno	1992 Cierre 2017 Centro comercial proyectado, inician trabajos de construcción.

Tabla 1. Fábricas textiles mexicanas que han sido destruidas al 2019. Elaborada por Yuzzel Alcántara.

TABLA 2: INTERVENCIÓN ARQUITECTÓNICA			
Espacios post industriales rediseñados	Ex Fábrica	Concepto y conflicto	Proceso de incorporación
	Fábrica Hércules (textil) Querétaro, Querétaro	<u>Jardín de Cerveza Hércules</u> Fábrica de cerveza artesanal, restaurantes gourmet, taller de diseño textil, sala de cine, espacios de juego, locales de venta de productos artesanales y tours temáticos al interior. Obreros siguen sin ser liquidados, empresa ha cambiado razón social para evadir pagos.	2008 Cierre 2011 Intervenido
	Fábrica La Aurora (textil) San Miguel de Allende, Guanajuato	<u>Centro de Arte y Diseño</u> Exclusiva galería de arte, estudios de artistas norteamericanos, restaurantes gourmet, tiendas de antigüedades y artesanías.	1991 Cierre 2004 Intervenido
	Fábrica Atemajac (textil) Guadalajara, Jalisco	<u>Complejo Plaza Atemajac</u> Corredor financiero con 7 bancos (en proyecto 121 km2), y retail. Remodelación del corredor contempla la demolición de 6750 m2 para la construcción de un nuevo centro comercial de dos niveles con 12,122 m2 construidos, restaurantes, área de amehidades, cines, fast food y estacionamiento de dos niveles.	1992 Cierre 2017 Inician trabajos de intervención para plaza comercial
	Fábrica La Rojeña (tequila) Tequila, Jalisco	<u>Destilería José Cuervo</u> Espacios para la producción de tequila, salas de añejamiento, salas de catado, bar, cava, tiendas de souvenirs. Vende excitación sensorial a través del tequila.	
	Fábrica La Cofradía (tequila) Tequila, Jalisco	<u>Hotel Boutique La Cofradía</u> Hotel boutique, restaurantes gourmet, taberna, experiencias: tour de los sentidos, vive Tequila, vive la experiencia de la fabricación, la herradura del cofrade.	
	Fábrica La Purificadora (hielo) Puebla, Puebla	<u>Hotel Boutique</u> Combina restaurantes, librería, spa, amehidades, alberca, tours, negocios, terrazas. Diseño inspirado en su pasado industrial.	2007 Intervenido
	Fábrica Mayorazgo (textil) Puebla, Puebla	<u>Arte Luxury Condos y Central Park</u> Torres de exclusivos departamentos y parque en construcción. Conflicto de liquidación post cierre, comunidad de obreros dividida. Indignación de habitantes ante su destrucción.	1993 Cierre 2015 Declarada Patrimonio 2015 Demolición 2017 Intervenido para Departamentos y Central Park
	Fábrica Loreto y Peñá Pobre (papel) Ciudad de México	<u>Plaza Loreto</u> La fórmula de éxito de la plaza es tener en paralelo una oferta cultural con negocios comerciales. Combina esparcimiento, diversión, opciones gastronómicas, manifestaciones artísticas y culturales, todo esto mientras se realizan las compras.	1987 Venta Grupo Carso 1992 Plaza Comercial 1995 Iconos
	Fábrica Cuicuilco (papel) Ciudad de México	<u>Plaza Inbursa</u> Espacios para retail, cine, oficinas, se convive con tubos de fierro y aparatos que simulan estar al interior de una fábrica.	1987 Venta Grupo Carso 1994 Cambio uso de suelo 1997 Conflicto con vecinos 1996-7 Plaza Comercial

Tabla 2. Espacios post industriales que han sido intervenidos con nuevos diseños arquitectónicos al 2019. Elaborada por Yuzel Alcántara con fotografías propias y de sitios web citados en referencias bibliográficas.

Estos conflictos quedan neutralizados una vez que las fábricas son convertidas en nuevos espacios del placer. En estos nuevos diseños, tanto entre visitantes como diseñadores, disfrutar y gozar son experiencias normalizadas, validadas y compartidas socialmente, aún cuando a éstas subyacen experiencias de cuerpos destruidos, limitados espacial y corporalmente, indignados, con rabia, rencor y melancolía (Alcántara, 2019, en prensa).

Si las desigualdades en la formación y apropiación del patrimonio exigen estudiarlo como espacio de lucha material y simbólica entre las clases, las etnias y los grupos (García, 1993: 18), el proceso de destrucción descrito pone de manifiesto que hay una lucha política y simbólica de memorias en proceso de construcción. Entonces, se entiende este proceso como parte de una estrategia de guerra de cuarta generación⁸, guerra cultural o de baja intensidad, en tanto no ha requerido de despliegues militares, siendo su objetivo la modificación de normas morales, códigos de conducta y sensibilidades culturales que promuevan la imposición de ciertas memorias sobre otras.

Puesto así, en esta tesis se visualiza el patrimonio industrial textil como espacio clave desde donde se está desarrollando una guerra con fuertes implicaciones en la vida física y psicológica de comunidades obreras que están siendo excluidas de un espacio que les perteneció por más de cien años, desvaneciendo identidades y experiencias subjetivas de pertenencia. En donde el objetivo de las guerras de baja intensidad ha sido la reconfiguración emocional, afectiva y cultural de estas comunidades subalternas, mediante acciones de intervención urbana y arquitectónica o destrucción de su patrimonio y espacialidad urbana industrial. Hay, por lo tanto, una guerra de representaciones y de conciencias contra las memorias de los más débiles. Destruir, en este contexto, no sólo ha significado desaparecer físicamente las edificaciones textiles, sino emocional y culturalmente a los habitantes de las comunidades señaladas. Por ello requiere problematizarse la visión acotada a la dimensión representacional con la que generalmente se atienden los asuntos patrimoniales en México.

8. En 1989, W. S. Lind es el primer teórico militar que acuña el término “guerra de cuarta generación”, haciendo referencia a un tipo de guerra que es asimétrica, donde el Estado pierde el monopolio o control de la guerra, surgen nuevas amenazas, se busca la obtención de información y se vuelven fundamentales la guerra cultural y la disputa por el control de la población bajo su aceptación. Este concepto se amplía en la página 52.

CASO EX FÁBRICA TEXTIL SAN BRUNO

En el proceso de incorporación a la economía de la experiencia, la ex fábrica de San Bruno se ubica entre la segunda y tercera etapa. En el limbo previo a ser intervenida arquitectónicamente, disputándose en beneficio de qué y para quién, qué más será destruido o no, qué hábitos, conductas y prácticas tendrán espacio para existir y cuáles serán puestas al margen como estrategia de una cuarta guerra.

Después de su cierre en 1991 quedó embargada por el SAT (Secretaría de Administración Tributaria). Terrenos, espacios y edificios, propiedad de los obreros, que organizaban la configuración urbana de su barrio, les comenzaron a ser despojados paulatinamente, a través de ventas y expropiaciones ilícitas. En el 2013 la fábrica fue destruida y desmantelada. Inmediatamente los habitantes se asociaron para defender la fábrica como acto de protesta y apropiación del espacio, el cual utilizaron para actividades culturales y deportivas. En el 2014 fue declarada Patrimonio Industrial de México por ser testimonio del desarrollo tecnológico industrial y un vínculo de identidad comunitaria, pese a ello la destrucción continuó y su estado de embargo también. En el 2015 los habitantes se separaron por conflicto de intereses y desde entonces la fábrica es recibida de forma ambivalente, provocando tanto sentimientos de conexión como de repulsión, dividiendo emocionalmente al barrio (véase imagen 5). La repulsión emerge al sentirse la fábrica como un recordatorio material de los actos de despojo, corrupción e ilegalidad. Dicha división y desempoderamiento es un registro de las consecuencias que la guerra de baja intensidad ha dado como resultado.

Las entrevistas realizadas estuvieron caracterizadas por pausas, movimientos del cuerpo y lenguaje de señas, la presencia de cicatrices o las cicatrices hablando por sí mismas, ceguera, pérdida de audición y pérdida de memoria. Dichas peculiaridades y el anonimato que me pedían guardara al entrevistarlos, eran ya un dato, un dato que revelaba cómo es la experiencia espacial de los habitantes que la fábrica y la serie de despojos urbanos desencadena. Las cicatrices manifestaban cómo esta fábrica había quedado impregnada en sus cuerpos y los silencios cómo hay una memoria de la espacialidad urbano-arquitectónica del barrio que se hace presente en su manera de responder a los cambios físicos de su entorno, mas batallan con poner el sentimiento en palabras.

Después de doce meses de convivir con los obreros y los vecinos puedo ahora explicar y escribir eso que durante todo ese tiempo simplemente



Imagen 5. Proceso cronológico de incorporación de la ex fábrica de San Bruno a la economía de la experiencia. Elaborada por Yuzzel Alcántara con notas de periódicos citados en referencias bibliográficas y fotografías propias.

acaté, mi cuerpo se moldeó intuitivamente y aprendí a habitar la pérdida y la destrucción: un conjunto de fuerzas ausentes pero presentes en la herencia corporeizada tanto de la espacialidad urbana como del edificio patrimonial de la fábrica, que median la experiencia de este lugar.

Hoy en día habitar San Bruno es cargar el peso de estas ausencias, vivir lo ausente es vivir lo perdido. Habitando San Bruno entendí, haciendo una crítica a la definición de melancolía elaborada por el psicoanálisis, que hay un tipo de melancolía urbana, los habitantes saben qué perdieron, perdieron espacios, memorias, prácticas, órganos del cuerpo, pero no saben qué perdieron en ellos al haber perdido lo anterior, ni saben a quién culpar por su pérdida.

La destrucción va más allá de la fábrica en sí, pues dicha destrucción es vivida con el cuerpo. Ante ello, los habitantes han tenido que graduar la distancia que define su sentimiento de pertenencia e inclusión, modificando su conexión y proximidad hacia su patrimonio urbano y arquitectónico.

PATRIMONIO: UNA CATEGORÍA ESPACIAL
MÁS-ALLÁ-DE-LA-REPRESENTACIÓN

Representación en el pensamiento arquitectónico latinoamericano: Patrimonio, Identidad y Memoria como construcciones en proceso y en constante disputa política.

Edificio patrimonial dentro del marco representacional se ha pensado como símbolo y testimonio de una cultura, conjunto de significados y valores construidos por ésta y como objeto o signo representativo de nacionalidades e identidades. De hecho, el término monumento “denomina a todo artefacto edificado por una comunidad de individuos para acordarse de o recordar a otras generaciones” (Choay, 2007: 12). Se asume entonces que el monumento alberga significados correspondientes a una generación que podrá ser recordada y decodificada por otra.

Bajo esta concepción, los estudios patrimoniales representacionales han desplegado una variedad de estrategias analíticas, semióticas y textuales para leer y desentrañar los significados de los sitios patrimoniales entendidos como textos metafóricos (Crang & Tollia-Kelly, 2010). Se entiende la experiencia del patrimonio estructurada por el lenguaje, condicionada por la cultura y los códigos que los sujetos comparten, reduciéndose a la interpretación cognitiva que la mente del sujeto pueda realizar utilizando el bagaje de códigos, discursos y símbolos culturales que posea.

En el pensamiento arquitectónico latinoamericano, el debate sobre patrimonio se ha desarrollado dentro del marco epistémico del paradigma representacional. Asumiéndose que el patrimonio arquitectónico funciona como evocación, afirmación de una memoria colectiva y como vínculo entre individuos que comparten una historia en común (Waisman, 1994: 11; García, 1993; Florescano, 1994), mas sólo se ha pensando desde la construcción de discursos. Dentro de este debate se ha reconocido la dimensión político-social del patrimonio y la lucha simbólica de memorias: “se trata de la imposición ideológica de los valores culturales de los grupos dominantes a los subalternos, además de que se utiliza este medio para reproducir los valores propios del grupo en el poder” (Lombardo, 1994:213). Sin embargo, al pensarse en la memoria, de igual forma ésta se concibe como un producto mental en donde aún no ha sido reconocida la agencia del cuerpo.

Una de las figuras más destacadas en este ámbito ha sido Marina Waisman, cuyas reflexiones contribuyeron a extender la noción de patrimonio arquitectónico, de suscitar sólo preocupaciones sobre el aspecto material edilicio (conservación) y sus atributos estéticos, hacia las relaciones que guarda con lo urbano, con los significados culturales, los valores sociales, la memoria social, y las funciones pasadas y presentes (Waisman, 1994: 112). Desde este punto de vista el objeto patrimonial debía mirarse en relación con su entorno cultural. De otra manera no podría reconocerse el sentido y significado del monumento en la vida de los sujetos o de una nación. En estas afirmaciones el interés se coloca sobre la cultura, es decir, lo que el patrimonio represente estará definido por su contexto cultural. Hay, por lo tanto, un entendimiento del patrimonio como categoría cultural y de la cultura como “texto”.

Waisman (1994) planteó la existencia de un tiempo de la experiencia o tiempo vivido considerando que éste le otorgaba un significado cambiante al edificio, luego, los significados variarían para cada generación. En este sentido Waisman asume que no existe una manera objetiva de percibir la realidad ni al edificio patrimonial sino que esa realidad es construida: “encontramos cada vez el espesor que la historia ha ido agregando, con lo que el primitivo significado se ha transformado, ha sufrido olvidos, ha adquirido nuevas memorias, despierta resonancias inéditas y cambiantes” (1994: 13). Hay un sentido de cambio en esta manera de entender el patrimonio, pues no se asume la existencia de significados eternos ni estáticos. Es decir, no hay una idea fija del objeto patrimonial que sí encontramos cuando se habla de patrimonio en términos testimoniales, como si su esencia histórica continuara, pese al transcurso del tiempo, siendo la misma: “[E]l patrimonio, así, se convierte en el testimonio de la vida de un pueblo, antes que en un conjunto de objetos de elevado valor arquitectónico” (Waisman, 1994: 10). ¿Cómo puede el patrimonio ser símbolo y testimonio de un momento y a la vez cambiar sus significados?. Considero que desde el marco representacional dicha contradicción no puede ser resuelta puesto que el análisis del patrimonio no va más allá de lo que significa discursivamente. Y los significados se quedan bastante cortos cuando se busca entender la vivencia humana que se tiene de lo arquitectónico patrimonial.

García Canclini clasifica los estudios del patrimonio dentro de cuatro paradigmas: a) tradicionalismo sustancialista, b) mercantilista, c) conservacionista y monumentalista, y d) participacionista. Dentro del primero, el patrimonio se juzga asumiendo que posee un alto valor histórico por sí

mismo, cuyo sentido es guardar esencias, modelos estéticos y simbólicos. De esta manera, su conservación asegura que la sustancia de un pasado glorioso continúe trascendiendo en el tiempo. En el segundo, los valores simbólicos del patrimonio quedan sujetos a la espectacularidad y utilización recreativa que se le pueda dar para incrementar su rendimiento económico, es decir sujeto al dominio material. Dentro del tercer paradigma el sentido de rescatar, preservar y custodiar los bienes históricos reside en su potencial de exaltar la nacionalidad, al ser símbolos de cohesión y grandeza. Esta idea está dando por sentado que la grandeza y el respeto que dichos bienes han acumulado pueden trascender todo tipo de fracturas sociales, pretendiendo que no existen clases, etnias ni grupos, sino que todos pueden unirse o cohesionarse a través de los valores simbólicos del patrimonio (García, 1994: 17).

Como puede verse, persiste en primera instancia un juicio de valor sobre el patrimonio, y en segunda éste está condicionado por su capacidad de re-presentar, de hacer legible un pasado, simbolizarlo o codificarlo para que sea interpretado por determinada sociedad del presente. Si se preguntara, ¿qué significa este edificio?, tendríamos que reflexionar qué valores del colectivo refleja, qué código guarda su volumetría, qué sociedad le dio origen, cuál era su sentido sagrado, político, o cultural, colocándonos entonces en el ámbito de la definición y en el plano metafísico de la esencia. El cuarto paradigma concibe que la selección del patrimonio debe hacerse mediante un proceso democrático en el que intervengan los interesados, se consideren sus hábitos y opiniones (García, 1993: 24). A dicha propuesta subyace un pensamiento no hegemónico del patrimonio sino, una concepción más popular. Es decir, lo patrimonial no debe sólo pertenecer, representar o hablar de una élite cultural, sino que también debe incluir y representar a las subculturas.

Este planteamiento se ubica también en el plano simbólico, sólo que su concepción se amplía al tomar en cuenta lo que significa no sólo para las élites sino para otras culturas con menor poder. Esta última perspectiva se volvió muy común en la década del 90, al respecto puede leerse a Waisman (1994), García (1993) y Stuart Hall (1999). Waisman, por su parte, menciona que la crisis del modelo hegemónico moderno de desarrollo cultural, científico o artístico se debió a las transformaciones sociales de la posguerra y a los procesos de descolonización que reivindicaron el valor de las subculturas ante las visiones eurocéntricas y occidentales. Para la autora, la década del 60 fue un impulso para que diferentes grupos sociales que a la

fecha se sentían marginados reclamaran su derecho a una definición –construcción si se quiere– cultural propia (Waisman, 1994: 10).

García ha señalado las limitantes que enfrenta la industria cultural, en la que intervienen los procesos de producción, distribución y valoración del patrimonio, derivadas del esfuerzo por hacer que éste incluya otros productos culturales y no sólo los de la clase hegemónica (1993: 19). Al respecto menciona que los grupos subalternos siempre se encontrarán en desventaja pues no cuentan con los requisitos suficientes para convertir sus productos culturales en patrimonio reconocido ampliamente. Concibe y destaca que el patrimonio es un: “espacio de disputa económica, política y simbólica [...] atravesado por la acción de tres tipos de agentes: el sector privado, el Estado y los movimientos sociales. Las contradicciones en el uso del patrimonio tienen la forma que asume la interacción entre estos sectores en cada periodo [...] también es el espacio de lucha simbólica entre las clases, las etnias y los grupos” (1993, 18-19). Cito lo anterior puesto que destaca una cualidad muy importante del patrimonio que años atrás había sido invisibilizada y subsumida a los objetivos de catalogación y valoración estética del edificio patrimonial. Me refiero a que es asumido como espacio de disputa, es decir, siempre condensando el conflicto socio-cultural.

Los paradigmas antes mencionados pueden ubicarse dentro de una preocupación operativa del aparato patrimonial –entendiendo por aparato patrimonial al conjunto de acciones de catalogación, gestión, valoración, etcétera– que visualiza en una dimensión a lo arquitectónico y en otra a la sociedad, pues entiende a ésta representada y hecha legible a través del patrimonio arquitectónico. Por ende, dos dominios separados: lo social y el objeto patrimonial. Si bien se hace hincapié en que hay determinadas circunstancias sociales y actores sociales que determinan o condicionan lo considerado o no patrimonial, lo que está en disputa o no, o que buscan reivindicar su cultura aún desde su posición subalterna, también se le da a lo social un mayor peso e influencia sobre el objeto pero no se reconoce la influencia del objeto arquitectónico sobre lo social. Se tienen pues dos caminos que en ocasiones se tocan pero de entrada se estudian por separado.

Hasta aquí se han diferenciado dos vías, una material o instrumental y otra simbólica o representativa. Tal como lo indican los paradigmas con los cuales se ha estudiado al patrimonio, se disocian por un lado los atributos simbólicos del edificio (testimonio, cohesión, grandeza, unión), de las cuestiones materiales (cuestiones mercantiles, daño al edificio, medidas de preservación, restauración, conservación, presupuesto, intereses económicos).

Mas no se visualizan ni estudian las relaciones entre ambos dominios de manera conjunta.

En resumen, patrimonio se teoriza como contenedor de tiempo, memorias, significados, ideas de sociedad, mundos sociales, dibujando una clara frontera entre arquitectura y humanos. Lo arquitectónico material se problematiza considerando lo humano pero no su interrelación. Con base en lo anterior puede decirse que los estudios del patrimonio reproducen el binomio sociedad/materia. Por un lado, se piensa lo que el edificio significa para la sociedad y por otro, las disputas materiales y económicas que genera.

Patrimonio como un proceso socio-material o el producto temporal de una serie de interrelaciones que producen memorias mejor construidas que otras.

Suele ser común al hablar de arquitectura y patrimonio emplear frases como las siguientes: “el uso social del patrimonio”, “el patrimonio es un constructo socio-cultural”, o “el patrimonio representa a toda una sociedad”. Pero ¿qué es lo social?. Bruno Latour menciona que ha sido muy usual colocar el término “social” como adjetivo a una gran cantidad de temas sin que necesariamente lo sean. A su vez, “lo social” se ha entendido como remanente conceptual que se asume está en todos lados y puede explicar y dar cuenta de cualquier especie de fenómeno: arquitectura social, derecho social, psicología social, economía social y así una lista interminable. Latour (2008) cuestiona las dicotomías del pensamiento respecto a la separación ciencia y sociedad, materia y sociedad, o naturaleza y cultura. Subraya que ni la ciencia ni la sociedad se han mantenido como dominios lo suficientemente estables para continuar afirmando que existe algo estrictamente social y algo estrictamente científico, tecnológico o material. Se ha asumido lo social como algo perteneciente a la sociedad que puede reforzar, expresar, mantener, reproducir o subvertir el orden social, y a la vez se ha supuesto que el dominio de lo social puede explicar factores sociales de fenómenos no precisamente sociales: “a) existe un “contexto” social en el que se dan las actividades no sociales; b) es un dominio específico de la realidad; c) puede ser utilizado como un tipo específico de causalidad para explicar los aspectos residuales que otros dominios (psicología, derecho, economía) no pueden manejar completamente [...]” (Latour, 2008: 16-17).

Asimismo se tiende a limitar lo social a los humanos exclusivamente, obviando que el dominio de lo social es mucho más extenso que eso, donde de hecho participan también los objetos. Difícilmente la vida humana podría suceder sin que los objetos, cosas, cuerpos no-humanos actuaran cambiando el curso de ésta. Para Labanyi, el estudio de los objetos se ha limitado a reflexionar cómo los humanos, mediante prácticas sociales, determinan la posición, uso y ubicación espacio-temporal de éstos. Mas poco se ha reconocido cómo los objetos pueden actuar sobre el humano, moldeando subjetividades, experiencias y cuerpos: “Hay una delgada línea entre estudiar los objetos con el fin de revelar las prácticas sociales que determinan su disposición temporal y espacial, y el estudio de los objetos con el objetivo de mostrar cómo producen las subjetividades de los humanos con quienes intersectan” (Labanyi, 2010: 227). A dicho poder de actuación que los objetos poseen se le denomina agencia.

Latour propone que lo social debe entonces ser entendido como un reensamblaje que debe realizarse mediante el rastreo de asociaciones de elementos heterogéneos, que en sí pertenecen a diferentes dominios (arquitectura, economía, geografía, psicología). Define una asociación como “un tipo de relación entre cosas que no son sociales en sí mismas” (Latour, 2008: 19), puesto que pertenecen a diferentes ámbitos. Cuando los elementos heterogéneos son ensamblados en algún estado dado de cosas, a ese estado ya puede denominarsele “lo social”. “Esta es la razón por la que voy a definir lo social, no como un dominio especial, un reino específico o un tipo de cosa particular, sino como un movimiento muy peculiar de reasociación y reensamblado” (Latour, 2008: 21). En este sentido, Memoria, en este caso, si bien se entiende como un campo de batalla simbólico y político entre representaciones, se concibe como el resultado de asociaciones de elementos que son heterogéneos pues pertenecen a dominios separados, como lo económico (el papel de los grupos empresariales y los industriales), lo institucional (los discursos del Estado, INAH, Icomos), y lo experiencial (afectos, sensaciones, emociones, sensibilidades), entre muchos otros. Memoria no como construcción ya dada, sino como construcción en un proceso constante de ensamblado y reensamblado.

De allí que de la propuesta de Latour y Labanyi, me interesa continuar el rastreo de asociaciones entre elementos heterogéneos y la participación de no-humanos para repensar Patrimonio como ensamblaje construido en estos términos. Asumiendo esta mirada, se hará un rastreo de asociaciones entre los diferentes mundos heterogéneos que toca, siguiendo el curso de

eventos que suscita su disputa, la participación del INAH, del gobierno municipal, estatal y federal, de las familias de obreros, pero también del TLCAN, manuales de guerra, o de los grupos empresariales involucrados, Chedraui y Mega Soriana. Me interesa contribuir a plantear los estudios del patrimonio, no disociando el dominio simbólico del material, sino como un proceso socio-material, donde su significado no es algo estático ni fijo sino que se hace a través de la experiencia de los usuarios, participantes o actores involucrados en las disputas que genera.

Se asume al edificio patrimonial como un edificio que se abre al curso de eventos y a la experiencia humana. Es la capacidad agencial de los objetos que Latour reconoció lo que permitirá dar cuenta de cómo el patrimonio y la memoria penetran mundos humanos de la experiencia o vivencia espacial.

Afecto y emoción desde la geografía humana y política cultural de las emociones.

En la configuración interrelacional de memoria, cuyo producto es Patrimonio, se tiene la interrelación emocional o circulación de emociones. En las siguientes líneas definiré qué se entiende por afecto y qué por emoción en la presente tesis.

El giro afectivo en las ciencias naturales, sociales y humanas al buscar rescatar la dimensión emocional y afectiva de los fenómenos, cuerpos, objetos, discursos y representaciones, ha traído a la discusión las categorías emoción y afecto.

El estudio de los afectos ha partido de las aportaciones que han hecho las neurociencias. Se ha comprobado científicamente que hay una mitad de segundo antes de que la señal, resultado de una interacción, llegue al cerebro. En esta mitad de segundo se piensa con el cuerpo y no con la mente pues la señal ni siquiera ha llegado al cerebro. En este lapso sucede el afecto. Medio segundo después tiene lugar la sensación, el ser consciente de una experiencia corporal física. A esta secuencia le sigue la reflexión razonada que nos hace decir “tengo miedo”, a dicha respuesta se le denomina emoción, la cual estará definida por la cultura, educación, biografía, posición social, entre otras.

En la geografía humana anglosajona no existen definiciones acotadas ni totalmente compartidas respecto a qué significa afecto, sensación, sentimiento y emoción. Ello ha producido estudios diferenciados que se han

dividido en geografías emocionales y geografías afectivas. Si las geografías emocionales y geografías afectivas comparten algún acuerdo respecto a qué es afecto y qué emoción, es que ambas entienden afecto y emoción desde un enfoque no-representacional o más-allá-de-la-representación. Ello dirige sus estudios hacia las experiencias vividas, al hacer y al performance más que al dominio discursivo.

Afecto se piensa como una cualidad pre-cognitiva, que es inexpresable, incapaz de traducirse en representación. Se localiza en el espacio intermedio que genera la relación entre cuerpos (Pile, 2010:8), siendo el resultado activo de un encuentro que aumenta o disminuye la habilidad del cuerpo para actuar (Thrift, 2004: 62). Tomado de Massumi, Thrift (2004: 63) señala que el afecto es autónomo, abierto, fluye y es un potencial de interacción, en cambio emoción es la expresión más intensa que captura o contrae la intensidad producida por el afecto y a su vez aquello que escapó en el acto del encuentro.

La noción de afecto está íntimamente ligada con la filosofía del nuevo materialismo que propone a la materia como poseedora de poderes morfogénicos en sí misma (DeLanda, 2015). Esto quiere decir que la materia también es capaz de afectar y ser afectada porque posee capacidades que son infinitas a diferencia de las propiedades que son finitas. “[U]n importante movimiento conceptual hacia la dirección de la materialidad activa es la caracterización de los sistemas abiertos no sólo por sus propiedades sino también por sus capacidades” (DeLanda, 2015), lo cual le concede a la materia el poder de actuar e impactar de formas inesperadas⁹. A ello se le denomina afectividad y agencia.

Emociones se entienden como “modos de conocer, ser y hacer en el más amplio sentido que permiten llevar el conocimiento geográfico más allá de sus dominios visuales, textuales y lingüísticos” (Anderson & Smith, 2001: 8). Si bien las emociones pueden estar guiadas y ser expresadas siguiendo el repertorio que las formas culturales y sociales establecen, en la geografía se reconoce que a dichas formas de expresión escapan experiencias personales genuinas que están buscando representación.

Desde la geografía se destaca el papel de las emociones en moldear la experiencia subjetiva, la recepción del mundo y del espacio:

9. DeLanda ejemplifica lo anterior con un cuchillo, el mismo cuchillo tanto tiene la capacidad de cortar como puede adquirir la capacidad de matar al entrar en interacción con un animal o de asesinar a alguien al entrar en contacto con un ser humano.

“tienen efectos tangibles en lo que nos rodea y pueden moldear la propia naturaleza y experiencia del ser-en-el-mundo [...] pueden claramente alterar cómo el mundo es para nosotros, afectando nuestro sentido del tiempo y del espacio. Nuestro sentido de quiénes y qué somos es reelaborado por el cómo nos sentimos” (Davidson & Milligan, 2004: 524).

Al apartarse del enfoque meramente representacional, las geografías emocionales han buscado ir más allá de los límites marcados por el lenguaje, el vocabulario o los nombres que le son asignados a la experiencia emocional –odio, amor, envidia, orgullo, vergüenza y demás–. Se ha nutrido del psicoanálisis para generar nuevas alternativas, ya sea para conectar con la experiencia del sujeto como con las narrativas que ellos generan. La atención a la comunicación inconsciente y al conocimiento corporeizado les ha abierto posibilidades para aprehender aquello que escapa y se pierde en la traducción de los sentimientos y emociones a palabras y formas culturales de expresión (Bondi, 2014).

A su vez, comparten un imperativo ético por conectar y comprometerse profundamente con las experiencias emocionales de los sujetos estudiados: “entre más emocional sea la expresión de las experiencias personales [...] mayor preocupación e interés del investigador” (Pile, 2010: 11).

En las geografías emocionales y afectivas si bien hay un punto más de consenso al no concebir al sujeto como ente universal, lo conceptualizan de manera diferente. A la geografía emocional se le cuestiona el presuponer la existencia de un sujeto como entidad fija y definida a la vez que confiar demasiado en la habilidad del sujeto para profundizar en su sentido de subjetividad, esto es, sus pensamientos, emociones, experiencias y estados de ánimo (Pile, 2010: 8). Por otro lado, en tanto “los afectos van más allá de quien los experimenta” (Anderson, 2009: 78), en las geografías afectivas el sujeto es descentrado, no se piensa como entidad con límites definidos, sino dentro de un marco transhumano o más-allá-de-lo-humano. El sujeto se prefiere rastrear a través de las interacciones que conforma. Por lo tanto, el foco de interés en las geografías afectivas se centra en las interacciones en las que los humanos participan y en los ensamblajes que conforman con objetos materiales e inmateriales, cuerpos o cosas en el sentido más amplio de la palabra. Desde allí, la experiencia espacial tampoco es asumida como algo personal sino transpersonal, a diferencia de la geografía emocional que se enfoca en la experiencia del sujeto.

Emoción tiene otro registro en los estudios político culturales. La reflexión de la dimensión emocional dentro de esta línea gira en torno a lo que las emociones hacen, no en torno a lo que son. En tanto afecto, emoción, sensación corporal, sentimiento y pensamiento no son experimentados como ámbitos separados en la vivencia humana, en la política cultural de las emociones son entendidos como un continuum. Si el afecto puede ser estudiado a través de sus efectos, dichos efectos impactan en la sensación y la emoción, lo que consecuentemente impacta en el argumento razonado (Labanyi, 2010: 230). Por ende, “afecto/sensación/emoción/argumento razonado están intervinclados el uno con el otro, aún cuando, en tanto respuestas a estímulos externos, ocurren en una secuencia temporal, con el afecto impactando primero y el pensamiento razonado al final” (Labanyi, 2010: 230).

Del continuum descrito Sara Ahmed propone estudiar la relación entre afecto y emoción a través de las impresiones, marcas o huellas que el contacto entre cuerpos deja sobre individuos o colectivos. Afecto y emoción importan políticamente como secuencia por el resultado final (impresiones) que producen tras el contacto. La lectura de los efectos del contacto se entiende como emoción, y la relevancia de su registro se halla en lo que éstas son capaces de hacer, hasta dónde pueden circular, y cómo redirigen comportamientos políticos, culturales y sociales. “[T]odas las acciones son reacciones, en el sentido de que lo que hacemos es moldeado por el contacto que tenemos con los otros” (Ahmed, 2014: 4). Por ende, hablar de política de las emociones nos conduce a asuntos de poder y de otredad.

Poder

Al no ser estados individuales ni comportamientos universales, la política de las emociones muestra cómo son producidas a través de las relaciones con otros y el contacto con discursos, textos u objetos –libros, periódicos, revistas, sitios web, etcétera–. Ello permite hacer una crítica a la psicologización y privatización de las emociones, pero también una crítica al modelo de estructura social que niega las intensidades emocionales, las cuales permiten que tales estructuras sean reificadas como formas de ser. Se estudian las emociones para entender cómo es que los sujetos terminan involucrándose en determinadas estructuras sociales a costa de su propia subordinación. Es decir, el análisis de las emociones funciona como vehículo para

entender cómo a las jerarquías de poder subyacen emociones que las hacen tan fuertes y de larga duración. En pocas palabras, las emociones trabajan para asegurar las relaciones de poder.

Los estudios políticos intentan dar cuenta cómo las emociones son manejadas como atributos de los cuerpos, atributos que son calificados como emociones “elevadas” o “bajas”. Determinadas emociones se convierten en amenazas sociales. Al volverse amenazas le es reclamado al individuo o colectivo “ser demasiado emocional” y no racional, teniendo emociones superiores o inferiores que permiten o limitan el funcionamiento político de la sociedad. Ello asegura jerarquías de poder en tanto se asocian ciertos cuerpos con emociones elevadas y a otros con emociones bajas. Se dota a ciertos cuerpos con valor, significado, importancia y poder, despreciando y demeritando a otros (Ahmed, 2014: 4).

Otredad

Las relaciones de poder dirigen los encuentros entre cuerpos individuales y colectivos. Lo hacen al mediar el contacto que orienta, acerca, aleja, vincula o separa la distancia entre cuerpos. Al haber un continuo contacto entre cuerpos y objetos, los cuerpos van tomando la forma de aquello que dejan circular o no, de aquello que queda impreso o no en sus superficies. Ello condiciona la manera en la que los cuerpos se dirigen hacia o lejos de otros. Es decir, las emociones dirigen la manera en la que se asumen los encuentros con la otredad. “Es a través de las emociones, o cómo nosotros respondemos ante los objetos o los otros, que las superficies o fronteras son marcadas: el “yo” o el “nosotros” son moldeados por, y toman la forma de, el contacto con los otros [...] permitiendo a lo individual y social ser delineados” (Ahmed, 2014: 10). Las emociones importan políticamente porque muestran como el poder moldea superficies de cuerpos y mundos, así como los vínculos de cercanía o lejanía entre ellos.

Con base en los conceptos explicados, los procesos urbano-arquitectónicos de despojo y destrucción patrimonial requieren que los cuerpos sean alineados para conciliarlos y encubrirlos aún cuando desfavorezcan a la mayoría de sus habitantes, esta hipótesis es mostrada en el capítulo 2. Si las emociones dirigen los encuentros con la otredad, puede pensarse que hay encuentros que sostienen la subordinación de las memorias y experiencias

de habitar de ciertos cuerpos y no de otros, entonces las emociones trabajan para encubrir organizaciones jerárquicas del espacio urbano delineando fronteras entre cuerpos, este planteamiento es ampliado en el capítulo 3.

Arquitectura afectiva: más-allá-de-la-representación

Desde una visión representacional, el concepto de edificio arquitectónico se ha estudiado como objeto inerte: un conjunto de formas que poseen un significado, materiales y técnicas constructivas. Por un lado se estudia la sociedad y por otro la materia. Se considera que ambas pertenecen a mundos opuestos: el mundo construido por la mente mediante significados, símbolos y conceptos, esto es el mundo de la representación, y por otro, el mundo banal, material, corporal, es decir, el mundo de la experiencia. No obstante, al vivir y habitar el mundo arquitectónico construido dicha separación enfrenta problemas para ser sostenida.

En las últimas dos décadas se han desarrollado metodologías analíticas más-allá-de-la-representación que permiten dar cuenta de otras dimensiones del habitar humano que habían sido excluidas bajo el lente de las teorías representacionales y simbólicas. Una de estas nuevas dimensiones es la dimensión afectivo emocional. Es un amplio rango de disciplinas las que se han comprometido con este trabajo, tanto las ciencias naturales (neurociencias), sociales (sociología, antropología, política, historia) y humanas (filosofía, geografía, literatura). A este marcado interés científico se le ha denominado giro afectivo. No obstante, el pensamiento arquitectónico hegemónico se ha mantenido incrédulo en reconocer la importancia de estudiar la vivencia corporal afectivo emocional ante el mundo construido.

Uno de los cimientos filosóficos de estas nuevas teorías se apoya en la relectura de Gilles Deleuze y Spinoza por filósofos y geógrafos post estructuralistas anglosajones, como Brian Massumi y Manuel DeLanda. Como eje vertebral se tiene lo que han denominado filosofía de la nueva materialidad, en donde la materia se piensa con capacidad de afectar y ser afectada, dando lugar o no, a una respuesta de tipo emocional.

Pensar arquitectura más-allá-de-la-representación implica aceptar que no se trata de un conjunto de materia inerte sino de un mutuo impacto entre las cosas, o cualquier cuerpo, dada su capacidad afectiva (Thrift, 2004). Lo arquitectónico material existe de manera autónoma a nuestra mente y los atributos simbólicos que ésta le pueda acuñar, se trata de un mundo autó-

nomo que constantemente afecta e impacta el habitar cotidiano más allá de lo que el lenguaje permite expresar.

Dado lo anterior, al haber un mutuo impacto entre las cosas, el objeto de estudio arquitectónico cambia pues el foco de interés no reside en explorar el ámbito representacional, lo social, cultural, simbólico y humano o la esfera material, de lo edificado y construido, sino su interrelación. En esta tesis no se hablará de tipología, distribución espacial, técnicas constructivas, valores simbólicos, estéticos e históricos de las espacialidades urbano-arquitectónicas textiles sino de la interrelación edificios, espacios y humanos que está mediando su recepción.

Patrimonio arquitectónico más-allá-de-la-representación

¿Puede la interrelación afectiva entre humanos y no-humanos detonar experiencias que produzcan memorias sensibles cuya intensidad medie el sentimiento de identificación hacia el patrimonio arquitectónico?. El enfoque metodológico más-allá-de-la-representación se ha venido construyendo desde los 90 y pueden señalarse como causas que motivaron su emergencia al impacto del postestructuralismo en las ciencias sociales – principalmente en la geografía humana –, la influencia del trabajo de Gilles Deleuze y Bruno Latour, una fuerte preocupación por la vida cotidiana, un interés por las múltiples formas de prácticas encarnadas, y las inquietudes que el pensamiento representacional no pudo resolver (Anderson & Harrison, 2010).

Científicos sociales criticaron la separación del mundo en dos realidades, la de la vida diaria, las cosas banales y burdas, y la del mundo de los símbolos, significados y valores. Se preguntaban si las experiencias de la vida cotidiana y las acciones del día a día eran totalmente gobernadas por un set de discursos sociales y culturales, pues siendo así ¿por qué no podía reconstruirse un nuevo set para que las prácticas cotidianas fueran diferentes?. Si la nación, los lugares, el paisaje, la ciudad, la raza, el género, o la raza eran sólo representaciones e invenciones, ¿por qué no podían ser inventadas de nuevo?.

En vez de entender al cuerpo, los hábitos, las prácticas (individuales o colectivas) como reflejo del mundo simbólico, las teorías no representacionales proponen estudiar su dimensión performativa, su capacidad de generar significado en el momento de la acción. Ello nace del reconocimiento

de que no toda acción está relacionada con el mundo simbólico, y por ende mediada por el lenguaje. “[E]n la mayor parte de nuestras vida cotidiana hay una buena cantidad de cosas que hacemos, una buena cantidad de asuntos en los que nos involucramos sin ni siquiera pensarlo, y cuando se nos pregunta acerca de ellos, difícilmente podemos darles una explicación” (Anderson & Harrison, 2010: 7).

En buena medida la columna vertebral del enfoque más-allá-de-la-representación se sostiene sobre la filosofía del nuevo materialismo, la cual reconoce que la materia tiene capacidad de afectar y ser afectada, y la sociología de la ciencia que visualiza los objetos con agencia o capacidad de actuar por sí solos. En vez de ser entendida como objeto inerte, la materia recupera su afectividad y agencia. Esta afirmación ha abierto un mundo en la investigación arquitectónica y patrimonial, pues si bien, antes concebidos como representaciones culturales, poseedores de símbolos y reflejo de valores de una época, el enfoque más-allá-de-la-representación reconoce en lo arquitectónico un tipo de materialidad capaz de tener efectos, modificar, y entrar en relación con otros cuerpos, en una palabra, afectar.

En la geografía humana del circuito anglosajón, la teoría del giro afectivo ha generado buena cantidad de estudios empíricos, cuya intención ha sido explorar la manera en la que los visitantes y usuarios del patrimonio interactúan con éste, afectan y son afectados por cada ensamblaje o encuentro en el que participan.

Señalan Crang y Tolia-Kelly (2010: 2315) que el patrimonio está estrechamente ligado con la identidad nacional y que por ende es fundamental no sólo enfocarse en la construcción simbólica del pasado a través del aparato discursivo patrimonial, sino que se requiere indagar en la experiencia sentida, en la organización de sensibilidades y en la circulación de los sentimientos que la memoria moviliza, pues ello es crucial para impulsar la inclusión cívica y trabajar con modalidades raciales y exclusiones sentidas que lo nombrado patrimonio hace presentes.

Sus estudios se han enfocado en la crítica curatorial, dando cuenta de cómo cada museo despliega asuntos de otredad, a través de qué disposiciones, arreglos espaciales, narrativas o elementos kinestésicos. Su objetivo ha sido mejorar la práctica museográfica mediante el registro de las experiencias sentidas por los visitantes. El distanciamiento con la teoría representacional consiste precisamente en observar cómo los humanos reaccionan a la representación, sin asumir previamente que ésta gobierna

la totalidad de sus comportamientos. En su trabajo es reconocible el papel vital que juegan los museos en alejar o acercar mundos, hacer partícipes a los cuerpos de unos y no de otros, en cómo presentan la historia, o en qué tanto moldean al yo y qué tanto a la relación del yo con el otro. El afecto es el eje de análisis, así como la manera en la cual los objetos participan en la creación de ciertas sensibilidades de índole nacional.

Su trabajo está muy ligado a la teoría de Stuart Hall, quien señaló: “El patrimonio nacional es una poderosa fuente de significados culturales. De ello se deduce que aquellos que no pueden verse reflejados en su espejo no pueden pertenecer adecuadamente” (1999: 4). Hall criticó el papel que ha tenido el patrimonio, en especial los museos, en colonizar la idea de “modernidad” como una invención exclusivamente occidental. Para Hall, el patrimonio refleja inevitablemente los ideales del gobierno en turno, y se encuentra siempre intersectado por el poder y la autoridad de aquellos que han colonizado el pasado, cuyas versiones son las que prevalecen. “¿Para quién es el patrimonio? está dirigido a aquellos que pertenecen, una sociedad que se imagina como, en términos generales, culturalmente homogénea y unificada.” (Hall, 1999: 6).

Preocupado Hall por el papel colonizador ejercido desde los museos, Crang y Tolia-Kelly retoman su propuesta pero con un sentido diferente. La pregunta que atraviesa sus investigaciones es si el cuerpo es colonizado como efecto de las representaciones, es decir, focalizan su objeto de estudio en la relación representación–cuerpo o patrimonio como ensamblaje–cuerpo, yendo más allá de lo que las representaciones significan en sí.

En los estudios australianos Emma Waterton es una de las figuras académicas con mayor número de investigaciones desde el giro afectivo. En sus trabajos se amplían los límites de lo que usualmente es entendido por patrimonio. Para Waterton “patrimonio no sólo abarca museos, monumentos, paisajes, campos de batalla, sitios y lugares, sino también los sentimientos de afinidad que podemos tener hacia ellos –de empatía y conexión– así como sus contrarios: alienación, aburrimiento, rabia o rechazo” (Waterton, 2014: 824). Siguiendo esta idea subraya que los espacios patrimoniales también reúnen valores afectivos y emotivos que moldean movimientos y capacidades corporales, particularmente respecto a prácticas de inclusión y participación (Waterton, 2014: 824).

Hay dos conceptos clave que Waterton vincula con los espacios patrimoniales: cuerpo y performance. Entiende al cuerpo como una especie de fuente de conocimiento que registra experiencias táctiles, sensoriales,

sónicas, hápticas, de las cuales parte para reconocer cómo hay intensidades que se producen en los humanos ante el espacio construido, las cuales quedan corporeizadas. Al performance lo describe como una “puesta en escena” que los espacios patrimoniales ejecutan, es decir, no son objetos estáticos sino procesos, implican un movimiento de intercambio de ida y vuelta en esa relación de poder afectar y ser afectado entre el espacio y quien lo habita, lo vive o lo encarna.

Las ideas centrales bajo las cuales conceptualiza patrimonio son las siguientes: a) patrimonio no sólo es el edificio sino el producto de los afectos y emociones articulados en la memoria corporal; b) performa identidades, sensibilidades de índole nacional, inclusiones, exclusiones, moldea cuerpos, donde el significado es creado mediante la práctica (evento), a través del hacer, y no del lenguaje; c) asume que la capacidad de ser afectado estará condicionada por experiencias pasadas que han atravesado y quedado archivadas en el cuerpo (geohistoricidad); y d) los espacios patrimoniales dan cuenta de las relaciones de poder, sobretodo de cómo el poder es sentido y cómo redefine las fronteras espaciales entre el nosotros/ellos, o el yo/otro (otredad).

Pese a ampliar en teoría lo que significa patrimonio afectivo, esto es, incluir los sentimientos de afinidad, rechazo y emociones que intersecta más allá de la edificación misma, su investigación de igual forma se centra en museos y en sitios memoriales de reconocido prestigio a nivel nacional. En sus estudios el concepto de ensamblaje es utilizado en las etnografías para estudiar cómo la experiencia de los usuarios se va transformando conforme van participando en diversos ensamblajes: “consideramos al Memorial como un ensamblaje de objetos, de los cuerpos del staff y visitantes, narrativas, materiales y más, que juntos moldean la experiencia del visitante” (Waterton & Dittmer, 2014: 123). Lo anterior abre un potencial de posibilidades de cómo el espacio, la memoria, el pasado, los humanos, los no-humanos, los materiales, luz, sonido, ruido y demás se asocian entre sí produciendo efectos sobre la experiencia afectiva y emocional. De allí que, los geógrafos pongan primordial atención a las interacciones resultantes de los encuentros entre cuerpos, siendo la pregunta que atraviesa su trabajo: ¿cómo la experiencia que el humano tiene del patrimonio es modificada por los impactos que produce la materia y demás cuerpos no-humanos al entrar en interacción?.

Otro de los conceptos trabajados en el estudio del patrimonio es el de virtualidad, si este concepto se refiere al potencial de devenir (Deleuze & Guattari, 2004), cuyas capacidades son infinitas y reales, aún cuando no estén ocurriendo en el tiempo presente, afectan porque son virtuales. Entonces, memoria se entiende como un ejemplo de realidad virtual: “eventos virtuales impactan el comportamiento en el presente a través de la producción de hábitos corporeizados” (Waterton & Dittmer, 2014: 125). Esto es un tipo de memoria que ha quedado grabada en el cuerpo que predispone su capacidad de reacción o de ser afectado.

Lo anterior permite visualizar cómo las dimensiones en dónde rastrear lo patrimonial se multiplican desde el giro afectivo al colocar al cuerpo como punto de intersección de ideas, memorias, intensidades, emociones y afectos. Patrimonio no sólo puede ser definido mediante los significados, representaciones, explicaciones lingüísticas, ni el dominio de las palabras o lo que puede ser expresado, sino también mediante la dimensión corporal, lo sensorial, emocional, perceptual, lo archivado somáticamente y lo virtual, que modifican nuestro contacto con el mundo.

Aportaciones del giro afectivo en el estudio del patrimonio: una mirada crítica desde México

Colocar la mirada más allá del paradigma representacional ha permitido explorar cómo la memoria es sentida y vivenciada corporalmente: cómo los sentimientos, emociones y afectos se intersectan produciendo memoria que modifica cómo el patrimonio es recibido por los actores humanos. Ir más allá de lo que significan los edificios, lo que representan, si son testimonio o no de una cultura y sociedad del pasado, es reconocer el papel del cuerpo en hacer que los significados y representaciones sean o no reificados. Visualizar lo arquitectónico a través del cuerpo, ha sido una tarea menospreciada al concederle mayor jerarquía a la razón y la mente. Mas la producción académica de investigaciones sobre giro afectivo ha comprobado en numerosas ocasiones cómo el humano piensa a través del cuerpo, siente, reacciona, se mueve, experimenta, habita desde lo corporal. Por ende, lo arquitectónico y el cuerpo no son dos ámbitos disociados como asume el paradigma representacional, sino interrelaciones.

Si bien se parte de los trabajos generados por el circuito anglosajón, esta tesis recupera la dimensión corporal de lo arquitectónico patrimonial bajo las siguientes consideraciones: a) es necesario pasar de los “grandes monu-

mentos” a los edificios patrimoniales de la cultura popular, “pequeños” y cotidianos, o los no catalogados patrimonio pero con relevancia histórica para cada comunidad; b) cambiar de sujetos de estudio, es decir, de los “visitantes” a los habitantes, lo cual permitiría dar cuenta y honrar otras historias y otros cuerpos que la jerarquía concedida a la catalogación del patrimonio hegemónico ha soslayado; c) explorar la capacidad afectiva del patrimonio destruido y ausente, no sólo de las edificaciones presentes físicamente sino aquellas que el despliegue de poder en la transformación de la ciudad ha eliminado pero sus habitantes aún las preservan corporalmente.

La primera consideración se cree necesaria puesto que en la mayor parte de los estudios de patrimonio afectivo en el circuito anglosajón poco se problematizan las relaciones de poder en la catalogación patrimonial, pues se enfocan sobretodo en el estudio de museos y sitios memoriales, esto es “grandes monumentos”, dejando de lado tanto las pequeñas edificaciones de la cultura popular como aquellos edificios no catalogados patrimonio.

Si bien asumen el compromiso de generar un cambio en la posición política y ética de quienes visitan los sitios patrimoniales en el presente, buscando propiciar reacciones empáticas, solidaridad con experiencias pasadas traumáticas, y reconocimiento de historias de sufrimiento u opresión, la selección de ciertos espacios patrimoniales con base a su monumentalidad ha dado lugar a la elección de ciertas historias y eventos dignos de honrar mientras otros han quedado en las sombras. Por ello se considera pertinente colocar el foco de análisis no sólo en los visitantes sino en los habitantes, con el fin de recuperar sus propias historias.

Si en occidente la otredad cobra figura en lo oriental, la negritud, y la gente indígena, en un país como México la otredad la constituyen los pobres, los indígenas y la etnicidad, abarcando una gran variedad de cuerpos humanos: obreros, campesinos, ambulantes, indígenas que siempre han conformado las clases oprimidas. Una concepción no elitista del patrimonio, subrayada por Waisman, Canclini o Hall, obliga a mirar hacia cualquier edificio, cualquier cuerpo y cualquier población. Por ello la tercera consideración es fundamental, pues se debe ir más allá del paradigma representacional para visibilizar escenarios emocionales donde eventos del pasado relacionados con edificaciones no sólo presentes sino también ausentes continúan afectando, en el sentido más amplio, la relación con nosotros mismos, el otro y la nación.

Hasta este punto se ha expuesto el enfoque metodológico, explicando a qué nos referimos al hablar de la dimensión afectivo emocional de lo arquitectónico. A continuación se argumenta por qué las intervenciones urbano arquitectónicas no pueden ser pensadas como eventos neutrales, sino como dispositivos de control mental y poblacional dentro del marco de las guerras culturales. Para ello, se parte de la contextualización de la coyuntura económica que significó el paso del modelo de industrialización de mediados del siglo XX al modelo neoliberal, subrayando cómo esta transformación geoeconómica fue acompañada de una refundación del sujeto, en donde las intervenciones urbano arquitectónicas han tenido un papel estratégico.

DESINDUSTRIALIZACIÓN A PARTIR DE LAS GUERRAS DE 4^a GENERACIÓN

“Hay una guerra de clases, de acuerdo, pero es la mía, la de los ricos, la que está haciendo esa guerra y vamos ganando” (Warren Buffet, 2006, New York Times)

“Lo que se “gana” en niveles tácticos y físicos podría perderse en niveles operacionales, estratégicos, mentales y morales, donde la guerra de cuarta generación es decidida” (W. S. Lind, 1989)

Con el fin de argumentar que los espacios post industriales, espacios obsoletos al quedar como remanentes del previo orden mundial o modelo keynesiano al interior de muchas ciudades mexicanas, junto con las comunidades obreras que los habitaban, han sido un blanco de ataque de lo que, autores como W. S. Lind y M. Van Creveld, han definido como guerra de cuarta generación, guerra cultural, psicológica o de baja intensidad, se piensa la desindustrialización situándola en el contexto posterior a la guerra fría¹⁰ y la reestructuración capitalista ubicada en la década del 70 en América Latina. Estas espacialidades, algunas hoy consideradas patrimonio ur-

10. En el primer capítulo se profundiza en las relaciones que existieron entre los sindicatos obreros, el comunismo y la guerra ideológica de Estados Unidos. Se entienden las comunidades obreras como comunidades emocionales, cuyas normas emocionales comenzaron a transformarse de la mano con la refundación del capitalismo.

bano y arquitectónico, han sido paulatinamente atacadas por determinados grupos de políticos y empresarios con poder que han logrado normalizar nuevos modos de vida, modificando normas morales y códigos de conducta en detrimento de las familias de la clase trabajadora obrera-campesina que las habita. Es decir, se trata de una disputa por el patrimonio en la que subyace una disputa por el control espacial y poblacional.

El fin del siglo XX estuvo marcado por el abandono del capitalismo keynesiano y el Estado Benefactor, y la reorientación neoliberal junto con la expansión del capitalismo a través del continente europeo hacia los antiguos países soviéticos. De acuerdo con María J. Rodríguez (2010: 3) tras la publicitada caída del muro de Berlín y la retórica que exaltaba el fin de la guerra fría y la superación del conflicto este-oeste, lo que en realidad estaba aconteciendo era una reorganización de la geopolítica y geoconomía del capital a escala planetaria. Esta reorganización económica implicó una transformación a nivel espacial que, para el caso de las fábricas textiles en México, redundó en el abandono de las viejas construcciones ubicadas en diferentes puntos del territorio nacional, hacia una concentración de nuevas fábricas del tipo maquilas que se ubicaron en la frontera norte entre México y Estados Unidos. Movimiento geoeconómico desencadenado por el NAFTA y el TLCAN.

La desindustrialización que vivían los países latinoamericanos a finales de los 90 es señalada como una de las nueve amenazas a la seguridad de Estados Unidos en el documento Santa Fé IV (2000)¹¹. En dicho documento se describe cómo ocurrió el proceso de desindustrialización. Se apunta que en 1982 la Iniciativa de la Cuenca del Caribe (CBI), la cual buscaba unir a las repúblicas del mar interior y América Central en una Asociación de Libre Comercio con Estados Unidos, atrajo a numerosos empresarios norteamericanos a invertir en operaciones textiles, de indumentaria y montaje en dichas zonas. En 1994 el TLCAN cambió la situación propiciando el abandono del CBI. Las causas principales de este abandono fueron el bajo costo de la mano de obra y la proximidad con el mercado norteamericano que ofrecía la apertura de la frontera entre México y Estados Unidos. Ello desencadenó que los inversores norteamericanos y asiáticos trasladaran sus

11. Los documentos Santa Fé son documentos redactados por cuerpos de seguridad especial de Estados Unidos, como el Comité de Santa Fé, grupo de derecha, en la ciudad de Santa Fé, Nuevo México, entre 1980 y 1986. En éstos se asienta una serie de medidas que deberán ser ejecutadas por el presidente estadounidense en turno y que definen su política de actuación para la dominación de toda América Latina.

operaciones de indumentaria y textiles a las maquiladoras de México¹², concentrándolas a lo largo de la frontera que va del Golfo de México al Pacífico.

Si bien este movimiento produjo alrededor de un millón de empleos para nuevos obreros (Santa Fe IV, 2000), el desempleo aumentó intensamente en las demás zonas del país pues las fábricas textiles allí ubicadas quedaron obsoletas, quebraron y se vieron forzadas a cerrar. En 1984 los desempleados de la industria textil llegaban a 40,000 (Proceso, 1984; Guzmán & Aboites, 1992). Entre 1990 y 1995, ya puesto en marcha el TLCAN, se sumaron otros 28,026 obreros que perdieron su empleo (INEGI, 1996).

Desindustrialización

El término desindustrialización tiene diferentes acepciones. De manera general, hace referencia a la transferencia de fábricas, plantas fabriles y de montaje de una nación a otra¹³, buscando abaratar costos de mano de obra y de toda la cadena productiva. Los países occidentales que previamente habían tenido un progreso considerable en la industria, utilizaban, hacia la década de los 70, el término “industrializado” como sinónimo del desarrollo económico que había alcanzado un país (Tanoos, 2014: 445). No obstante, a partir de esta década estos mismos países acuñaron el término “país nuevamente industrializado” para referirse a los países que estaban expandiendo rápidamente su producción manufacturera (Gereffi, 2010). Más recientemente el término “industrializado” es una característica del llamado “gran despegue” (Naude & Szirmai, 2012: 2) de las naciones anteriormente subdesarrolladas que comienzan a ser industrializadas (Tanoos, 2014: 445).

12. Las devaluaciones del peso en 1993 y 1994 y la Iniciativa del Caribe que daba acceso preferencial a los productos fabricados en países latinoamericanos, contribuyeron a que México fuera una región atractiva para el abasto internacional de prendas de vestir. Debido a ello se propusieron las maquiladoras como iniciativa para la creación de empleos e incremento de la exportación. La ubicación de estas maquiladoras cerca de la frontera norte redujo los costos de logística, facilitando el acceso al mercado estadounidense. Véase Arroyo, M. P. y Cárcamo M. L. (2010) “La evolución histórica e importancia económica del sector textil y el vestido en México”.

13. Entre 1980 y 1990, la producción de la industria textil migró de los tres grandes fabricantes asiáticos: Hong-Kong, Taiwán y Corea del Sur, hacia un grupo de economías en desarrollo. Véase: Vera, G. & Vera, M. A. (2013) “La trayectoria tecnológica de la industria textil mexicana”.

Sin embargo, este término posee una interpretación diferente en el caso mexicano. Hay dos periodos en los que el país se industrializó: el porfiriato y el modelo de Sustitución de Importaciones.

Durante el porfiriato el progreso de las fábricas textiles se vio impulsado por el apoyo que daba el gobierno de Porfirio Díaz a los empresarios, quienes a cambio realizaban trabajos de infraestructura en cada región. Así dio inicio la primera modernización del país, manifestándose en múltiples escalas de transformación a la ciudad gestadas a partir del asentamiento de las fábricas. Una primera transformación consistió en hacer cambios a nivel territorial de manera tal que las fábricas pudieran contar con los recursos naturales suficientes para funcionar, principalmente agua y madera. El gobierno otorgó a los grupos de empresarios industriales¹⁴ las condonaciones y permisos para redirigir y alterar las corrientes de agua o explotar los bosques del entorno con tal de conseguir la madera para armar los galерones y telares. Galерones que albergarían la vivienda de la mano de obra. Una segunda transformación territorial se vio reflejada en el crecimiento de la ciudad y el trazado de las vías de comunicación. Las fábricas textiles del porfiriato fueron un nodo a partir del cual las ciudades se fueron conformando. Inicialmente se ubicaron en las periferias, pero el crecimiento de las ciudades las integró y sobrepasó. Actualmente suelen estar ubicadas en puntos centrales y bien conectados al interior de éstas. Ello debido a que el trazo inicial de la línea del ferrocarril fue pensado para conectar a las fábricas entre sí a lo largo del país, generando vías de comunicación que a la fecha se mantienen. En el caso de las fábricas textiles veracruzanas se convirtieron en puntos económicos centrales que conectaban la Ciudad de México con la salida al Golfo de México.

Una segunda industrialización aconteció entre 1940 y 1970, con la implementación del modelo de Sustitución de Importaciones, el cual buscó sustituir los artículos manufacturados de procedencia extranjera por productos y artículos manufacturados por la industria nacional. En este periodo el sector textil fue beneficiado por los subsidios que el gobierno otorgó para su crecimiento y desarrollo (Hernández & Galindo, 2006: 424). Como resultado, las antiguas fábricas del porfiriato fueron modernizadas

14. Un grupo importante de empresarios industriales, parte de la élite del gobierno de Porfirio Díaz, y que dieron origen al complejo industrial textil del Valle de Orizaba, fueron los franceses provenientes del valle del Barcelonnette, primeros propietarios de CIVSA (Compañía Industrial Veracruzana) y CIDOSA (Compañía Industrial de Orizaba) en Veracruz.

para albergar nueva maquinaria y cumplir con los nuevos procesos tecnológicos, mecanismos y sistemas de trabajo que la industria textil estaba aplicando. Las adecuaciones consistieron en la ampliación de salones, montaje de maquinaria nueva, reparación de goteras en losas, y construcción de nuevos cuartos para diferentes tipos de maquinaria, ello fue posible debido al apoyo monetario que otorgó la Nacional Financiera (NAFINSA).

Hacia la década de los 70 la industria textil se encontraba muy deteriorada, tenía un atraso tecnológico considerable y los empresarios carecían de interés por modernizar sus fábricas. Además, con la entrada en vigor del Acuerdo Multifibras (AMF) en 1974, el centro del suministro de la industria textil se movió desde Japón hacia Hong Kong, Taiwán y Corea del Sur, permitiéndole a estos tres países dominar las exportaciones mundiales textiles entre 1970 y 1980 (Vera & Vera, 2013: 165). Por otro lado, los nuevos avances tecnológicos, como el desarrollo de las fibras químicas no celulósicas —nylon y poliéster—, abrieron nuevas posibilidades a la fabricación de nuevos tejidos. No obstante, sólo los grandes consorcios internacionales pudieron adquirirlas puesto que sólo ellos contaban con la capacidad financiera para hacerlo (Hernández & Galindo, 2006: 425). Ello desbalanceó por completo a la industria textil mexicana.

El fracaso del modelo de Sustitución de Importaciones, la devaluación del peso en 1982, la puesta en marcha de las nuevas políticas neoliberales y el fenómeno de la globalización, llevaron al cierre de la mayor parte de las fábricas porfirianas entrada la década del 90. Al proceso descrito se le conoce como desindustrialización, proceso que aún continúa aunque no necesariamente haga referencia al cierre de las fábricas textiles del porfirato, sino al quiebre de cualquier industria a nivel global.

Como es evidente, la desindustrialización en México ha sido el resultado de movimientos geopolíticos, acuerdos y adopción de modelos económicos. Cuando aquí hablamos de espacios desindustrializados se está haciendo referencia a esos espacios que quedaron como remanentes de movimientos que se operaron a nivel global, son espacios que han materializado las consecuencias de operaciones geo-económicas, que sí tienen un territorio donde sus impactos son medibles, y que por ende, han afectado a comunidades que también son rastreables.

Guerras de cuarta generación

¿Cuál es el sentido de la guerra?. Apunta Elsa Blair (1993) que dentro del caos de la guerra siempre hay una estrategia organizada, es decir, no es un proceso irracional, ilógico o una locura colectiva, sino que siempre tiene un objetivo. Teóricos militares y militares de campo han hecho diversas categorizaciones sobre los tipos de guerra que han ocurrido a lo largo de la historia, las clasificaciones que más se conocen y que han sido frecuentemente abordadas por la academia son las de W. S. Lind (1989), Van Creveld (1991) y R. Bunker (1994). Estos autores coinciden en que el sentido de la guerra es perseguir el control de los recursos naturales y el control de la población.

Vale la pena recordar el contexto del año 89. Fue el momento de la caída del Muro de Berlín y el desmantelamiento de la URSS, el momento también de la lucha abierta e ideológica de cualquier asunto relacionado con el comunismo y con las distintas versiones de izquierda (Rodríguez, 2010). Por lo mismo, las estrategias globales de seguridad ya estaban en marcha, colocando a la cultura, mente y emociones como blanco estratégico para conseguir el control. En el texto “El rostro cambiante de la guerra: dentro de la cuarta generación”, Lind (1989: 23) señalaba: “La meta es colapsar al enemigo internamente en vez de destruirlo físicamente. Los blancos incluirán el apoyo de la población contra la guerra y la cultura del enemigo”. Proponía integrarse a la comunidad para conocer de lleno la cultura, modos de vida y lo necesario para penetrar las estructuras culturales de la población y lograr su control mediante su aceptación.

El objetivo de las guerras de cuarta generación es claro y conciso: “influir en las opiniones, emociones, actitudes y comportamientos [...] de tal manera que apoyen la realización de los objetivos nacionales” (Manual 1979). Para lograrlo se diseñan y ejecutan operaciones psicológicas, medidas capaces de moldear deliberadamente los sentimientos y convicciones sociales de un grupo poblacional:

“[las] Operaciones Psicológicas son operaciones planificadas para transmitir informaciones y evidencias seleccionadas a audiencias extranjeras, con el fin de influir en las emociones, los motivos, el razonamiento objetivo y, en últimas, el comportamiento de gobiernos, organizaciones, agrupaciones e individuos de otros países.” (Joint Chiefs of Staff, 2003:IX).

Para Van Creveld (1991), son guerras altamente violentas sin ser explícitamente armadas. Él les denomina conflictos de baja intensidad. Es la dimen-

sión humana donde las guerras de cuarta generación o de baja intensidad tienen lugar. En un manual de guerra del ejército colombiano de 1987 se lee lo siguiente: “la conquista de la mente del hombre, el control de sus actividades, el mejoramiento de su nivel de vida y su organización para defenderse contra amenazas, son respectivamente los objetivos de las operaciones psicológicas, de control, y de acción cívica” (EJC-3-10: 147). Es modificar la vida misma el objetivo de las nuevas operaciones militares y la cultura un medio para conseguirlo.

Su violencia reside en el ataque que ejecutan a la mente, emociones, comportamientos y hábitos, sin que la población sea consciente de éste, en cambio, son tan violentamente sigilosas como para lograr que la población acepte ser controlada. Por lo mismo, es una guerra invisible, que no está siendo registrada ni contabilizada, un tipo de guerra que se ha normalizado: “nos hemos acostumbrado a vivir, a convivir y a padecer niveles altísimos de violencia de muy distinta índole que ya no podemos enunciar como una violencia estructural del tipo de los 60’s” (Rodríguez, 2018).

Ante ello, resulta más apropiado hablar de un proceso de guerra de cuarta generación puesto que busca no necesariamente la muerte física del sujeto como su muerte psíquica y psicológica. Las guerras de cuarta generación no son las guerras del siglo XXI, sino que el ciclo comienza desde los 80 como una estrategia de capitalismo de guerra que camina a la par de la puesta en marcha de las políticas neoliberales para América Latina. “[P]olíticas que aparecen no como políticas contra la crisis, sino como proyectos de refundación del capitalismo, es decir, como proyectos de altísima concentración y con una intervención clarísima de transferencia de capital público a capital privado” (Rodríguez, 2018). Como es evidente, dicha refundación del capitalismo ha ido de la mano con una refundación del sujeto, para la cual se han emprendido múltiples estrategias de disciplinamiento y control que atacan al cuerpo humano en sus múltiples dimensiones, una de esas estrategias es el diseño e intervención urbano-arquitectónica.

Intervención urbana y arquitectónica: un dispositivo de operación psicológica

Si el control espacial y poblacional son los objetivos de una guerra de cuarta generación, luego, lo urbano-arquitectónico no es inocuo. Arquitectura es diseñar espacios, un diseño que implica organizar modos de vida, hábitos, actividades, predisponiendo estados de ánimo, comportamientos y reac-

ciones emocionales. Puede decirse entonces, que lo arquitectónico en tanto organiza y diseña espacios, diseña humanos también, cuerpos y mentes humanas. De manera semejante lo hace el urbanismo pero con el espacio urbano. El diseño urbano limita o permite experiencias espaciales, organizando formas de vida, de convivencia, contacto humano, en una casa, una calle, un barrio, colonia o ciudad. Lo urbano y arquitectónico devienen entonces medios de control.

Lo urbano-arquitectónico funciona también como mediación cultural, es decir, un medio que materializa, limita y permite el flujo de objetos culturales: materiales, diseños, mobiliario, técnicas. Al organizar dicho flujo actúa como operación psicológica pues dirige comportamientos, formas de vida, mentes e ideologías, puede cambiar hábitos y detonar otros. En pocas palabras, intervenir espacios mediante lo urbano-arquitectónico es modificar humanos, sus experiencias y contacto con otras vidas humanas. Es un dispositivo de control mental y poblacional.

El enemigo cambia: control espacial y poblacional de las comunidades obreras

En tanto los objetivos, operaciones y estrategias cambian, el enemigo también. En el Manual de Contrainsurgencia 100-20 de 1990, se advertía que la contrainsurgencia no se refería ni estaba pensada para operar contra los antiguos grupos guerrilleros sino contra pequeños grupos poblacionales: “Las insurgencias no son necesariamente grupos armados sino levantamientos populares que crecen, que a veces son conducidos a través de redes sociales preexistentes, como pueblos, familias, vecindarios, partidos políticos o religiosos que están en un espacio social y de información” (Kilcullen, 2010) que resulta estratégico. La ubicación geográfica de los complejos industriales textiles ha hecho del espacio de cada comunidad obrera, el espacio de la fábrica y la fábrica en sí, blancos estratégicos de interés para la circulación del capital privado. De allí el despliegue operacional que en torno a éstos se ha ejecutado.

La cultura obrera cimentada en una ideología comunista, caracterizada por un esfuerzo constante del trabajador por lograr mejores condiciones de trabajo, más conocimientos, mejores espacios de vida, acceso a la salud, fundada sobre una moral cívica y con valores comunes que los movió a la lucha, puede entonces ser considerada como un tipo de insurgencia. Al ser las grandes hectáreas que ocupan las fábricas abandonadas —al centro de



Imagen 6. Obreros de Ex fábrica Santa Rosa, Ciudad Mendoza, Orizaba. Desalojados de las instalaciones del complejo industrial por más de 100 policías. Periódico La Jornada Veracruz, (29 de diciembre del 2017). Consultado el 24 septiembre del 2018.

Fuente: http://www.jornadaveracruz.com.mx/Post.aspx?id=171229_082132_366.

ciudades mexicanas como Querétaro, Puebla, Xalapa, Nuevo León, Parras, u Orizaba— espacios de sumo interés para las élites y la reproducción del capital, la insurgencia obrera resulta un estorbo.

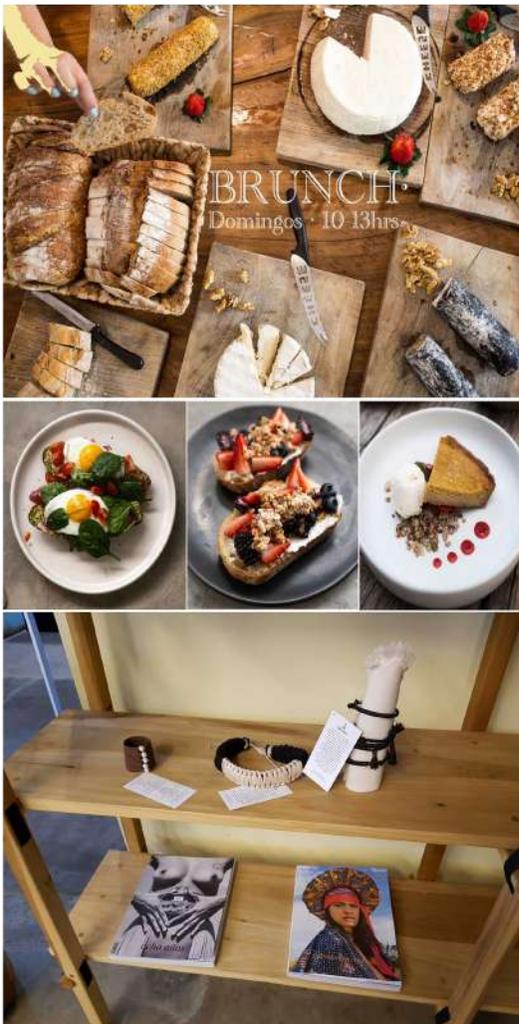
A continuación muestro un ejemplo de cómo a través del uso de la fuerza y la violación a los derechos humanos, grupos de poder han logrado obtener el control espacial y poblacional de las comunidades obreras.

El 28 de diciembre del 2017 llegaron alrededor de 100 elementos de la policía estatal para desalojar a ex trabajadores obreros que ocupaban las instalaciones de la fábrica textil Santa Rosa, Ciudad Mendoza, Orizaba (La Jornada, 2017) como única forma de reclamo de su liquidación laboral. Esta fábrica cerró en 1991, quedando en propiedad de los obreros a cambio de una liquidación que los empresarios se rehusaron a cubrir. Desde entonces, pese a frecuentes ofertas de compra-venta, los obreros se han negado a vender su parte. Sostener tal negativa los hizo el 28 de diciembre, víctimas de un desalojo forzado.

Las instalaciones de esta fábrica han sido de interés para varios grupos de empresarios, en el 2017, uno de estos grupos fue el que ordenó el desalojo. Semanas después, el 3 de febrero del 2018, la compra-venta de la fábrica ya había sido realizada (Formato Siete, 2018) (véase imagen 6).

Casos semejantes se multiplican a lo largo de México, desalojos reali-

GEOGRAFÍAS DE PLACER SOBRE GEOGRAFÍAS DE OPRESIÓN



EXPERIENCIAS AL
INTERIOR DE
FÁBRICAS INTERVENIDAS



ALREDEDORES DE
EX FÁBRICAS
INTERVENIDAS

Imagen 7. Sobreposición de geografías en espacios textiles postindustriales.
Elaborada con fotografías de Yuzzel Alcántara.

zados las últimas dos décadas en ex fábricas textiles como La Constancia, Mayorazgo, Hércules y Nogales, entre otras. Ex obreros habitaban y vivían en las instalaciones de las fábricas en espera de su liquidación, sin ser ésta pagada han sido forzados a desalojar por medio de elementos de la policía, presiones y amenazas de grupos de empresarios con la participación y apoyo del gobierno federal, estatal y municipal.

Desde mi perspectiva, estos eventos son parte de un ciclo de guerra de cuarta generación, iniciado en los 80, que ya ha logrado un control espacial a través de despojos y destrucciones, y un control poblacional ejecutado a través del ámbito emocional y mental. Como resultado, las comunidades obreras han sido despojadas de sus espacios de vida. Actualmente luchan contra la destrucción de su psique, cuerpo y mente, perseguida a través de la destrucción urbano-arquitectónica que ha modificado comportamientos, hábitos, modos de vida, normas morales y emocionales.

No es casual por lo tanto, que a cualquier visitante como yo que llega a la fábrica Hércules, Querétaro, con la expectativa y el deseo de ver la historia en sus muros, recorrer sus espacios o beber un nuevo tipo de producto como la cerveza artesanal, le resulte tan cotidiano y normal hacerlo, justamente porque a dicho comportamiento subyace una guerra cultural que desde hace décadas se ha venido operando en contra de un grupo poblacional al que se ha invisibilizado (véase imagen 7). Su cultura se ha buscado erosionar y demeritar a costa de una ocupación espacial que en muchos casos se ha logrado, y se ha logrado con la complicidad de otra gran parte de la población, donde un nuevo sujeto ha sido formado, uno funcional al aparato hegemónico. No es ilógico ni irracional asumir que la expulsión, el despojo y la destrucción sean hoy en día procesos totalmente despolitizados y neutralizados. Donde el rol de las emociones, como parte del aparato desplegado por las operaciones psicológicas de las guerras de cuarta generación, haya sido crucial en lograr el control bajo aceptación de la población.

ORGANIZACIÓN CAPITULAR

El texto se organiza en tres partes, cada una aborda un tipo de evento urbano-arquitectónico en donde interviene lo patrimonial: despojo, destrucción y defensa. Cada evento ha alterado la recepción corporal del patrimonio: la Ex Fábrica de San Bruno.

En el primer capítulo se explica el proceso de construcción del cuerpo-mente obrero así como el proceso de construcción de su espacialidad industrial, conformando una comunidad emocional obrera que habitó dicho espacio durante todo el siglo XX. Se muestra el panorama previo a la cuarta guerra, donde el edificio de la fábrica dirigió y organizó la vida emocional, sensibilidades y sentimientos del barrio. Antes de que las transformaciones urbano-arquitectónicas se desencadenaran a inicios de los 80, la pregunta que se busca responder en este capítulo es: ¿Qué cuerpo-mente obrero y comunidad emocional habitó el espacio industrial textil antes de ser despojados y destruidos por una guerra de baja intensidad?.

En un segundo capítulo la reflexión se posiciona sobre el espacio urbano. Da cuenta de cómo el despojo y serie de pérdidas espaciales y urbano-arquitectónicas han sido sentidas con el cuerpo, perturbando sus memorias corporeizadas, conduciendo a los habitantes a vivir en melancolía como recurso político emocional para no dejar ir lo perdido. En esta sección se hace una historia de la experiencia urbana comprendida entre 1980 al 2018, señalando los eventos que han modificado la experiencia espacial del barrio obrero de San Bruno. Se aborda la emergencia de un nuevo sujeto, un pobre más pobre, el primer fenómeno de invasión de terrenos en Xalapa, la precarización de la zona norte en esta ciudad y el surgimiento de asentamientos “irregulares”, con el fin de mostrar cómo el poblamiento de la zona donde se ubica San Bruno, ha cambiado las normas emocionales, hábitos y formas de vida de una comunidad que cada vez queda más restringida espacialmente. Estos cambios a nivel espacial han generado conflictos de tipo emocional. Los habitantes han reaccionado con melancolía y una distribución de la culpa ante las pérdidas espaciales que han experimentado a lo largo de las décadas señaladas. Ello ha cambiado comportamientos, produciendo dos nuevos cuerpos: cuerpo excluido y cuerpo sin voz. La pregunta que atraviesa este capítulo es: ¿Cómo una cuarta guerra ha alterado la experiencia espacial, corporal, sensibilidades y normas emocionales de espacios urbano-arquitectónicos donde el despojo es el evento que sucede con mayor frecuencia?, ¿cómo es sentido corporalmente el despojo y qué efectos espaciales, emocionales y corporales deja?.

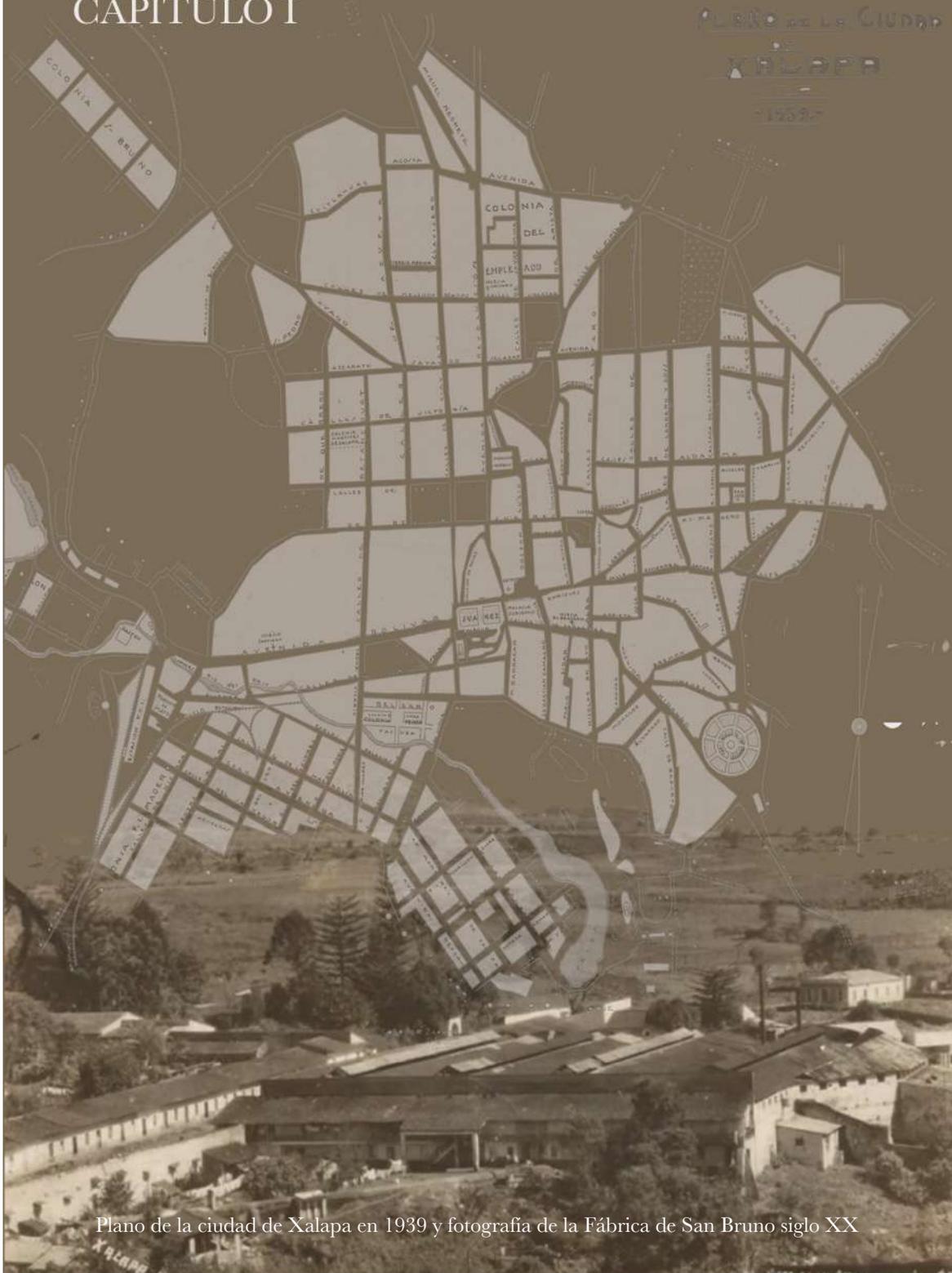
En el tercer capítulo la investigación se enfoca en el espacio arquitectónico de la fábrica de San Bruno, mostrando el impacto que tiene la fábrica destruida en la vida psicológica y emocional de esta comunidad. Destrucción y defensa son los eventos que guían la reflexión respecto a las reacciones que ambos detonan a nivel corporal. Se cuestiona la manera en

la que el patrimonio industrial ha sido definido y estudiado omitiendo al cuerpo humano en sus teorizaciones, mostrando el por qué debe ser reivindicado el cuerpo si se busca impulsar sentimientos de pertenencia, inclusión y comunidades empáticas en espacios postindustriales. Se estudia la ruina como arquitectura afectiva mostrando cómo desde la destrucción continúa movilizándolo al cuerpo y detonando reacciones emocionales ambivalentes. Reacciones fisiológicas que requieren ser estabilizadas mediante un trabajo afectivo emocional que gradúe la capacidad afectiva de los restos materiales sobre el cuerpo. Como herramienta gráfica se utilizan cartografías afectivas como registros de lo que la espacialidad arquitectónica textil dejó impregnado en los cuerpos y mentes obreros: atmósferas corporeizadas, recorridos espaciales, cicatrices inscripciones corporales, sueños inscripciones mentales, espacios densos y restos arquitectónicos. Dichas corporeizaciones conforman la infraestructura afectiva que sostiene los significados y representaciones, misma infraestructura que detonó y después paralizó el evento de defensa patrimonial de la ex fábrica. ¿Cómo actúan los restos espaciales (ruinas) de una cuarta guerra que permanecen en la memoria corporal del humano (sensorial de los cuerpos) en el trazo de nuevos límites espaciales?. ¿Qué fronteras afectivas un cuerpo se ve obligado a trazar para vivir con la destrucción de lo arquitectónico corporeizado?, son las preguntas que se responden a lo largo del tercer capítulo.

Finalmente se concluye con una propuesta de tres cambios que resulta pertinente realizar en la teorización y gestión patrimonial del patrimonio industrial, ello con el fin de romper ciclos de subordinación y desempoderamiento de las comunidades obreras. Dichos cambios apelan por hacer visible y politizar los abusos cometidos a la fecha. Se piensa deben guiar el diseño arquitectónico y museográfico de las intervenciones al patrimonio industrial en conjunción con un trabajo afectivo emocional para el reconocimiento y reparación de las experiencias de despojo y destrucción que los habitantes de San Bruno han tenido que enfrentar a costa de las transformaciones urbano-arquitectónicas de la ciudad de Xalapa.

CAPÍTULO I

PLANO DE LA CIUDAD
DE
XALAPA
1939



Plano de la ciudad de Xalapa en 1939 y fotografía de la Fábrica de San Bruno siglo XX

CONSTRUCCIÓN

Conformación de la espacialidad industrial textil

“La producción de la espacialidad o la “creación de geografías” comienza con el cuerpo, con la construcción del sujeto como entidad espacial implicada en una relación compleja con su entorno”

(Soja, citado por Aguilar, M. & Soto, P., 2013: 7)

Para que algo pueda ser destruido, antes tuvo que haberse construido. En el México posrevolucionario se moldearon cuerpos y mentes obreros conforme a una disciplina del trabajo. Se moldearon normas de expresión emocional, valorando el apoyo mutuo, solidaridad, protección política y compañerismo. Se regularon conductas como un cuerpo de aguante, sin vicios, ni fanatismos religiosos, sino laico, patriótico y trabajador. Este cuerpo-mente fue el obrero-campesino que habitó los espacios industriales textiles en México. Fue el colectivo obrero-campesino el que autoprodujo colonia y vivienda para tener un espacio urbano-arquitectónico que pudiese habitar y fuera sentido como propio. Espacio, cuerpo y emociones han estado entrelazados desde entonces, moldeándose mutuamente, manteniendo vínculos o desvaneciéndolos. Espacio, cuerpo y emociones se cohesionaron en una comunidad emocional obrera que modificó espacial y territorialmente la ciudad xalapeña a mediados del siglo XX.

I

¿Qué cuerpo-mente obrero y comunidad emocional habitó el espacio industrial textil antes de ser despojado y destruido por una guerra de baja intensidad?. ¿Cómo el espacio urbano-arquitectónico cohesionó emocionalmente a la comunidad obrera de San Bruno?

En este capítulo se rastrean los orígenes de la clase social obrera en el estado de Veracruz, utilizando el concepto de *comunidad emocional* propuesto por Barbara Rosenwein con el fin de mostrar la importancia del espacio geográfico y urbano arquitectónico en la conformación de la comunidad obrera del barrio de San Bruno.

CAMBIOS GEOGRÁFICOS PARA CREAR ESPACIO INDUSTRIAL

La cercanía al puerto veracruzano, la existencia de la línea del ferrocarril que conectaba al puerto con la ciudad de México, el pasado productivo de la región con las haciendas de azúcar, café, naranja, y tabaco, así como su geografía abundante en recurso hídrico, facilitaron la instalación y establecimiento de la industria textil en dos áreas del estado de Veracruz: Xalapa y Orizaba.

Xalapa se encuentra ubicada sobre un terreno muy accidentado entre dos cuencas: la del río Actopan y la del río de La Antigua. Dichas corrientes de agua descienden del Cofre de Perote. Por ello, en la geografía de Xalapa se implantó la industria cañera desde la Colonia y más tarde la textil en la segunda mitad del siglo XIX.

Hacia principios del siglo XX y hasta la tercera década del mismo, Xalapa estaría conformada por una pequeña mancha urbana rodeada de grandes extensiones de tierra de propiedad privada que pertenecían a las haciendas. Entre éstas, Molino de Pedreguera, Lucas Martín, La Orduña, Tuzamapan, Zimpizahua, El Castillo, El Lencero, Pacho y Las Ánimas, dedicadas, principalmente, al cultivo de maíz, café, caña de azúcar y cría de ganado. Algunas, como Lucas Martín y Molino de Pedreguera mantenían en funcionamiento pequeñas fábricas textiles, la fábrica de San Bruno se estableció dentro de los terrenos de la segunda.

Fábrica y fecha de fundación	Nombre del propietario y lugar de procedencia	Número de husos (1840-1843)	Río proveedor de agua
Industrial Xalapeña (1837)	José Wels y Mauricio Jones (ingleses establecidos en Veracruz)	2240 + 600	Santiago
Bella Unión (1838)	Mariano Domínguez y Bernardo Elías (xalapeños)	960 + 1500	Santiago
La Victoria (después La Probidad) (1838)	Manuel Faccio y Francisco Fernández (xalapeños)	600	Santiago
La Libertad (después San Bruno) (1841)	Bernardo Sayago y sucesores (naolinquenses)	1600 + 1200	Santiago
Lucas Martín (1842)	Manuel García Teruel (del puerto de Veracruz)	864 + 2200	Sedeño

Tabla 1.1. Fábricas instaladas en la región veracruzana a mediados del siglo XIX. Fuente: León, N. & Benítez, S. (1990) "Los antagonismos empresariales de Xalapa en el siglo XIX" y Florescano, S. (1989) "El agua y la industrialización de Xalapa y la región durante el siglo XIX", en *La Palabra y el Hombre*, núm. 70.

Apunta León (1990: 80) que el hecho de que Antonio López de Santa Anna haya sido veracruzano y oriundo de Xalapa influyó para que la región fuese reconocida como punto clave para impulsar la economía de un país naciente. En uno de los gobiernos santanistas, el ideólogo Lucas Alamán propuso establecer la industria textil en México con el objetivo de reforzar su economía. Así, entre 1837 y 1842, los empresarios y comerciantes, algunos con capital propio y otros con el apoyo crediticio del Banco de Avío instalaron cinco fábricas en los suburbios del poniente de Xalapa (ver tabla 1.1).

Cuatro de las cinco fábricas textiles se asentaron al poniente de la ciudad, a un costado del río Santiago y varios manantiales, entre ellas la fábrica textil San Bruno. Para generar energía eléctrica, el agua fue concentrada con represas y acueductos para hacerla capaz de mover constantemente las turbinas, tanto de las fábricas como de los ingenios que existían. El hecho de que la mayoría de las fábricas se haya abastecido del mismo río y que la población xalapeña se hubiese duplicado de 5,195 habitantes en 1816 a 10,628 en 1832 –año del despegue industrial– propició la escasez de agua en los barrios de Santiago y del Calvario (León, 1990: 82). Al sentir los efectos de dicha sequía, los empresarios textiles presentaron un proyecto al

gobierno municipal para canalizar las aguas de algunos manantiales que descendían del Cofre de Perote (Florescano, s/a). Ello con el fin de aumentar el caudal del río Santiago. Dentro del grupo de dichos empresarios figuraba Bernardo Sayago, primer propietario de la fábrica La Libertad –después San Bruno. La realización de este proyecto, argumentaban, aumentaría la producción de las cuatro fábricas, tanto en época de lluvias como de sequía, lo cual les permitiría aumentar el número de husos que para ese entonces sumaba 5000. A su vez, abriría más fuentes de trabajo. Bajo dichos argumentos, los empresarios lograron establecer un convenio con el Ayuntamiento, iniciándose así los trabajos de canalización de las aguas del río Pixquiac y la construcción de un acueducto que resolvería la escasez de agua y facilitaría el desarrollo de la industria textil en Xalapa (León, 1990: 83).

Hacia 1930, esta adecuación geográfica del territorio xalapeño propició la formación de asentamientos dispersos en relación con la ubicación de las fábricas textiles, tanto por el recurso hídrico, la contratación de mano de obra, como por el área de vivienda al interior o adjunta a la planta fabril con la que contaban las cinco fábricas xalapeñas. Estas zonas habitacionales obreras se localizaron relativamente alejadas de la ciudad. Sólo la fábrica San Bruno estuvo ubicada en la parte occidental de Xalapa, integrada para esta década a la mancha urbana.

La suma de estos factores cambió el panorama de crecimiento de la ciudad de Xalapa, pues este siguió el curso marcado por las fábricas textiles y por las principales vías de comunicación, como el camino a Coatepec, la vía y estación del ferrocarril, el camino a San Andrés Tlalnehuayocan, el camino antiguo a Naolinco, el camino antiguo a Chiltoyac y el camino al Castillo, espacios geográficos a donde tendió el poblamiento en la primera mitad del siglo XX.

La relación de amistad entre algunos empresarios textiles, como Bernardo Sayago, y Manuel Escandón, y la de este último con concesionarios del ferrocarril francés, llevó a impulsar la construcción del ferrocarril que uniera la región xalapeña, con la orizabeña y a ambas con la ciudad de México. Hacia la década del 70 ambas regiones eran fuertemente productivas, principalmente producían textiles, caña de azúcar y café.

Movimiento poblacional en la conformación de la clase obrera del porfiriato

La última década del siglo XIX y la primera del XX se caracterizaron por una gran movilidad de la población. Durante estos años se llevaron a cabo grandes desplazamientos de inmigrantes que se trasladaban desde sus regiones natales hasta otras cercanas o distantes, en busca de una vida diferente a la que les ofrecían sus economías locales (Aguirre, 1978).

Entre otros, se distinguen los movimientos de los mineros de los viejos reales de minas, ya abandonados en el centro de México, que subían a los recién abiertos minerales de Sonora. Los jornaleros mixtecos de las sierras altas de Oaxaca que bajaron al trópico veracruzano al corte de tabaco. Los queretanos que se dirigieron al valle de Orizaba para trabajar en las fábricas textiles. Los trabajadores de la Huasteca Veracruzana que fueron a las fincas de henequén de Yucatán.

Los movimientos de migración tuvieron dos reacciones, tanto la recepción de nuevos habitantes como la expulsión de mano de obra. Así, el grueso de la población que dejó su entidad procedía de ocho estados: Estado de México, Guanajuato, Jalisco, Puebla, Michoacán, Hidalgo, Zacatecas y San Luis Potosí. Los migrantes emigraron del México central –región con mayor densidad de población durante el régimen colonial y la primera parte del siglo XIX–, hacia las áreas antes mencionadas.

A la luz de estos movimientos se fue conformando un nuevo mapa poblacional de la mano con la formación de una nueva clase obrera que obedecía al nuevo periodo de crecimiento económico de finales del siglo XIX.

García (1990) destaca algunos atributos de este nuevo proletariado en ciernes. Señala que dentro de éste existió un sector semicampesino minoritario que coexistió en las fábricas textiles con aquellos operarios que ingresaban directamente del campo a la fábrica y que vivían la actividad textil como una posibilidad de rehabilitar su economía campesina. Solían combinar sus labores agrícolas e industriales de acuerdo a los ritmos de la agricultura y a las órdenes del propietario textil –que en muchos casos era al mismo tiempo hacendado. Dichos núcleos precursores del primer proletariado moderno del país fueron, en periodos de crisis, bastante sensibles a la agitación y tuvieron capacidad para ampliar sus protestas más allá de los límites del pequeño número que representaban.

Este grupo de obreros –que comenzó a formarse entre 1860 y 1870– se fortaleció con la expansión y auge de la industria a finales del siglo XIX e inicios del XX.

El nuevo mapa social y espacial fue reforzado por la circulación constante del ferrocarril. Los trenes no sólo hacían posible la difusión de las ofertas de trabajo, sino que también disminuían los impactos psicológicos de la separación del hogar y de la familia para muchos de los inmigrantes, debido a la gran velocidad con la cual conectaban una zona con otra.

Considerando estas fechas como el origen de la clase obrera, se puede hablar entonces de un proletariado joven, tanto biológicamente, por su edad, como socialmente por su reciente pasado industrial. Fue este grupo el que se encargó informalmente de integrar a los obreros recién llegados a la industria textil transmitiéndoles los hábitos cotidianos del comportamiento obrero. Les enseñaron cómo adquirir un concepto urbano del tiempo a partir de las sirenas de la fábrica y el sonido del chachuaco. Algunos de estos obreros asumirían abiertamente la función de promotores del orden y la sobriedad entre la multitud de inmigrantes (García, 1990: 55).

Lo que estas consideraciones hacen evidente es la capacidad que tuvo la industria textil, a finales del siglo XIX e inicios del XX, para crear una nueva conformación socio-espacial del territorio mexicano, teniendo a las fábricas como los espacios de agrupación de los obreros, y a los obreros como parte de un incipiente proletariado.

COMUNIDAD EMOCIONAL: CUERPOS-MENTE OBREROS Y ESPACIO URBANO-ARQUITECTÓNICO INDUSTRIAL TEXTIL

La llegada de esta nueva población de mano de obra a núcleos espaciales industriales repartidos por el territorio mexicano, daría paso a la conformación de nuevas comunidades emocionales cohesionadas espacialmente. En las siguientes dos secciones se piensa el caso San Bruno bajo la categoría comunidad emocional, recuperando el rol del espacio como herramienta clave para la cohesión emocional del barrio obrero de San Bruno.

Para Rosenwein (2006: 2) una comunidad emocional es un grupo de gente que se adhiere a las mismas normas de expresión emocional, otorgándole un valor, acordado implícitamente de manera común, a ciertas emociones o devaluando otras. En este sentido, es la norma emocional la que aglutina individuos en una comunidad. “Las emociones que ellos valoran, desprestigian, o ignoran; la naturaleza de los lazos afectivos entre la gente que ellos reconocen; y los modos de expresión emocional que ellos esperan, impulsan, toleran y deploran” (Rosenwein, 2006: 11).

La idea de grupos cohesionados por una norma emocional ha sido retomada para aportar perspectivas diferentes a los estudios de clase obrera. Arbaiza (2015) considera, por ejemplo, que el éxito del socialismo en España y el surgimiento de la clase obrera a finales del siglo XIX se debió a la capacidad que tuvo el primero de dialogar con una comunidad emocional que se estaba gestando a raíz de la crisis política y económica de esa época. Desde otro ángulo, pero también cuestionando el fenómeno del socialismo en España, Hidalgo (2017: 19) analizó la “conciencia de clase” desde las emociones, reconociendo que la clase obrera estaba apuntalada por una norma emocional: la defensa de un código de dignidad, la búsqueda de metas en común y expresiones emocionales específicas.

No es el propósito de este texto rastrear los orígenes de la clase obrera en México, pero sí la influencia que tuvo el proyecto biopolítico posrevolucionario, denominado por Urías (2015) “programa de ingeniería social”. Si bien se llevó a cabo a nivel nacional y pudo no haber llegado a muchos sitios del país, sí tuvo un impacto en el disciplinamiento y modulación de una norma emocional que moldeó cuerpos-mente en San Bruno. Dicho proyecto biopolítico le fue útil al régimen de gobierno entrante para conseguir la integración nacional en las postrimerías de la revolución mexicana, y permaneció regulando cuerpos-mentes obreros en generaciones posteriores. Es mi hipótesis que dichos cuerpos-mente dejaron de ser funcionales en la década del 70 al 80, pues las políticas de liberalización económica requerían de otros cuerpos-mentes obreros útiles para los nuevos modelos de empresas, fábricas e industria, que llegaron a México alrededor de los 90. Se toma la investigación que ha hecho Urías sobre este tema para dar cuenta de la construcción del cuerpo-mente obrero, su mentalidad, sus comportamientos y normas emocionales.

Construcción del cuerpo-mente obrero

De acuerdo con Rosenwein “[Las] comunidades emocionales no ascienden simplemente porque ganan poder político sino porque sus estilos emocionales se adecúan a ciertas formas de poder y modos de vida en ciertos tiempo” (2006: 202). Esta idea conduce a pensar que el modo particular de vida de la comunidad emocional obrera de San Bruno y el poder político que tuvo, impulsado por su sindicato, se ajustó a cierta forma de poder anclada a cierto tiempo. Es aquí donde los estudios de Urías aportan bases

importantes para entender a qué forma de poder le fueron útiles los comportamientos, mentalidades y estilos de vida de la comunidad obrera de San Bruno.

Señala Urías que al término de la revolución el Estado diseñó un programa biopolítico de “ingeniería social” con el propósito de construir una sociedad renovada y unificada por medio de la integración y la depuración racial de todos sus integrantes. Ello generó nuevos patrones de uniformidad y normalidad que, avalados por la academia –medicina, antropología, criminología, demografía–, tuvieron como fin explícito “mejorar” a la población y despojarla de viejos “atavismos” (Urías, 2015: 39-41). Esos viejos atavismos eran los vicios, los malos hábitos, las taras sociales y el fanatismo religioso que se pretendían erradicar mediante la transformación de la mentalidad, la fisiología y la moral. Una de las opciones: la constitución de una nueva disciplina del trabajo (Lutz, 2007: 178).

El Estado requería de un control sobre las masas que le diera estabilidad a la Nación además de que asegurara la no-insurgencia del pueblo. Para Urías (2005, 2015) fueron los sindicatos obrero-campesinos la herramienta clave para instaurar la nueva disciplina del trabajo a la vez que se ejercía el control de las masas:

“El razonamiento esgrimido en este sentido por la nueva clase política fue que el sujeto que había sido el motor del proceso revolucionario debía reorientarse hacia el trabajo y los valores patriótico-familiares, ya que esto permitiría construir una nueva sociedad de trabajadores-ciudadanos encuadrados dentro de un orden corporativo, verticalista y autoritario” (Urías, 2015: 42)

El espacio de la fábrica fue el lugar donde dicho disciplinamiento se llevó a cabo: “la fábrica fue una escuela que nos enseñó a ser disciplinados, a respetar los valores de puntualidad, de asistencia, y pues nos enseñaron a ser organizados”. “Teníamos que traer el pelo bien recogido, no se nos dejaba entrar con huaraches, también nos enseñaron a dejar el vicio”. Estas normas tuvieron su respuesta emocional, pues se tradujeron en amor a la actividad que desempeñaban, solidaridad y ayuda mutua para llevar a cabo las tareas de producción. “Debíamos conservar la buena armonía con los compañeros dentro y fuera de la fábrica”. Era normal que “todos trajeran sus desarmadores, pinzas, rondanas, chavetas y todo”. Se fueron moldeando comportamientos y prácticas de habitar tanto la fábrica como el espacio urbano de la comunidad.

La disciplina del trabajo moldeó un nuevo cuerpo: un cuerpo de aguante. Obreros sanbrunenses entrevistados expresaron líneas como las siguientes: “en aquellos tiempos había que trabajar” (Al Que Temieron, 2018), “hace años había que trabajar, no había de otra” (El Decepcionado, 2018), “tu tenías que trabajar, ahí no había nada de que me siento o que voy a fumar, o que voy al baño, no, había que estar al 100, al 100 trabajando” (El De Buena Fé, 2018). Se forjó un cuerpo-mente capaz de soportar largas jornadas de trabajo sin opción a desistir: “trabajaba yo a veces de las 9 y media de la noche a las 6 o 9 de la mañana, había veces que eran las 6 o 9 y no había hora. Ya después ascendí a maestro, y ya ahí hasta aguantar” (El Jefe Del Recuerdo, 2018).

Paralelamente al disciplinamiento del cuerpo se construyó una higiene mental. El objetivo principal consistía en transformar la mentalidad, las psicologías o las conciencias de los ciudadanos mediante la elevación del nivel educativo, el fomento de una nueva cultura, y el fomento de los valores laicos con una orientación patriótica y familiar (Urías, 2015: 40). Siendo las organizaciones sindicales el medio ideal para llegar a las masas, en San Bruno, el sindicato se encargó de higienizar las mentalidades de los campesinos y obreros a través de actividades educativas y culturales. Uno de los medios para lograrlo fue la Escuela Mártires 28 de Agosto, a la cual todos los obreros y campesinos que laboraban en la fábrica tenían que asistir por obligación. Los eventos culturales y educativos funcionaban para modular el “aguante” del cuerpo al combinar trabajo con actividad cultural: “desde que entrábamos de aprendices unos se iban al deporte, otros se iban a aprender solfeo, otros a la banda de guerra, pero todos, todos, todos, teníamos, aparte de nuestro trabajo, que prestar servicio al sindicato y asistir a la escuela” (El Sobreviviente Leal, 14 de abril del 2018).

En la Escuela para obreros en San Bruno, como en otras a lo largo de todo el país, se impuso la educación racionalista inspirada en las ideas del anarquista español Francisco Ferrer Guardia (Urías, 2005: 293). No es casualidad que la primera colonia formada para dar vivienda a los obreros de San Bruno llevara éste por nombre. La enseñanza racionalista se trataba, apunta Lutz de “un proceso de construcción de un hombre nuevo cuyas características eran el varón mestizo, de modales sanos, esposo y padre de familia, trabajador comprometido y sindicalizado, ciudadano militante del partido en el poder” (Lutz, 2007: 180).

Mencionan los obreros de San Bruno en un libro escrito por ellos: “este Sindicato declara que invariablemente estará en franca colaboración con

los gobiernos emanados de la Revolución que han demostrado con realidades los anhelos de los trabajadores y del pueblo”. Para Urías esta relación gobierno-trabajadores le fue conveniente a ambas partes pues mientras que al primero le otorgaba estabilidad, al segundo le otorgaba posibilidades de ascenso económico y social con cierta injerencia en las acciones del gobierno. Durante el periodo inmediato posrevolucionario en Veracruz: “Las relaciones de San Bruno con el gobernador eran inmejorables pues además de las dotaciones, sus agremiados resultaron beneficiados con la Ley de Enfermedades Profesionales y no Profesionales. Al igual que los sindicatos de Orizaba, San Bruno patentizaba su apoyo a la política del gobernador Adalberto Tejeda” (Domínguez, s/a, 227). Así, este tipo de relación sostuvo cierto tipo de comportamientos y prácticas que moldearon los cuerpos-mentales obreros necesarios para la nueva sociedad. Una nueva sociedad que comenzó a construirse en la década del 20, se materializó en la década del 30¹⁵ (Lutz, 2007: 179), pero continuó vigente décadas posteriores del siglo XX.

El cuerpo de aguante, los comportamientos de solidaridad y amor al trabajo, y la nueva mentalidad sin vicios y orientada a la educación laica, familiar, cultural y deportiva, definieron normas emocionales al interior del colectivo obrero. Posterior al movimiento armado revolucionario y a lo largo de los años venideros, los obreros consolidaron la organización del Sindicato Emancipador Revolucionario de Obreros de San Bruno, que alrededor de los treinta albergó un grupo de ideólogos y obreros comunistas rusos y se afilió al Partido Comunista Mexicano PCM.

A través del sindicato, la comunidad obrera jerarquizó sensibilidades, emociones y metas de vida, a la vez que demeritaba otras. Expresaron en el libro escrito por obreros de San Bruno:

“nuestros compañeros sintiéndose cobijados bajo la sombra de este Sindicato han declinado las diferentes invitaciones que les han hecho algunas asociaciones de pensionados por el IMSS; y su decisión es de que mientras el Sindicato de San Bruno no los abandone, ellos seguirán bajo su amparo. Nuestros compañeros pensionados estiman en lo que vale la asesoría que se

15. En los años treinta del siglo XX, “el hombre nuevo” que construiría la nueva sociedad si bien era el desheredero de los fanatismos, los vicios y la cultura de sus antepasados, debía cultivarse y educarse para forjarse una nueva mentalidad. Dicha mentalidad fue encausada bajo la influencia de pensadores europeos y la experiencia de la revolución soviética. En los años 30 el proyecto de construcción de mentalidades ya estaba dando frutos. Véase Urías, B. (2005) “Retórica, Ficción y Espejismos: Tres imágenes del México Bolchevique (1920-1940)”.

le imparte en todos sus problemas [...] participan con nuestra agrupación en una demostración de su aprecio” (Guevara, Pérez, et. al, 1989: 61)

Puede verse cómo le atribuyen al sindicato términos emocionales. Lo presentan como un cuerpo que los mantiene protegidos y cohesionados. A su vez los alinea a dos normas, la primera a no abandonarlo, y la segunda a mostrarle aprecio. Si los textos ponen en circulación diferentes emociones que moldean comportamientos (Ahmed, 2014: 13), tanto el abandono como el aprecio performan compromiso y cuidado. El sentimiento de haber abandonado algo no es posible si previamente no se quiso, se amó, o se le invirtió energía sosteniendo un compromiso emocional con ese algo. De otra manera ese algo sólo se deja pero no se experimenta como abandono. El aprecio va en el mismo sentido, pero la posición que ocupa dentro del texto funciona como un condicionante: “el sindicato no abandona mientras ellos demuestren aprecio”, que equivaldría a “el sindicato los cuida mientras ellos le cuiden también”. Siguiendo estas ideas se presenta al sindicato como un cuerpo que requiere ser cuidado a la vez que él mismo tiene la capacidad de cuidar a quienes lo cuiden, esto habla de un tipo de cuidado que se construye en conjunto mediante conductas que como individuos mantendrán vinculados a los obreros, a la vez que los cuidarán también. En otras líneas señalan:

“Al trabajador textil se le ha regateado hasta el último centavo [...] Esto es, porque la industria textil está en manos de la iniciativa privada que piensa que si al trabajador se le da un salario a cambio de su trabajo, con eso deba conformarse y no pedir más, pero el trabajador está consciente de su valor” (Guevara, Pérez, et. al, 1989: 60-61)

Es decir, delimitan su colectividad sobre la diferenciación con la otredad, en este caso con la iniciativa privada. Ellos se están auto-valorando a través del distanciamiento hacia este “otro”, distanciamiento que delimita hasta dónde llega y a dónde ya no el colectivo al que pertenecen, a la vez que posicionan a ese “otro” como el lugar donde su valor se pone en duda. Retomando a Ahmed (2014), sería una forma de delinear la superficie de su cuerpo colectivo posicionando al otro como la fuente de su sentir, o mejor dicho, de su sensibilidad.

Para ser considerada una comunidad emocional, ésta no sólo tiene que compartir normas, comportamientos o sostener los mismos valores, sino que requiere también tener metas y modos de expresión (Rosenwein, 2006:

109). En el caso de San Bruno, el cuerpo sindical tenía objetivos claros a cumplir y uno de sus modos de expresión era el alzar la voz, el clamar por, y sobretodo el acto de lucha:

“Luchar por defender nuestros principios de redención [...] luchar porque al trabajador le sea dado el trato humano que le corresponde [...] luchar por su tranquilidad en el trabajo [...] buscar metas que garanticen la tranquilidad social y económica del trabajador y sus familiares” (Guevara, Pérez, et. al, 1989).

Objetivos que no se quedaban en el documento sino que detonaban eventos: “eran huelgas muy pesadas, días y días ahí para ganar las prestaciones que hoy gozan muchos a nivel nacional” (El Ajustador De Cuentas, 10 de Marzo del 2018).

Fábrica: un actor dentro del barrio obrero

San Bruno tiene sus orígenes en la instalación de la fábrica La Libertad, también llamada El Molino, en 1841 por el comerciante naolinqueño Bernardo Sayago. Se estableció en los terrenos pertenecientes a la Hacienda Molino de San Roque o Molino de Pedreguera. La fábrica estaba dedicada a la producción de piezas de hilaza para la elaboración de cordeles, mantas y telas estampadas, las cuales eran consumidas por los artesanos locales. Al inicio del siglo XX, la fábrica producía 14,000 piezas de mantas y en ella trabajaban 72 operadores hombres, 6 mujeres y 6 niños.

Como se observa en la imagen 1.2, la fábrica de San Bruno se ubicó en áreas deshabitadas de Xalapa, es decir sobre su periferia, no obstante conectada desde sus inicios con el centro de la ciudad. Pese a que en la imagen el paisaje circundante se observa aún sin asentamientos humanos, durante la segunda mitad del siglo XX éstos comenzarán a aparecer tras la conformación y construcción de las colonias obreras que conformarían el barrio de San Bruno: Francisco Ferrer Guardia y Obrero Campesina.

Hacia la segunda mitad del siglo XX, durante el modelo de sustitución de importaciones, vino una inversión federal para la modernización de la industria mexicana, entre ésta la industria textil. En 1953 el presidente de la República, Adolfo Ruiz Cortines, autorizó a la Nacional Financiera que operara la fábrica de San Bruno y la remodelara; durante este tiempo la fábrica permaneció cerrada. En 1954 la fábrica reinició labores una vez concluido

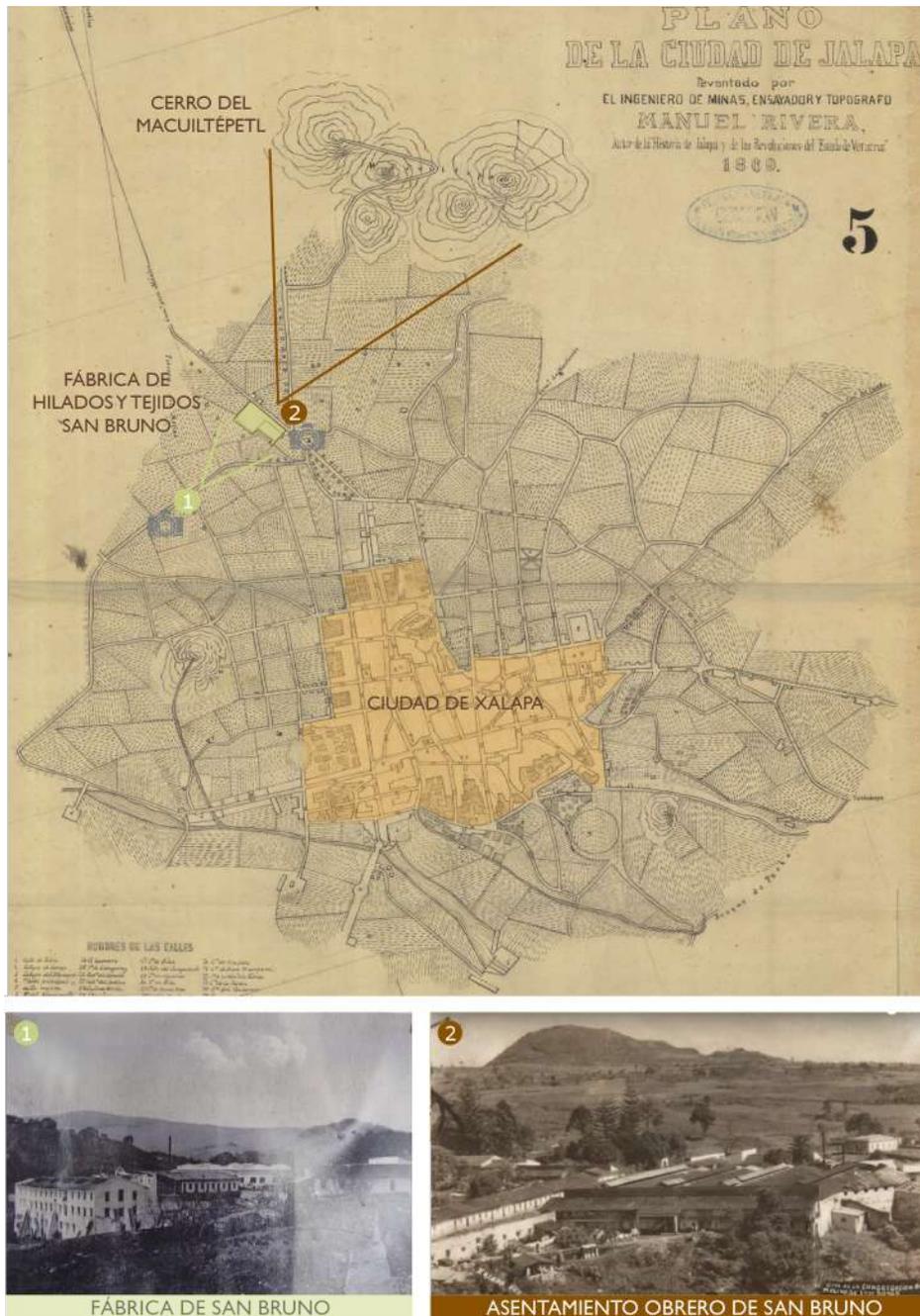


Imagen 1.2. Ubicación de la Fábrica de San Bruno en Plano de la Ciudad de Jalapa de 1869. Respecto al área habitada de Jalapa y el Cerro del Macuiltépetl. Elaborada por Yuzzel Alcántara con imágenes del AGEV.

el nuevo edificio de la fábrica (Guevara, Pérez et. al, 1989). Se montó nueva maquinaria como batientes, cardas, estiradores, veloces, trociles y telares, que requirieron menos mano de obra, muchos obreros fueron despedidos sin liquidación y otros se capacitaron para entender su manejo. El espacio que se modernizó fue el departamento de telares. Su ampliación se hizo sobre el espacio habitacional con el que contaban los obreros al interior de la fábrica, llamado “La bolsa del diablo”. Era un conjunto de dos pisos con viviendas de 4x4, sin muros divisorios al interior ni baño. En este espacio las familias obreras dormían, cocinaban y convivían. Los baños eran comunes y se ubicaban al centro de un patio limitado por la barda norte de la fábrica colindaba con la calle. Fue en “La bolsa del diablo” donde se formaron vínculos sociales, culturales y emocionales entre los habitantes. Todos se conocían, y se emparentaban entre las mismas familias. En La bolsa hacían convivencias los domingos y festejos tradicionales religiosos como posadas, día de todos los santos, o navidad. La destrucción de este conjunto habitacional agilizó el proceso de asentamiento de las colonias obreras al exterior de la fábrica. Ello requirió que el sindicato realizara los trámites ante el gobierno municipal para que los obreros pudiesen fraccionar el área urbana estipulada desde la dotación de tierras ejidales en 1923.

La fábrica fue un actor en la espacialidad obrera de San Bruno puesto que organizaba prácticas cotidianas de habitar. No era simplemente el motor económico de este lugar sino que dirigía la vivencia emocional espacial. La mayoría de los habitantes organizaba sus actividades cotidianas de acuerdo con los horarios que marcaba la fábrica. La fábrica movilizaba la dinámica del barrio:

“cuando era yo chiquillo, veía el pasadero en la tarde, en la noche, con las comidas y las cenas de los trabajadores. Todas las señoras, esposas de los obreros, hacían sus compras para que las comidas estuvieran listas a tiempo. A veces le pagaban a un muchachito que se ponía un palo a la espalda y ahí llevaba colgando los itacates de los obreros” (El Vecino Nostálgico, 17 de febrero del 2018)

Los habitantes se dirigían por el sonido del chacuaco y el sonido de los telares que se alcanzaban a escuchar desde las manzanas contiguas a la fábrica.

“Cuando sonaba el primer silbatazo ya me iba yo despertando, cuando sonaba el segundo sabía que en 15 minutos tenía que irme a la escuela, cuando

volvía a sonar sabía que tenía que estar saliendo de la casa o sino iba a llegar tarde a la escuela. O en las tardes igual, mi horario de comida era igual que el de la fábrica, a esa hora mi mamá ya le había mandado la comida a mi papá y se sentaba a darnos de comer a nosotros. Sonaba el silbato y a fuerza nos teníamos que sentar a comer. Nunca usamos reloj como ahora, el reloj era la fábrica.” (EL Vecino Nostálgico, 17 de febrero del 2018)

“Cómo recuerdo el golpeteo de los telares de cuando era niño. Como chamaco pues andaba correteando en las calles de terracería de por aquí, nos gustaba ir a la represa o al monte que quedaban más al norte de la fábrica, y cuando ya escuchábamos el ruido de los telares sabíamos que estábamos cerquita de la fábrica, tanto de ida como cuando volvíamos de la represa o el monte hacia nuestras casas” (El Niño Campirano, 16 de junio del 2018)

Puede decirse, que la fábrica fue un actor tanto en los ritmos de vida y las prácticas cotidianas de habitar como en la vivencia sensorial de San Bruno (véase imagen 1.3).

Conformación espacial urbano-arquitectónica

Elemento clave en la cohesión de esta comunidad emocional es su geografía. Si bien sólo se han señalado normas emocionales que cohesionaban al sindicato y colectivo de obreros, me interesa mostrar cómo dichas normas se hacían extensivas a la comunidad que habitaba el barrio obrero, en su mayoría, familiares de los mismos obreros. Normas emocionales que moldeaban la experiencia urbana, apuntaladas por la configuración espacial del barrio de San Bruno.

Desde inicios del siglo XX hasta la década de los 70, muchos campesinos originarios de otras partes del estado de Veracruz continuaron llegando a la fábrica de San Bruno a trabajar. Campesinos que después se convirtieron en obreros fueron los cuerpos que comenzaron a habitar los alrededores de la fábrica. En enero de 1921, una comisión de obreros y campesinos solicitó oficialmente que se fraccionaran las tierras pertenecientes a la Hacienda El Molino de San Roque. Tenían un deseo emocional: poseer espacio para habitar. Un deseo sostenido en sus objetivos de lucha por conseguir derechos habitacionales: “la tenencia de la tierra fue el objetivo del obrero y el campesino [...] el deseo de los trabajadores de poseer una parcela para cultivarla y un lote para construir su casa” (Guevara, Pérez, et. al, 1989: 60-61).

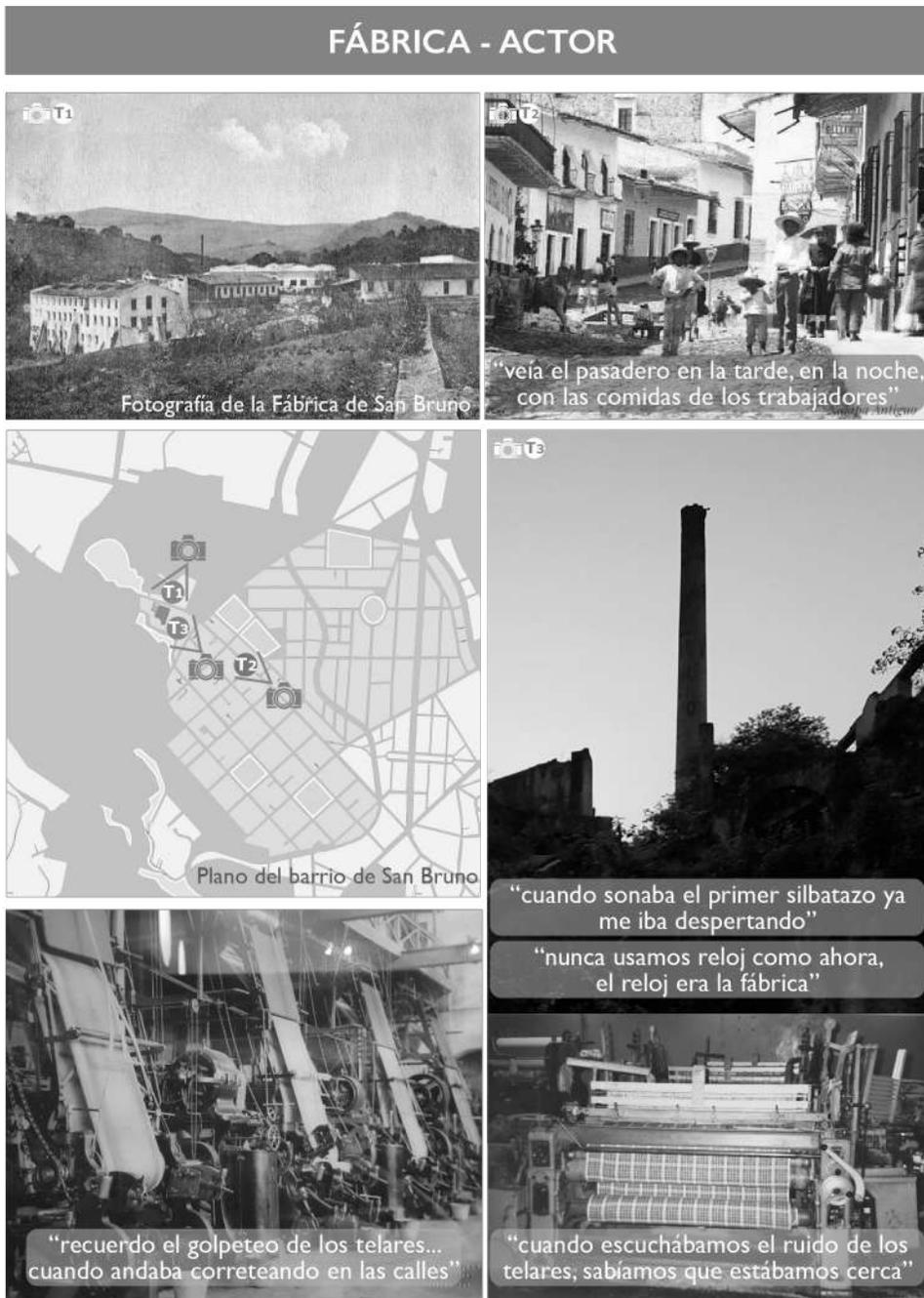


Imagen 1.3. Edificio de la fábrica, un actor dentro del barrio de San Bruno.
Elaboración propia con imágenes del AGEV y fotografías de la autora.

El 25 de octubre de 1923, el presidente Álvaro Obregón dio la resolución definitiva de otorgarles 553 hectáreas, un poco más de las 438 que el gobernador Adalberto Tejeda les había concedido (Domínguez, s/a, 227) (véase imagen 1.4). Ello les permitió a obreros y campesinos conformar el Ejido Molino de San Roque. Esta dualidad (obrero-campesino) hizo posible la transferencia de terrenos del ejido al sindicato. En posesión del sindicato, éste se encargaba de fraccionarlos y repartirlos, siempre cuidando que la repartición fuese equitativa: terrenos para cultivar y terrenos para construir.

Hacia la década del 30 la territorialidad de Xalapa había sido modificada en tanto las haciendas se habían fraccionado y los nuevos poseedores de terrenos, obreros textiles y campesinos de Xalapa, iniciarían la lotificación para construir vivienda. Lo anterior detonó los primeros eventos de gran escala en la autoproducción de vivienda en la ciudad de Xalapa. Hacia 1947 los obreros de San Bruno, apoyados por arquitectos que el sindicato había contratado, habían diseñado su propia colonia. La configuración espacial de la Colonia Francisco Ferrer Guardia aparece en la fecha señalada en un plano de la ciudad de Xalapa (véase imagen 1.5). Los orígenes del barrio quedaron plasmados en una descripción hecha por José Revueltas en su visita a Xalapa:

“una población obrera en las inmediaciones de Jalapa en torno al viejo y feo edificio de la fábrica textil, se agrupaban las viviendas de los trabajadores, pequeñas, blancas y de rojos tejados, formando una calle que no iba muy lejos, sino que se interrumpía en el paso a nivel del Ferrocarril interoceánico, por el rumbo de la ciudad y por lo opuesto hacia la fábrica, terminaba en una modesta presa de cemento a la que el Sindicato de Trabajadores bautizará con el nombre de Carlos Marx.” (1991: 75)

El 7 de octubre de 1956, el sindicato de San Bruno hizo la solicitud al Departamento Agrario y Colonización para la segunda ampliación de la zona urbana del ejido Molino de San Roque. Ello con el fin de otorgarle a cada trabajador de su organización un solar urbano en donde pudiera construir su casa habitación. Ante la falta de respuesta y dentro de los términos estipulados en la Ley Agraria, los ejidatarios y el sindicato de San Bruno emprendieron la tarea de poblar por completo el área que la Presidencia de la República había decretado como zona urbana. Lo anterior requirió que cada uno de los trabajadores obreros y campesinos participaran activamente en todo el proceso, tanto económica, mental corporal, y emocionalmente, respaldándose mutuamente para ejecutar el plan.

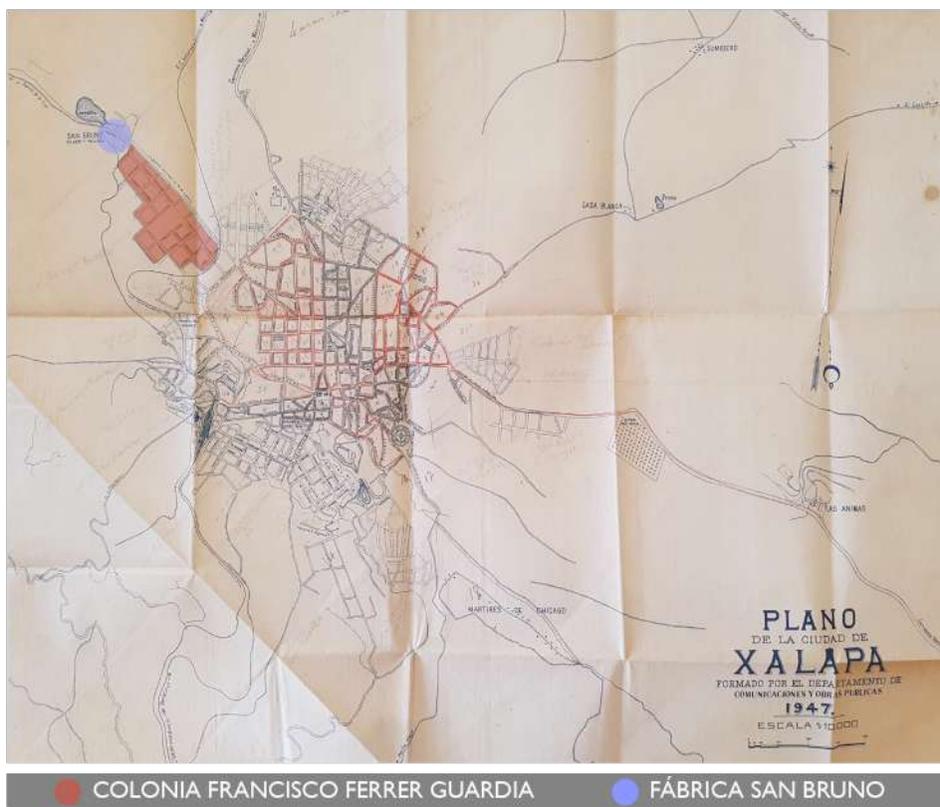


Imagen 1.5. Primeras manzanas con vivienda obrera que formaron la Colonia Francisco Ferrer Guardia al norponiente de Xalapa (1947). Delimitada al sureste por las vías del Ferrocarril Interoceánico y al poniente por el río Santiago. Fuente: Planoteca AGEV.

Había conductas aprendidas a través del sindicato y de la fábrica que facilitaban la cohesión de las familias de obreros, cuyo objetivo era el mismo, tener acceso a una vivienda propia. Disciplina, solidaridad, apoyo mutuo, valores familiares, y los principios obreros aprendidos en el contacto de éstos con ideologías comunistas en las primeras décadas del siglo XX, vincularon a los cuerpos obreros para sobreponerse a los intereses de otros grupos sociales con mayor poder.

El proceso de autoproducción de su colonia estuvo impulsado por una disputa espacial entre el gobierno, clases altas y clase obrera. Había grupos económicos con mayor influencia que ellos que querían apoderarse de la zona urbana donde las familias obreras planeaban asentarse. Estos grupos, en complicidad con el gobierno, pretendían adueñarse de los terrenos que

estaban destinados a los obreros. Alrededor de los 40, el gobierno había proyectado el crecimiento de la ciudad de Xalapa hacia la zona norponiente, lugar donde se ubicaba la comunidad de San Bruno. Se buscaba modernizar la ciudad a través de vías de comunicación, pavimentación de calles, construcción de avenidas, introducción de servicios públicos y construcción de obras de equipamiento encabezadas por autoridades estatales y municipales (Villanueva, 2011).

La zona urbana definida años atrás para los obreros estorbaba a los proyectos políticos de expansión de la ciudad. Dentro de las decisiones espaciales tomadas, se había planeado el trazado y lotificación de esta área para una colonia destinada a clases altas: el Fraccionamiento Veracruz (véase imagen 1.6).

Esta amenaza espacial los llevó a agilizar los tiempos de ocupación. Los obreros tuvieron que hacer guardias y faenas para acarrear materiales de construcción y construir sus primeras viviendas. Pensaban que, en la medida en que los lotes se vieran ocupados por una casa se frenaría la ambición de esos grupos poderosos que buscaban arrebatarse al trabajador el deseo de poseer un pedazo de tierra donde construir su hogar (Guevara, Pérez et. al, 1989). Su plan les dio resultado y fue así como la colonia Obrero Campesina empezó a formarse.

El 29 de marzo de 1958 el presidente Adolfo Ruiz Cortines visitó la comunidad obrera de San Bruno para verificar que la modernización de la fábrica de San Bruno se hubiese llevado a cabo. Modernización realizada en el marco de la inversión industrial del modelo Sustitución de Importaciones. El gobernador del estado Antonio M. Quirasco presidió también dicha visita. Fue en este año cuando se iniciaron los trabajos para la fundación de la colonia Obrero Campesina que dotó a cada uno de los miembros del sindicato de casa propia (Guevara, Pérez et. al, 1989). Esta nueva colonia o ampliación urbana de la colonia previa Francisco Ferrer Guardia fue también diseñada con la colaboración de arquitectos e ingenieros que los miembros del sindicato habían contratado.

El 28 de febrero de 1959 hicieron oficial la lotificación de la segunda colonia. Fue este día cuando la autorización del Jefe del Departamento de Asuntos Agrarios y Colonización fue recibida por el comisariado ejidal. Allí se autorizaba proceder de inmediato con la lotificación de la segunda zona urbana del ejido (véase imagen 1.7). Obreros y campesinos de San Bruno continuaron con la autoproducción de sus viviendas. Se trató de un proceso lento en el que las familias se involucraron activamente, sus hijos, hijas

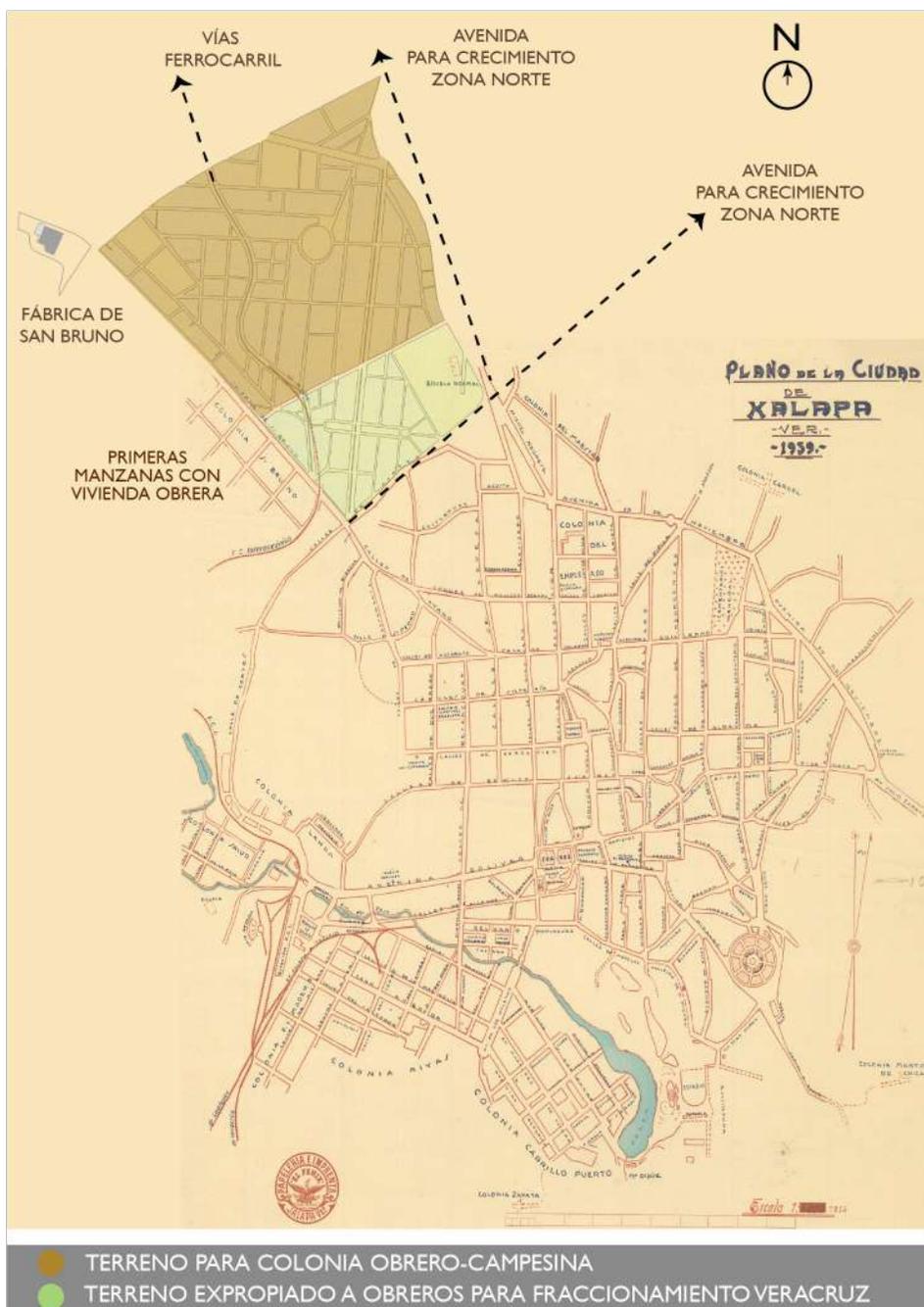


Imagen 1.6. Disputa espacial entre asentamiento obrero y asentamiento clase media-alta durante la expansión urbana de Xalapa hacia 1950. Elaboración propia sobre plano obtenido en Mapoteca Manuel Orozco y Berra.

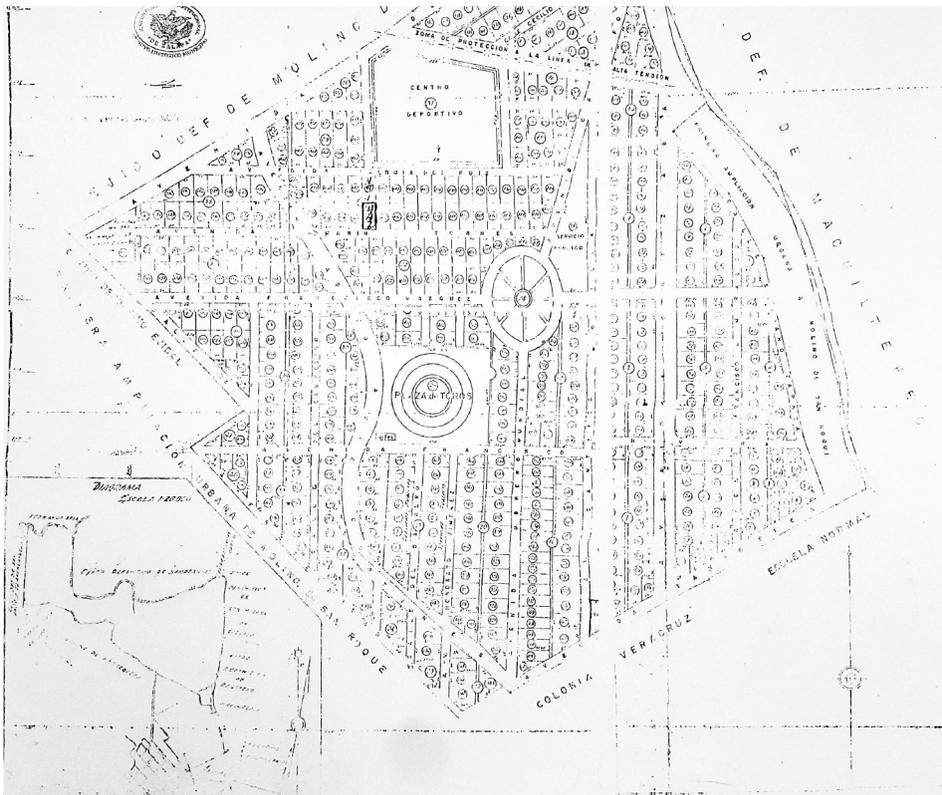


Imagen 1.7. Lotificación de la Colonia Obrero Campesina para dar vivienda a mayor número de obreros y campesinos (1960). Fuente: Planoteca AGEV.

y demás parientes, participaron pegando tabiques, cargando costales de arena o de cal. Cada familia obrera edificó su casa progresivamente. Poco a poco fueron construyendo diferentes cuartos en lotes que variaban de dimensión, en general eran de buen tamaño (600-800m²), aún más grandes que los lotes que se repartieron en la primera lotificación (100-250m²).

La construcción de las viviendas no significó un acceso inmediato a los servicios y a la infraestructura urbana, fue hasta después de 20 años que los habitantes obreros y familias pudieron tener acceso a servicios de agua y luz (véase imagen 1.8):

“fijese que llegué con mucha suerte, mucha suerte siendo nuevo, el jefe de obras públicas quería quitarnos aquí, pero nos castigó porque hicimos casas y nos dieron agua hasta los 20 años” (Al Que Temieron, 21 de abril del 2018)



Imagen 1.8. Comitiva de obreros con el gobernador Antonio M. Quirasco (izquierda); Urbanización progresiva y proceso de autoproducción de vivienda (derecha).

Fuente: Archivo personal Antonio Contreras



Imagen 1.9. Obreros y campesinos recibiendo la escritura de su propiedad.

Fuente: Archivo personal Miguel Ángel Guevara.

Al conjunto de la colonia Francisco Ferrer Guardia y la colonia Obrero Campesina, le denominaron el barrio de San Bruno. Denominación que se mantiene a la fecha.

Pese a que el crecimiento ordenado planeado por gobierno contempló el tendido de infraestructura y equipamiento urbano para la zona norte de Xalapa, quedando el barrio de San Bruno tan cerca de las nuevas avenidas pavimentadas, los servicios solo llegaron hasta el Fraccionamiento Veracruz.

Esta nueva urbanización se planeaba edificar despojando a los obreros de la zona urbana que se les había destinado como espacio habitacional. Ubicándose al costado sur de la colonia Obrero Campesina.

El proceso de autoproducción de su colonia es recordado como un logro de clase, tanto porque el gobierno quería expropiarles tierras para ampliar el Fraccionamiento Veracruz de clase media-alta, como por la cohesión emocional que apuntaló su empoderamiento obrero. Amor, cariño, alegría, orgullo y júbilo, así como cansancio y aguante son emociones y vivencias corporales que los vinculan emocionalmente con la construcción de la espacialidad obrera. Ellos fueron sus propios albañiles. Dichos sentimientos moldearon la experiencia del lugar en función de la clase. Su cuerpo quedó involucrado completamente en el proceso de conformación espacial urbano-arquitectónica.

Fue en 1982, que los obreros y campesinos pudieron recibir la escritura de su propiedad, producto final de una lucha sostenida por más de veinte años: “aún en contra del propio departamento agrario que a través de la Dirección de Tierra y Aguas pretendió cobrar por segunda vez el valor de nuestros lotes, cuando ya estaban pagados años atrás, el Sindicato hizo valer el derecho de cada adjudicatario” (Guevara, Pérez et. al, 1989) (véase imagen 1.9).

En el proceso de conformación de las colonias y la lotificación de los terrenos, obreros y campesinos remarcaron su interés de contar con espacios deportivos para continuar las actividades de béisbol y fútbol, las cuales eran parte del trabajo en la fábrica, el servicio que prestaban al sindicato y las actividades culturales de la Escuela Mártires 28 de Agosto. Debido a ello, fueron cuidadosos en dejar suficientes campos o áreas verdes dentro de la configuración espacial del barrio. Lo anterior fue fácil de ejecutar pues había tierras ejidales libres que se integraron al espacio urbano como campos deportivos y áreas verdes.

Cuando el ejido donaba terrenos al sindicato, siempre hacía hincapié en que estos terrenos fueran destinados a usos deportivos (véase imagen 1.10). Condiciones que el sindicato ya no pudo cumplir una vez entrada la década de los 80, cuando iniciaron eventos de despojo contra los obreros.

Estas áreas verdes se convirtieron en el corazón de las relaciones sociales y los espacios por excelencia de expresión emocional de la comunidad obrera. Allí realizaban eventos deportivos, musicales, posadas, reuniones o convivencias.

La importancia del espacio en la cohesión de esta comunidad emocional radica en que, al estar por largas horas trabajando al interior de la fábrica, en muchas ocasiones días, semanas y meses, el único momento en el cual las familias y los obreros convivían conjuntamente eran los domingos durante los eventos deportivos y musicales:

“terminaba el turno de las 5 de la tarde, ensayaba la banda de guerra y ensayaba la banda de música [...] teníamos muchos lugares donde ensayar, teníamos un campo deportivo, ese era campo deportivo de futbol en un lugar y en el otro era de béisbol, allí fue donde yo me hice campeón” (El Sobreviviente Leal, 30 de junio del 2018)

“eran momentos muy amenos, todos nos conocíamos” (El Vecino Incomprendido, 25 de agosto del 2018)

Mientras que en la fábrica “se fregaban el cuerpo”, “aguantaban” o se “cansaban”, en los campos “se hacían campeones”, siendo el lugar donde como campesinos y obreros reafirmaban sus normas de expresión emocional.

Puesto que el funcionamiento de las fábricas textiles requirió represas para generar energía eléctrica que moviera los telares, en San Bruno existió la Represa Carlos Marx, nombrada así a inicios del siglo XX por su afiliación comunista. Este espacio era un lugar visitado asiduamente por obreros, niños, jóvenes, esposas, señoras que habitaban el barrio. Iban a nadar, a hacer convivencias, a comer o a jugar:

“de niño íbamos al monte a jugar y a recolectar guayabas, con el calor que nos daba, antes de volver a nuestras casas, pasábamos a la represa, ahí nos refrescábamos y nadábamos un rato. Era una vista bien bonita desde ahí. El paisaje que la rodeaba era puro monte, ninguna casa, sólo árboles, pasábamos ratos muy amenos, conviviendo con la gente del barrio. Tengo recuerdos muy gratos de esos tiempos, pura alegría, compañerismo, solidaridad entre familias.” (El Niño Campirano, 29 de junio del 2018)

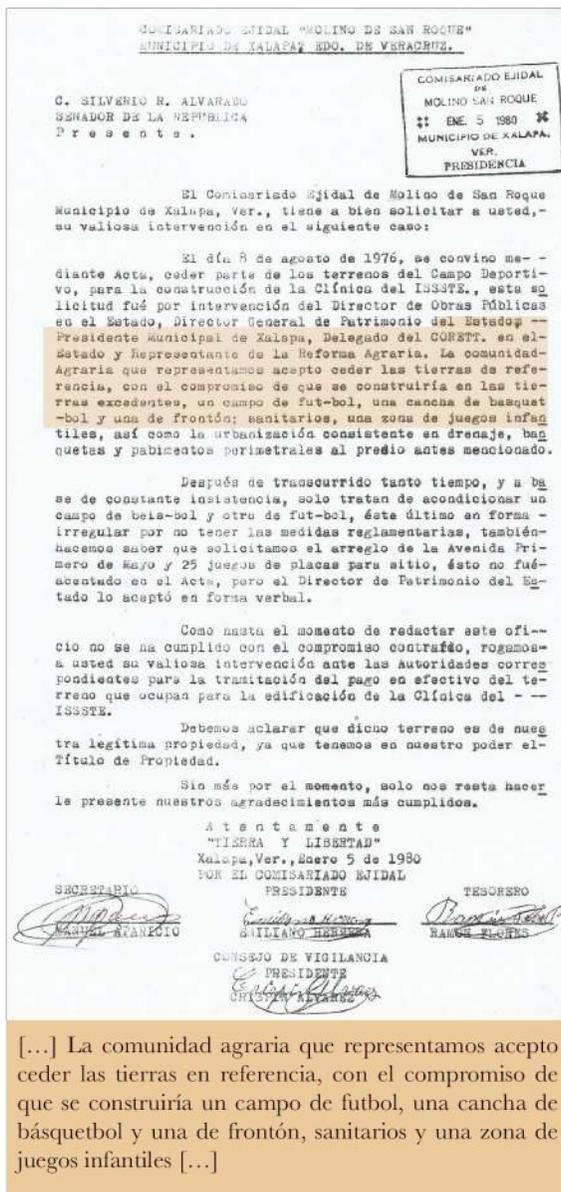


Imagen 1.10. Ejido Molino de San Roque solicitando que terrenos donados tuvieran fines deportivos.
Fuente: Archivo personal Ignacio Lara.

La configuración urbana del espacio industrial textil contó también con una tienda Conasupo (Compañía Nacional de Subsistencias Populares), una clínica para la atención específica de obreros y familiares, un cine, un teatro y el edificio sindical donde realizaban eventos políticos. En la tienda Conasupo los habitantes hacían su despensa, pues los productos y alimentos eran más baratos debido a la regulación de precios de la que dicha compañía se hacía cargo. La clínica era un logro de las luchas obreras, antes de que el seguro social llegara a Veracruz en los 60, el barrio obrero ya tenía su propia clínica, se atendían desde lesiones del trabajo como resfriados, neumonía, dolores de estómago, migrañas, y los padecimientos crónicos como sordera, pérdida de memoria, de la vista y la de audición. El cine era pequeño, de una sola sala, pero era propiedad de los obreros. Se proyectaban películas de moda a las que solían acudir las parejas de novios de San Bruno. El cine era el entretenimiento de los adolescentes. El edificio sindical fue construido con recursos económicos del sindicato, tanto el antiguo como el nuevo. Este último fue construido por limitantes espaciales que tuvieron con el primero, pues requerían de salones más amplios para las clases de música, solfeo, banda de guerra que diera cabida a un mayor número de obreros. El teatro se ubicó al interior, así como el auditorio para eventos políticos y reuniones del sindicato. En la imagen 1.11 se muestra un mapa de estas prácticas espaciales delineadas por la configuración urbano-arquitectónica de San Bruno.

ESPACIO: ELEMENTO COHESIONANTE DE LA COMUNIDAD EMOCIONAL DE SAN BRUNO

Fueron los espacios los que organizaron y apuntalaron los modos de vida de la comunidad obrera de San Bruno. El barrio fue una espacialidad de autoproducción social, un proceso que tardó décadas en construirse y en el cual los habitantes participaron activamente, comprometiendo su cuerpo, energía emocional, tiempo y recursos económicos. Las normas emocionales y mentalidad que vincularon a los obreros desde inicios del siglo XX, si bien, por un lado construyeron cuerpos-mente capaces de aguantar abusos y opresión, por otro, también facilitaron la organización colectiva que los empoderó políticamente y les permitió conseguir espacio para autogenerar vivienda.

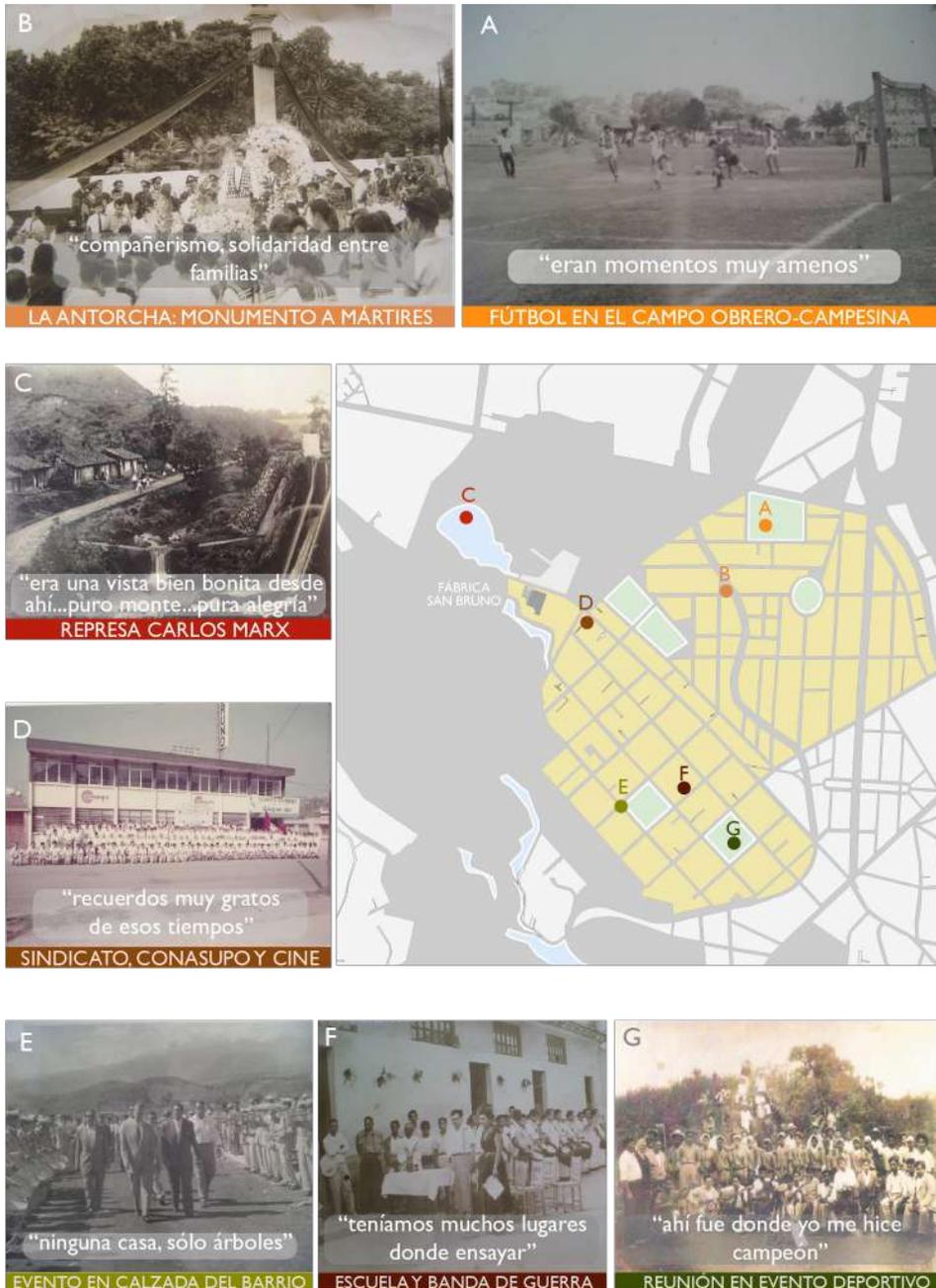


Imagen 1.11. Prácticas espaciales del barrio de San Bruno. Elaboración propia.
 Fuente: Fotografías del archivo personal de Ignacio Lara, Miguel A. Guevara y Esteban Aparicio.

Campos deportivos, represa, cine, teatro, edificio sindical y el conjunto habitacional al interior de la fábrica, conformaron el espacio urbano-arquitectónico de sus colonias. Siendo éste un elemento crucial en mantener los vínculos emocionales de los habitantes de la comunidad.

Pensar en una comunidad emocional cohesionada por normas de expresión compartidas por cuerpos sin visibilizar la agencia que el espacio tiene en reificar o no tales normas, sería un marco estrecho para explicar fenómenos que implican el habitar y la experiencia espacial cotidiana. En cambio, visibilizar cómo el diseño de espacialidades urbano-arquitectónicas sostienen comportamientos humanos, facilitan acontecimientos rutinarios, posibilitan eventos de expresión emocional, y modifican la vivencia sensorial del entorno, es reconocer que el humano (cuerpo-mente) se construye con espacialidad. Lo que el espacio despliega y materializa sostiene o cambia humanos. Entender la interrelación cuerpo-espacio es reconocer que el espacio urbano-arquitectónico no es algo inocuo en el habitar cotidiano sino que interfiere con el cuerpo y lo moldea.

Las estrategias empleadas por la cuarta guerra lo saben, si se busca atacar, destruir y cambiar modos de vida, la transformación urbano-arquitectónica es fundamental.

La espacialidad industrial textil iniciaría un proceso de transformación acelerada en la década de los 80, sus modos de vida se debilitarían, cambiarían radicalmente la vivencia sensorial y prácticas de habitar. Situación que lleva a cuestionar cuáles son las reacciones corporales, emocionales y afectivas que la cuarta guerra ha generado en las poblaciones obreras.

CAPÍTULO II



1950

1980

1990

2000



Centro comercial "Plaza Museo" y Gasolinera PEMEX ubicados en el barrio de San Bruno

DESPOJO

Primer evento urbano-arquitectónico

“Desplazar [...] se trata de poner en un lugar, más allá de cierto umbral, todo lo que amenaza con contaminar porque es visto fuera de lugar” (Douglas, 1984, citado por Hetherington, 2004: 161)

“Las relaciones socio [espaciales] son performadas no sólo en torno a lo que está allí sino también en torno a la *presencia* de lo que no está” (Hetherington, 2004: 159)

Despojar implica desplazar. La comunidad obrera tenía la posesión legal de extensiones espaciales de las que fueron despojados para construir nuevas arquitecturas para nuevos modos de vida. Su actual experiencia espacial es moldeada por la pérdida. Al quedarse sin los espacios que los sostenían, prácticas, conductas y hábitos quedaron desplazados, casi perdidos pero aún presentes.

En el barrio de San Bruno una cuarta guerra ha significado un despliegue de poder hacia arquitecturas vistas fuera de lugar: edificios y los comportamientos que apuntalaban. La arquitectura de San Bruno no encajaba en la espacialidad que vendría a ser impuesta.

Esta cuarta guerra concretada en despojos, destrucción, expropiaciones y ventas irregulares ha ocasionado conflictos de tipo espacial y emocional en San Bruno. El conflicto emerge de la disputa entre los *efectos* de los edificios ausentes pero presentes en los cuerpos (pese a haberse quedado sin espacio físico) y los objetivos de la cuarta guerra que ven en tales efectos una amenaza y pugnan por modificar cuerpos, sus normas emocionales, hábitos y comportamientos. Modificar cuerpos significa, en términos de guerra cultural, eliminar cualquier rastro arquitectónico corporeizado para eliminar por completo sus efectos y con ello los modos de vida que sostuvo.

II

¿Cómo una cuarta guerra puede alterar la experiencia espacial y corporal, sensibilidades y normas emocionales de espacios urbano-arquitectónicos donde el despojo es el evento que sucede con mayor frecuencia?, ¿qué efectos espaciales, emocionales y corporales deja?.

En las siguientes líneas la reflexión se enfoca en lo emocional, partiendo de una revisión de la melancolía desde el psicoanálisis para leer el fenómeno de la pérdida espacial y territorial que ha transformado la espacialidad del barrio de San Bruno y la experiencia de habitarlo.

MELANCOLÍA URBANA: LA EXPERIENCIA DE LA PÉRDIDA ESPACIAL

El discurso institucional de lo patrimonial arquitectónico elige lo que es patrimonializable en función de su importancia para la identidad nacional y en función de su valor simbólico, histórico, sociocultural, estético y económico¹⁶. Tiene como prioridad la conservación de edificios y/o entorno urbano que al día de hoy están *presentes* físicamente. Ambas consideraciones eluden dos cuestiones fundamentales poco discutidas: la dimensión emocional de lo patrimonial y la capacidad patrimonializable de lo *ausente*¹⁷.

Mediante el ejemplo de lo urbano-arquitectónico destruido y perdido en la configuración espacial de un barrio obrero argumento la importancia de preservar no sólo las ruinas materiales sino los *efectos* que los edificios y espacios ausentes transmiten a través de los cuerpos. Este planteamiento es posible cuando se piensa lo arquitectónico como la interrelación edificio-cuerpo y no como sustancias separadas. Para dar cuenta de lo anterior hago una reflexión en torno a la experiencia de la melancolía por ser la emoción con mayor fuerza en la vivencia espacial de la pérdida en el barrio de San Bruno.

16. Definición aceptada por ICOMOS, 1996.

17. Esta idea no tiene ninguna relación con lo que es denominado “patrimonio intangible” pues éste patrimonializa saberes, prácticas sociales y formas de expresión, sobre una concepción de lo arquitectónico disociada del cuerpo humano. Bajo este supuesto el patrimonio intangible ni siquiera considera posible que haya efectos de lo urbano-arquitectónico destruido, perdido y ausente y mucho menos considera posible que estos efectos puedan ser rastreables en los cuerpos.

Melancolía desde el psicoanálisis

La teoría de la melancolía propuesta por Freud proporciona un modelo provocativo para considerar cómo son experimentados los procesos de asimilación de la pérdida de espacios arquitectónicos y de las transformaciones espaciales urbanas en los barrios obreros debido a la resistencia de sus habitantes a *dejar ir* lo perdido. A su vez permite poner en perspectiva emociones como el coraje y la culpa que son producto de la modificación de la norma emocional a consecuencia de la cuarta guerra.

En “Duelo y Melancolía” Freud (1917) define la diferencia entre ambas experiencias según el grado de éxito o fracaso que el individuo alcance en el manejo de la pérdida de un objeto o ideal, puede tratarse de una persona amada, de una cosa material, un recuerdo o de un lugar. El duelo, a diferencia de la melancolía, es un proceso psíquico en el cual la pérdida del objeto o ideal ocasiona el subsecuente retiro de la libido de tal objeto o ideal. Dicho retiro no es llevado a cabo de inmediato sino que involucra un proceso paulatino de desprendimiento o de dejar ir al objeto. Consecuentemente la libido logra ser separada del objeto y el individuo en duelo puede finalmente ser capaz de dejarlo ir para invertir su energía, emociones y sentimientos en nuevos objetos o ideales. En sentido opuesto, en la experiencia de la melancolía el individuo nunca logra dejar ir al objeto perdido y por ende no puede hallar nuevos objetos en los cuales invertir su energía y sentimientos. Puesto así, la melancolía es un proceso de duelo sin fin.

Freud señala que las consecuencias psíquicas de la melancolía son debilitantes. Cuando se enfrenta a un dolor no resuelto, nos dice, el melancólico preserva el objeto o ideal perdido incorporándolo en el ego y estableciendo una identificación ambivalente con éste. Ambivalente porque la línea que separaba al objeto del ego se ha vuelto difusa haciendo que ambos dominios no puedan ser disociados por completo. Por un lado, el objeto se ha corporeizado a tal grado que cuando se pierde, el cuerpo experimenta que algo en él se está perdiendo también. Por otro, la pérdida del objeto y la sensación de perder algo en sí mismo mantienen al individuo en una relación de acecho constante y conflictiva, negándose a superar la pérdida, hacerlo implicaría aceptar el vacío que la pérdida ha dejado en él. Podría decirse que el melancólico hace todos los esfuerzos posibles para retener el objeto perdido, para mantenerlo vivo dentro del dominio de la psique y con ello asegurar que en su cuerpo nada se ha perdido todavía. Sin embargo, los costos de mantener esta relación continua con el objeto o ideal ya per-

dido, según Freud, son dañinos psíquicamente. Freud señala que:

“las características mentales distintivas de la melancolía son un abatimiento profundamente doloroso, el cese del interés en el mundo exterior, la pérdida de la capacidad de amar, la inhibición de toda actividad y una reducción de los sentimientos de autoestima que encuentra su expresión en auto-reproches y auto-críticas, y culmina en una expectativa delirante de castigo” (1917:244)

Al identificarse con el objeto perdido, el melancólico es capaz de preservarlo, pero sólo como un tipo de identificación espectral. Es decir, el melancólico asume el vacío del objeto o ideal perdido, se identifica con este vacío y ello lo conduce a participar en su propia auto-denigración y ruina de la autoestima: “En el duelo es el mundo el que se ha vuelto pobre y vacío; en la melancolía es el ego mismo” (Freud, 1917:246). Sostiene que la melancolía es una de las condiciones psíquicas más difíciles de enfrentar y de curar porque es en gran medida un proceso inconsciente.

Freud observa:

“[...] uno se siente justificado para mantener la creencia de que ha ocurrido una pérdida, pero no puede ver claramente qué es lo que se ha perdido, y es tanto más razonable suponer que el paciente tampoco puede percibir conscientemente aquello que ha perdido. Esto, de hecho, podría ser así incluso si el paciente es consciente de la pérdida que ha dado lugar a su melancolía, pero sólo en el sentido de que sabe a *quién* ha perdido, pero no *qué* es lo que ha perdido en él [al haber perdido a ese algo o alguien]” (1917:245)

Desde este punto de vista, en el psicoanálisis freudiano la emoción de la melancolía se asume como patología que causa daños en el individuo, como la auto-denigración, auto-reproches y baja autoestima. El melancólico se entiende como un individuo incapaz de superar o dejar ir el objeto o ideal perdido, y por lo tanto, no puede hallar nuevos objetos en los cuales invertir su energía o compromiso emocional. El melancólico es incompetente para resolver los conflictos y deudas pendientes que la pérdida del objeto o ideal le reclaman, no logrando poner fin al proceso de duelo.

En el barrio de San Bruno los habitantes no han querido dejar ir los espacios urbanos y arquitectónicos perdidos. Este retener lo perdido y negarse a perderlo los ha llevado a movilizarse políticamente. Puesto así, la melancolía no es patológica sino una emoción de base política capaz de hacer que individuos y comunidades no queden borrados o invisibilizados

ni simbólica ni emocionalmente ante las transformaciones urbano-arquitectónicas rapaces.

Ante el despojo, los habitantes han reaccionado desplazando lo perdido físicamente a una dimensión más sutil: su espacio emocional. Es en esta dimensión donde ellos sienten los efectos corporeizados de lo urbano-arquitectónico perdido. Por ende, vivir en melancolía, vivir un proceso de duelo sin fin, ha significado desplazar la pérdida para retenerla, no dejar ir lo perdido, con el fin de extraer poder de ella. Poder, no daño.

PÉRDIDA ESPACIAL Y URBANO-ARQUITECTÓNICA

“Estar dentro de la misma historia aparentemente vieja pero ahora aterradora y no desear estar allí, pero no tener ningún otro lugar a donde ir que se sienta como un lugar al que se pueda pertenecer” (Gordon, 2008:190)

Hasta 1980 el barrio de San Bruno era el límite poniente y norponiente de la mancha urbana de Xalapa. Este espacio comenzaría a cambiar radicalmente tras la implementación en la misma década de una política de vivienda fallida planeada por el Estado. Dicha política pretendía subsanar la escasez de espacio habitacional luego del aumento demográfico que registró Xalapa durante el periodo de 1970 a 1980¹⁸ debido a la concentración urbana de la actividad industrial, de los poderes estatales y federales, y de la educación pública superior¹⁹.

La puesta en práctica de esta política redundó en la subsecuente serie de expropiaciones y despojos hechos a los ejidos que conformaban los territorios no urbanizados de Xalapa. Ello alteraría la vivencia urbana emocional y espacial que los pobladores obreros, campesinos y familiares tendrían de las colonias que integrarían el barrio de San Bruno.

18. En las décadas de 1930, 1940, 1950 y 1960, la ciudad de Xalapa registró un aumento poblacional porcentual anual del 3.6%, 2.7%, 2.6%, y 3.1% respectivamente. Hasta 1960, Xalapa tenía 78,120 habitantes, en 1970 la cifra había ascendido a 130,380 y en 1980 sumaba un total de 212,769 habitantes. En términos porcentuales en las décadas de 1970 y 1980 creció alrededor del 6.7% y 6.3%, más del doble del promedio registrado en décadas anteriores.

19. En 1944 se funda la Universidad Veracruzana, hacia 1970 ya contaba con varias instalaciones en la ciudad de Xalapa.

Hacia 1990 se sentirían los efectos en la zona norte de Xalapa de la política de vivienda implementada en los 80. Desde esta década y con los antecedentes urbanos de los 50, la experiencia espacial del barrio de San Bruno sería moldeada por los siguientes factores: I) la sensación de pérdida espacial, II) la precarización de la zona norponiente, III) la densificación del espacio circundante al barrio por sectores de muy bajos recursos, y IV) el reconocimiento de que su vida no importaba para quienes debían velar por sus derechos habitacionales, en cambio serían quienes décadas más tarde los despojarían de su patrimonio arquitectónico. La conjunción de lo anterior permite suponer que la experiencia de la melancolía tiene sus raíces en el desarrollo urbano y políticas de vivienda que transformaron y moldearon la futura experiencia urbana desde los años 50 y nuevamente en los 80.

Sensación de pérdida espacial

Las primeras expropiaciones hechas al ejido Molino de San Roque datan de la década de 1950. De igual forma que en los 80, el crecimiento de la ciudad como resultado de una política estatal y municipal enfocada en el norte, promovió la formación de nuevas colonias destinadas a gremios y sindicatos, como el de camioneros, ferrocarrileros, empleados y maestros. Fue así como surgieron las colonias: Empleados Municipales, Unidad Magisterial, Ferrocarrilera, Burócrata Federal, Voceadores, entre otras (Villanueva, 2015). En la década del 50 se trazaron y construyeron las avenidas más importantes hasta la actualidad: Avenida Manuel Ávila Camacho, 20 de Noviembre y Miguel Alemán Valdés.

Lo anterior fue posible gracias a la expropiación ejidal de tierras circundantes para la construcción de equipamiento y nueva infraestructura que consolidaría a las nuevas colonias y acompañaría el desarrollo urbano de esta parte de la ciudad. En 1949 se expropiaron 20ha al ejido Rafael Lucio y otras 15ha al ejido Progreso Macuiltépetl para la edificación del Panteón Xalapeño, la construcción del Centro de Especialidades Médicas y la nueva estación del ferrocarril (Villanueva, 2015).

Alrededor de 1940 el ejido Molino de San Roque donó los territorios donde se edificaría equipamiento universitario: Escuela Normal Veracru-

zana²⁰ y la Facultad de Humanidades de la Universidad Veracruzana²¹. En 1945, le fueron expropiadas tierras para la construcción de vivienda residencial dirigida a sectores de altos recursos. Sobre estas tierras se diseñó y lotificó el Fraccionamiento Veracruz siguiendo los principios del modelo de Ciudad Jardín. El ejido Molino de San Roque subsidió durante los 50 la construcción de vivienda residencial y de equipamiento educativo y cultural en beneficio de sectores de medios y altos recursos que se estimaba poblarían la zona norte (véase imagen 2.2).

Los habitantes sanbrunenses ya desde entonces comenzaron a perder espacios, pérdida que se haría notoria a inicios de los 90, cuando ya la ausencia de los antiguos edificios y la presencia de los nuevos estaban transformando las dinámicas socio-espaciales del lugar. San Bruno dejaba de ser un barrio obrero para devenir un barrio atravesado por la ambivalencia de la precarización coexistiendo con la presencia de equipamiento dirigido a sectores adinerados. Ninguna de las donaciones hechas por su sindicato habían funcionado para mejorar su habitabilidad urbana, en cambio comenzaron a sentirse excluidos de su propio espacio, un espacio que les había pertenecido históricamente. Ello hizo emerger en ellos la sensación corporal y emocional de estar perdiendo más que la propia donación o espacio, su experiencia subjetiva de pertenencia. Ésta se volvía frágil mientras se desvanecía con las experiencias de otros sujetos, normas emocionales, otros eventos, nuevos edificios y nuevas dinámicas espaciales.

“Dotamos a nuestros gobiernos tanto municipales, estatales como federales de grandes extensiones de tierra, todo lo que dimos en tierra se construyó en vivienda y espacios comerciales dejando a San Bruno sin un espacio donde las familias de este barrio humilde puedan convivir” (El Niño Campirano, 24 de junio del 2018)

“San Bruno donó una gran parte de la totalidad de su territorio para contribuir al desarrollo que actualmente ha modernizado a Xalapa. Nuestro municipio no hubiese alcanzado este nivel de vida sin la contribución de uno de sus barrios más humildes como lo es San Bruno. [...] San Bruno ya lo dio todo, es hora de que le toque recibir apoyo de sus autoridades” (El Vecino Nostálgico, 26 de agosto del 2018)

20. Su construcción se inició en 1946.

21. Inaugurada aproximadamente en 1973.

Ellos sienten que sobre sus tierras y espacios se ha construido la ciudad del norte, mismos espacios que ahora los han expulsado y que han constreñido su habitar. Las pérdidas espaciales acontecidas a mediados del siglo XX han pasado intergeneracionalmente quedando archivadas en sus memorias colectivas que ahora moldean sus comportamientos.

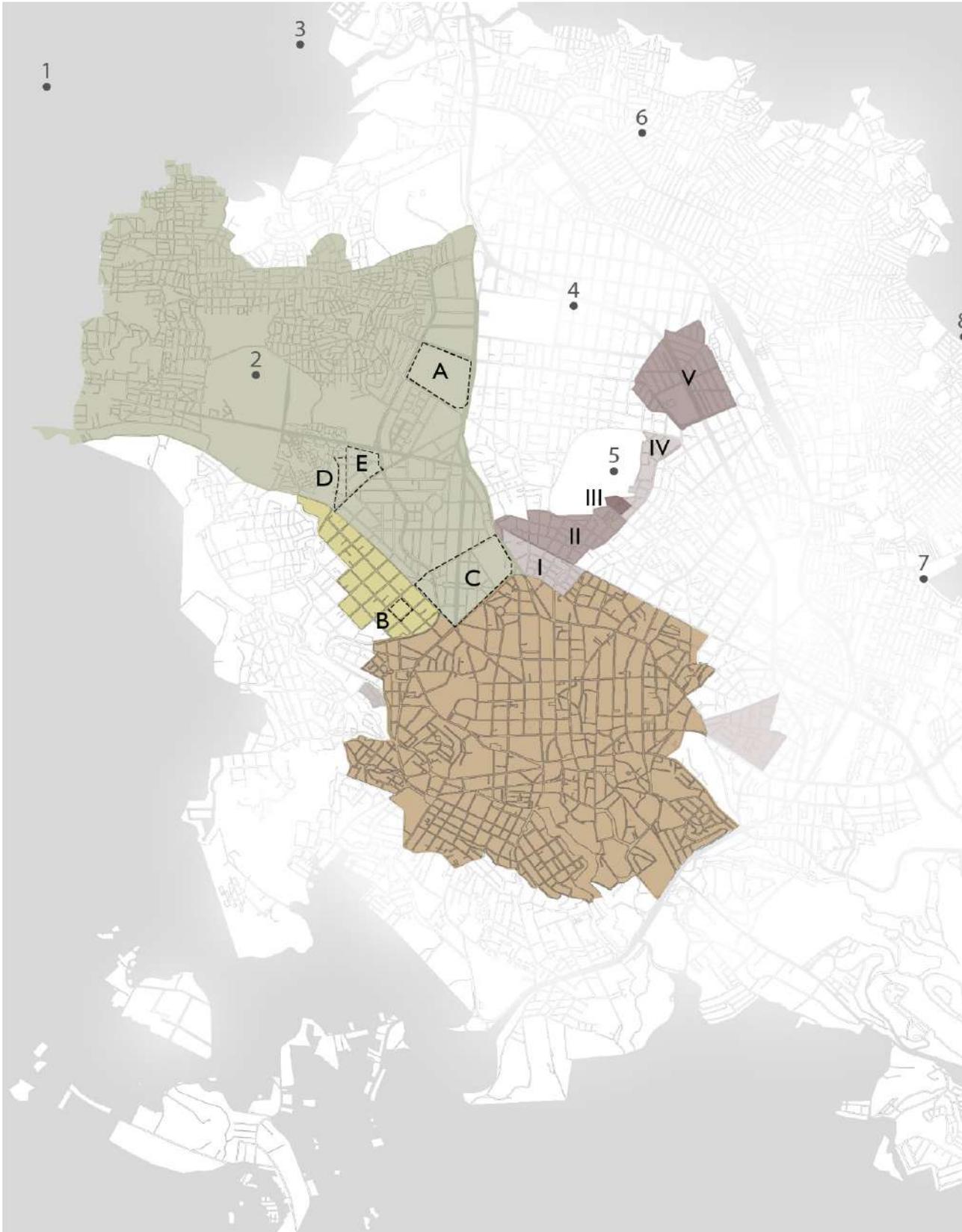
La sensación de pérdida funciona como ausencia presente que predispone su reacción emocional ante los nuevos eventos urbanos espaciales de despojo.

Precarización de la zona norponiente

La política de vivienda implementada planeó un crecimiento urbano enfocado en la porción norte de Xalapa, a la misma usanza que en la década del 50, pues, pese a la demanda habitacional de sectores poblacionales de bajos recursos, esta política estuvo dirigida a dotar de vivienda a trabajadores de las diferentes dependencias del gobierno, cuyos ingresos eran medios-altos.

Para que esto fuera posible el gobierno expropió 149ha a la hacienda Lucas Martín y expropiaría otros terrenos a los ejidos ubicados en las partes circundantes a las avenidas Xalapa y Adolfo Ruiz Cortines (Villanueva, 2015: 481), ejes que conectaban la zona norte con el centro de la ciudad, donde se construirían los nuevos equipamientos. El barrio de San Bruno y el ejido Molino de San Roque al que pertenecía, quedaron como punto intermedio cuyas tierras estorbaban a la nueva urbanización.

Sobre el terreno expropiado se diseñó la Colonia Revolución, formada por 18 secciones las cuales se irían adjudicando gradualmente. Una parte de esos lotes estaban destinados a profesores afiliados a la sección 32 del SNTE (Sindicato Nacional de Trabajadores del Estado) y a trabajadores de enseñanza media del Gobierno del Estado; otra parte estaba destinada a reubicar a familias que habitaban en un área llamada el Cerro de la Galaxia, sitio donde se había proyectado construir las oficinas de la Secretaría de Finanzas y Planeación. Los ejidos que conformaban la parte norte y poniente de la ciudad apuntalarían la urbanización de esta nueva área, pues su equipamiento e infraestructura se edificaría sobre los terrenos expropiados a campesinos y obreros de los ejidos Molino de San Roque, Lucas Martín, San Andrés Tlalnehuayocan y Progreso Macuiltépetl. Los habitantes del barrio de San Bruno, rodeado de grandes extensiones de tierra en posesión de los ejidatarios, sufrieron mayor pérdida espacial, despojos de los terrenos



1950



EJIDOS CONFORMANDO LA CIUDAD DE XALAPA

1. San Andrés Tlalnehuayocan
2. Molino de San Roque
3. Banderilla
4. Rafael Lucio
5. Progreso Macuiltépetl
6. Lucas Martín
7. Casa Blanca
8. Sumidero
9. Chiltoyac
10. Tronconal
11. El Castillo

EJIDO MOLINO DE SAN ROQUE

BARRIO DE SAN BRUNO

MANCHA URBANA XALAPA 1950

NUEVAS COLONIAS

EXPROPIACIONES AL EJIDO MOLINO DE SAN ROQUE

EDUCATIVO

- A. Terreno para Escuela Normal Veracruzana
- B. Terreno Facultad de Humanidades UV

HABITACIONAL

- C. Fraccionamiento Veracruz
- D. Colonia Empleados Municipales
- E. FOVISSTE

FORMACIÓN DE NUEVAS COLONIAS POR POLÍTICA ESTATAL Y MUNICIPAL

- I. Colonia del Maestro
- II. Aguacatal
- III. Voceadores
- IV. Burócrata Federal
- V. Ferrocarrilera

Imagen 2.2. Poblamiento de la ciudad de Xalapa en la década de 1950 con la formación de nuevas colonias al norte. Elaboración propia.

que albergarían los nuevos espacios y equipamientos para los habitantes pudientes de la zona norte. Como ejemplo, las tierras de San Bruno apuntalaron la infraestructura cultural contemplada para el desarrollo del norte, sobre éstas se edificó el Museo de Antropología, segundo de mayor importancia a nivel nacional (véase imagen 2.3).

El diseño espacial de la Colonia Revolución, concebida por secciones, en donde cada sección correspondía a un grupo de demandantes redundó en que la ocupación de sus lotes se hiciera de manera progresiva y no homogénea, quedando entre sección y sección áreas despobladas. Los lotes adjudicados si no fueron ocupados de manera inmediata, tampoco fueron delimitados ni se inició en ellos construcción alguna. Lo anterior hizo que en Xalapa aconteciera un evento espacial nunca antes conocido: la “invasión” de espacios por población de escasos recursos.

Por primera vez en Xalapa, una colonia planeada, destinada a trabajadores afiliados al Gobierno, de ingresos medios y altos, dotada de infraestructura y cuyo equipamiento se estaba construyendo, dio un giro opuesto, se convirtió en una colonia habitada por pobres: ambulantes, albañiles, trabajadoras domésticas, campesinos, y demás pobladores marginados. En los 90’s era contundente la precarización que la zona norte había sufrido, situación que influenció el tipo de poblamiento subsecuente que ocuparía los alrededores de San Bruno: asentamientos populares, servicios precarios y habitantes marginados de bajos ingresos. Se conformó así una franja periférica precaria y popular contenida por el Río Sedeño, desde el poniente hasta el oriente pasando por el norte. Este evento espacial afectaría años posteriores la experiencia urbana emocional, social y espacial de San Bruno pues la zona se densificaría con nuevos pobres con nuevos hábitos.

Densificación por sectores de bajos recursos

Muchas veces, las condiciones de la infraestructura –la carencia de infraestructura y servicios básicos, por ejemplo– no son lo que eleva o abarata el costo de los terrenos en una zona u otra; su precio está en relación con la formación histórica de las zonas en cuestión. Debido a ello, la formación de los nuevos asentamientos suele realizarse bajo las mismas condiciones históricas de ocupación, puesto que los costos de los terrenos son bajos porque se encuentran desvalorizados por las carencias que han presentado por largo tiempo. Esto provocó que el tipo de poblamiento generado en el norte de

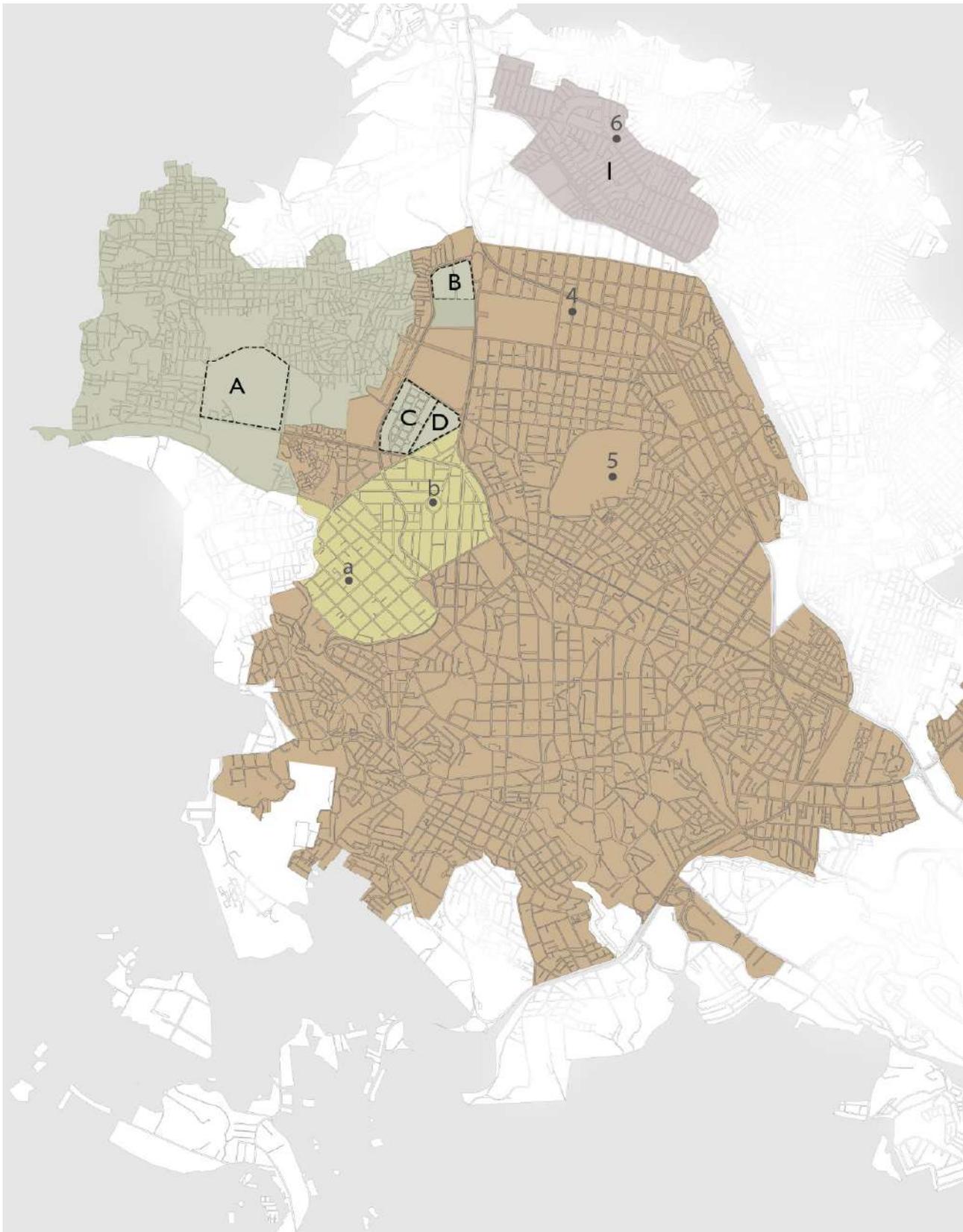
Xalapa se reprodujera bajo las mismas condiciones en los alrededores de San Bruno.

Entre 1985 y 1995 la porción norte y poniente a San Bruno comenzó a poblarse de un nuevo sujeto: un pobre más pobre que el habitante sanbrunense. Surgieron así las siguientes colonias: Los Pinos, Cerro Colorado, Las Flores, Dante Delgado Ranauro y 14 de Febrero (véase imagen 2.4). Éstas fueron edificadas sobre áreas rurales corporeizadas en memorias de la infancia y la adolescencia y todavía experimentadas por habitantes obreros y campesinos como parte fundamental del habitar San Bruno:

“Uh no, no había nada de casas, fíjate que yo me iba a comer guayabas por allá, todo el día andábamos en el monte, y ahí venía con mi morralote de guayabas. Llegaba yo a la casa de ustedes y hacía en una cazuela de guayabate, eso lo hacía cuando vivíamos aquí todavía (en el área habitacional al interior de la fábrica). Ya cuando yo dejé de vivir aquí ya casi no, cómo digamos, empezaron a hacer casas, no recuerdo, para allá atrás, de aquel lado, abandonaron todo y todo se empezó a poblar” (El Niño Campirano, 24 de junio del 2018)

De pronto, el paisaje rural, los cerros, árboles frutales, fincas y plantíos de café, naranja y plátano, a donde iban a jugar de niños y ya siendo adultos los cultivaban como parte de su trabajo de campesinos que realizaban a la par de su trabajo textil, los comenzaron a perder. Perdieron un espacio con el que su cuerpo y vida emocional estaban interrelacionados. Ese paisaje corporeizado si bien se desvaneció físicamente y fue sustituido por vivienda de autoproducción social y nuevos pobladores pobres, permanece moldeando su experiencia espacial melancólica.

Hacia 1995, el barrio de San Bruno contaba con mejor infraestructura en comparación con esos nuevos asentamientos, tenía calles pavimentadas, servicios, banquetas, equipamiento urbano como la Clínica del ISSSTE, la Facultad de Humanidades de la UV y dos escuelas de educación primaria. Los pobladores de San Bruno eran menos pobres que los nuevos pobres pese a que su situación económica se vio fuertemente mermada tras el cierre de la fábrica en 1991. La suma de lo anterior detonó nuevos eventos urbanos en el barrio: ambulante, indigencia, terciarización de la vivienda (cambio de uso habitacional a comercial) y desplazamientos de las familias originarias hacia el norte del país o hacia Estados Unidos. Las experiencias emocionales de pertenencia que los cohesionaban como habitantes y los interconectaban con su espacio comenzaron a perderse:



1980



EJIDO MOLINO DE SAN ROQUE

EXPROPIACIONES AL
EJIDO MOLINO DE
SAN ROQUE

RELIGIOSO
A. Terreno para el
Seminario Mayor

EDUCATIVO
B. Terreno Facultad de
Medicina UV

HABITACIONAL
C. Unidad Magisterial

CULTURAL
D. Terreno para el Museo
de Antropología



BARRIO DE SAN BRUNO

CONFORMACIÓN DEL
BARRIO DE SAN BRUNO
E INTEGRACIÓN A
MANCHA URBANA

a. Colonia Francisco Ferrer
Guardia (anterior a 1947)
b. Colonia Obrero –
Campesina (1958)



MANCHA URBANA XALAPA 1980

FORMACIÓN DE
NUEVA COLONIA
POR POLÍTICA
ESTATAL Y MUNICIPAL

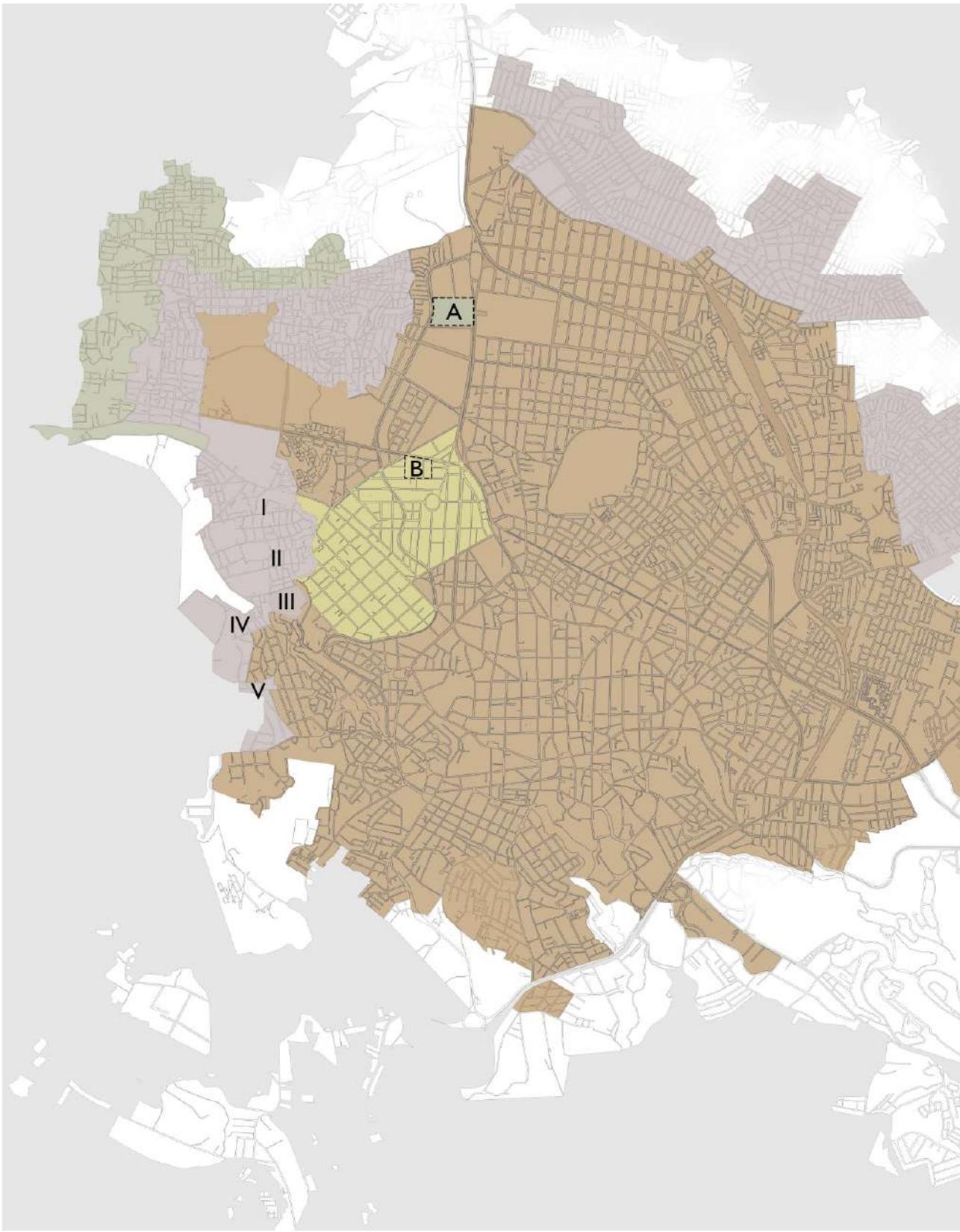
I. Colonia Revolución



NUEVA COLONIA

EJIDOS EXPROPIADOS
4. Rafael Lucio
5. Progreso Macuiltépetl
6. Lucas Martín

Imagen 2.3. Poblamiento de la ciudad de Xalapa en la década de 1980 e inicio de la precarización de la zona norte. Elaboración propia.



1990



EJIDO MOLINO DE SAN ROQUE

EXPROPIACIONES AL
EJIDO MOLINO DE
SAN ROQUE

COMERCIAL
A. Terreno para Comercial
Mexicana y terreno
para agencia de autos
Chevrolet



BARRIO DE SAN BRUNO

DESPOJOS AL BARRIO
DE SAN BRUNO

COMERCIAL
B. Terreno para plaza
comercial: Plaza Museo



MANCHA URBANA XALAPA 1980



NUEVAS COLONIAS PRECARIAS

COLONIAS PRECARIAS
ALREDEDOR DE
SAN BRUNO

I. Los Pinos
II. Las Flores
III. Cerro Colorado
IV. Dante Delgado Ranauro
V. 14 de Febrero

Imagen 2.4. Poblamiento de la ciudad de Xalapa en la década de 1990. Precarización del espacio en torno al barrio de San Bruno. Elaboración propia.

“digamos que hasta los 70’s todavía nos conocíamos la gran mayoría, pero de los 80’s para el real, que comenzó el desarrollo urbano, pues la mancha urbana empieza a absorber el barrio y se pierde todo ese apego, todo ese arraigo, tradiciones que teníamos como vecinos. Ya ahorita pues no conocemos a nadie, ya muchos ya no están porque tuvieron que irse al otro lado, otros se han ido murieron” (El Vecino Archivero, 19 de mayo del 2018)

“Nos conocíamos, éramos como una familia en grande, los domingos los señores de la fábrica jugaban béisbol, todos los domingos nos juntábamos todos” (El Vecino Incomprendido, 25 de febrero del 2018)

De ser el límite poniente y norponiente de Xalapa hasta 1980 y un barrio habitacional donde vivían obreros, campesinos y sus familias, cuyas experiencias eran moldeadas por la fábrica textil, durante la década del 90 San Bruno fue modificado socio-espacialmente por los nuevos hábitos del nuevo sujeto, el pobre más pobre, y los nuevos hábitos de los viejos pobladores, viviendas convertidas en comercios, deviniendo en un área altamente densificada e ideal para el comercial popular. La precarización y densificación de la zona norte de Xalapa expandieron la mancha urbana hacia el poniente, vía de comunicación con el municipio cercano de base rural, siendo el origen del área conurbada Xalapa–San Andrés Tlalnehuayocan. Así, el barrio de San Bruno quedó rodeado de áreas urbanas precarias y se convirtió en espacio de tránsito entre la zona norte precaria, los pobladores de Tlalnehuayocan y el centro de la ciudad de Xalapa. Devenir espacio de tránsito le valió a San Bruno ser un área predilecta para vendedores ambulantes, comercio popular, calles llenas de gente, y el tránsito vehicular, condiciones urbanas ante las cuales San Bruno carecía de infraestructura para soportarlas (véase imagen 2.5).

Estos fenómenos urbanos han continuado hasta la actualidad definiendo la experiencia urbana de San Bruno y afectando su experiencia subjetiva de apego al lugar, pues la valoración positiva que le daban a su barrio en términos físicos y al tipo de convivencia social que los unía, ha ido decreciendo de manera simultánea al progreso de las transformaciones urbanas.

Mientras sus memorias describen un barrio en donde todos se conocían, compartían experiencias y su relación espacial estaba marcada por la fábrica, esto es, los tiempos que definía, las horas de comida, los eventos sociales, actividades deportivas y cívicas (Capítulo 1), al día de hoy los habitantes reconocen que lo han perdido casi todo y que habitan un barrio que ellos definen como un barrio sucio y desordenado pero al cual le tienen

mucho cariño. Ellos han perdido el San Bruno ideal, pero retienen melancólicamente sus espacios y experiencias con el cuerpo, con su memoria simbólica y corporal que impulsa la pertenencia emocional al lugar.

*El papel de las autoridades*²²

Lo anterior se agravó porque si hasta esta década las expropiaciones y/o donaciones fueron hechas bajo acuerdo de ambas partes, ejido y sindicato²³ con instituciones gubernamentales, a partir de los 80 éstas fueron realizadas con base a promesas incumplidas, irregularidades legales e imposiciones por parte del gobierno hacia los ejidatarios y/o sindicato de obreros (véase imagen 2.6).

En 1980 el comisariado ejidal escribía al senador de la república Silverio R. Alvarado para denunciar las inconsistencias en lo pactado y los compromisos incumplidos cuando se acordó la donación de los terrenos del Campo Deportivo para la construcción de la Clínica del ISSSTE. Se había pactado que a cambio de la donación, se construirían en las tierras excedentes un campo de fútbol, una cancha de básquetbol, una de frontón, zona de juegos infantiles y sanitarios, se realizarían también obras de urbanización consistentes en drenaje, tendido de banquetas, pavimentación perimetral al predio donado y se arreglaría la Avenida 1º de Mayo. No obstante, sólo se estaba acondicionando un campo de béisbol y otro de fútbol que no cumplían ni con las medidas reglamentarias; respecto a las demás obras no había indicios de que fuesen a ejecutarse.

Después de años de insistir, ejidatarios, campesinos, obreros y familiares reconocieron que sus derechos habitacionales no le importaban a quien debía velar por ellos. Este evento fue el parteaguas de la subsecuente serie

22. Esta parte del documento fue elaborada gracias a la colaboración de Ignacio Lara, Esteban Aparicio, Alfonso González de la Cruz, Antonio Contreras y Miguel Ángel Guevara, habitantes de San Bruno, quienes me proporcionaron documentos, copias de solicitudes y oficios emitidos ante el ayuntamiento de Xalapa y ante otras instituciones gubernamentales estatales y federales.

23. Desde la Ley Agraria expedida en 1915 por Venustiano Carranza en el estado de Veracruz, se permitió solicitar tierras de las fincas y haciendas para que fueran restituidas a los pueblos. Apoyados en esta ley, grupos de campesinos y obreros comenzaron a solicitar tierras al gobierno estatal, dando lugar a la formación de ejidos en diferentes puntos que rodeaban a Xalapa. Es por ello que el ejido Molino de San Roque estuvo conformado por ejidatarios que eran campesinos y/o obreros que también integraban el Sindicato de obreros de la fábrica textil San Bruno. El proceso de donación de tierras se hacía entonces del ejido al sindicato y del sindicato al gobierno u otras instituciones.



1990

E
V
E
N
T
O
S



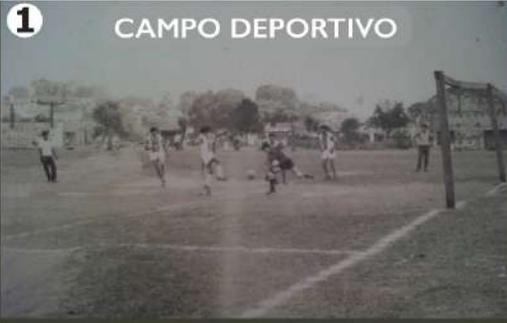
Imagen 2.5. Densificación por sectores de bajos recursos. Elaboración propia.

U
R
B
A
N
O
S



2000
VENTAS
IRREGULARES

Imagen 2.6. El papel de las autoridades.
Elaboración propia.



de despojos que sufrirían los habitantes de San Bruno. Despojos que irían borrando los restos arquitectónicos de su espacialidad obrera.

Posterior al cierre de la fábrica en mayo de 1991, se integró la Comisión Liquidadora del Patrimonio Sindical, la cual se encargaría de administrar los bienes inmuebles que a la fecha pertenecían al sindicato de obreros de San Bruno. Poblado de comercio popular, ambulante, una clínica, algunas escuelas primarias, la facultad de humanidades, el tránsito vehicular que estas nuevas dinámicas generaban, y el ritmo ausente de las actividades textiles, el barrio de San Bruno moldeaba una experiencia urbana conflictiva, abrumadora y desolada para sus habitantes originarios. La sensación de pérdida, el reconocimiento de que lo perdido los estaba excluyendo de su propio espacio y de que la nueva ciudad construida no estaba dirigida a ellos, condujo a los ahora ex obreros a donar un terreno más al gobierno estatal, uno de los campos deportivos que aún poseían. Lo hicieron bajo la promesa de que se construiría allí la Biblioteca Gonzalo Aguirre Beltrán:

“Se nos dijo en su momento que la biblioteca sería en beneficio de todos, en especial para la juventud y la niñez. Nos vendieron la idea de que por fin la cultura llegaría a nuestro barrio, aunque como todos sabemos, al final todo fue una gran mentira” (El De Buena Fé, 3 de febrero del 2018)

El 26 de septiembre de 1991 el gobernador Dante Delgado solicitó a la asamblea legislativa la autorización para transferir el predio a la empresa KIRA S.C., la cual se encargaría de la construcción de la biblioteca. Quince días después el gobierno de Veracruz vendió el predio a la sociedad mercantil Inmobiliaria Coapexpan S.A. de C.V., representada por Antonio Chedraui Obeso. Al poco tiempo lo edificado en el terreno donado no fue una biblioteca sino el segundo centro comercial de la ciudad de Xalapa conocido como Plaza Museo, cuya tienda ancla fue precisamente la cadena de supermercados Chedraui²⁴:

“aquí atrás a donde está Chedraui Museo teníamos un campo, o íbamos hacia la fábrica y teníamos dos campos allá, allí nos reuníamos con las familias de otros obreros, llevábamos comida, la compartíamos, organizábamos torneos, eran fiestas bien bonitas” (El Decepcionado, 4 de febrero del 2018)

24. Chedraui es una cadena de supermercados mexicana de ascendencia libanesa que inició operaciones en el año de 1970 en el estado de Veracruz. La mayoría de sus tiendas se ubican en México, y algunas más en el sur de Estados Unidos bajo el nombre de El Super.

“esta foto la guardo porque yo de niño me sentaba en esa banca, la veo y me vuelvo a acordar de cómo veía a los viejos jugar, hasta siento cómo el viento que corría vuelve a pegarme en la cara. Pero ese campo ya desapareció” (El Vecino Incomprendido, 28 de julio del 2018)

San Bruno había perdido más que un espacio. Había perdido espacio para sentir, sensaciones, experiencias y contacto corporal con otros habitantes. Estaban perdiendo espacios de experiencia emocional. Desde esa fecha en adelante la experiencia espacial del barrio estaría marcada por nuevas dinámicas urbanas impuestas por el centro comercial: más tránsito vehicular, mayor ambulante a los alrededores, mayor ruido, nuevos comportamientos lúdicos y nuevas normas emocionales. Durante la misma década sobre otro terreno expropiado al sindicato se instalaría la cadena Comercial Mexicana (hoy Mega Soriana).

Pese a los cambios urbanos espaciales, la pérdida no sería completada del todo. Los habitantes en vez de superar lo perdido e invertir su energía mental y emocional en nuevos lugares, espacios y objetos, decidieron retener la pérdida. Los espacios y sensaciones ausentes físicamente quedaron presentes en sus cuerpos haciendo que continuaran interrelacionados a éstos, invirtiendo su energía, emociones y vida en no dejarlos ir, deseando y aferrados a la posibilidad de poderlos recuperar. Si la melancolía es, siguiendo a Freud, un proceso de duelo sin fin, en donde el individuo nunca logra retirar la libido del objeto para invertir su energía, emociones y sentimientos en nuevos objetos o ideales, la melancolía sería la emoción que con mayor fuerza mediaría la futura experiencia espacial de San Bruno.

A inicios del siglo XXI, el gobierno volvió a hacerles otra expropiación, ahora de la Unidad Deportiva del barrio. Este espacio había sido “invadido” por el ambulante y comercio popular que se habían espacializado en San Bruno desde años atrás. Lo que el gobierno hizo fue construir una nave tipo industrial de lámina galvanizada, conocida ahora como Tanguis 1° de Mayo, para formalizar el comercio que había poblado tanto el predio como las calles de San Bruno. Pese a ello, el fenómeno urbano del ambulante continuó reproduciéndose en el barrio. Habitantes, obreros y familiares movidos melancólicamente por esta nueva pérdida reaccionaron de manera visceral:

“El coraje que nos da de que vendan todas las propiedades es que nos están desapareciendo todos los espacios, por eso nos molestó tanto que se vendiera

la Unidad Deportiva. *Once años luchamos*²⁵ para que la Unidad no desapareciera” (El Niño Campirano, 14 de julio del 2018)

“Me gustaba mucho mi barrio, pero así nos quitaron también la Unidad que a lo último se vendió, *yo siempre me opuse*²⁶, quería que hubiera deporte, yo había sido deportista y no quería que esa costumbre se perdiera en mi barrio” (El Memoriado A Corto Plazo, 1 de septiembre del 2018)

De este modo es como la experiencia de la melancolía ha definido por varios años la experiencia emocional del espacio que habitan apuntalando su comportamiento político. Son las pérdidas urbanas que han quedado corporeizadas en rabia, coraje y enojo las que han movilizado su activismo y defensa espacial. Han sido ya cuatro asociaciones²⁷ las que han conformado para denunciar las irregularidades que se han seguido cometiendo.

En el 2004 fue otorgada la factibilidad de uso de suelo para la instalación de una gasolinera en terrenos pertenecientes a la fábrica de San Bruno. Sabiendo que la fábrica había quedado embargada por las deudas acumuladas que la hicieron quebrar, la instalación de la gasolinera levantó sospechas entre los sanbrunenses. Este evento volvía a recordarles que San Bruno es un espacio que ellos pierden en tanto los empresarios y grupos de poder xalapeños lo ganan, lo usan e imponen prácticas espaciales a su conveniencia.

En el 2006, un mes después de que el cabildo de Xalapa autorizara la compra del predio, una de las asociaciones de habitantes de San Bruno volvía a pedir al Ayuntamiento información acerca de la venta de “La An-

25. Alrededor de 10 obreros, apoyados por vecinos, conformaron la Asociación Civil Deportiva Promotora Social, Cultural, Histórica de San Bruno, a través de la cual organizaban eventos deportivos y culturales que aprovechaban para comunicar los avances en las solicitudes que llevaban al Ayuntamiento de Xalapa para pedir información y esclarecimiento de las ventas y despojos de varios terrenos. Además de mantenerse exigiendo respuesta a sus oficios ante las autoridades municipales, continuaban organizando los mismos eventos culturales que celebraban cuando aún existía el Sindicato: como la celebración a los mártires del 28 de agosto, un festejo el día 1° de mayo, y las visitas al cementerio de Xalapa en donde yacen los restos de los mártires.

23. Oponerse significó participar en las asociaciones y comités formados por varios obreros y habitantes del barrio. Ello implicaba llevar oficios al Ayuntamiento de Xalapa, redactarlos entre ellos mismos y recabar firmas, para lo cual hicieron también un trabajo de convencimiento vecinal dentro del barrio, organizando reuniones o tocando a sus puertas.

27. Asociación Civil Deportiva Promotora Social, Cultural, Histórica de San Bruno (fundada en el 2006), la Asociación de Colonos y Deportistas del Barrio de San Bruno (fundada en el 2013), la Asociación de Colonos del Barrio de San Bruno (fundada en el 2014) y el Comité de Defensa del Barrio de San Bruno (fundado en el 2017).

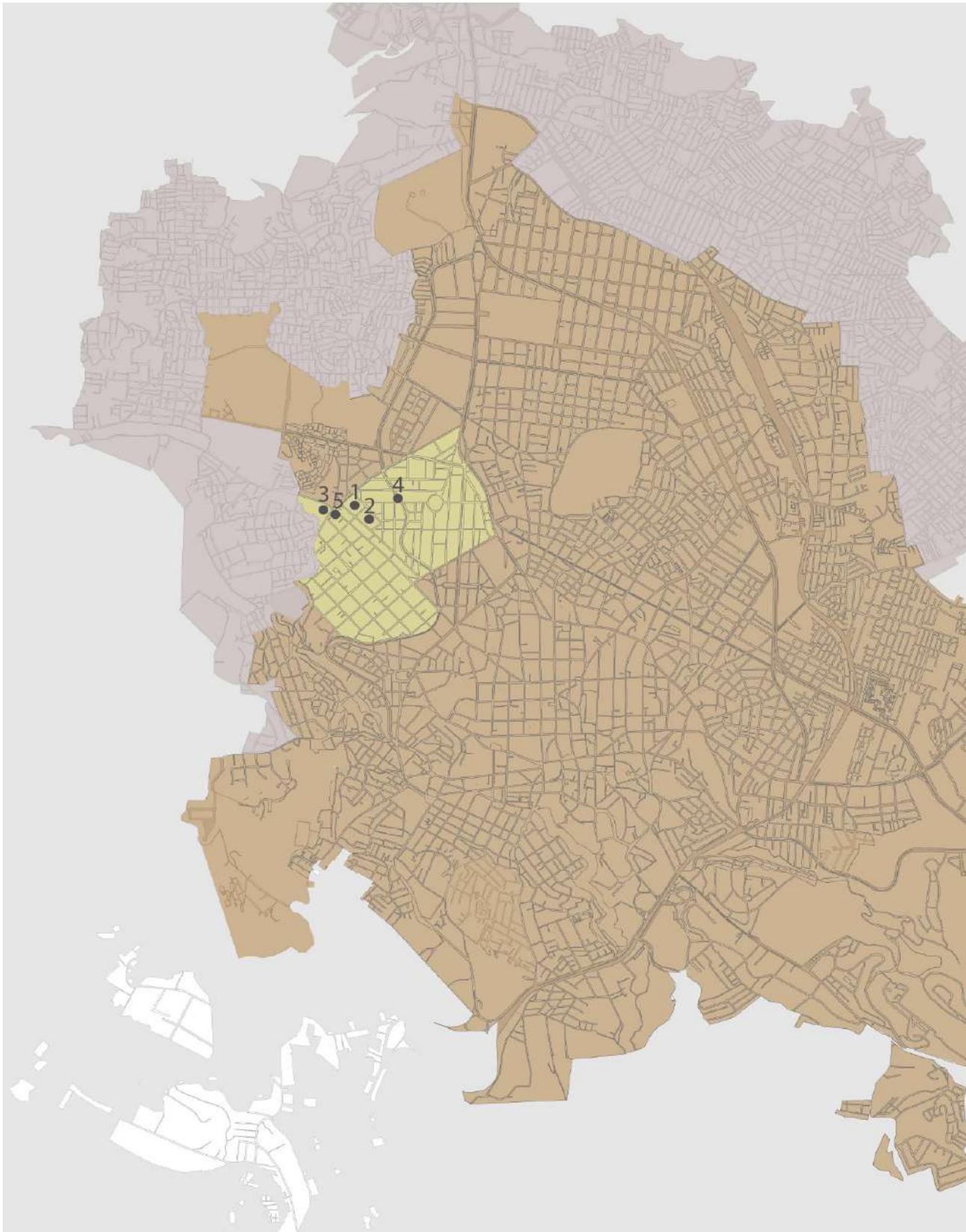
torcha”, un pequeño parque en donde se erige el monumento a los mártires y sitio en donde cada año realizaban una conmemoración al trágico suceso de 1928²⁸. Desde su venta, los habitantes dejaron de realizar la conmemoración anual y el espacio cayó en el abandono. Este despojo vibró con fuerza en los cuerpos, aumentando su sensación de pérdida y opresión, su coraje y la rabia de saberse engañados al no saber quiénes, cómo ni cuándo estaban expulsándolos de un espacio al que pertenecían incluso antes de nacer pues sus padres, abuelos y bisabuelos también habían sido obreros:

“es sentirse que uno ya no encaja, nos han quitado todo, espacios que en San Bruno ya no tenemos más, teníamos dinero, teníamos terrenos deportivos, una tienda sindical, un cine, teníamos todo, hasta una plaza de toros iba a haber en San Bruno” (El De Buena Fé, 3 de febrero del 2018)

La experiencia espacial melancólica les ha impedido superar lo perdido, no tanto porque no quieran sino porque se niegan a hacerlo: sensaciones, prácticas, el ideal de San Bruno, modos de vida, edificios y espacios. Retener lo perdido (experiencia melancólica) los ha impulsado a reaccionar políticamente, con coraje, rabia e impotencia, síntomas de la sensación conflictiva, confrontante, tensa y sin posibilidad de solución ante los despojos y el manejo cotidiano de la pérdida a la que se vieron forzados, sin elección, a tener que sobrellevar.

Hoy en día, los habitantes cohabitan con fotografías antiguas, videos y anécdotas que registran cómo era su espacialidad obrera y la experiencia emocional que de ésta tenían, también guardan notas periodísticas de las ventas y oficios de solicitudes hechas al ayuntamiento que documentan la opresión ejecutada mediante huecos legales e irregularidades. En el paisaje urbano de San Bruno poco queda físicamente de su espacio obrero, pero permanece una atmósfera de melancolía y coraje porque si ese espacio aún existe y sus efectos tienen consecuencias es en sus cuerpos. Espacios, terrenos y edificios quedaron encarnados, un tipo de corporeización que los conflictúa en tanto sus memorias simbólicas y corporales ya no encajan ni corresponden al nuevo paisaje producto de ventas, destrucciones, plazas comerciales, tianguistas y ambulante.

28. El 24 de agosto de 1928 entró un grupo armado a la fábrica de San Bruno, asesinó a varios obreros que se encontraban trabajando y capturó a algunos obreros líderes comunistas. Después de torturarlos, a éstos últimos los asesinó en un sitio rural cercano, llamado “Plan de Naranjillo”.



2000

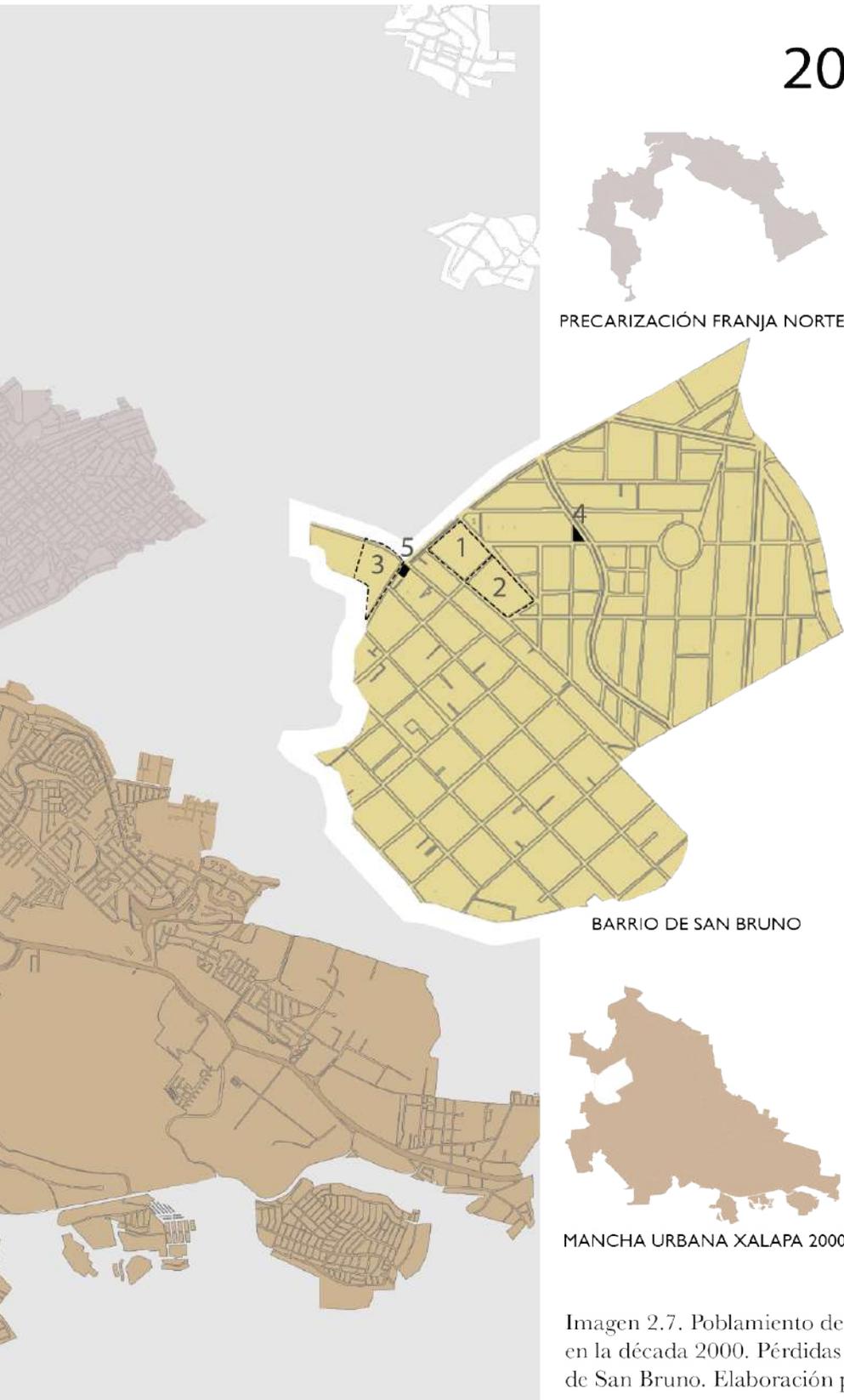


Imagen 2.7. Poblamiento de la ciudad de Xalapa en la década 2000. Pérdidas espaciales en el barrio de San Bruno. Elaboración propia.

El último objeto arquitectónico de la casi borrada espacialidad obrera que quedaba en pie aparte de la fábrica, esto es el edificio del Sindicato, fue vendido irregularmente en el 2013 pese a las gestiones y peticiones que los habitantes realizaron ante el ayuntamiento para que éste le fuera donado a la comunidad antes que entregado a manos privadas (véase imagen 2.7).

Estar dentro de la misma historia ahora aterradora y no desear estar allí pero no tener otro lado a donde se pueda ir que se sienta como un lugar al que se puede pertenecer, es habitar melancólicamente y es habitar San Bruno. Los habitantes de San Bruno pertenecen a esa vieja historia urbana ahora asfixiante porque los nuevos espacios los están expulsando. Pertenecen a ese espacio ausente al que se aferran y retienen porque no hay ningún otro al que quieran ni puedan ir donde su cuerpo se sienta incluido.

Saben qué han perdido, saben que han perdido espacios, lugares, el ideal de San Bruno y prácticas, pero no saben qué han perdido en ellos al haber perdido lo anterior, ni a quién culpar por su pérdida. Se niegan corporalmente a aceptar que algo en sí mismos se pierda también. Puesto así, las pérdidas las retienen melancólicamente mediante una relación ambivalente por el hecho de que lo ausente, lo perdido, no está presente en el espacio urbano pero continúa afectando al cuerpo. No es sólo una pérdida espacial más sino la sensación corporal de que algo en ellos se va destruyendo a la par, mas se niegan a dejar que esto suceda invirtiendo su vida física y emocional en tan ardua tarea.

Desde el 2014 la experiencia urbana de la pérdida se concentraría en la defensa de los restos arquitectónicos de la destruida fábrica de San Bruno.

Hasta aquí, se han expuesto las reacciones emocionales que provocó la pérdida urbano-arquitectónica. A continuación se da cuenta de dos comportamientos que moldeó la pérdida espacial: un cuerpo excluido y un cuerpo sin voz. Un tipo de pérdida espacial dirigida por el edificio arquitectónico de la fábrica. En las últimas décadas del siglo XX, los espacios de experiencia emocional del colectivo de obreros se estrecharían paulatinamente.

A continuación se intenta mostrar cómo dos eventos del pasado pueden ser presencias espectrales que cambian cuerpos, constriñen su espacio, alteran la norma emocional de un lugar postindustrial y definen la relación afectiva emocional del humano con su patrimonio, moldeando su recepción.

CUERPO EXCLUIDO: DISTRIBUCIÓN DE LA CULPA

Aconteció en los 70 un evento sin precedentes en San Bruno: un encuentro espacial entre dos cuerpos y un encuentro de un cuerpo consigo mismo. Tras la modernización de las plantas fabriles en México bajo el modelo de Sustitución de Importaciones, la Nacional Financiera quedó al frente de la administración de la fábrica de San Bruno hasta 1965. En ese año, una nueva administración sustituyó a la anterior. En una crónica escrita por los obreros ellos señalan que por más de 7 años tuvieron que vivir bajo la amenaza del despido. Mencionan allí que la nueva administración hacía modificaciones innecesarias a los espacios de la fábrica, no respetaba el contrato colectivo, imponía nuevos reglamentos que no favorecían a los trabajadores, echó fuera a muchos obreros que llevaban más de medio siglo trabajando allí, y contrató a nuevos obreros jóvenes.

Al entrar nuevos obreros jóvenes, los obreros viejos fueron despedidos. Perdían un espacio de experiencia emocional, su espacio laboral. Este tipo de despido era un evento sin precedentes, pues si bien los obreros estaban acostumbrados a ser despedidos por desacuerdos políticos, no estaban acostumbrados a ser despedidos por un nuevo cuerpo. Este nuevo despido se realizó en nombre del progreso, el mundo funcionaría mejor sin el cuerpo cansado, viejo, lento y discapacitado. Es decir, este tipo de despido previo al evento del cierre de la fábrica fue selectivo, no colectivo, y hecho directamente en función del cuerpo. El obrero viejo reconoció los estragos que la espacialidad arquitectónica industrial había dejado sobre su piel, pulmones, vista, oídos, miembros y órganos del cuerpo. Lo anterior significó un doble evento de pérdida, ellos sabían qué era lo que perdían al haber sido excluidos de su espacio laboral –su ideal de futuro, empleo, sueldo y modo de vida– pero no pudieron medir qué exactamente perdían en ellos también. De igual forma reconocieron sus pérdidas corporales pero no qué más se desvanecía al habitar su cuerpo en esa condición el resto de sus vidas y fuera de la fábrica. De alguna manera ese cuerpo pertenecía a la fábrica, la fábrica lo había moldeado así, ser despedido era ser excluido del único espacio arquitectónico en donde su cuerpo tenía sentido. Sus geografías emocionales se estrecharon puesto que tampoco encajaba en el espacio externo a la fábrica.

“Si el acecho espectral da noticia de lo que se ha perdido –aquello que parece invisible o bajo las sombras, se está anunciando a sí mismo [...] aquello que parece ausente puede, de hecho, ser una presencia conflictiva

e incómoda” (Gordon, 2008:17). Cuando los obreros entrevistados hablan hoy de su relación emocional con la fábrica esta doble pérdida emerge como fuerza espectral. Dentro de la negativa a superar la pérdida melancólica, los obreros son acechados porque prefieren retener la pérdida de ese cuerpo y de ese espacio arquitectónico, antes que aceptar que algo en ellos se desvaneció también.

Hoy en día esta relación espectral y conflictiva con la pérdida hace su aparición en dos momentos definiendo la norma emocional de esta geografía postindustrial. Primero, cuando intentan hallarle explicación a otro evento de pérdida: el cierre de la fábrica. No fue el TLCAN, los cambios geo-económicos, ni la entrada en vigor de las nuevas políticas neoliberales, sino la nueva generación de obreros jóvenes la que llevó la fábrica al quiebre. Segundo, moldeando la sensibilidad hacia la otredad e impulsando la exclusión en la vivencia espacial cotidiana de San Bruno. Para los jóvenes, el “otro” obrero, el mugroso, acabado y lento es el obrero viejo, para el obrero viejo el ambicioso, flojo y oportunista es el “otro” obrero joven. En ambos momentos el edificio de la fábrica mueve sensibilidades haciendo reaparecer espectros que demandan su deuda aún no saldada: “los espectros acechan lugares que existen sin ellos, pero siempre regresan al lugar de donde fueron excluidos” (Derrida, 1995:152). Su retorno y deuda afectan la experiencia socio-espacial del barrio de San Bruno y la recepción emocional del edificio de la fábrica por los obreros.

Durante los 70 la fábrica se convirtió en un espacio de conflicto pues confrontaba a los cuerpos viejos consigo mismos y confrontaba los cuerpos jóvenes con los viejos porque a ambos subyacía una infraestructura moral y emocional muy diferente. Señaló un obrero viejo:

“Trabajaba yo a veces de las 9 y media de la noche a las 6 o 9 de la mañana, había veces que eran 9 o 10 de la mañana y no había hora, después ascendí a maestro, y ya ahí como maestro hasta aguantar” (El Jefe Del Recuerdo, 28 de abril del 2018)

Un obrero joven expresó:

“yo no le trabajaba dos turnos, la verdad eh, como joven yo decía, yo vengo a mi turno y a mí me vale, y era yo suplente y yo lo que hacía era, terminaba el turno al que iba y yo no me iba a estar esperando a ver si me iban a decir que me quedara, no, yo agarraba, buscaba una zona por dónde salir y ¡ahí nos vemos!” (El Nieto Insubordinado, 7 de octubre del 2018)

Tal conflicto se ha preservado en su memoria corporal. San Bruno es en la actualidad un barrio en donde los obreros cohabitan divididos por esas pérdidas como fuerzas espectrales que la fábrica continúa activando en ellos, alterando sus comportamientos y generando una atmósfera de resentimiento y rencor que median la experiencia espacial y emocional del lugar que habitan:

“¿sabe usted lo que hacían?, agarraban unas escobas nuevas y las quebraban a la rodilla, y sabe como decían: mira viejo, pa’ que te duela. Pa’ que te duela a ti, le digo, porque yo tengo para comer toda mi vida y tu apenas empiezas” (Al Que Temieron, 3 de febrero del 2018)

Son memorias vividas en la fábrica que demandan tregua. Dicha infraestructura moral y emocional vuelve a emerger en la actualidad cuando intentan llenar los vacíos de la pérdida urbano arquitectónica. La corrupción, las irregularidades en las ventas de los espacios y terrenos, y la negativa del gobierno a explicar quiénes, cómo y por qué han participado en tales actos, han funcionado como estrategias de una cuarta guerra que busca controlar y mantener las jerarquías de poder a través de intervenir en las mentes, percepciones y vida cotidiana de los individuos. El hecho de solicitar mas no obtener respuestas ni transparencia respecto a los despojos, ha aumentado los conflictos internos entre la misma comunidad de San Bruno, conflictos que han alterado sus vínculos sociales y espaciales, cambiando mentes que optan por hallar culpables. Es decir, desconocer ha abierto espacios para culpar:

“cuando ellos entraron, entraron con la ambición, ya querían que se quitara la tienda y se repartiera el dinero, que se vendiera el campo éste de aquí donde está Plaza Museo y todo esto, que se vendiera ese campo para repartirse el dinero, que se vendiera la Unidad Deportiva para repartirse el dinero. Yo nunca quise eso” (El Ajustador De Cuentas, 26 de mayo del 2018)

“estos obreros no supieron valorar lo que tenían porque no les costó, en cambio con los viejitos fue diferente porque a ellos les tocó vivir en carne propia, sufrir, sufrir los ataques del gobierno, de los dueños y de los agraristas. Ellos tuvieron la tierra, su ejido y lucharon, y estos ya no” (El Vecino Archivador, 23 de junio del 2018)

Se puede suponer que si la melancolía y los espectros no han sido sitiados para llegar a un concilio, devienen una carga afectiva que provoca sentirse

culpable de no haber conciliado lo pendiente (Hetherington, 2004: 170), en su presencia ausente movilizan culpa. A su vez, al no poder reclamarle al objeto de la pérdida el haber desaparecido o haberse perdido precisamente porque ya no está, la experiencia melancólica, nos dice Freud, hace que esas voces y reclamos no expresados sean desplazados del mundo exterior al mundo interior de la psique. El conflicto y acecho que los obreros sienten ante los ideales y objetos perdidos han sido internalizados como un deseo incesante por hallar culpables. Los dos cuerpos se culpan entre sí antes que confrontar las deudas que las pérdidas reclaman:

“ya no quisieron trabajar, no querían trabajar ya, y nosotros éramos un grupo grande y llevábamos bien la fábrica, nomás cayó en manos de puro joven, y ahí se acabó, nos ganaron los jóvenes, sino, la fábrica estuviera trabajando” (Al Que Temieron, 3 de febrero del 2018)

“yo tenía 6 años de planta, me tocaban 12 días de vacaciones, pero había quien tenía 30 años de trabajar y ese tenía derecho, por poner un ejemplo, de 26 o 24, se promediaban y salía un total de ¡un mes!. Entonces un mes parada la fábrica, cuando regresaba uno otra vez nos tomaba más de una semana para poder echar a andar la maquinaria, cómo no iba a cerrar así” (El De Buena Fé, 4 de febrero del 2018)

La fábrica deviene hoy una presencia arquitectónica conflictiva e incómoda para el colectivo de obreros debido a los espectros que hace reaparecer. La fuerza espectral del encuentro entre dos cuerpos y de un cuerpo consigo mismo define la carga afectiva del edificio arquitectónico fabril tocando sensibilidades que reproducen la exclusión entre obreros. Dicha exclusión como producto de una sensibilidad sostenida en la distribución pública e individual de la culpa. Según Freud, en la experiencia melancólica: “Las características mentales distintivas son [...] una reducción de los sentimientos de egoísmo y autoestima a tal grado que encuentra expresión en auto-reproches y auto-críticas, culminando en una expectativa delirante de castigo” (1917:244). Cuando no se culpa al otro obrero, la culpa recae en sí mismo en forma de auto-reproches:

“era un puesto tan grande que cargaban las empresas, con todas las prestaciones que nos tenían que pagar, que vaya, llegó un momento en que las quebramos, nosotros las quebramos a nivel nacional” (El Sobreviviente Leal, 22 de abril del 2018)

La culpa de las pérdidas se distribuye entre los mismos obreros, no entre el gobierno, empresarios ni instituciones que han participado en los despojos, conducta que termina siendo funcional a las élites. La pérdida de la espacialidad industrial textil recae solamente sobre el obrero. Antes que ser confrontada, es el obrero el culpable de ésta. Mas dicho comportamiento no absuelve la fuerza del espectro: “el acecho es exactamente lo que causa el repudio, el rechazo y las explicaciones voluntaristas que eventualmente fracasan, aunque debe decirse que pueden mantenerse durante bastante tiempo” (Gordon, 2008:190). Por más de 30 años, culpar y ser culpado es un comportamiento que se ha espacializado en San Bruno.

Con base en lo anterior, puede decirse que la geografía emocional de este lugar se define por la experiencia de la pérdida melancólica de un espacio de experiencia emocional y del cuerpo, evento ocurrido en los 70 que el edificio de la fábrica hace presente, traduciéndolo en culpa hacia la otredad y en una baja autoestima del obrero a sí mismo.

En tanto ha funcionado como vehículo de empoderamiento, la experiencia espacial de la melancolía ha provocado también un comportamiento obstinado en la búsqueda de culpables ante la pérdida. Para los obreros, el edificio fábrica perturba el vacío creado por el no saber qué han perdido en ellos al perder espacios, ni a quién culpar por tales pérdidas. Sin embargo, hay factores políticos que han facilitado la espacialización de la culpa y prolongado el duelo sin fin, como la omisión y encubrimiento de la empresa a cargo de la fábrica de San Bruno cuando ésta quebró y la nula transparencia de las instituciones gubernamentales en los acuerdos de expropiaciones y ventas.

CUERPO SIN VOZ: SILENCIO PATRIMONIAL INSTITUCIONALIZADO

El segundo evento del pasado que emerge como fuerza espectral mediando la experiencia espacial, emocional y colectiva del barrio de San Bruno es el acto de tortura y represión ejecutado el 24 de agosto de 1928. Este día entró un grupo armado al edificio de la fábrica, asesinó a obreros que estaban trabajando y capturó a los líderes obreros comunistas quienes fueron torturados y obligados a cavar sus fosas en un sitio rural cercano. Los compañeros obreros sobrevivientes, después de once meses de búsqueda lograron hallar los cadáveres, pero nunca hallaron a los victimarios. Un espectro

cobró figura desde ese día: el obrero mártir.

Explicaciones del trágico suceso nunca fueron dadas. Es por ello que al día de hoy, el obrero mártir acecha la vivencia emocional de San Bruno y predispone las sensibilidades que el edificio de la fábrica activa en los sanbrunenses. Ellos han invertido sus sentimientos, emociones y mente en armar una narrativa coherente que alivie la incertidumbre al no saber qué fue lo que sucedió aquel día y aquella época²⁹. El problema está en que ellos son los únicos que lo han hecho en Xalapa. Siendo uno de los eventos más cruentos en la historia de la ciudad, ninguna institución cultural, ni municipal, ni estatal, ha reconocido tal suceso y mucho menos ha otorgado un espacio para que las voces y experiencias sean reconocidas y escuchadas. El único espacio urbano en donde los habitantes conmemoraban el suceso fue vendido de manera irregular en el 2006, pese al total desacuerdo de la comunidad. Hasta el 2015, la fecha del 24 de agosto de 1928 fue incluida en el calendario cívico xalapeño, y ello debido a las gestiones realizadas por un grupo de habitantes de San Bruno ante el ayuntamiento, no por intervención de ninguna institución.

Las instituciones patrimoniales han silenciado este evento violento y han silenciado también el pasado industrial textil en Xalapa dentro del discurso hegemónico de la memoria. No obstante, silencio no es lo mismo que olvido. Johanna Lozoya apunta que: “El silencio no es el lugar del olvido, tanto como el discurso no es el ámbito del recuerdo. El silencio es una mediación performativa, dinámica, inestable, intrusiva que circula como economía afectiva, moldeando el límite de lo decible y lo indecible” (Lozoya, 2019, en prensa). Al pensarlo así, lo que se calla y lo que tiene voz para ser dicho no depende tanto de aquello que se pierde o no se recuerda como de aquello que se encubre. Es decir, hay intereses políticos que omiten intencionalmente eventos del pasado en la construcción institucional de la memoria. Puede decirse entonces que la memoria industrial textil en Xalapa es una construcción sostenida en el silencio.

Uno de los centros culturales de mayor prestigio y con mayor afluencia en la ciudad de Xalapa es el “Centro Cultural Casa del Lago”, este com-

29. Entre 1919 y aproximadamente 1932, los obreros de San Bruno se afiliaron al comunismo. En 1929 se integraron al Bloque Obrero y Campesino, filial del Partido Comunista Mexicano (PCM). Al principio gozaron de cierta libertad otorgada por el gobernador Adalberto Tejeda, pero cuando iniciaron a cumplir consignas del Comité Central del PCM –como el apoyo a otras luchas obreras en el país– fueron vigilados, agredidos y constantemente boicoteados en sus reuniones y en la fábrica (Domínguez, 1986).

plejo se erige sobre los edificios que conformaron la fábrica La Probidad, junto con San Bruno, una de las más importantes en el periodo industrial textil durante los siglos XIX y XX. Desde los 50's, el campus de la Universidad Veracruzana comenzó a ser construido en los alrededores de dicha fábrica y la fábrica El Dique, para ese entonces ya clausurada. Sus edificios fueron intervenidos para que albergaran la Unidad de Artes –Facultad de Artes visuales, Facultad de Música, de Teatro y de Danza. En dicha intervención arquitectónica el pasado industrial de este espacio fue silenciado. Dicho silencio se ha perpetuado hasta la actualidad. Hoy en día visitar “La Casa del Lago” es ir a ver alguna obra de teatro, alguna exposición artística, ferias de arte popular o eventos musicales, mas no hay ningún indicio de que allí existió una fábrica, mucho menos de que hay un pasado industrial del que Xalapa fue pieza importante.

Como parte del Programa de Rescate de Espacios Públicos (PREP) implementado por el gobierno de Felipe Calderón en el 2007, se creó el Mirador Los Lagos –sobre la represa “El Dique”, construida para mover las turbinas que generaban energía eléctrica para la fábrica– y se renovó la imagen urbana de las calles aledañas a los edificios de la ex fábrica. Ninguna intervención urbano-arquitectónica reconoció el pasado industrial del sitio. Fue silenciado por segunda vez (véase imagen 2.8).

Para Freire (2011), la construcción del silencio cambia comportamientos, ello en función de que, dentro de una sociedad jerárquica, hay individuos que pierden la voz, pues se les priva de este medio corporal para ejercer influencia en la dirección de la sociedad. Esto es habitar, en términos de Freire, la cultura del silencio. Una de sus más trágicas consecuencias consiste en que la energía que los individuos no pueden liberar mediante la voz es canalizada dentro de la masa de los oprimidos, generando conflictos que ellos mismos se encargan de crear y sostener. Lo anterior significa que, mediante el silencio, los oprimidos se convierten en sus mismos opresores, siendo una conducta funcional a las élites. Si uno de los objetivos de la guerra cultural es garantizar el control de la sociedad mediante el consenso de ésta, el silencio deviene una estrategia primordial.

Si en Xalapa hay un silencio institucionalizado respecto a los sitios de memoria industriales y al evento trágico de los obreros comunistas torturados y asesinados, en San Bruno hay un silencio consensuado respecto al pasado textil del barrio pues los habitantes han construido su memoria privilegiando las experiencias, sucesos, personajes, y recuerdos de la época de los obreros comunistas, por encima del silencio de las experiencias de los

COMPLEJO FABRIL EN LA ZONA SUR DE XALAPA EN EL SIGLO XIX



FÁBRICA LA PROBIDAD



FÁBRICA EL DIQUE

INTERVENCIÓN URBANA “MIRADOR LOS LAGOS” (2007-2012)



ESPACIOS INTERVENIDOS:

- 1 Edificio de la Unidad de Artes de la UV
- 2 Casa del Lago, centro artístico y cultural

ACCIONES DE INTERVENCIÓN:

- A Escalinata como foro y escenario
- B Pavimento decorado por habitantes
- C Plataforma como espacio de descanso

Imagen 2.8. Intervención urbano-arquitectónica “Mirador Los Lagos”, Xalapa, 2007. Elaboración propia. Fuente: Archivo fotográfico del AGEV e imagen a color obtenida de: https://arquitectura.unam.mx/uploads/8/1/1/0/8110907/21_interactivo.pdf

obreros textiles que aún viven:

“Hubo un periodo que fue muy famoso en el barrio, el periodo del comunismo [...] el sindicato no vio en la CROM sus anhelos de emancipación reflejados y por ello se volvió comunista, hubo obreros que se fueron a la Unión Soviética para aprender sobre derechos y técnicas de lucha, fue gracias a este periodo que el barrio tomó forma, sin ellos San Bruno no tendría historia [...] Queremos que en Xalapa sepan que somos de San Bruno y somos de los mártires” (El Vecino Nostálgico, 2 de junio del 2018)

Si bien es una manifestación en forma de reclamo por parte de los habitantes hacia el no reconocimiento de su pasado obrero comunista que ha quedado pendiente en la construcción de la memoria institucional de la historia de Xalapa, este comportamiento neutraliza los efectos culturales y políticos que puedan revelar la opresión en la que viven los obreros textiles hoy en día. Una opresión que ha quedado grabada en sus cuerpos, muchos de ellos mermados físicamente por la espacialidad arquitectónica industrial, perdieron la vista, la capacidad auditiva, e incluso miembros y órganos del cuerpo. No hay reconocimiento ni reclamo por parte de los habitantes de San Bruno respecto a ello, en cambio, sostienen el silencio.

Este silencio no ha dejado espacio a las voces y experiencias del obrero textil, trazando el límite entre lo decible y lo indecible, nadie habla, por ejemplo, del proceso de fabricación de la tela, de las cualidades de ésta, ni de las capacidades, talento y aptitudes que los obreros textiles desarrollaron para su producción. Mantener al margen su voz reprime y demerita memorias que tampoco han sido reconocidas, los obreros textiles son invisibilizados por su propia comunidad. Las siguientes memorias son sólo dichas en voz de algunos obreros que hoy habitan bajo circunstancias complicadas de salud:

“Hacíamos unas telas muy bonitas, esas telas de las camisas Mánchester nosotros las fabricábamos aquí, exclusivas para las camisas Mánchester [va por una camisa viejita que conserva porque tiene ese dibujo que hacían en la fábrica] ¡Mire el dibujo! [me dice y se queda observando la camisa en silencio] esta camisa ya está bien viejita, pero la guardo porque tiene los tejidos de aquí. ¡Ésto era un arte vaya!, ¡mire qué bonita se ve viéndola de ladito así!” (El Sobreviviente Leal, 22 de abril del 2018)

“Había unos muy buenos haciendo su trabajo, aunque todos sabían, había unos correiteros, esos armaban, armaban una máquina, la desarmaban, la volvían a armar [sonido gutural de admiración] y los tejedores, pues buenos tejedores” (El De Buena Fé, 4 de febrero del 2018)

Sin embargo, sus voces y experiencias han sido marginalizadas dentro del silencio consensuado y sostenido por los mismos habitantes. Esta norma emocional y comportamiento no dan lugar al empoderamiento, mucho menos a una posibilidad de futuro diferente, por el contrario, impulsa la exclusión cívica de una parte de los habitantes de San Bruno, ayudando a mantener las jerarquías de poder mediante el consenso de los oprimidos.

Perder la voz ha significado para los obreros textiles, perder espacio para emplazar sus experiencias. Entendido así, el silencio revela un conflicto espacial en torno a qué voces y de quiénes tienen espacio para ser escuchadas, reconocidas y emplazadas, y cuáles quedan marginalizadas del ámbito que la memoria hace decible, tanto en el barrio de San Bruno como en Xalapa.

DESPATOLOGIZAR LA MELANCOLÍA PARA PRESERVAR LOS EFECTOS DE LO AUSENTE

En el caso que he mostrado, el crecimiento y transformación de una ciudad media mexicana, desde los 90's, ha sido sostenido y subsidiado por comunidades obreras que viven en pobreza y opresión. Lo anterior ha devenido un conflicto espacial y un conflicto de tipo emocional. El primero, en tanto a los habitantes de dichas comunidades, los nuevos procesos urbanos les han coartado y privado de espacios públicos y edificios que conformaban su histórica configuración urbano-arquitectónica previa. El conflicto emocional radica en el hecho de que sus memorias corporales se contraponen y son perturbadas por los cambios espaciales, pues éstas han dejado de articularse con el nuevo paisaje urbano. Ello ha moldeado el sentimiento de melancolía urbana, emoción con la que los habitantes han respondido ante sus pérdidas. El obstáculo al que se enfrentan las transformaciones urbanas es la memoria puesto que detona conflicto, por lo tanto el reto radica en comprender hasta qué punto deberían ser asimilados los procesos de transformación urbano-arquitectónica en espacios postindustriales por los cuerpos que los habitaron largo tiempo.

De acuerdo con Freud (1917), la melancolía es una patología que produce daño en tanto el individuo es incapaz de superar la pérdida, mientras

tanto, en el duelo, tras un largo proceso, el individuo puede sobreponerse a lo perdido para invertir sus emociones, sentimientos y energía mental en nuevos objetos. En términos de Freud, la melancolía deviene un duelo sin fin. Puede entonces pensarse que, en los procesos de asimilación de los cambios urbanos el duelo y la melancolía coexisten al mismo tiempo como un continuum. No obstante, a diferencia de lo propuesto por Freud, en vez de mirar a la melancolía urbana como una emoción que causa daño, ésta puede visualizarse como el producto de un conflicto, generado por la búsqueda de equilibrio entre habitar en duelo o habitar en melancolía. En tanto se piensa como conflicto, los habitantes de las comunidades obreras pueden dejar de ser vistos simplemente como víctimas, permanentemente dañadas e incapaces de habitar sintiéndose “completos”. En cambio, los habitantes han mostrado cómo la vivencia de la melancolía puede reivindicarlos como sujetos y colectivo con poder.

La melancolía, nos dice Freud, proviene de un comportamiento rebelde por parte del ego, pues hace que objetos sociales menospreciados se preserven y sobrevivan en el ámbito psíquico del melancólico. De igual forma, los objetos devaluados y desdeñados por quienes transforman la ciudad, no son perdidos del todo, pues la experiencia de la melancolía hace que los habitantes los retengan en su ámbito psíquico y corporal. El comportamiento anterior muestra que hay un rechazo de tipo político y militante, por parte del ego del melancólico, a no permitir que ciertos objetos y espacios urbanos desaparezcan y se pierdan en el olvido. Esta preservación del objeto amenazado a desaparecer, puede ser pensada como un tipo de soporte ético que el melancólico demuestra. Un habitante en duelo, por el contrario, carece de dicha ética. El habitante en duelo está perfectamente contento y conforme con dejar ir y desaparecer por completo al objeto perdido, declarándolo sin efectos dentro de su cuerpo y su psique.

Si bien la ambivalencia del conflicto generado por la preservación del objeto perdido que caracteriza a la melancolía puede provocar culpa, baja autoestima, rabia, coraje y enojo, resultando una amenaza a la estabilidad del ego, no debe pensarse como una amenaza producida por una cualidad ontológica constitutiva del comportamiento melancólico, sino como una amenaza exterior cultural, social y política. El silencio institucional, el despojo, la corrupción ejecutada por el gobierno, la negligencia y la irregularidad en la política urbana son los dispositivos que llevan al melancólico a reaccionar visceralmente manifestando coraje, rabia, culpa y enojo, no la melancolía en sí. Son las élites y grupos de poder quienes se empeñan

en construir ciudad sobre la destrucción de objetos y espacios amados por colectividades minoritarias y subordinadas.

Siguiendo esta línea argumental, habitar melancólicamente puede hacer un frente ante tal situación política y urbana. Si el objeto amado no va a vivir allá afuera, el melancólico declara empáticamente, va a vivir aquí adentro, en mí. Es el melancólico quien puede ayudar a enfrentar cara a cara estas formas injustas y jerárquicas de hacer ciudad. Activismo y melancolía urbana son dos comportamientos que resultan estrechamente ligados.

Con base en lo mostrado, la experiencia corporal de la pérdida espacial ha llevado a los habitantes de San Bruno a movilizarse frente al despojo, en tanto ellos preservan lo ausente físicamente en su memoria corporal, ellos cuidan, a costa de lo que sea necesario, no ser despojados de esos restos y fragmentos que permanecen y no se han perdido en ellos, en su ego, su psique, su memoria y su cuerpo. La experiencia melancólica puede, entonces, empoderar a colectivos silenciados que no tienen injerencia en la manera de hacer ciudad. En ellos se preserva lo patrimonializable.

Es así como la experiencia melancólica abre una posibilidad a la manera de visualizar el patrimonio. Las instituciones culturales y patrimoniales han reducido lo arquitectónico patrimonializable a los edificios y entornos urbanos presentes físicamente, omitiendo que lo patrimonializable reside también en los efectos corporales y emocionales que los paisajes históricos y de memoria imprimieron en los habitantes. Consecuentemente, se visualiza un proyecto ético-político pendiente sostenido en el potencial de la melancolía.

Para Gordon, reencontrarse con la fuerza espectral de lo ausente significa una esperanza de cambio: “luchar por un pasado de opresiones es hacer que este pasado cobre vida como la palanca para el trabajo del presente: eliminando las fuentes y condiciones que vinculan la violencia de lo que parece ya terminado, con el presente, terminando esta historia y estableciendo un futuro diferente” (2008:66). Si la melancolía no es una fuerza dañina ni destructiva, sino de base política que puede dar cabida a la esperanza, un trabajo a través de esta emoción, vinculado con las historias reprimidas del pasado, puede apuntalar un proyecto de reconstrucción y reparación comunitaria que haga asequibles otros futuros. El reto de este trabajo recae en cómo propiciar el reencuentro con los espectros, con lo casi perdido, con el fin de no dejarlos perder, pero que al mismo tiempo posibiliten futuros esperanzadores. Muñoz agrega que la melancolía es una estrategia de sobrevivencia: “un proceso que ayuda a lidiar con todas las

catástrofes que ocurren en la vida de la gente [...]un mecanismo que ayuda a (re) construir identidad y llevar a los muertos con nosotros a las varias batallas que debemos enfrentar en sus nombres –y en nuestros nombres.” (1999: 74). El trabajo a través de la melancolía apunta entonces a cómo sobrevivir con los muertos o espectros para aprender a vivir y continuar de manera diferente.

Luego, si las instituciones patrimoniales aceptan comprometerse con este trabajo de reparación, el reconocimiento de lo ausente, de lo arquitectónico espectral corporeizado, se hace necesario.

Sin duda, la ciudad crece sobre memorias, pero hay memorias que los cuerpos se niegan a perder, se requiere entonces generar políticas urbanas y patrimoniales que busquen soluciones a este conflicto. Si el crecimiento de las ciudades mexicanas es difícil de contener, habría que impulsar maneras para que crezcan sin que generen pérdidas conflictivas a sus habitantes. La metáfora del “paraíso perdido y vuelto a ganar” puede contribuir a generar alternativas. Klein señala: “Parece que todo avance en el proceso de duelo resulta en: una profundización de la relación del individuo con sus objetos perdidos, en la felicidad de recuperarlos después de sentir que los habían perdido (“Paraíso perdido y vuelto a ganar”), en un aumento de confianza en ellos y en el amor hacia ellos” (citado por Eng & Han, 2003:364).

Las instituciones deberían trabajar con la sensación de recuperar lo perdido. Una de las vías mediante la cual la gestión patrimonial puede impulsar la recuperación del “paraíso perdido” es a través del reconocimiento, un reconocimiento que conduzca a la empatía y solidaridad. Ello debido a que si bien las pérdidas no pueden ser recuperadas físicamente, sí pueden y deben ser reconocidas y preservadas corporalmente. Visto así, “volver a ganar lo perdido” propiciaría una tarea doble, la primera, las experiencias, voces y cuerpos requieren espacio para ser compartidas, reconocidas y escuchadas, segunda, los cambios urbanos requieren no ser ejecutados mediante el despojo ni la imposición sino la negociación. Si el melancólico ya hace su parte, es decir, se niega a dejar ir lo perdido, negociar significaría crear políticas para que las transformaciones del entorno urbano dejen de ser sentidas como pérdidas.

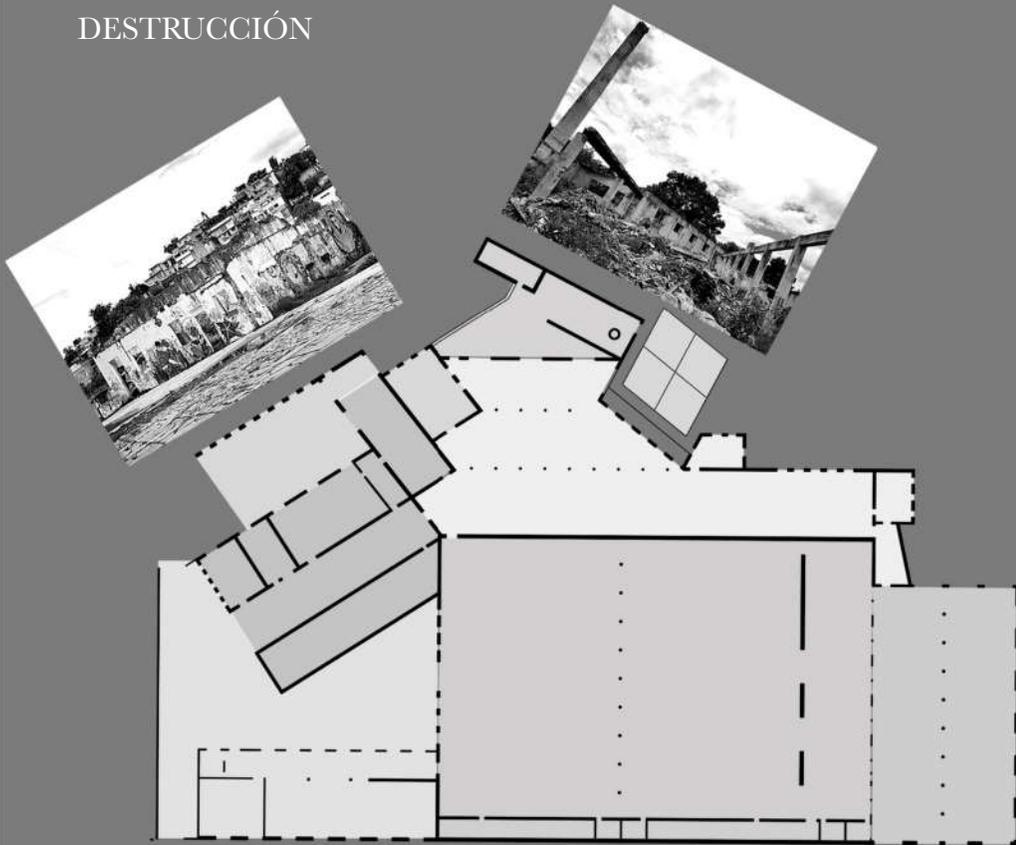
¿Qué es lo que entonces se debe preservar en configuraciones postindustriales modificadas a base del despojo?. Propongo que hay un nuevo punto de interés, lo urbano-arquitectónico ausente es lo que debería ser patrimonializable, no como una pérdida que se tenga que superar sino como una pérdida que se debe preservar. Preservar lo ausente significaría,

para las instituciones patrimoniales, defender la negativa de los habitantes a dejar ir lo perdido, con el fin de respetarles su derecho a no perder su identidad, sus espacios amados, prácticas y modos de vida, a no dejar que la cuarta guerra elimine los efectos de lo que la arquitectura que habitaron corporeizó en ellos —una arquitectura que ya sólo es rememorada a través de sus cuerpos.

En conclusión, el potencial de lo patrimonial no sólo nace de lo físicamente presente, sino también de los efectos de lo ausente. Por ende, los procesos de asimilación de las transformaciones urbanas experimentadas como pérdidas no deben ser completados jamás. La experiencia de la melancolía se vuelve un vehículo para no perder lo perdido, y la memoria, una estrategia de sobrevivencia, no un obstáculo que genera conflicto espacial. Habitar melancólicamente permitirá hacer frente a la pérdida de subjetividades, identidades, experiencias, voces y cuerpos.

CAPÍTULO III

DESTRUCCIÓN



Plano ex Fábrica de San Bruno



SAN LORENZO, VERACRUZ



MAYORAZGO, PUEBLA



LA ESTRELLA, COAHUILA

DESTRUCCIÓN

Segundo evento urbano-arquitectónico

“El espectro es la forma principal mediante la cual algo perdido o invisible o aparentemente no allí, se da a conocer o se hace evidente ante nosotros” (Gordon, 2008: 63)

Destruir es volver algo ausente. Desde su ausencia física, aquello convertido en espectro puede afectar, puede actuar, mover visceralmente, puede sentirse porque ha quedado inscrito en el cuerpo y en la mente. Por ello, la destrucción de un edificio nunca termina, aunque a la vista ausente está presente en el cuerpo de quien lo habitó y es el cuerpo el transmisor de sus efectos.

Si el edificio destruido continúa presente en la configuración afectiva del espacio físico, los cuerpos reaccionarán a su destrucción porque hay algo que a la par se está destruyendo en ellos. Después de veintidós años de estar abandonada, en el 2013 la ex fábrica textil “San Bruno” fue destruida pero el espectro de su destrucción, de lo invisible, de lo hecho ausente, paradójicamente la hizo visible, reapareció ante los habitantes de San Bruno porque sintieron su ausencia en su experiencia física espacial y sintieron la destrucción en su cuerpo. Reaccionaron enfurecidos, con rabia y coraje, pedían a las instituciones correspondientes la nombraran patrimonio y detuvieran su destrucción.

Reconocer que el patrimonio tiene una dimensión corporal y afectiva que sostiene su dimensión representacional, lleva a reconocer que para los habitantes de San Bruno la fábrica ya era patrimonio antes de que cualquier institución la legitimara como tal. Ya era patrimonio porque los habitantes la sentían así, con su cuerpo-mente.

La fábrica destruida ha seguido una trayectoria en la geografía afectiva y emocional de los habitantes, transitando por diferentes estadios buscando un espacio en donde no pueda ser olvidada, eliminada, ni borrada del todo, pero cuyos efectos puedan ser manejados. Esta trayectoria ha estado atravesada por incertidumbre, desconocimiento y corrupción enmarcadas dentro de una cuarta guerra.

III

¿Cómo actúan los restos espaciales (ruinas) de una cuarta guerra que permanecen en la memoria corporal del humano (sensorial de los cuerpos) en el trazo de nuevos límites espaciales?.

En el capítulo anterior se expuso cómo las pérdidas urbano-arquitectónicas de una espacialidad industrial corporeizada, desde su ausencia, continúan movilizándolo a los habitantes emocionalmente. En este capítulo nuestro el impacto afectivo que la destrucción, conjunto de restos arquitectónicos presentes y los hechos ausentes, tiene en el cuerpo humano, modificando su conexión y proximidad con el objeto arquitectónico patrimonial industrial.

PATRIMONIO ARQUITECTÓNICO INDUSTRIAL

La construcción mental del concepto patrimonio industrial ha marcado una clara separación entre el ámbito del significado y la dimensión corporal. Patrimonio industrial se piensa como testigo o huella del avance tecnológico y científico, o como representación de procesos y tecnologías de importancia ya sea regional o mundial:

“estructuras como fábricas, plantas y centros industriales han quedado en desuso para convertirse en testigos del avance tecnológico. Éstos se han convertido en la huella de la transformación y aplicación de la ciencia y tecnología que han mejorado la vida de la humanidad [...] una fuente de aprendizaje de los desarrollos científicos y tecnológicos.” (Principios de Dublín, 2011; TICCIH, 2003; ICOMOS)

Es decir, se pondera lo científico sobre lo humano. Cuando se menciona el papel del humano dentro de esta elaboración conceptual, se entiende como algo intangible: “Las habilidades y el conocimiento humano involucrados en procesos industriales antiguos, son un recurso de suma importancia en la conservación y deben ser tomados en cuenta en el proceso de evaluación patrimonial.” (Principios de Dublín, 2011; TICCIH, 2003; ICOMOS). El cuerpo humano no está presente en esta definición, y las secuelas que el patrimonio industrial dejó en cuerpos y espacios quedan absolutamente

despolitizadas bajo la idea del humano intangible cuyas habilidades deben ser medidas y “curadas” por los encargados de la catalogación, basados en ello podrán calificar qué es patrimonio industrial y qué no.

Esta omisión ha conducido a una escueta noción de lo que debe ser conservado y para qué:

“La importancia y el valor del patrimonio industrial son propios de las estructuras o de los sitios, su tejido material, sus componentes, su maquinaria y entorno expresados en el paisaje industrial, en documentación escrita y también en registros intangibles contenidos en los recuerdos, el arte y las costumbres.” (Principios de Dublín, 2011; TICCIH, 2003; ICOMOS)

La disociación edificio y humano es bastante clara, pues patrimonio industrial tangible sólo abarca construcciones arquitectónicas y demás elementos materiales, en tanto el humano es abstraído como ente inmaterial, es decir, no hay una idea de que el humano posee una corporalidad que es material y es tangible.

Se argumenta que la preservación de lo anterior es fundamental para lograr la concientización, el aprendizaje y valoración del desarrollo científico. Preservar no se piensa como vía de concientización y reconocimiento del cuerpo humano, cuyo daño hizo posible el “progreso” de la ciencia. Esto conduce a subrayar que el patrimonio industrial ha sido teorizado como un concepto deshumanizado y anclado en la idea occidental de lo científico, que deja completamente de lado la dimensión humana y corporal, no posibilitando su reconocimiento, sino impulsando su invisibilización.

En cuanto al patrimonio industrial destruido, se señala que: “Su valor patrimonial podría ser puesto en peligro o disminuido de manera considerable si la maquinaria u otros componentes importantes se remueven o si se *destruyen* elementos accesorios que forman parte del todo.” (Principios de Dublín, 2011; TICCIH, 2003; ICOMOS). Estas líneas ponen en evidencia el riesgo que implica continuar pensando patrimonio sólo en su dimensión discursiva y simbólica, pues si se destruye, se afirma, su valor se pone en riesgo.

El problema radica en que los valores son construidos por los círculos intelectuales que conforman las instituciones patrimoniales, frecuentemente alejados de los habitantes, obreros y demás pobladores, quienes aún cuando el patrimonio haya sido destruido, continúan significándolo visceralmente y luchando por su conservación, no importándoles si posee o no valores simbólicos, históricos o estéticos ni que de éste ya sólo queden restos.

FRONTERAS AFECTIVAS: TRAYECTORIA DEL ESPACIO ARQUITECTÓNICO PATRIMONIAL

Debido a la escasa consideración que hasta el momento se ha hecho en México respecto al papel del cuerpo dentro de la gestión y valoración patrimonial, poco se ha profundizado en el entendimiento de la relación que se genera entre el humano y el patrimonio. ¿Qué la detona?, ¿qué subyace a dicha relación?, ¿cómo impacta en la inclusión o exclusión cívica?, ¿qué sostiene el sentirse identificado o no?, ¿cómo se modifica dicha relación cuando el patrimonio es destruido?, son preguntas que han pasado a un segundo plano en tanto el foco de interés se ha colocado en la construcción de valores históricos, estéticos y simbólicos del objeto arquitectónico patrimonial.

En las siguientes líneas intento mostrar cómo la relación entre el humano y el patrimonio industrial destruido está definida por prácticas espaciales que marcan fronteras afectivas, con el fin de contener y graduar la capacidad afectiva de los restos arquitectónicos sobre el cuerpo, de manera tal que no representen una amenaza para éste o le sean bastante intrusivos.

Hablar desde la dimensión afectiva de la arquitectura, trae a un primer plano la capacidad que tienen los espacios arquitectónicos para crear, limitar o manipular ciertos afectos (Thrift, 2004; Kraftl & Adey, 2008). Y si los afectos no son acerca del sujeto o del objeto sino relaciones que inspiran al mundo (Dewsbury et al. citado por Kraftl & Adey, 2008: 215), en el encuentro entre el humano y el espacio arquitectónico destruido circularán afectos que constituirán su interrelación y mediarán la experiencia humana, provocando o no una respuesta de tipo emocional y corporal.

Como señala McCormack (2003: 490): “atender las cuestiones del afecto permite que los encuentros con los espacios tengan una vida y fuerza precedente y más allá del pensamiento representacional reflexivo y deliberativo”. Dicha fuerza que precede y va más allá del encuentro dibuja y dirige la trayectoria afectiva que lo arquitectónico puede tener en la vida humana. Si bien no todos los espacios nos afectan de manera tal que en momentos posteriores podamos volver a sentir y recordar con el cuerpo, sí hay muchos que se quedan profundamente corporeizados. A veces, dicha corporeización puede resultar conflictiva y problemática cuando las fronteras no han sido bien definidas, es decir, cuando el potencial afectivo de esos espacios encarnados y recordados con el cuerpo es tal que afecta al cuerpo más de lo que es capaz de asimilar emocionalmente.

Dicho potencial afectivo cobra una importancia particular en espacios patrimoniales industriales que han sido destruidos, pues demanda una nueva organización de fronteras que contengan el espectro y fuerza de la destrucción sobre lo incorporado en el cuerpo³⁰. Es un trabajo afectivo arduo pues si los espacios, ahora destruidos, quedaron corporeizados, algo en el cuerpo puede estarse destruyendo a la par, dejar que se destruya o no es el conflicto afectivo emocional que perturba la experiencia, la recepción, y la relación entre el humano y el objeto patrimonial destruido.

Al manejo de la distancia espacial, traducida en proximidad, cercanía o lejanía, y del impacto y trayectoria emocional que los afectos arquitectónicos puedan seguir en la vida del habitante, es lo que aquí llamo trabajo de demarcación de fronteras afectivas.

Estas fronteras van más allá de lo simbólico, esto es no sólo son delineadas por la diferencia discursiva, representativa y de significados entre cuerpos colectivos, sino que emergen de un mundo material arquitectónico autónomo, a través del contacto con los humanos.

Para apuntar la importancia que tiene trabajar desde la dimensión afectiva emocional del patrimonio con el objetivo de propiciar sociedades más empáticas con su entorno construido retomaré el concepto de desplazamiento planteado por el profesor Kevin Hetherington quien lo propone como categoría espacial útil para trabajar con temas de ausencias presentes.

La relación entre cualquier objeto y el humano, propone Hetherington (2004: 159-160), no está definida por una trayectoria temporal lineal, en el cual el objeto se crea, produce, consume y desecha, sino que se trata de un proceso de desplazamiento en donde las etapas o estadios de dicha trayectoria se dan de manera atemporal, no lineal, compleja y dinámica, pasando por eventos de suspensión, retorno, remoción, almacenaje y acecho. Por ejemplo, los objetos que se adquieren no siempre se usan y después se eliminan, sino que son guardados en diferentes espacios al interior de una casa, puede ser en un refrigerador, en el guardarropa, en el ático, debajo de las escaleras, o en algún cajón, al fondo, o en una posición visible, es decir, más que ser desechados, los objetos son desplazados transitando por diferentes espacios. La elección respecto a dónde colocarlos está en función de

30. Lo incorporado o corporeizado hace alusión a las sensaciones que los obreros reviven al visitar el espacio en ruinas, el recuerdo corporal del sudor, el calor, el frío, el polvo, las cicatrices o la sordera. A partir de la página 156 se mapea la vivencia actual de estos afectos.

qué tanto se quieren cerca del cuerpo, dependiendo de la relación afectiva que se halla creado con éstos. Así, una fotografía puede colocarse en un portarretratos sobre la mesa de sala o puede almacenarse en una caja con más fotografías en el guardarropa. Ello no significa que las fotografías de la caja estén olvidadas y no sean parte de nuestra memoria, sino que se han colocado en un espacio en suspensión del que después pueden ser removidas para retornar a un espacio más cercano donde pueda tenerse mayor contacto corporal. Desde ese espacio en suspensión, los objetos y las cosas no pierden sus capacidades afectivas: “lo ausente puede tener agencia independientemente de la intencionalidad humana” (Hetherington, 2004:167). Es decir, los objetos y las cosas siguen un curso, una trayectoria de desplazamiento en la vida humana que escapa al pensamiento reflexivo, razonado e intencionado, actúan más allá de lo que conscientemente se puede medir e imaginar. Como puede verse, su trayectoria no es lineal sino que pueden suspenderse, removerse, almacenarse, retornar o tener un segundo uso, y al hacerlo, los objetos nunca son del todo eliminados sino sólo desplazados:

“se mueven entre un estado de presencia y ausencia y al hacerlo son transformados, aparentemente desaparecen sólo para retornar una vez más e inesperadamente, y quizá en un lugar diferente y de diferente forma. Ellos pueden venir e irse, aparecer y desaparecer, pero al hacerlo, permanecen” (Hetherington, 2004:162)

Esta idea es bastante productiva para repensar la habitabilidad y la construcción de la memoria histórica. Siguiendo lo anterior, considero útil suponer que los espacios arquitectónicos que hemos habitado nunca son eliminados por completo, sino que siguen también una trayectoria similar a la de las cosas y los objetos. Los espacios arquitectónicos y edificios que han sido habitados pueden mantenerse en un espacio de suspensión, pueden retornar y mover visceralmente al cuerpo, pueden almacenarse en la memoria simbólica y corporal, pero nunca perder su agencia o capacidad de afectar.

Este planteamiento se sostiene sobre la noción de virtualidad elaborada por Deleuze y Guattari: “Una variable puede ser continua en una parte de su trayecto, y luego rebotar o saltar sin que su variación continua se vea por ello afectada, imponiendo *un desarrollo ausente como una continuidad alternativa, virtual y sin embargo real.*” (2004: 98). Massumi (2002) retoma esta noción y define lo virtual como una multitud apremiante de potencias que están empezando a desarrollarse y pueden o no volverse actuales. Luego, hay

una distinción entre lo virtual, lo actual y lo real. Para DeLanda (2015), las capacidades de afectar pueden ser reales sin necesariamente ser actuales, es decir, son virtuales: “Lo virtual no se opone a lo real, sino a lo actual. Lo virtual es totalmente real en la medida en que es virtual. De hecho, lo virtual debe definirse estrictamente como parte del objeto real, como si el objeto tuviera una parte de sí mismo en el objeto virtual en el que se sumerge como en una dimensión objetiva.” (Deleuze citado por DeLanda, 2015: 17). Es decir, los objetos y las cosas pueden tener una especie de triple vida, actuar en el plano virtual, mediante potencias e intensidades que están por devenir, cuando devienen son actuales, y en ambos casos son reales. Cuando hablo de trayectoria afectiva hago referencia a este desarrollo ausente y continuo que los espacios arquitectónicos, al igual que los objetos, pueden seguir de manera virtual, por momentos, devenir actuales, pero siempre reales.

Es decir, los espacios arquitectónicos habitados en el pasado pueden permanecer en el plano virtual y devenir en el plano actual, en ambos casos continúan teniendo agencia. Cuando se habla de devenir en el plano actual, me refiero a que pueden impactar en el comportamiento humano, sensaciones y emociones del presente. Si dicha trayectoria que los espacios arquitectónicos siguen en el plano virtual, no es necesariamente actual, ello significa que pueden ya no existir físicamente, pueden estar destruidos, muy lejos de donde estamos, pero ello no define ni condiciona los eventos y estadios por los que circulan en el plano virtual. Los espacios y edificios arquitectónicos también pueden suspenderse, removerse, almacenarse y retornar, nunca olvidarse del todo.

Hay entonces una memoria virtual en donde se archivan los espacios y eventos virtuales, acumulando potencial para devenir y actualizarse. Y es bajo esta idea que me gustaría reconsiderar el tema de la construcción de memoria. Creo más fructífero pensar que la memoria no es tanto lo que se olvida o se recuerda, sino lo que se desplaza. Es decir, un movimiento entre planos (virtual y actual), pero no una eliminación u olvido, sino una trayectoria de desplazamiento. No olvidamos los espacios, sólo los desplazamos a otros espacios de otra dimensión –una dimensión quizá psíquica, inconsciente, emocional–. Volviendo al ejemplo de las fotografías, el hecho de no tenerlas en un espacio visible en el habitar cotidiano, no implica que las hayamos olvidado. Sólo han sido trasladadas a un espacio desde donde se evita que se pierdan físicamente para siempre. No obstante, incluso perderlas o desecharlas no significaría que ya no se les recuerde jamás.

Por lo tanto, los objetos materiales que apuntalan la memoria recorren espacios, distancias, tiempos, desplegándose de manera compleja y no lineal. Memoria es el resultado de un conjunto de desplazamientos que los espacios y objetos ejecutan para llegar a ser actuales. Lo que llamamos memoria, como tal, es sólo la punta del iceberg sostenida por movimientos objetuales sucediéndose en una realidad virtual. En otras palabras, lo que no está en la punta, no está olvidado sino desplazándose.

Trasladando lo anterior al caso San Bruno, se explora la trayectoria afectivo emocional que el edificio de la fábrica y sus espacios arquitectónicos han seguido en los habitantes de San Bruno, registrando qué sensaciones y emociones han definido su grado de compromiso e identificación con el sitio patrimonial, llevándolos en diferentes momentos, a suspenderlo, defenderlo, darle un segundo uso y hacerlo retornar.

Dicha trayectoria ha estado definida en función del trabajo de demarcación de fronteras afectivas: ¿a qué distancia espacial han colocado los espacios habitados para mediar su agencia?, ¿qué grado de porosidad tienen las fronteras que han trazado para no experimentar su devenir actual como algo intrusivo?, ¿cómo tales fronteras dirigen los sentimientos de conexión o repulsión que experimentan en el plano virtual y en el plano actual?.

HABITAR CON ESPECTROS

Como he mencionado, habitar con espacios arquitectónicos patrimoniales destruidos demanda una nueva organización de fronteras que contengan el espectro y fuerza de su destrucción sobre aquello que ha quedado inscrito en los cuerpos. Si lo arquitectónico ha sido destruido, pero quedó corporizado, la sensación de que algo está destruyéndose en el cuerpo, resultará perturbadora, acechante y conflictiva. Señala Thrift que cualquiera otra práctica cotidiana como el habitar:

“siempre genera un correlato espectral de posibilidades no actualizadas, por ende, los espacios-tiempos son siempre acompañados por sus espectros, los cuales ensayan “la presencia activa de las cosas ausentes” (Valéry, citado por Denning, 1996:116) [...] Primero, porque casi todos los espacios llevan la carga de su pasado [...] Segundo, debido a que la mayor cantidad de espacios-tiempos se han extendido cada vez más en todo el mundo, el sentido de lo lejano se ha vuelto cada vez más frecuente [...] Tercero, debido a que

los espacios-tiempos [...] generan muchos de los posibles no actualizados, sin los cuales no pueden dejar su huella, ni ser sentidos y registrados” (2008: 121)

Lo anterior implica que las trayectorias de desplazamiento de los espacios y edificios arquitectónicos habitados pueden desplegarse en el habitar cotidiano presente con toda la carga de sus espectros. Luego, las fronteras son requeridas para contener su agencia, cuando y donde no hayan sido bien colocadas, los espectros aparecerán como fuerzas afectivas intrusivas. Entonces, si “los actos de desplazamiento son acerca de cómo manejamos las ausencias —cómo las ordenamos, dónde las colocamos [...] En la medida en que no nos encontremos con las ausencias como presencias inesperadas”, puede decirse que la demarcación de fronteras está funcionando adecuadamente.

Considero que los espacios patrimoniales destruidos demandan un mayor trabajo de delimitación de fronteras afectivas puesto que la destrucción ha potenciado sus espectros, los ha vuelto más perturbadores e intrusivos porque no fue una destrucción que el habitante haya decidido, sino un acto ejecutado de manera brutal, por ende, desestabilizador y confrontante.

En el 2013, en menos de dos meses, el conjunto arquitectónico de la fábrica de San Bruno fue echado abajo, todo quedó destruido, y desde ese día, sus espectros cobraron mayor fuerza para acechar a los habitantes de San Bruno. La fábrica demandó una demarcación de fronteras afectivas.

DEFENSA



Plano ex Fábrica de San Bruno



DEFENSA

Tercer evento urbano-arquitectónico

“creo útil suponer que el cuerpo recuerda de otro modo, fuera del ámbito de lo discursivo-comunicativo, aunque siempre conectado y conectable con él” (Huffschmid, 2013:115, citado por Lozoya, 2019)

“Ser acechado nos mueve afectivamente, a veces en contra de nuestra voluntad y siempre de forma un tanto mágica, dentro del sentimiento de una realidad que estamos por experimentar” (Gordon, 2008:8)

Cuando el espectro de la destrucción acecha está demandando su deuda. Espacios, edificios y experiencias corporeizadas reclaman lo que les pertenece:

“ya lo perdimos todo, ya no existe este edificio, ya no existe este terreno ni aquél otro, pero la fábrica sí, nos dimos cuenta de que la fábrica sí, fue cuando decidimos entrar a rescatarla” (El Vecino Nostálgico, febrero 2018)

La defensa del patrimonio arquitectónico es el producto de una infraestructura afectiva que delimita una distancia espacial entre el cuerpo y el edificio arquitectónico. La sensación de cercanía o conexión y la sensación de lejanía o repulsión mediarán la reacción del humano ante su patrimonio y mediarán el sentimiento de pertenencia. Sentirse cercano es sentirse incluido, sentirse lejano es sentirse excluido. Por ello, la defensa patrimonial se trata de un conflicto político, quién tiene derecho a pertenecer (sentirse cercano) y quién es excluido (sentirse lejano), qué cuerpos tienen derecho a reclamar su deuda y cuáles no, qué experiencias se emplazan y cuáles quedan desplazadas. Para sentir que se pertenece cuando la destrucción se lleva en el cuerpo se requiere hacer un trabajo afectivo con los restos que la cuarta guerra dejó. Se requiere trazar fronteras entre los restos arquitectónicos y los fragmentos corporeizados con el fin de poder manejar y medir su fuerza afectiva. Se requiere contener el acecho para poder habitar con la destrucción. Los habitantes de San Bruno afectados por la destrucción y el despojo llevan más de veintidós años tratando de definir las fronteras necesarias para estabilizar su habitar. Por ello, los restos arquitectónicos son necesarios y por eso deben ser defendidos, pues posibilitan la continuación del trabajo afectivo aún pendiente.

DEFENSA

¿Qué fronteras afectivas un cuerpo se ve obligado a trazar para vivir con la destrucción de lo arquitectónico corporeizado?. ¿Qué nueva organización afectiva, de sensibilidades y emociones está produciendo el trabajo de demarcación de fronteras afectivas en San Bruno?.

En las siguientes líneas se visualiza la trayectoria de desplazamiento que ha seguido el edificio de la fábrica y sus espacios arquitectónicos en la experiencia espacial y emocional de sus habitantes. Se inicia registrando el cambio de comportamientos, sensibilidades y emociones que detonó el evento de la destrucción, movilizándolo a los habitantes hacia la defensa. Posteriormente se puntualiza en las experiencias corporeizadas de quienes habitaron sus espacios interiores, los obreros, para mostrar cómo desde los restos arquitectónicos, la fábrica continúa demandando una demarcación de fronteras afectivas que estabilice el habitar San Bruno en ruinas.

TRES DESPLAZAMIENTOS: SUSPENSIÓN, DEFENSA, SEGUNDO USO

Suspensión

Las actividades laborales del edificio de la fábrica terminaron, tras un largo periodo de huelga, el 1º de mayo de 1991. Casi 140 años había funcionado, casi siglo y medio. Sólo algunos obreros fueron liquidados y ninguno conforme a lo que exige la ley del trabajo. El edificio quedó en pie, con su maquinaria, instalaciones, infraestructura, y estructura material. Había sido el edificio que durante todo ese tiempo había organizado la dinámica espacial y social del barrio, marcando ritmos, horarios, actividades de convivencia, rutinas familiares, celebraciones y demás. ¿Podían los habitantes modificar sus hábitos incorporados, sus prácticas espaciales, sus experiencias emocionales, sin verse conflictuados por la presencia de un edificio que había dirigido toda su vida pero que ahora estaría ausente de ésta?.

Cuando la fábrica se clausuró, el terreno y construcción quedaron embargados por el ahora SAT (Servicio de Administración Tributaria). Según se dijo, las deudas que había acumulado la empresa eran millonarias. Las familias de los obreros quedaron devastadas, desoladas y desconcertadas por el evento. Nadie lo esperaba y tampoco esperaban que el trabajo de

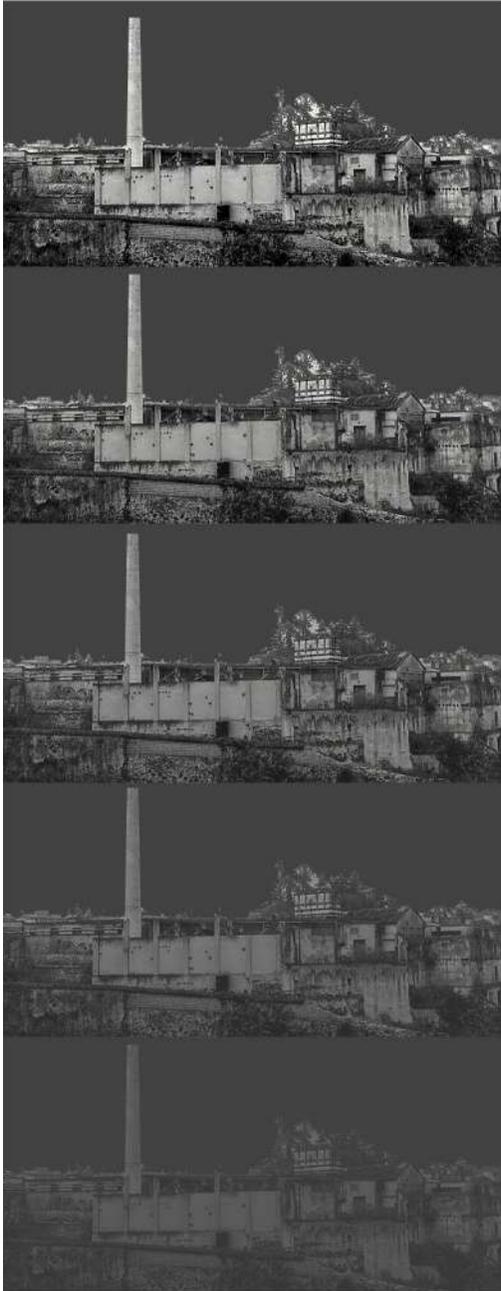
años realizado por los obreros pudiera no ser suficiente para vivir un futuro digno, lo que recibieron de pensión fue miserable. Este recuerdo se actualiza con rencor, disgusto y humillación:

“No, *ya ni me quiero acordar*, me fue mal ahí, como que al último como quien dice nos corrió el señor este, era la vida de uno, de ahí levanté a mis hijos, me hice de mi casita, y luego, cuando cerró, pues de qué iba uno a vivir” (El Decepcionado, 21 de abril del 2018)

La relación entre el habitante obrero y el edificio de la fábrica inició a modificarse radicalmente. La presencia del edificio comenzaba a hacer circular otro tipo de afectos, afectos que eran experimentados mediante sensaciones incómodas. Con el fin de que esta incomodidad no agrediera de más lo corporeizado en ellos, después de haberla habitado alrededor de 50 años, empezaron a definir límites que contuvieran la agencia del edificio en su experiencia espacial emocional cotidiana:

“era feo, uno había vivido ahí, y pasar por ahí, el barrio todo se veía desolado, fue triste verla cerrada, dejar a los compañeros, pues prácticamente dejar tu vida. Todavía fue peor con el paso del tiempo, uno veía cómo el edificio se iba deteriorando, poniendo feo y nadie le daba mantenimiento, *ya ni quería yo ver* cómo se arruinaba” (El Memoriado A Corto Plazo, 26 de mayo del 2018)

La fábrica y sus espacios arquitectónicos comenzaron su trayectoria de desplazamiento y las fronteras comenzaron a ser demarcadas, ambos se colocaron en un espacio que les permitiera a los obreros ya no ver y tampoco recordar, es decir, lo más alejado de su contacto corporal. La fábrica y sus espacios se trasladaron a un espacio en suspensión desde donde se pudiera contener lo acechante de su presencia: “[suspender] implicó una intención de mantener algo provisionalmente ausente para evitar cualquier efecto secundario que pudiese tener” (Hetherington, 2004: 167). Funcionó como un umbral, un vacío espacial que se creó para colocar los asuntos y espectros que no se querían olvidar, mientras su fuerza afectiva y sus afectos remanentes eran nuevamente estabilizados y reorganizados para ser desplazados por segunda vez. Su presencia devino ausencia pero no dejó de afectar, la fábrica estaba allí pero no estaba allí al mismo tiempo, visible e invisible a la vez (véase imagen 3.3). Y se mantuvo en suspensión por 22 años.



“...ya ni me quiero acordar,
me fue mal ahí”

“... era la vida de uno, de ahí
levanté a mis hijos, me hice de mi
casita, y luego, cuando cerró, pues
de qué iba uno a vivir”

“... uno había vivido ahí, y pasar
por ahí, el barrio todo se veía
desolado, fue triste verla
cerrada”

“... dejar a los compañeros, pues
prácticamente dejar tu vida”

“... fue peor con el paso del
tiempo, uno veía cómo el edificio
se iba deteriorando [...] ya ni
quería yo ver cómo se arruinaba”

Imagen 3.3. Suspensión o presencia ausente. Elaborada por Yuzzel Alcántara.

*Defensa*³¹

A finales del 2013 la fábrica fue destruida. Por un periodo de casi dos meses, entraron y salieron volteos del complejo industrial. Los habitantes reaccionaron desconcertados y denunciaron a las instancias correspondientes lo que estaba sucediendo. Nadie les dio información y la destrucción continuó: “a inicios del 2014 la fábrica ya estaba completamente destruida, ya no había nada, ni techos, ni muros, ni maquinaria, ni puertas, se habían llevado todo” (El Vecino Archivero, 15 de junio del 2018). A la fecha no se sabe quiénes fueron los responsables, pero al estar tanto el edificio como el terreno embargados ante el SAT, este acto de destrucción fue completamente ilegal. La destrucción en parte se debió a que los techos más antiguos de la fábrica estaban soportados por una estructura que contenía grandes cantidades de fierro y cobre, materiales que se cree fueron revendidos por kilogramo posteriormente. No obstante, había intereses económicos de otro tipo detrás de este acto de destrucción. Conociendo la historia de cómo se ha hecho ciudad en esta porción de Xalapa, a base de despojos y pérdidas que las autoridades se niegan a transparentar, la intención era clara. El complejo fabril se destruía para imponer un espacio diferente, uno funcional a las élites y grupos de poder.

Meses después, el 11 de abril del 2014, los habitantes sanbrunenses decidieron defender³² la fábrica, la hicieron habitable de nuevo, pusieron a circular nuevos afectos. Este evento puede entenderse como uno de los posibles devenires que los edificios y espacios arquitectónicos pueden lograr.

31. El evento de defensa condensa una lucha de memorias al interior del mismo grupo de habitantes. Para la mayoría, el móvil principal es la reivindicación de las historias y experiencias de los obreros comunistas que formaron el barrio a inicios del siglo XX. Sólo unos pocos participan en la defensa porque ven una oportunidad para que los logros, explotación y experiencias de los obreros que aún viven sean reconocidos. Sobre esta disputa entre las memorias del obrero comunista y mártir y las del obrero textil vivo se habló en la página 123.

32. Si hasta el 2013 eran alrededor de 15 personas las que se encargaban de llevar oficios al Ayuntamiento para solicitar transparencia en la adquisición y uso de terrenos que habían pertenecido al sindicato, o eran quienes organizaban eventos culturales para continuar con la tradición obrera en el barrio, a partir de este momento el número de actores se disparó, llegando a participar en la defensa alrededor de 100 personas. Llegaron estudiantes de la Universidad Veracruzana, activistas de Xalapa, profesionales de diversos campos (antropólogos, arquitectos, sociólogos), y en su mayor parte vecinos del mismo barrio de San Bruno. El movimiento de defensa lo encabezaron 5 habitantes de San Bruno, 3 de ellos eran parientes de algún obrero que había laborado en la fábrica. Debido a que la mayoría ya están viejos o porque su salud poco se los permite, fueron casi 10 obreros quienes se involucraron en las actividades de limpieza del lugar y transformación de los espacios.



“...no sabemos quién, pero alguien comenzó a llevarse todo, fierro, cobre, metieron camiones, nadie sabía quiénes eran ni nada [...] fue cuando decidimos entrar”



“...nos unimos, todos colaborábamos [...] logramos [...] que el INAH volteara y la nombrara patrimonio histórico”



“...había hierba, no se podía ni entrar; escombros, nada, nada, entrabas y era una destrucción total [...] había mucho escombros [...] lo poquito que pudimos limpiar, cuando vimos que era demasiado calculamos que se necesitaban entre 60-70 camionadas”



Imagen 3.4. Defensa: interrelaciones afectivas. Elaborada por Yuzzel Alcántara.

Cuando la materialidad es pensada como un desarrollo apremiante de potencias virtuales acumuladas que están por actualizarse (Massumi, 2002), la destrucción material de la fábrica abrió una posibilidad. Su potencial afectivo se actualizó en un nuevo comportamiento humano: la defensa (véase imagen 3.4).

Las interrelaciones afectivas entre el habitante y la fábrica se actualizaron, dando lugar a nuevos acontecimientos, nuevas relaciones emocionales entre humanos, sitio, espacio, atmósferas y materiales. Ese día, se organizaron en grupos para comenzar con las tareas de limpieza del lugar. Un lugar lleno de escombros, restos y fragmentos materiales que poblaban el espacio postindustrial. Llevaron sus palas, carretillas, cuerdas y machetes. Todo el escombros de los techos y muros derruidos estaba esparcido por la superficie de la fábrica, los habitantes comenzaron caminando entre montañas de losa y muros despedazados, desde allí cavaron y cavaron echando el escombros a algunos camiones de limpieza pública que sus conocidos les habían prestado. Les tomó alrededor de una semana limpiar desde la entrada hasta el primer cuarto, aproximadamente 50m².

La fábrica transitó de un espacio de suspensión a uno más próximo al cuerpo y con mayor agencia sobre éste, que lo movilizó a defenderla aún desde su ruina:

“no sabemos quién, pero alguien comenzó a llevarse todo, fierro, cobre, metieron camiones, nadie sabía quiénes eran ni nada, pero cuando empezaron a quitar las viguetas, que eran viguetas grandes de fierro, ¡nombre!, cuando se dio todo mundo cuenta ya no había nada de eso, entonces fue cuando decidimos entrar” (El Nieto Insubordinado, 7 de octubre del 2018)

Su destrucción modificó la carga afectiva de la fábrica, atravesando las fronteras que habían sido delimitadas para contener su agencia. Ello hizo posible que provocara reacciones emocionales diferentes a las que movilizaba cuando fue puesta en suspensión. Dichas reacciones estuvieron dirigidas por eventos archivados en la memoria virtual del barrio, como las historias de pérdidas espaciales, urbanas y arquitectónicas que habían sufrido por varias décadas y cuyo espectro cobró fuerza a través de la destrucción. Los habitantes experimentaron euforia, empatía, júbilo y alegría, pues habían logrado recuperar un espacio después de tantos que les habían sido despojados:

“Nos unimos, todos colaborábamos, había mucha energía y ánimo compartido. Logramos llamar la atención del presidente municipal y de otras autoridades, llegó la encargada de la oficina del SAT. Logramos que el INAH volteara y la nombrara patrimonio histórico [...] pero nos querían sacar de aquí a la fuerza, crearnos cargos por habernos metido a rescatarla, nos iban a acusar de invasores” (El Vecino Nostálgico, 16 de junio del 2018)

Pese a las amenazas, la respuesta visceral de los habitantes no se modificó, ellos continuaron intentando hacer habitable un espacio destruido:

“Había hierba, no se podía ni entrar, escombros, nada, nada, entrabas y era una destrucción total [...] La primera acción que decidimos tomar fue limpiar, había que limpiar. Empezamos a limpiar pero había mucho escombros, era muy difícil hacerlo, pero lo poquito que pudimos limpiar, cuando vimos que era demasiado calculamos que se necesitaban entre 60-70 camionadas para poder quitarlo, era mucho, entonces ahí empezó a tomar fuerza el movimiento pues tuvimos que gestionar para conseguir ayuda” (El Vecino Archivero, 15 de junio del 2018)

Dentro de las acciones de gestión realizadas, pidieron apoyo al entonces gobernador del Estado, Javier Duarte, quien les otorgó recursos económicos bajo la condición de que no permitieran que los estudiantes de humanidades de la Universidad Veracruzana ni los pobladores de las colonias aledañas a San Bruno que sufrían de constantes inundaciones, participaran en la defensa de la fábrica. Ello mermó la fuerza del movimiento de rescate, por otro lado, obtuvieron los volteos necesarios para continuar eliminando el escombros restante.

Segundo uso

Rastrear la trayectoria que siguió la fábrica, momento seguido a su defensa, pone de manifiesto que, a través de la relación de los habitantes con la materialidad arquitectónica, la fábrica se desplazó hacia un segundo uso. Un nuevo espacio arquitectónico fue posible, un nuevo conjunto de afectos y asociaciones de elementos que dieron lugar a eventos culturales, exposiciones artísticas, actividades deportivas y recreativas, y una pequeña muestra documental de la historia del barrio armada por los mismos habitantes y defensores de la fábrica. “[L]o arquitectónico es un conjunto provisional de soluciones nunca estabilizadas que responden a la interrelación

entre las cosas [...] es un evento de negociación de un conjunto de soluciones altamente provisionales con dimensiones afectivas sobre la cuestión de cómo vivir y habitar el espacio con los demás” (Lozoya, 2019, en prensa) (véase imagen 3.5)

A la fecha, algunos de los habitantes que participaron en el evento de defensa han continuado invirtiendo sus emociones, sentimientos, energía mental y tiempo en hacer habitable el complejo fabril en ruinas:

“Estamos limpiando y nadie nos paga, eso haga de cuenta que es de puro corazón” (El Vecino Archivero, 15 de junio del 2018)

Lo expuesto anteriormente desestabiliza los discursos patrimoniales que argumentan que los espacios y edificios arquitectónicos poseen significados y valores estables que los dotan de una importancia cívica, identitaria y cultural mayor que a otros. Pensar que la fábrica es sólo un espacio patrimonial importante para la construcción identitaria o pensar al edificio arquitectónico lo suficientemente relevante formal, estética e históricamente porque llena estos requisitos discursivos para ser catalogada como tal, es una mirada escueta, deshumanizada y descorporeizada, pues se sostiene sobre la idea de que lo que siente el cuerpo, lo que experimenta y lo que se moviliza a través de él, no es más importante que lo que la mente produce, como si pudiesen ser ámbitos tan claramente disociables.

La fábrica no tiene ni ha tenido un solo significado, sino un despliegue de significados efímeros que se hacen a través del encuentro entre el humano y la materialidad arquitectónica, un encuentro mediado y dirigido por eventos virtuales arquitectónicos corporeizados que se actualizan gatillando nuevos comportamientos, reacciones emocionales y sensibilidades: “Los significados del lugar [...] son simultáneamente negociados a través de encuentros psicológicos y fisiológicos” (Micieli-Voutsinas, 2017:94).

En resumen, cuando la fábrica fue colocada en suspensión, el edificio movilizaba en los cuerpos una carga afectiva experimentada como algo excesivamente intrusivo, conflictivo e incómodo, por ello se prefería no verlo, no recordarlo, no pensar en ello, comportamientos cuyo fin era contener el potencial afectivo que desde el plano virtual buscaba escapar para devenir actual. Esta suma de potencias acumuladas hizo posible la emergencia de la defensa como nuevo evento urbano-arquitectónico.



Imagen 3.5. Segundo uso: actividades recreativas, culturales y deportivas.
Fuente: Archivo personal de Antonio Contreras e Ignacio L. Elaborada por Yúzzel Alcántara.

La destrucción reorganizó y puso a circular afectos con otra carga, los habitantes experimentaron empatía, euforia, alegría y júbilo, emociones producidas en los encuentros con el espacio destruido y los demás habitantes. Lo anterior dio lugar a otro tipo de conductas: actividades de limpieza, faenas, actividades de gestión, de mantenimiento, y sobretodo de diseño. Los habitantes diseñaron y materializaron nuevos afectos al reacondicionar los espacios destruidos como espacios para actividades culturales y deportivas.

Lo que la fábrica simboliza sería incluso difícil de poner en palabras para ellos mismos, pero no es complicado reconocer cómo su significado es continuamente afectado por lo que ha ido movilizándolo en los cuerpos, en el plano virtual en donde se acumulan las experiencias espaciales pasadas, los espacios y edificios habitados. Es decir, hay una infraestructura afectiva, un más-allá, sobre la que se apoya la dimensión representacional –símbolos, discursos, significados, valores–. Más-allá-de-la-representación significa aceptar que: los espacios patrimoniales –ya sea un lugar, un paisaje, un sitio o experiencia– son simultáneamente dos: pasado [virtual] y presente [actual], en cualquier lugar y en cualquier momento [...] Éstos siempre estarán en un proceso de devenir” (Waterton, 2014: 828).

¿Cuándo el patrimonio arquitectónico es defendido y qué moviliza a quiénes hacia la defensa?. Desde mi argumento teórico, son los potenciales afectivos, desplazándose y moviéndose constantemente en la realidad virtual de la experiencia del habitar, desde donde un evento urbano arquitectónico como la defensa de un edificio patrimonial deviene posible. Puede pensarse como un tipo de infraestructura, de tipo afectivo emocional, que apunta y detona nuevos comportamientos humanos que redefinen, desestabilizan y reorganizan la recepción y relación simbólica con el patrimonio.

CUARTO DESPLAZAMIENTO: RETORNO INTRUSIVO O LO CORPOREIZADO DEMARCANDO FRONTERAS AFECTIVAS

Mientras que para la mayoría de los habitantes de San Bruno, el evento de destrucción los movilizó corporalmente hacia la defensa, para un grupo de obreros, los mayores, quienes más tiempo habitaron la fábrica y encarnaron sus atmósferas y espacialidad arquitectónica, la destrucción perturbó, movió, desestabilizó las fronteras colocadas previamente entre la fábrica, su

cuerpo y su memoria³³. El evento de destrucción hizo presente a la fábrica, presencia que fue experimentada por ellos como un retorno intrusivo.

En términos de Derrida (1995:152), los espectros que alguna vez fueron excluidos, contenidos y limitados, resurgieron, a través de la destrucción, con mayor fuerza en el mismo lugar del que se habían desplazado. Dicho evento movilizó en ellos otro tipo de sensaciones como el sentirse sucio, sentirse expuesto, y reacciones emocionales de repulsión y rechazo:

“Desde que la cerraron nunca he vuelto a ir, cuando el movimiento de rescate tampoco quise involucrarme, por lo mismo que le digo a usted, ir es como ir a mancharse, a exponerse a algo a lo que no sabes cómo reaccionar, ver todo eso destruido, lleno de hierba, uno siente que ensucia su dignidad, su honor, es como humillarte a ti mismo [...] ya a estas alturas, ya para qué”
(Al Que Temieron, 3 de febrero del 2018)

Si se piensa que la sensación de sentir o notar algo como suciedad es consecuencia de cierta organización espacial que hace evidente la presencia de algo extraño, anómalo e intrusivo, luego, lo sucio es materia fuera del espacio que le corresponde. Un ejemplo simple como una mancha de polvo sobre una pared, es sentida como mancha porque está alterando una superficie que es parte de una organización espacial donde la mancha se percibe incongruente e invasiva. Para Hetherington, la suciedad o la mancha sólo pueden aparecer cuando las fronteras no han sido bien definidas, de manera tal que permitieron la entrada de una fuente de contaminación (2004: 161). Luego, la sensación de sentir que algo de la destrucción puede ensuciarlos, significa que hay fronteras porosas y entreabiertas, no lo suficientemente aseguradas, que permiten el paso de fuerzas que invaden su experiencia espacial emocional. La sensación de repulsión aparece porque las fuentes de contaminación aún no han sido del todo limitadas, y ello permite el retorno constante y la aparición incómoda de ausencias presentes. Dicha intromisión, virtual o actual, los ha hecho excluirse del grupo de habitantes que defendieron la fábrica.

33. En el movimiento de defensa se expresa la ambivalencia emocional que la fábrica provoca en vecinos y obreros. Las personas descendientes o familiares de obreros son quienes participaron con mayor ímpetu, constancia, alegría y optimismo. Sin embargo, esta disposición emocional no es extensiva ni a todos los vecinos, ni a todos los obreros. Hay un grupo de 6 obreros que prefirió mantenerse al margen porque la nueva presencia de la fábrica los hace recordar memorias incómodas. Hubo otro grupo de casi 10 obreros que sí participó activamente en el rescate del lugar.

Para los obreros el evento de defensa conflictúa y confronta la destrucción material con sus memorias corporeizadas del tiempo largo que habitaron la fábrica. Habitar con la destrucción ha implicado para ellos un manejo constante del potencial afectivo de lo que llevan grabado en el cuerpo, un trabajo que ha buscado que el potencial siempre posible y presente de lo ausente, no haga su aparición como espectro o agente intrusivo (Hetherington, 2004: 170-171). Hacer lo corporeizado una fuerza no intrusiva sino empática es la ardua tarea del trabajo afectivo emocional que media la experiencia cotidiana de los obreros en el habitar San Bruno. Dicho de otro modo, los remanentes afectivos de la fábrica continúan operando y contaminando la experiencia de habitar este barrio porque no ha habido un exitoso acto de cierre, de reconocimiento y reparación.

Es este espacio indefinido aún, en donde las fronteras afectivas están intentándose trazar, desde donde la gestión patrimonial puede fomentar la inclusión mediante un trabajo de reparación que logre un manejo empático de los afectos, ausencias y espectros. Como lo han señalado Crang y Tolia-Kelly, la importancia de que los estudios patrimoniales no sólo se enfoquen en temas como la construcción simbólica del pasado o la identidad nacional, radica en que hay una vivencia emocional y sensible, constantemente omitida, que refuerza o mengua el sentirse identificado o no con una idea de nación, así como la experiencia subjetiva de pertenencia a un lugar, a una región o a un grupo social: “[consideramos que] la experiencia sentida y la organización de sensibilidades hacia el patrimonio son igual de importantes [...] Por ello, nuestro trabajo busca maneras de fomentar la inclusión cívica y argumentar que se necesita no sólo trabajar impulsando la participación ciudadana, sino también se debe trabajar con las exclusiones y miedos sentidos por la gente” (2010: 2315).

En las siguientes líneas busco generar herramientas que sirvan como base para el trabajo emocional patrimonial de reparación. A través de recorridos realizados en el sitio de destrucción con un grupo de nueve obreros, se identificaron seis manifestaciones de memorias corporeizadas que entraron en conflicto al contacto con el lugar, demandando una demarcación de fronteras: atmósferas corporeizadas, memorias de recorridos espaciales, cicatrices, sueños, espacios con mayor potencial afectivo, y los comportamientos que dispara la cercanía a los restos arquitectónicos.

Dicho conflicto sostiene una relación afectiva ambivalente entre obreros y fábrica destruida, por un lado les provoca sentimientos de conexión: cariño, alegría, afinidad; y por otro, les provoca sentimientos de repulsión:

sentirse sucio, sentirse expuesto, enojo, rencor y disgusto.

En los siguientes párrafos se mapea cómo las experiencias del habitar la fábrica en el pasado vuelven a recorrer sus cuerpos, los afectan y median la relación emocional ambigua a través del encuentro con la destrucción material arquitectónica.

Atmósferas corporeizadas

Entramos al sitio de la destrucción, espacio donde aún quedan en pie algunos muros, columnas y partes de losas. Puesto que todavía no han sido retiradas, caminamos pisando montañas de escombros para llegar a los cuartos que se veían al fondo. Nos dirigíamos al salón de hilados y tejidos, el salón de telares, de los pocos cuartos donde la losa no fue derruida pues carecía en su estructura de las cantidades de cobre y fierro que las losas antiguas sí tenían, ello debido a que este espacio fue remodelado en la década del 50 con nuevas técnicas constructivas con cemento y acero. Al entrar en contacto con este espacio, ahora sombrío, habitado por el eco de las goteras, con charcos sobre sus pisos y muros grafitados, los obreros eran capaces de experimentar y volver a vivir atmósferas pasadas como si fueran presentes. Volvían a sentir la luz, a sentir el polvo, a sentir su cuerpo habitando esa espacialidad oscura, con escasa iluminación y saturada en polvo:

“en el día entraba un rayito de sol por ese hoyito y se veía oscuro de todo el polvo que había aquí adentro, yo no sé cómo todavía aguantamos para estar por aquí, es que no se imagina la cantidad de polvo que respirábamos, todo este espacio estaba lleno de polvo, difícilmente podías mirar al compañero de al lado” (El Sobreviviente Leal, 27 de mayo del 2018)

De inmediato identificaban el sitio exacto donde ellos, si habían sido tejedores, habían trabajado. Les causaba alegría, gusto y satisfacción sentirse cercanos al punto espacial en donde pasaron gran parte de sus vidas:

“aquí es donde yo entré a aprender a trabajar, aquí, en esta esquinita de aquí, aquí entré, aquí empecé (se mueve hacia la esquina norte del salón de telares). Me estoy acordando, ¡qué calor sentíamos aquí! (pausa), estábamos sudando (mueve manos hacia la cara), cómo sudábamos aquí” (El Sobreviviente Leal, 27 de mayo del 2018)

No obstante, tal recuerdo se contraponía con la sensación incómoda de volver a experimentar el calor de ese espacio, un calor que los hacía sudar durante todo el día y durante años. Un sudor al cual su cuerpo se acopló con el fin de no hacer de esta sensación diaria un sufrimiento.

Para que la producción de tela se realizara de manera eficiente, las cualidades del espacio debían monitorearse y adaptarse con el fin de mantener los parámetros óptimos de temperatura y humedad. Si el clima era poco húmedo, el salón de telares contaba con una red de vaporizadores para aumentar la humedad relativa que hiciera lo suficientemente flexible al hilo para que no se rompiera. Ello daba como resultado una atmósfera semejante a un sauna, es decir, con una humedad alta que mantenía a los tejedores sudando durante su trabajo.

Otra cualidad del espacio era el ruido, un ruido ensordecedor generado por el movimiento de las lanzaderas de los telares, movimiento que también producía vibraciones constantes. Los obreros tuvieron que idear otros medios para poderse comunicar al interior del salón, el primero, un lenguaje de señas, el segundo, el uso de colores:

“como era mucho ruido y vibraciones siempre nos hablábamos por señas en todo. Usábamos también banderas de colores para avisar sobre algún desajuste con los requerimientos del espacio: azul para indicar un aumento en el humidificado, amarillo un aumento de temperatura, y rojo para comunicar alguna descompostura en las máquinas” (El De Buena Fé, 31 de marzo del 2018)

Esta atmósfera ha quedado grabada en su memoria corporal. Hoy en día les es difícil hablar sólo con palabras, los obreros textiles usan su cuerpo cuando hablan, mueven los brazos, las manos o hacen señas para acompañar lo que están expresando. Así, el lenguaje de señas es muestra de cómo el habitar los espacios arquitectónicos de la fábrica ha sedimentado en sus cuerpos, modificándolos e incorporando nuevos hábitos a sus repertorios corporales de expresión. En términos de Anderson, la fábrica conforma una parte de la geo-historicidad de su cuerpo: “la manera en la cual las capacidades corporales han sido moldeadas a través de encuentros pasados que se repiten, con variación, en los hábitos, repertorios y disposiciones de los cuerpos” (2014: 85). Antes que el discurso que los obreros puedan elaborar sobre la fábrica, la fábrica ya se expresa mediante sus cuerpos, pues quedó impregnada en éstos. Hablar con señas es un registro corporal de la fábrica.

Otro registro más ha quedado impreso en sus manos y en sus ojos, pues la espacialidad industrial codificó su repertorio táctil y visual, cada vez que tocan una tela, los obreros pueden describir el tipo de tejido y explicar cómo fue hecho sólo mediante el tacto. Cuando no, pueden hacerlo con la vista:

“[el tejido de] la blusa que usted trae tiene 100 azules, (pausa, detiene y fija mirada en mi blusa) después son 50 blancos, después son otros 50 azules [...] de aquí a aquí es un repaso, de aquí a aquí es otro repaso, entonces íbamos amarrando, amarrando y contando y contando hilos, casi nos tirábamos las 8 horas para hacer un dibujo” (El De Buena Fé, 31 de marzo del 2018)

En esta memoria corporal reaparece el espectro de la explotación y abuso que vivieron, al sentir su presencia el llanto aparece, y con las lágrimas, sentimientos de rechazo hacia la fábrica:

“se quedaba uno días, meses, salía uno, y pues te preguntabas: ¿qué hora es?, y ya era lunes o ya era martes, y a veces ya era miércoles [...] me preguntaban si no me iba a quedar otro día, yo les decía que no, yo ya tengo 2 o 3 turnos, y entonces me decían: pues no hay de otra, te vas a quedar. Y chillaba yo a veces porque ya no podía yo (lo dice con voz entrecortada y llanto)” (El De Buena Fé, 31 de marzo del 2018)

Así es como la espacialidad arquitectónica fabril configurada por ruido, vibraciones, oscuridad, humedad, temperatura, y un sentido de desorientación temporal que quedaron impresos en sus cuerpos, vuelve a emerger en su contacto con el salón de telares. Y al emerger, emergen con ellos fuerzas que experimentan intrusivas que los mueven hacia sensaciones de llanto e impotencia (véase imagen 3.6).

Recorridos espaciales: haciendo recuerdos

Continuamos caminando hacia otros espacios, cuando nos movíamos de un punto a otro, se detonaban en los obreros los recuerdos de sus recorridos espaciales. Estos recorridos del pasado quedaron archivados en su memoria como eventos virtuales que en el momento de la visita se actualizaron a través de los encuentros con los restos materiales del lugar.



“... en el día entraba un rayito de sol por ese hoyito y se veía oscuro de todo el polvo que había aquí adentro”

“... aquí es donde yo entré a aprender a trabajar, en esta esquinita”

“...como era mucho ruido y vibraciones siempre nos hablábamos por señas”

“...se quedaba uno días, meses, salía uno, y pues te preguntabas: ¿qué hora es?, y ya era lunes [...] miércoles ”

Imagen 3.6. Atmósferas corporeizadas. Elaborada por Yuzzel Alcántara.

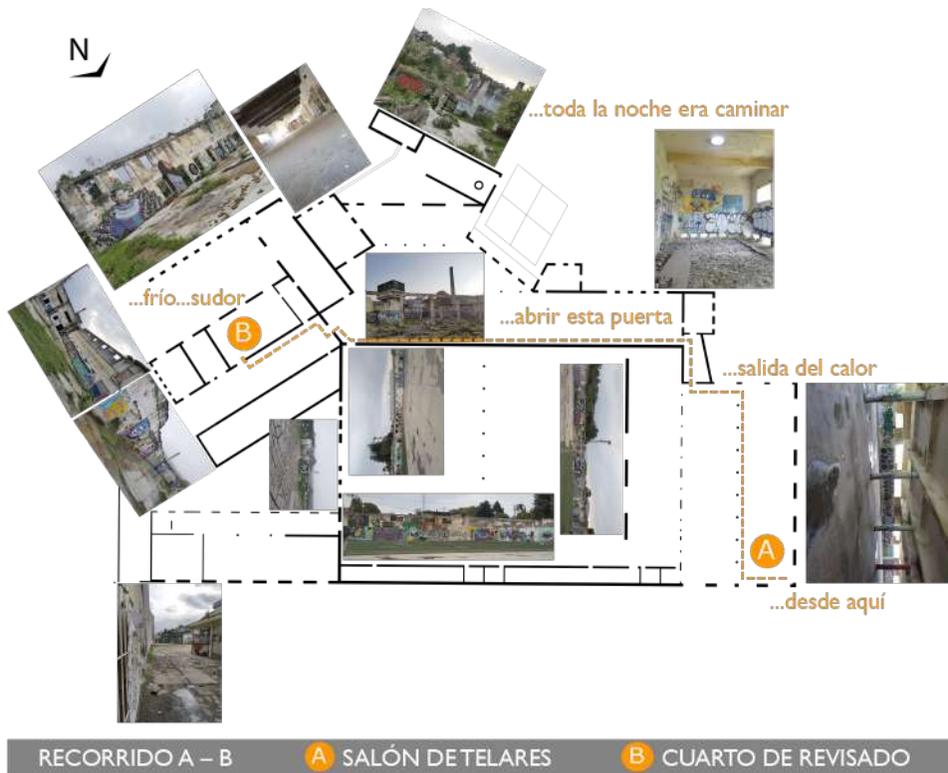


Imagen 3.7. Recorridos espaciales corporeizados. Elaborada por Yuzzel Alcántara con fotografías propias.

Recorrer hoy los espacios de la fábrica les significó volver a sentir el peso de los espectros que dejaron cuerpos cansados, agotados y enfermos, pero con fuerza para sobreponerse a ello (véase imagen 3.7):

“acá era puro caminar, toda la noche era caminar, yo tenía que salir desde aquí y sacarlos desde aquí [los rollos de tela] todo este pasillo, abrir la puerta esta de acá hasta el revisado y era toda la noche estar dando vueltas [...] yo vivo de puro milagro porque esa salida del calor, todo éste, y abrir esta puerta para llegar al frío, aquí se me secaba el sudor, y otra vez entraba yo a acá” (El Sobreviviente Leal, 27 de mayo del 2018)

“y acá era puro caminar, toda la noche era caminar, de vez en cuando salía uno al baño y se sentaba uno unos 10 minutos y otra vez a seguir, y sí aguantaba uno” (El Memoriado A Corto Plazo, 28 de mayo del 2018)

Significa también encontrarse con lo que ya no está, ellos marcaban sus recorridos pasando por pasillos poblados de escombros, hierba, moho y superficies oxidadas. Eso que ya no está, lo hecho ausente, continúa atrayéndolos a recorrer la fábrica, lo ausente como un imán que moviliza la necesidad de recordar para no dejar en el olvido:

“me vengo para acá y me doy mi vueltecilla, luego me voy para allá, estoy haciendo recuerdos” (El Memoriado A Corto Plazo, 28 de mayo del 2018)

Un trabajo de demarcación de fronteras está ocurriendo, si la memoria no es tanto un asunto de recordar frente a olvidar, sino una cuestión en continuo desplazamiento afectivo, definen a través de la interrelación con el lugar cuáles memorias desplazar y cuáles emplazar, qué experiencias colocar en un espacio más lejano o acercar más a la experiencia espacial de la fábrica:

“me gusta venir a la fábrica porque me encuentro amigos aquí, me pongo a platicar, y respetuosamente señorita el recordar un pasado es vivir un presente, recuerdo cómo trabajé aquí, ahorita ya nada más es este salón que queda hasta el fondo que es donde están los telares Cromton, yo conocía todo esto al derecho y al revés” (El Memoriado A Corto Plazo, 28 de mayo del 2018)

Recorrer los espacios destruidos fue también un recorrido que los espacios hicieron sobre los cuerpos de los obreros, moviéndolos a sentir las sensaciones espaciales que experimentaron en la fábrica, calor, frío, cansancio o agotamiento. Sin embargo, de cada recorrido que realizan hacen nuevos recuerdos, los actualizan utilizando como material los fragmentos archivados en su memoria virtual.

Cicatrices: inscripciones corporales

Traen la fábrica en el cuerpo, cargan sus atmósferas, espacios y recorridos en la piel y en sus sentidos. Habitan con la fábrica noche y día:

“Mire yo de este oído estoy afectado, yo de este oído no oigo nada, pero no me afecté allá adentro, me afecté ahí sentado viendo la televisión, tengo como cuando abre uno un “Tehuacán”, así (imita sonido con la boca sss) y

ese oído es de día, de noche, a todas horas, aquí lo traigo” (El Sobreviviente Leal, 27 de mayo del 2018)

“Durante los cuarenta y tantos años que trabajé nunca me afecté mi vista, me la vine a afectar ya últimamente y quedé mal de este ojo, de este ojo no veo nada (pausa), o sea que no oigo de un oído y no veo de otro ojo” (Al Que Temieron, 4 de febrero del 2018)

La fábrica fragmentó sus cuerpos, quedó impregnada en heridas corporales, en cicatrices, pérdida de la vista, pérdida de audición, pérdida de memoria, de miembros y órganos del cuerpo:

“El ojo de Gilberto, una vez se salió una lanzadera y le pegó en el ojo y se lo vació. A otro una polea. Recuerdo cómo llegó un compañero y se puso a platicar con otro que estaba aquí, y quién sabe cómo la polea lo agarró y nomás vimos cómo se lo fue llevando y le arrancó el dedo. A otro compañero también, la carda le cortó un dedo” (El Jefe del Recuerdo, 26 de mayo del 2018)

Lo que vivieron adentro se prolonga en su vida cotidiana a través de hábitos que moldean su experiencia temporal y espacial:

“yo trabajé once años de noche y nunca pude dormir bien (pausa) ¡nunca! pero es el temperamento de cada uno, la personalidad lo que afecta, hasta la fecha yo despierto a las 3 o 4 de la mañana y no hallo qué hacer” (El Sobreviviente Leal, 27 de mayo del 2018)

No obstante los conflictúa relacionar sus cicatrices y marcas mentales con la carga afectiva de la fábrica y por ello deciden marcar una frontera que divida ambos espacios (espacio corporal y espacio arquitectónico). Es decir, están haciendo un trabajo de demarcación espacial que mantenga a la fábrica sin agencia sobre la (dis) capacidad de sus cuerpos. La frontera se sostiene sobre un reproche a sí mismo, a su temperamento, personalidad y carácter, es decir, un reproche hacia su comportamiento antes que a factores socio-culturales (véase imagen 3.8). Esta reacción es definida en el ámbito del psicoanálisis como una estrategia de sobrevivencia, donde los recuerdos negativos no se quieren dejar ir, pero para retenerlos su fuerza afectiva debe ser contenida, graduada y mediada con el fin de que no resulte excesivamente limitante a la experiencia cotidiana emocional. Así, lo “malo” se asocia con un conjunto de recuerdos “buenos” que eclipsan su potencial afectivo.



Imagen 3.8. Cicatrices: inscripciones corporales. Elaborada por Yuzzel Alcántara con fotografía propia.

Tras este proceso, lo negativo sobrevive pero como algo agradable y grato:

“Pero aquí trabajé yo mucho tiempo, y era bonito, era bonito porque (pausa) ya le digo, trabajaba yo, dormía 2 horas al día, y aguantaba yo, no sé cómo [...] desde chiquito tengo muy bonitos recuerdos de este lugar, la fábrica trajo trabajo, trajo empleo para toda esta región y además nos hizo bien a muchos” (El Niño Campirano, 24 de junio del 2018)

Ello implica que las fronteras han funcionado y han sido trazadas eficientemente, ayudando al sujeto a sobrevivir y continuar viviendo con un recuerdo importante para él pero sin la carga negativa de su experiencia espacial emocional pasada.

Sueños: inscripciones mentales

Traen la fábrica en la mente, como huella cognitiva y fisiológica:

“¡cómo no me voy a acordar vaya!, ¡lo viví!, la recuerdo, ¡cómo no!, si fíjese que sigo yo soñándola, me sueño trabajando aquí en la fábrica (pausa) y a la mayoría nos pasa así” (El Sobreviviente Leal, 27 de mayo del 2018)

“sí, ¡nombre!, muchos años me la pasaba yo soñando, soñaba yo, siempre soñaba yo, ya vivíamos allá y estaba yo soñando que estaba por acá” (El Niño Campirano, 24 de junio del 2018)

La fábrica los acecha cuando duermen, reaparece en sus sueños, es una presencia que cargan incluso de noche. La fábrica no fue un espacio de trabajo, fue un espacio para vivir, una vida moldeada por su espacialidad arquitectónica:

“¡lo viví!, ¡viví aquí!, viví aquí vaya, yo entré de 16 años aquí (pausa), aquí hice mi vida” (Al Que Temieron, 4 de febrero del 2018)

“pues mire para mí toda la fábrica era importante, toda, porque pues, vaya una cosa es que les platique yo y otra es que *lo vivimos aquí adentro*” (El Jefe del Recuerdo, 26 de mayo del 2018)

Si “un edificio es una cosa ordinaria que, sin embargo, tiene la capacidad de reunir y organizar atmósferas, viento, luz, piedra, vegetación, así como la carne y las sensibilidades de sus ocupantes y de todos aquellos seres humanos que deja fuera” (Diprose, citado por Waterton & Watson, 2015: 91),

los obreros traen a la fábrica en la mente y en la carne, pues es el edificio donde vivieron, por 50 años, más de 70 horas por semana. Como ellos apuntan, hicieron su vida allí, su vida, su cuerpo y su mente fueron diseñados a lo largo de habitar la fábrica.

Espacios densos: la vivienda de los obreros

Hubo un área del sitio destruido donde los obreros pasaban más tiempo haciendo recuerdos, reviviendo con el cuerpo y con la mente lo habitado en el pasado. Esta área los conectaba con experiencias menos relacionadas con el trabajo y más con su infancia, sus modos de vida o su familia. Ello debido a que aquí se ubicaron los cuartos de vivienda donde habitaban las familias de los obreros, al conjunto le denominaban la “La bolsa del diablo”. Muchos obreros vivieron desde niños en este sitio, porque sus padres también eran obreros de la fábrica. Habitaron estos espacios por casi 70 años.

Estar en este lugar les provocaba la necesidad de reconstruir su espacialidad, tener la seguridad de que sus recuerdos se mantenían a salvo pese a la destrucción, pese a la ausencia de sus viviendas. Hoy no quedan indicios físicos arquitectónicos de este conjunto habitacional mas que en los registros cognitivos y corporales de los obreros, quienes recuerdan a detalle sus materiales, dimensiones, distribución espacial y eventos cotidianos que allí ocurrían:

“no eran tan chiquitos los cuartos (camina), como de ahí para acá era un cuarto (se desplaza midiendo con zancadas el espacio). De ahí de donde está el ring (lugar donde hoy se practica lucha libre) para allá teníamos salida hacia el río. Había unos baños para todos en el patio, y entonces salía uno para allá (señala hacia el centro del espacio) e ibas al patio. Aquí antes todo estaba junto, adentro en el cuarto, en cada cuarto ahí se cocinaba o dormía uno. Antes la salida era para acá (señala hacia el norte de la fábrica). En esta parte desde ahí adonde está el ring hacia el frente (señala hacia la avenida Mártires 28 de Agosto) estaba la salida y todo eso era de tiendas, escuelita, carnicería, tortillería, todo eso había” (El Niño Campirano, 24 de junio del 2018)

Puede decirse que el espacio arquitectónico existe en su cuerpo. Lo patrimonial del lugar quedó heredado en su cuerpo y en su mente. Es decir, se podría hacer una descripción tipológica, apuntar las cualidades espaciales de esta área, sus métodos constructivos, su estilo y demás, no obstante, por

más detallada que fuera, dejaría de lado la experiencia habitable que reside en el cuerpo y mente de los obreros, no de quienes teorizan patrimonio, sino de quienes lo vivieron y encarnaron. “Lo que importa de la arquitectura y de las edificaciones no es simplemente el significado, o el simbolismo o la carga lingüística, sino una noción de agencia distribuida” (Lozoya, 2019, en prensa). Desde la destrucción, lo arquitectónico continua actuando, teniendo agencia sobre la memoria espacial de los cuerpos. Por lo tanto, lo archivado en su memoria corporal es en sí su patrimonio.

¿Por qué este espacio, ausente de la edificación de viviendas, funcionaba como imán que atraía a los obreros y los pegaba a él por más tiempo que otros?. Espacios y objetos devienen espacios y objetos densos y viscosos, saturados con afectos, mediante historias pasadas de asociación que les han ido pegando emociones (Ahmed, 2014). Así, el conjunto de vivienda obrera es un espacio denso y viscoso que mayor reacciones emocionales genera por las historias que le han sido asociadas. El movimiento de lo denso y viscoso, explica Hetherington, desafía las reglas representacionales, pues no es ni sólido, ni líquido, y presenta dificultades para ser controlado físicamente. Puede decirse que lo denso y viscoso se mueve desestabilizando lo presente y lo ausente: “Lo denso tiene una tendencia a permanecer pegajoso, ya que no siempre desaparece completamente, de hecho, sigue acechando. Tiene una motilidad así como una movilidad: se mueve entre un estado de presencia y ausencia y se transforma al hacerlo, aparentemente desapareciendo solo para regresar de manera inesperada y quizás de forma diferente” (Hetherington, 2004: 162). De acuerdo con el trabajo de campo, este espacio tiene una tendencia a pegarse porque reúne experiencias que quedaron fuertemente corporeizadas, se trata de un espacio denso en afectos. Estas cargas afectivas de experiencias pasadas, más que ser desplazadas han preferido emplazarlas y mantenerlas cercanas, pegadas a ellos. Por ende, el espacio ausente del conjunto habitacional tiene una tendencia a pegarse aunque sea sólo como un rastro de lo que allí sucedió (véase imagen 3.9):

“Vivíamos aquí, en La bolsa del diablo, le decían antes así porque era el grillero de puro trabajador; un rejuego, era bonito, todo este lugar, acá, era muy bonito todo. Mire recuerdo toda esa parte (señala hacia el cerro que se ve desde la fábrica), allí no había casas, era monte, y yo iba a correr, a comer guayabas, chirimoyas, era una loma bonita y en la parte de abajo era una cañada, ahí íbamos a jugar” (El Niño Campirano, 24 de junio del 2018)

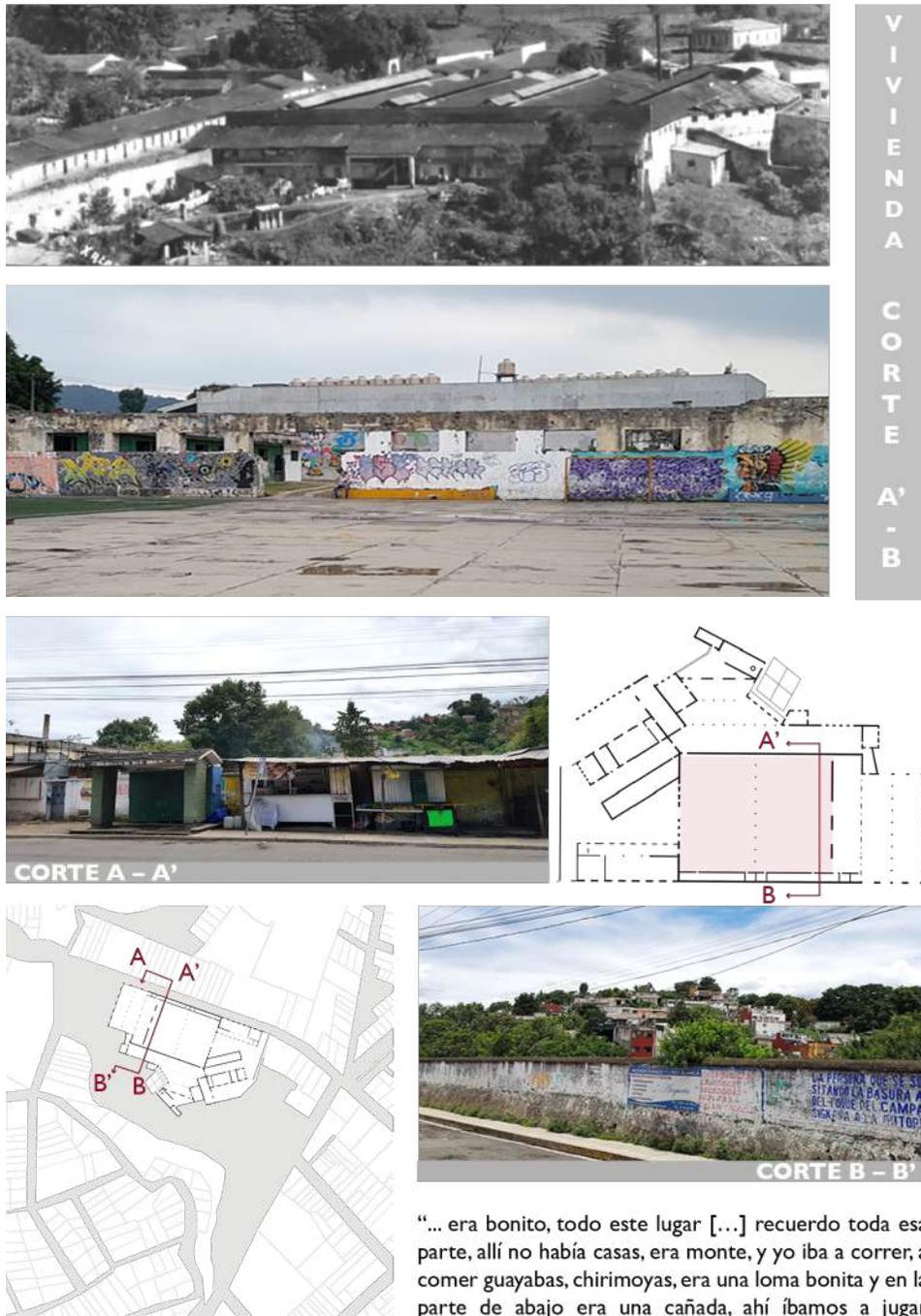


Imagen 3.9. Espacios densos. Elaborada por Yuzzel Alcántara.

Su espacialidad afectivo emocional es recordada no sólo materialmente sino con la carga afectiva del ruido, del paisaje que desde allí se miraba, movimientos del cuerpo, temperatura y ambiente:

“Todavía me acuerdo que era yo chavo y oía yo el ruido de los telares estando aquí en “La bolsa”, se oía el ruido, de los golpeteos de las máquinas, y entonces mi padre trabajaba día y noche, día y noche, nomás yo recuerdo que llegaba como en ese tiempo de chipi-chipi, volvía a entrar, llegaba y salía” (El Jefe del Recuerdo, 26 de mayo del 2018)

Restos arquitectónicos

Las ruinas son hoy recordatorios materiales del abuso, despojo, silencios y corrupción que han fragmentado su patrimonio y han fragmentado sus cuerpos, mentes y memorias corporales. Las secuelas de la destrucción demandan un mayor trabajo afectivo que asegure fronteras ante experiencias conflictivas:

“Mire, eso de allá (señalando los locales comerciales de la gasolinera colindante) no existía, eso no existía, pero esos desalmados [...] todo eso era de la fábrica, por ahí bajaban los camiones para cargar la tela” (El Memoriado A Corto Plazo, 28 de mayo del 2018)

“todo se robaron aquí, como la fábrica la dejaron abandonada pues vinieron y tumbaron todo lo que había de fierro, todo esto estaba techado, no (pausa) todo lo que ven que no tiene techo es porque se lo llevaron, aparte eas. Y esta parte de aquí para allá, para la esquina, también era de la fábrica” (El Vecino Incomprendido, 21 de julio del 2018)

Si hacia otros espacios de la fábrica los obreros experimentan conexión y empatía es debido a que su ausencia ha sido resguardada, preservada. Sentimientos de coraje, tristeza y repulsión emergen al constatar que lo ausente fue reemplazado por nuevas presencias. Es la presencia de otros espacios arquitectónicos que se construyeron tras la destrucción lo que funciona como carga afectiva intrusiva. En la ausencia, los obreros aún pueden reconstruir ellos mismos la espacialidad pasada, sus cuerpos aún pueden aco- plarse mediante el recuerdo y la actualización de sus memorias virtuales. Lo que les provoca un conflicto visceral es que sus cuerpos ya no tengan espacio porque ya no pueden conectarse con las nuevas edificaciones, es

decir, hay memorias y experiencias que corren el riesgo de ser destruidas también porque se han quedado sin espacio para ser actualizadas y emplazadas. “No se trata de decir que la energía del entorno determina la acción humana. En todo caso que, las energías circundantes median las respuestas bio sociales ante estímulos externos, así como los empujes viscerales afectan nuestra realidad emocional basados en experiencias previas, historia, aunque personal, también social cultural y política” (Micieli-Voutsinas, 2017:95).

Las nuevas arquitecturas construidas sobre espacios pertenecientes a la fábrica perturban su recepción afectivo emocional (véase imagen 3.10).

Si lo construido sobre lo destruido los excluye y aleja, los restos de lo destruido también, pues son evidencias materiales de robos y despojos que impiden que la demarcación de fronteras afectivas sea realizada eficientemente, pues constantemente algo las penetra, las desestabiliza y exige su reorganización:

“Aquí como le digo era puro telar antiguo, y todo eso tenía cristales pero desgraciadamente (pausa) ¡qué barbaridad!, no respetamos, desgraciadamente no se respeta, rompieron todo, mire, estructuras que había aquí todas se las llevaron” (El Memoriado A Corto Plazo, 28 de mayo del 2018)

“aquí por estos muros, había unas piedras labradas, piedras grandes (pausa) eran piedras de esas que ya no se ven, eran unas losetas así de grandes, ay Dios mío, se las robaron” (El Sobreviviente Leal, 27 de mayo del 2018)

Hay una ambivalencia en la relación entre los obreros y los restos arquitectónicos de la fábrica. Por un lado, al ser indicios materiales de lo ausente, se han vuelto necesarios para que las memorias corporales continúen teniendo espacio para actualizarse, y por ello deberían ser preservados. Por otro, son huellas del continuo despojo que han sufrido los habitantes del barrio, de allí que haya restos arquitectónicos cuya carga afectiva les resulte intrusiva e invasiva, y por ello habría que gestionar instrumentos para coadyuvar a su reparación emocional. Esta sensación ambigua les demanda un mayor trabajo emocional afectivo que a la fecha los ha distanciado de la fábrica y su defensa.

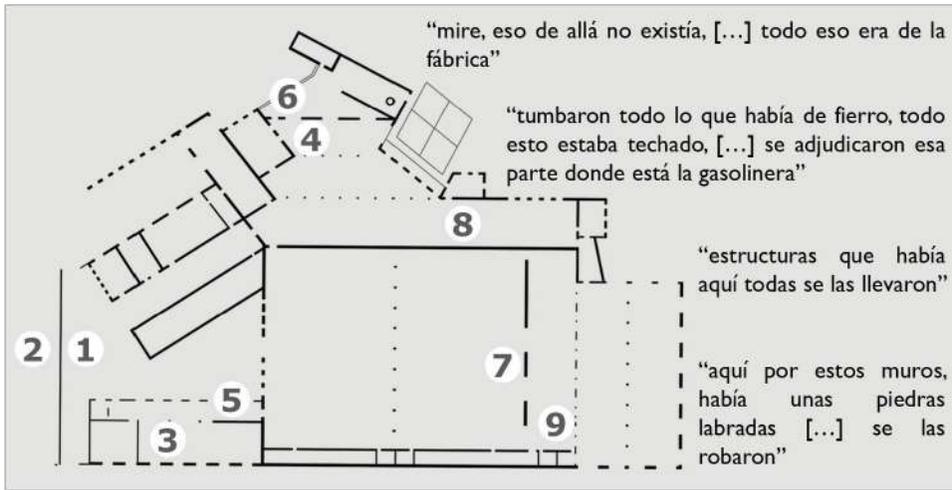


Imagen 3.10. Restos arquitectónicos. Elaborada por Yuzzel Alcántara.

Demarcar fronteras ha sido una manera que han hallado los obreros para continuar habitando con la destrucción. La pregunta es si la gestión patrimonial puede comprometerse con este trabajo con el fin de lograr espacios incluyentes, solidarios y empáticos.

LO QUE HACE A UN ESPACIO ARQUITECTÓNICO SER PATRIMONIO

¿Cuándo un espacio arquitectónico habitado en el pasado deviene entonces patrimonio?. Desde mi punto de vista, cuando necesitamos que sea preservado con el fin de que podamos continuar realizando el trabajo de demarcación de fronteras afectivas. Hay algo pendiente que ese espacio nos demanda y nosotros le demandamos a éste. Necesitamos se conserve para reorganizar nuestras emociones, sentimientos y sensibilidades de tal manera que podamos establecer un habitar empático, que no sea intrusivo o demasiado excesivo, ese es nuestro patrimonio. Por lo tanto, un espacio patrimonial es un espacio para entrar en diálogo con nuestros espectros y hallar junto con ellos posibilidades de futuro.

PATRIMONIO ARQUITECTÓNICO INDUSTRIAL: ENTRE LA MEMORIA INSTITUCIONAL Y LA MEMORIA CORPORAL

Como se indicó al inicio del capítulo, el concepto patrimonio arquitectónico industrial ha sido elaborado poniendo en relevancia la materialidad sobre la corporalidad. Se destaca que el patrimonio industrial reside en las estructuras arquitectónicas, tejido material, maquinaria, paisaje industrial, pero no en los cuerpos humanos que lo habitaron e hicieron posible. Luego, se ha construido una memoria institucional basada en los registros físicos y materiales de los sitios industriales, marginalizando las experiencias afectivo emocionales que los obreros y habitantes encarnaron al habitar dicha espacialidad industrial. Éstas, a la fecha, continúan sin ser registradas para conformar lo patrimonial.

Sin embargo, hay una memoria corporal que a menudo se contrapone con el pasado institucionalizado. Desde el ámbito de lo simbólico, patrimonio industrial es huella y testigo de cómo el avance tecnológico ha mejorado la vida humana. Por otro lado, desde su dimensión afectiva, como he mostrado, patrimonio industrial es huella corporal de la destrucción, una

destrucción que ha fragmentado vidas.

En sitios postindustriales en ruinas, la destrucción no sólo es física sino que puede leerse en los cuerpos de habitantes y obreros, ellos llevan grabadas las espacialidades arquitectónicas industriales tanto en su dimensión fisiológica, emocional, como cognitiva. El ruido excesivo de los telares quedó grabado en su lenguaje de señas y en la pérdida de audición, el polvo que saturaba los espacios en la pérdida de la vista, la maquinaria en sus cicatrices y toda la fábrica en sí en sus sueños. Ellos poseen lo patrimonial, no obstante, en el discurso, el patrimonio destruido no vale, pues ha perdido su significación estética, simbólica e histórica.

Lo anterior evidencia un grave problema, pues la no consideración del cuerpo en los discursos institucionales ha invisibilizado el daño que los espacios arquitectónicos industriales legaron en los cuerpos, imposibilitando la implementación de políticas que reivindiquen al cuerpo humano. Al mismo tiempo, ha permitido que las memorias corporales continúen fragmentándose en tanto no hay mecanismos que hagan viable un trabajo de reparación, rescate y preservación.

Los obreros y habitantes traen la fábrica en el cuerpo y en la mente. Ello ha modificado su experiencia cotidiana de habitar pues les ha demandado un trabajo afectivo emocional de demarcación de fronteras que les permita habitar con lo destruido exteriormente y lo que no quieren que quede destruido en su memoria corporal. En el trabajo de demarcación de fronteras, los restos espaciales detonan reacciones emocionales ambivalentes que moldean la recepción del edificio patrimonial, con un rango emocional que va desde empatía, alegría, júbilo hasta coraje, repulsión y disgusto. Lo anterior, tanto ha conducido a los habitantes a la defensa como a la exclusión. Es por ello que las instituciones patrimoniales deberían comprometerse en cómo el patrimonio arquitectónico orquesta, hace circular y organiza sensibilidades (Crang & Tolia-Kelly, 2010). Un compromiso de este tipo exhorta a buscar cambios en la conceptualización de lo que debe ser conservado. Las acciones de preservación no deben sólo enfocarse en los restos materiales sino en lo que éstos provocan en los cuerpos. No sólo se debe atender la preservación del patrimonio arquitectónico físico, sino problematizar lo que éste encarnó en los cuerpos de sus habitantes.

CONSIDERACIONES FINALES



CONSIDERACIONES FINALES: GESTIÓN

Días posteriores al evento de defensa de la ex fábrica de San Bruno, se hacía un llamado al INAH para que nombrara a la fábrica patrimonio y detuviera su destrucción. Sin embargo, para los habitantes de San Bruno, la fábrica ya era patrimonio antes de que cualquier institución la denominara como tal. Era patrimonio porque su herencia estaba grabada en sus cuerpos y en sus mentes. Requerían que la fábrica fuera preservada para que sus emociones, sensaciones y sensibilidades no se quedaran sin el espacio arquitectónico que los articulaba con ellas (véase imagen 4.2). Por lo tanto, la catalogación no les fue suficiente, pues se dieron cuenta de que no reparaba el daño causado por el despojo y la destrucción a sus memorias corporeizadas.

La organización vecinal duró alrededor de un año, para el 2015 los vecinos se habían separado por conflicto de intereses, principalmente porque las autoridades municipales se encargaron de dividirlos prometiéndoles beneficios económicos o asustándolos con represalias. Esto causó que del colectivo de 20 personas (aproximadamente) se crearan pequeños grupos que al 2018 siguen realizando actividades culturales, torneos de fútbol, eventos de lucha libre, faenas de limpieza y mantenimiento, pero sin causas ni vínculos políticos entre ellos mismos. La demanda por la apropiación barrial del espacio perdió fuerza.

Al haber sido cohartado el compromiso político de los vecinos sanbrunenses y el hecho de que los obreros sean ya un grupo políticamente invisible y extinto, aumenta la probabilidad de que esta fábrica corra la misma suerte que otras más: ser intervenida arquitectónicamente produciendo el borramiento de la memoria simbólica y sensible del pasado industrial.

Pero prefiero suponer que alguno de esos pequeños grupos perseverará en la exigencia tanto de este espacio como del derecho a contar su propia memoria. Esta investigación será entregada a los 12 habitantes que colaboraron como muestra de agradecimiento y con la esperanza de que les aporte más argumentos para continuar su lucha de reivindicación.

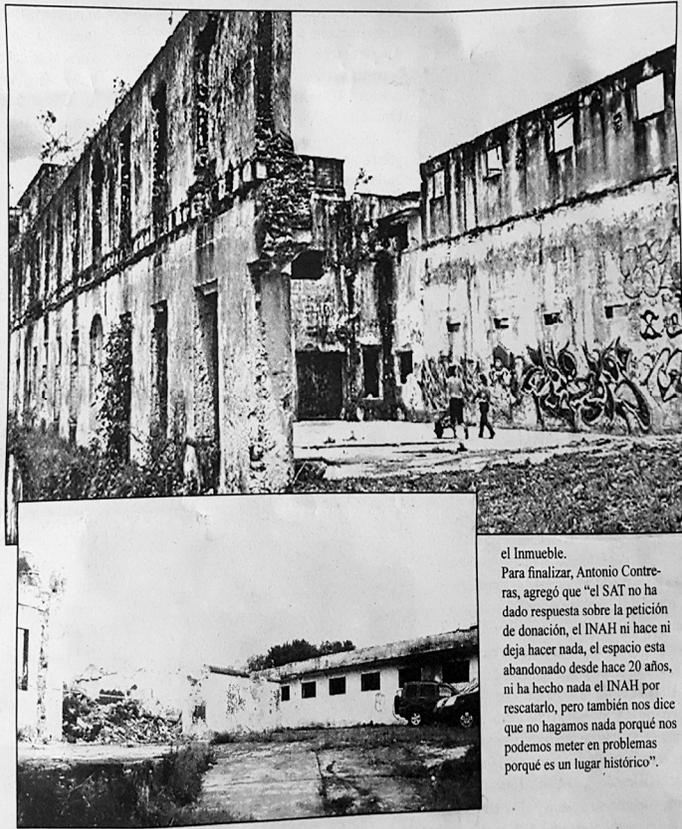
Ante cualquier hipótesis, el registro de la dimensión afectiva del patrimonio se vuelve una tarea necesaria para las instituciones involucradas en la gestión patrimonial. De otra forma, no habrá cómo respaldar este tipo de iniciativas y demandas, pues como se ha mostrado, la catalogación de un inmueble no es suficiente.

Hacen un llamado al INAH y al SAT para que se definan sobre la ex fábrica de San Bruno

Por Antonio Sánchez

Antonio Contreras Rodríguez, miembro del Comité de Defensa del Barrio de San Bruno, pidió que las autoridades del INAH y del SAT, fijen su postura sobre el inmueble de lo que fue la fábrica de San Bruno. En entrevista, hizo un llamado para que las autoridades del SAT para que se defina y done el inmueble de lo que fue la Fábrica de San Bruno, a quienes ellos quieran, el espacio es histórico, que se decidan por que se sigue deteriorando el inmueble, al INAH para que autorice poder construir espacios de cultura y deporte. Contreras Rodríguez señaló que "el ayuntamiento de Xalapa, es quien hizo la gestión oficialmente de donación ante la SHCP, para que pase a ser propiedad del ayuntamiento, se solicitó la intervención del gobierno del estado, pero tal parece que no les interesa".

Dio a conocer que Marlon Ramirez Marín, subsecretario de Gobierno, nos apoyó para poder abrir una cancha de fútbol, pero no para solicitar la donación, no la pidieron, el proyecto es el espacio arquitectónico de lo que queremos sea la Fábrica de San Bruno, que sean espacio para talleres, para cultura, para deporte. Apuntó que alumnos y catedráticos de la UV nos están apoyando para que con opinión de los ciudadanos se haga un proyecto que se le presente al SAT o al Ayuntamiento de lo que realmente queremos para



el Inmueble. Para finalizar, Antonio Contreras, agregó que "el SAT no ha dado respuesta sobre la petición de donación, el INAH ni hace ni deja hacer nada, el espacio esta abandonado desde hace 20 años, ni ha hecho nada el INAH por rescatarlo, pero también nos dice que no hagamos nada porque nos podemos meter en problemas porque es un lugar histórico".

Imagen 4.2. Patrimonio subyace a lo institucional. Elaborada por Yuzzel Alcántara.

El estudio de las interrelaciones a partir del enfoque más-allá-de-la-representación ha permitido profundizar en el registro emocional y corporal causado por los eventos de disputa patrimonial. No quedarse en el nivel simbólico, el mundo mental y de las ideas, posibilitó redimensionar la manera en la que el patrimonio es significado desde lo sentido corporalmente. Al ser así, debe reconocerse que la disputa patrimonial no sólo se

concretiza en el ámbito representacional, sino en dimensiones más sutiles de la vida humana: el cuerpo, la psique, los sentidos, las sensibilidades. Esta disputa espacial por el patrimonio textil ha sido materializada a través de eventos de despojo, destrucción y defensa. Estudiar tales eventos desde las interrelaciones que producen, ha permitido visualizar que no sólo están ocurriendo en el entorno urbano-arquitectónico, sino que internamente, los habitantes sienten el despojo, la destrucción y la defensa desde sus vísceras, su piel y su cuerpo, porque llevan la fábrica y los espacios del barrio grabados dentro de ellos, en su memoria corporal y virtual. Si la controversia se dispara es porque lo corporeizado en los habitantes se resiste a ser controlado, modificado, alterado o destruido.

Por lo tanto, no basta definir patrimonio sólo en función de símbolos, es necesario construir definiciones desde sus impactos, intensidades, efectos y consecuencias.

Si esta investigación ha dado cuenta de la existencia de niveles menos visibles de violencia (desatención a su sordera, ceguera o pérdida de memoria, desprecio y silencio) bajo los cuales habita la comunidad obrera de San Bruno, en tanto el despojo y la destrucción son también eventos cotidianos en otras comunidades obreras del país, podría pensarse que estos indicadores de violencia simbólica y afectiva se repiten a nivel nacional. Si durante el siglo XX estas comunidades estaban cohesionadas por solidaridad, disciplina, compañerismo, apoyo mutuo, objetivos de lucha, la guerra cultural ha modificado sus normas de expresión emocional. Hoy en día la relación de los habitantes con su espacialidad es atravesada por melancolía, culpa, silencio y repulsión que los mantienen en ciclos de subordinación y opresión.

En suma, la cuarta guerra ha provocado violencia, desempoderamiento, desvanecimiento de memorias y conflictos a nivel emocional y corporal en la experiencia espacial cotidiana de colectivos obreros. Esta cuarta guerra está logrando expulsarlos de un espacio que autoprodujeron pero que necesita ser modificado por intereses comerciales que implican el control humano, político, cultural y económico en la era de la economía de la experiencia. Esta cuarta guerra está produciendo fronteras. Fronteras que no son sólo culturales ni representacionales, sino emanadas de la interrelación entre el humano y los restos arquitectónicos que la destrucción ha dejado. Fronteras afectivas emocionales que están debilitando experiencias subjetivas de pertenencia y distanciando el “otro” del “nosotros”.

Es por ello que, en el ámbito de lo urbano patrimonial, en paisajes industriales históricos en donde el despojo y la pérdida espacial son los ejes de la experiencia urbana, considero necesario reconocer el papel que tiene lo ausente. Es lo ausente lo que debería ser patrimonializable, pues reside allí una oportunidad para no dejar perder subjetividades, identidades, experiencias, voces y cuerpos. Generar estrategias para preservar lo ausente significaría respaldar el rechazo de los habitantes a superar las pérdidas, con el fin de no dejar que la cuarta guerra elimine los efectos de lo que la arquitectura que habitaron corporeizó en ellos, sus espacios amados, prácticas, sensibilidades y modos de vida. En suma, el potencial de lo patrimonial no sólo nace de lo físicamente presente, sino también de la agencia de lo ausente.

Como se ha mostrado, la presencia y ausencia del objeto patrimonial ha puesto en circulación energías afectivas y emocionales que van más allá de la edificación en sí, pues “un edificio es una cosa ordinaria que, sin embargo, tiene la capacidad de reunir y organizar atmósferas [...] así como la carne y las sensibilidades de sus ocupantes y de todos aquellos seres humanos que deja fuera” (Diprose, citado por Waterton & Watson, 2015: 91). La fábrica organizó las sensibilidades de muchas generaciones de habitantes y obreros del barrio de San Bruno, desde que fue construida hasta su post-destrucción ha continuado impactando en la vivencia emocional de la espacialidad urbano-arquitectónica de este lugar.

Pensar patrimonio desde lo afectivo apunta a reconocer que la arquitectura y el cuerpo humano producen interrelaciones que median el sentimiento de identificación y el sentirse o no representados. Este sentimiento hará o no posible la defensa patrimonial. Trabajar a partir de la interrelación edificio-cuerpo deja ver una brecha en el enfoque representacional: lo catalogado patrimonio no siempre se sentirá como tal y cuando sí se sienta patrimonio, no siempre predominarán los sentimientos de conexión y empatía hacia éste. A través del caso de San Bruno se ha mostrado que dentro de la misma comunidad obrera predomina la melancolía y la añoranza de un pasado romantizado, pese a la explotación, sufrimiento, secuelas y limitaciones corporales que les heredó el habitar la espacialidad industrial. Esta ambivalencia registrada revela la necesidad de priorizar la dimensión afectivo emocional con el fin de encausar un proyecto ético-político que dirija futuras intervenciones arquitectónicas al patrimonio industrial textil.

La gestión patrimonial debe ir más allá de la simple catalogación y preservación de las edificaciones y paisajes industriales, debe comprometerse con la reconstrucción y reparación de los vínculos emocionales e identitarios que las destrucciones han desvanecido en las comunidades obreras. Hasta el momento las fábricas textiles han sido intervenidas sin un compromiso con la memoria sensible de los habitantes, imposibilitando su reivindicación.

Desde lo arquitectónico, comprometerse con lo patrimonial más-allá-de-la-representación hace un llamado a reivindicar al cuerpo, como vehículo entre el pasado y el presente, entre lo virtual y lo actual, entre lo construido y lo destruido, entre la memoria institucional y la memoria corporal. Esta consideración impone nuevos retos a la manera de hacer gestión y política patrimonial. Quiero concluir con tres propuestas de cambio que los profesionales involucrados en la gestión patrimonial deberían considerar. Estas propuestas se piensan como los primeros ejes para una futura aplicación práctica e interdisciplinar que oriente las intervenciones arquitectónicas:

1. Cuerpo como patrimonio.

Se debe priorizar un compromiso político hacia la destrucción que las espacialidades industriales textiles legaron en los cuerpos y mentes humanas. Pese a que los obreros son un grupo políticamente extinto e invisible, las personas que aquí han dado sus testimonios son una evidencia de esa potencia afectiva que los profesionales involucrados en el Patrimonio deberían tomar en cuenta. Deben implementarse políticas en la conservación de estos sitios que prioricen la reivindicación de los cuerpos dañados y despojados, otorgar espacio para que las experiencias y voces de estos grupos subordinados sean emplazadas, reconocidas y escuchadas. Considero que de esta manera, la vivencia del espacio histórico postindustrial puede ser diferente, dejaríamos de preguntarnos tanto por sus valores y cualidades formales para politizar, desde el diseño arquitectónico, lo que esa arquitectura produjo en los cuerpos. Esta consideración requerirá que los empresarios y el mercado realicen un trabajo museográfico que muestre las memorias sensibles y simbólicas con el objetivo de promover una concientización en quienes visitan el patrimonio industrial.

2. Arquitectura desde la memoria corporeizada.

Reconocer la dimensión afectiva del patrimonio impone el reto de trabajar con lo encarnado en la memoria corporal, más allá del discurso, lo que el patrimonio arquitectónico significa emerge de lo que ha heredado y corporeizado en los cuerpos. Trabajar con la memoria corporeizada implica negociar con el conflicto que impone la transformación urbano-arquitectónica. Para ello es necesario el trabajo afectivo emocional, que reconozca los eventos que necesitan ser desplazados y cuáles requieren ser retenidos, no superados, no dejarlos ir, sino colocarlos a menor distancia del contacto corporal, para no permitir que la transformación del entorno elimine por completo identidades, subjetividades y modos de vida. Las acciones emprendidas para la conservación de estos sitios tanto deben preocuparse por la preservación y cuidado de lo material arquitectónico, como por gestionar un trabajo de reparación y reconocimiento de los cuerpos cuya memoria corre el riesgo de ser destruida también. Intervenir el patrimonio no sólo significa reconstruir el edificio, como usualmente se piensa desde lo arquitectónico, intervenir requiere un trabajo interdisciplinar que reconstruya el sentido de comunidad del que ese edificio es parte.

3. Diseñar frente al despojo y destrucción desde fronteras afectivas

El acto de conservar debe entenderse como un medio para continuar realizando el trabajo de demarcación de fronteras afectivas que los restos arquitectónicos movilizan y demandan en sus habitantes. En tanto es de vital importancia “cuestionar la movilización afectiva del patrimonio en sitios de trauma colectivo, especialmente cuando se busca una regulación de sentimientos públicos a través del diseño” (Micieli-Voutsinas, 2017: 94), el diseño arquitectónico tiene un papel fundamental. Cualquier intervención realizada en dichos sitios, por minúscula que sea, debe potenciar la reparación y el reconocimiento (dimensión emocional), así como la preservación material (dimensión física). Este trabajo residirá en el despliegue afectivo que la intervención arquitectónica reconfigure. Materiales, fotografías, discursos, recorridos, escombros, deben ser pensados desde su capacidad de afectar, de tal forma que colaboren con la demarcación o desvanecimiento de fronteras para un habitar empático y solidario. El diseño arquitectónico y museográfico debe tener como objetivo lograr un retorno empático de la fábrica a la vida cotidiana, una graduación del potencial afectivo de sus

espectros. Ello con el fin de hacer de la recepción patrimonial una experiencia espacial emocional que fomente la conexión en vez del rechazo, entre quienes viven afectados por la destrucción y las pérdidas espaciales en su habitar cotidiano, como entre quienes visitan y usan estos lugares.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Libros y artículos

Ahmed, S. (2014). *The Cultural Politics of Emotion*. Edinburgh: Edinburgh University Press.

Aguilar, M. A. & Soto, P. (2013). *Cuerpos, espacios y emociones. Aproximaciones desde las ciencias sociales*. Ciudad de México: Miguel Ángel Porrúa – Universidad Autónoma Metropolitana.

Aguirre, C. (1978). “Migración interna en México, 1895-1910”. *Historia y cultura obrera*. Victor Novelo (comp.). México: Ciesas, Instituto Mora.

Anderson, B. (2014). *Encountering affect: capacities, apparatuses, conditions*. London: Ashgate.

——— (2009). “Affective atmospheres”. *Emotion, Space and Society*, 2, 77-81.

Anderson, B. & Harrison, P. (2010). The Promise of Non-Representational Theories. En *Taking-place: non representational theories and geography*. Farnham: Ashgate, 1-36.

Anderson, K. & Smith, S. (2001). “Emotional geographies”. *Transactions of the Institute of the British Geographers*, 26, 7-10.

Anderson, B. (1993). Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo. México: FCE.

Arbaiza, M. (2015). Cuerpo, emoción y política en los orígenes de la clase obrera en España (1884-1890). *Ayer* 98 (2), 45-70.

Arroyo, M. P. & Cárcamo M. L. (2010) “La evolución histórica e importancia económica del sector textil y el vestido en México”. *Economía y Sociedad*, XIV, 25, 51-68.

Blair, E. (1993). Las fuerzas armadas: una mirada civil, Santafé de Bogotá: Cinep.

Bondi, L. (2014). “Understanding feelings: Engaging with unconscious communication and embodied knowledge”. *Emotion, Space and Society*, 10, 44-54.

Bunker, R. (1994). “The transition To Fourth Epoch War”. *Marine Corps Gazette*, 78, 20-32.

Crang, M. & Tolia-Kelly, D. P. (2010) Nation, race, and affect: senses and sensibilities at national heritage sites. *Environment and Planning A*, 42, 2315-2331.

- Choay, F. (2007) *Alegoría del patrimonio*. Barcelona: Gustavo Gilli.
- Davidson, J. & Milligan, C. (2004). “Embodying emotion sensing space: introducing emotional geographies. *Social and Cultural Geography*, 5, 523-532.
- Derrida, J. (1995). *Espectros de Marx. El Estado de la deuda, el Trabajo del duelo y la Nueva Internacional*, Madrid: Editorial Trotta.
- DeLanda, M. (2015) The New Materiality, *Architectural Design*, 5, 16-21.
- Deleuze, G. & Guattari, F. (2004) *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, España: Pre-Textos.
- Domínguez, O. (1986). *Política y movimientos sociales en el tejedismo*. Xalapa: Universidad Veracruzana-Centro de Investigaciones Históricas.
- (s/a) “Un estudiode caso: los comunistas en San Bruno” en Anuario II, en: <https://cdigital.uv.mx/bitstream/handle/123456789/8211/anua-II-pag224-252.pdf?sequence=2>, consultado el 7 de Enero de 2019, 224-252.
- Eng, D. & Han, S. (2003). A Dialogue on Racial Melancholia. En D. Eng y D. Kazanjian (Eds.), *Loss. The Politics of Mourning* (pp. 343-371). California: University of California Press.
- Florescano, E. (1994). *El Patrimonio Cultural de México*. México: FCE.
- Florescano, S. (s/a) “El agua y la industrialización de Xalapa y su región durante el siglo XIX”, en: <https://cdigital.uv.mx/bitstream/handle/123456789/1929/198970P175.pdf?sequence=1>, consultado el 5 de Enero de 2019.
- Freire, P. (2011). *La Educación como práctica de la libertad*, Ciudad de México: Siglo XXI.
- Freud, S. (1917). *Mourning and Melancholia*. The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud, Volume XIV (1914-1916): On the History of the Psycho-Analytic Movement, Papers on Metapsychology and Other Works, 237-258.
- García, N. (1993). “Los usos sociales del patrimonio cultural”, *El Patrimonio Cultural de México*, México: FCE.
- García, B. (1990) *Textiles del Valle de Orizaba (1880-1925)*, México: UV-Centro de Investigaciones Históricas.
- (1993) “La construcción de la fábrica y la invención del pueblo de Santa Rosa” en México Francia. Memoria de una sensibilidad común siglos XIX-XX, en: <https://books.openedition.org/cemca/834?lang=es>, consultado el 5 de Enero de 2019, 61-80.
- Gereffi, G. (2010). “China y México en la Economía Global: Trayectorias de desarrollo divergentes en una era de crisis económica”, Foro Inter-

nacional, L, 3-4, 778-807.

Gordon, A. (2008). *Ghostly Matters. Haunting and the Sociological Imagination*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Guevara, R.; Pérez, J. A.; Díaz, R., et al. (1989). *Datos Históricos de Nuestro Sindicato Emancipador Revolucionario de San Bruno*. Xalapa: Editorial del Gobierno del Estado de Veracruz.

Guzmán, A. & Aboites, J. (1992). “La industria textil mexicana y el Tratado de Libre Comercio”, *Modernización Educativa*, 51.

Hall, S. (1999). Whose heritage?: un-settling ‘The Heritage’, re-imagining the Post-nation. *Third Text* 49, 3-13.

Hetherington, K. (2004). Secondhandedness: consumption, disposal, and absent presence. *Environment and Planning D: Society and Space*, 22, 157-173. Doi: 10.1068/d315t.

Hernández, Y. & Galindo, R. (2006) “La industria textil en el Estado de México, retos y perspectivas”, *Espacios Públicos*, 9, 17, 422-435.

Hidalgo, S. (2017). “The Roots of the 1909 Republican-Socialist Alliance: Changes in the Class Emotional Regime in 1903 in Biscay”. *Revista de Estudios Sociales* 62: 16-28. <https://dx.doi.org/10.7440/res62.2017.03>.

Kilcullen, D. (2010). *Counterinsurgency*. UK: Oxford Editions.

Kraftl, P. & Adey, P. (2008). Architecture/Affect/Inhabitation: Geographies of Being-In Buildings. *Annals of the Association of American Geographers*, 98 (1), 213-231.

Labanyi, J. (2010). Doing things: emotion, affect, and materiality. *Journal of Spanish Cultural Studies*, 11:3-4, 223-233. Doi: 10.1080/14636204.2010.538244.

Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social: una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Ediciones Manantial.

León, N. (1990) “Los antagonismos empresariales de Xalapa en el siglo XIX”, en: <https://core.ac.uk/download/pdf/16296863.pdf> consultado el 5 de Enero de 2019.

Lind, W. (1989). “The Changing Face of War: Into the Fourth Generation”. *Marine Corps*, 10-26.

Lombardo, S. (1997) “El patrimonio arquitectónico y urbano (de 1521 a 1900)”. Enrique Florescano (coord.) *El Patrimonio Nacional de México*. México: Conaculta – FCE.

Lozoya, J. (2019). Dwellers of Silence: Conflict and Affective Borderlands of the Estadio Nacional, Santiago de Chile. En J. Micieli-Voutsinas & A. M. Person (Ed.), *Affective Architectures. More-than-representational Approaches*

to *Heritage*, EEUU: Clark University, Massachusetts: Routledge. (En prensa)
 ——— (2019). Giro Afectivo: una aproximación al dilema espacial de las emociones. *Bitácora*, 39. (En prensa).

——— Diseñar Experiencia. Una interfaz entre Diseño y Estudios Culturales de las Emociones. En M.C. Zetina Rodríguez y L.A. Moreno Toledano (Ed.), *El Diseño en la mirada social: un diálogo con las ciencias sociales*, Ciudad Juárez: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez (en prensa).

Lutz, B. (2007). Biopolíticas de la distinción social y racial en México, del porfiriato a la posrevolución. *Convergencia* 44, 175-183.

Massumi, B. (2002) *Parables for the Virtual: Movement, Affect, Sensation*. Durham, London: Duke University Press.

Micieli-Voutsinas, J. (2017) An absent presence: Affective heritage at the National September 11th Memorial & Museum, *Emotion, Space and Society*, 24, 93-104.

McCormack, D. P. (2003) An event of geographical ethics in spaces of affect. *Transactions-Institute of British Geographers*, 28 (4): 488-507.

Muñoz, J. E. (1999). *Disidentifications: Queers of Color and the Performance of Politics*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Naudé, W. & Szirmai, A. (2012). “The importance of manufacturing in economic development: past, present and future perspectives”. UNU-MERIT Working Papers, 041, UNU-MERIT, Maastricht Economic and Social Research and Training Centre on Innovation and Technology, Maastricht.

Pile, S. (2010). “Emotions and affect in recent human geography”. *Transactions of the Institute of British Geographers*, 35, 5-20.

Pine, B. J. y Gilmore, J. H. (1998) “Welcome to the Experience Economy”, *Harvard Business Review*, (en línea), disponible en: <https://hbr.org/1998/07/welcome-to-the-experience-economy>.

Revueltas, J. (1991). *Los días terrenales*. España: Archivos CSIC.

Rodríguez, M. J. (2010). *La espiral de la militarización política en América Latina. Del proyecto hemisférico a la dominación neoliberal*. Tesis de Doctorado. México, Posgrado en Estudios Latinoamericanos, UNAM.

Rosenwein, B. (2006). *Emotional communities in the early middle ages*, Ithaca & London: Cornell University Press.

Tanoos, J. (2014) “Post-Cold War State Industrialization as a means of economic growth in east Asia versus Eastern Europe”, *European Scientific Journal*, 1, 444-456.

Thrift, N. (2008). *Non-Representational Theory. Space, politics, affect*. London, New York: Routledge.

——— (2004). Intensities of feeling: Towards a spatial politics of affect. *Geografiska Annaler Series B*, 86 (1), 57-78.

Urías, B. (2005). Retórica, ficción y espejismo: Tres imágenes de un México Bolchevique (1920-1940). *Relaciones* 26 (101), 261-300.

——— (2015). Pensamiento racial y racismo en México (1920-1950). *Caderno de Letras* 25, 37-55.

Van Creveld, M. (1991). *The Transformation of War*, New York: Free Press.

Vera, G. & Vera, M. A. (2013) “La trayectoria tecnológica de la industria textil mexicana”, *Frontera Norte*, 25, 50, 155-186.

Villanueva, M. (2015). Modalidades recientes en la expansión urbana en una ciudad media: Xalapa, Veracruz, México: 1980-2010. En Carmen Bellet, Everaldo S. Melazzo, et.al., (Eds.), *Urbanización, producción y consumo*. (pp. 471-492) Brasil: Universidad Estadual Paulista-Edicions de la Universitat de Lleida Presidente Prudente y Lleida.

——— (2011). La expansión urbana de Xalapa en la primera mitad del siglo XX. Apuntes para la historia de su urbanización. *Uliá* 17, 127-158.

Waisman, M. (1994) “El Patrimonio en el tiempo”. *Boletín Informativo*, 10-14.

Waterton, E. (2014). A More Than-Representational Understanding of Heritage? The ‘Past’ and the Politics of Affect. *Geography Compass*, 8, 823-833.

Waterton, E. & Watson, S. (2015). “A war long forgotten”. *Angelaki: Journal of the Theoretical Humanities*, 20:3, 89-103, Doi: 10.1080/0969725X.2015.1065126

Waterton, E. & Dittmer, J. (2014). “The museum as assemblage: bringing forth affect at the Australian War Memorial”. *Museum Management and Curatorship*, 29:2, 122-139.

Yaneva, A. (2012). *Mapping controversies in architecture*. London: Ashgate.

Sitios web

TICCIH. (2011). Principios conjuntos de ICOMOS – TICCIH para la Conservación de sitios, estructuras, áreas y Paisajes de patrimonio industrial, “Los Principios de Dublín”. Consultado el 25 de mayo 2019 en <http://ticcihmexico.org/pdf/Principios-de-Dublin-2011.pdf>

ICOMOS. (2003). Carta de Nizhny Tagil sobre el Patrimonio Industrial. Consultado el 25 de mayo 2019 en <https://www.icomos.org/18th-april/2006/nizhny-tagil-charter-sp.pdf>

Lara, I. (2012). “El barrio de San Bruno en Xalapa”. Consultado el 26 de junio 2019 en <https://elbarriodesanbrunoenxalapa.blogspot.com>
Periódicos

Stein, B. (2006). “In Class Warfare, Guess Which Class Is Winning” en *The New York Times*, 26 de noviembre de 2006, en línea, disponible en: <https://www.nytimes.com/2006/11/26/business/yourmoney/26every.html>.

La Redacción de Proceso (1984). “40,000 desempleados, expresión de la crisis” en Proceso, 28 de abril de 1984, en línea, disponible en: <https://www.proceso.com.mx/138520/40000-desempleados-expresion-de-la-crisis>.

Carmona, F. I. (2017). “Envían policías de la SSP a desalojar a ex obreros de CIVSA en Ciudad Mendoza”, *La Jornada Veracruz*, 29 de diciembre de 2017.

Formato Siete (2018). “Tras 26 años reinician labores en la fábrica textil Santa Rosa, CIVSA”, *Formato Siete*, 4 febrero de 2018.

Manuales

Reglamento de Combate de Contra Guerrillas EJC-3-10 (1987). Aprobado por el general Oscar Botero Restrepo.

Joint Publication 3-53 (2003). Doctrine for Joint Psychological Operations, Joint Chiefs of Staff. Disponible en: https://nsarchive2.gwu.edu/NSAEBB/NSAEBB177/02_psyop-jp-3-53.pdf.

Manual de 1979. Instrucciones Generales para Operaciones de Contra guerrillas, impreso por Ayudantía General del Comando del Ejército, 1979.

U.S Army and Air Force Field Manual 100-20: Military Operations in Low Intensity Conflicts, 1990. Disponible en: http://earthops.org/sovereign/low_intensity/

Documentos en línea

INEGI (1996). La industria textil y del vestido en México, Aguascalientes, México.

Documento Santa Fe I, disponible en: <http://www.offnews.info/downloads/santafe1.PDF>

Documento Santa Fe II, disponible en: <http://www.offnews.info/downloads/santafe1.PDF>

Documento Santa Fe IV, disponible en: <https://www.rebellion.org/hermeroteca/imperio/040528santafe.doc>

Archivos

Archivo General del Estado de Veracruz (AGEV).

Archivo personal de Miguel Ángel Guevara.

Archivo personal de Ignacio Lara.

Archivo personal de Esteban Aparicio.

Archivo personal de Antonio Contreras.

LISTA DE IMÁGENES

Imagen 1. Jardín de Cerveza Artesanal Hércules y Cine Tonalá. Fotografía de Yuzzel Alcántara.

Imagen 2. Escombros de la ex fábrica textil San Bruno. Fuente: Archivo personal Antonio Contreras.

Imagen 3. Elaborada por Yuzzel Alcántara con fotografías propias y recopiladas de periódicos citados en las referencias bibliográficas.

Imagen 4. Controversias políticas detonadas por la venta, destrucción, despojo y desalojos de ex fabricas textiles en México. Elaborada por Yuzzel Alcántara con notas de periódicos.

Imagen 5. Proceso cronológico de incorporación de la ex fábrica de San Bruno a la economía de la experiencia. Elaborada por Yuzzel Alcántara con notas de periódicos citadas en referencias bibliográficas y fotografías propias.

Imagen 6. Obreros de Ex fábrica de Santa Rosa, Ciudad Mendoza, Orizaba. Desalojados de las instalaciones del complejo industrial por más de 100 policías. Periódico La Jornada Veracruz, (29 de diciembre del 2017). Consultado el 24 de diciembre del 2018. Fuente: http://www.jornadaveracruz.com.mx/Post.aspx?id=171229_082132_366.

Imagen 7. Sobreposición de geografías en espacios textiles postindustriales. Elaborada con fotografías de Yuzzel Alcántara.

Imagen 1.1. Capítulo 1. Plano de la ciudad de Xalapa en 1939 y fotografía de la Fábrica de San Bruno. Elaborada por Yuzzel Alcántara con documentos obtenidos en el AGEV y la Mapoteca Orozco y Berra.

Imagen 1.2. Ubicación de la Fábrica de San Bruno en Plano de la Ciudad de Xalapa de 1869. Respecto al área habitada de Xalapa y el Cerro del Macuiltépetl. Elaborada por Yuzzel Alcántara con imágenes del AGEV.

Imagen 1.3. Edificio de la fábrica, un actor dentro del barrio de San Bruno. Elaboración propia con imágenes del AGEV y fotografías de la autora.

Imagen 1.4. Plano de dotación de terrenos al Ejido Molino de San Roque, 498 ha proyectadas en 1922. Fuente: Planoteca AGEV.

Imagen 1.5. Primeras manzanas con vivienda obrera que formaron la colonia Francisco Ferrer Guardia al norponiente de Xalapa (1947). Delimitada al sureste por las vías del Ferrocarril Interoceánico y al poniente por el río Santiago. Fuente: Planoteca AGEV.

Imagen 1.6. Disputa espacial entre asentamiento obrero y asentamiento clase media-alta durante la expansión urbana de Xalapa hacia 1950. Elabo-

ración propia sobre plano obtenido en Mapoteca Manuel Orozco y Berra. Imagen 1.7. Lotificación de la Colonia Obrero Campesina para dar vivienda a mayor número de obreros y campesinos (1960). Fuente: Planoteca AGEV.

Imagen 1.8. Comitiva de obreros con el gobernador Antonio M. Quirasco (izquierda); Urbanización progresiva y proceso de autoproducción de vivienda (derecha). Fuente: Archivo personal Antonio Contreras

Imagen 1.9. Obreros y campesinos recibiendo la escritura de su propiedad. Fuente: Archivo personal Miguel Ángel Guevara.

Imagen 1.10. Ejido Molino de San Roque solicitando que terrenos donados tuvieran fines deportivos. Fuente: Archivo personal Ignacio Lara.

Imagen 1.11. Prácticas espaciales del barrio de San Bruno. Elaboración propia. Fuente: Fotografías del archivo personal de Ignacio Lara, Miguel A. Guevara y Esteban Aparicio.

Imagen 2.1. Centro comercial “Plaza Museo” y Gasolinera PEMEX ubicados en el barrio de San Bruno. Elaborada con fotografías de Yuzzel Alcántara.

Imagen 2.2. Poblamiento de la ciudad de Xalapa en la década de 1950 con la formación de nuevas colonias al norte. Elaboración propia.

Imagen 2.3. Poblamiento de la ciudad de Xalapa en la década de 1980 e inicio de la precarización de la zona norte. Elaboración propia.

Imagen 2.4. Poblamiento de la ciudad de Xalapa en la década de 1990. Precarización del espacio en torno al barrio de San Bruno. Elaboración propia.

Imagen 2.5. Densificación por sectores de bajos recursos. Elaboración propia.

Imagen 2.6. El papel de las autoridades. Elaboración propia.

Imagen 2.7. Poblamiento de la ciudad de Xalapa en la década 2000. Pérdidas espaciales en el barrio de San Bruno. Elaboración propia.

Imagen 2.8. Intervención urbano-arquitectónica “Mirador Los Lagos”, Xalapa, 2007. Elaboración propia. Fuente: Archivo fotográfico del AGEV e imagen a color obtenida de: https://arquitectura.unam.mx/uploads/8/1/1/0/8110907/21_interactivo.pdf

Imagen 3.1. Destrucción. Elaborada por Yuzzel Alcántara con fotografías obtenidas de periódicos en línea citados en referencias bibliográficas.

Imagen 3.2. Defensa. Elaborada por Yuzzel Alcántara con fotografías propias.

Imagen 3.3. Suspensión o presencia ausente. Elaborada por Yuzzel

Alcántara.

Imagen 3.4. Defensa: interrelaciones afectivas. Elaborada por Yuzzel Alcántara.

Imagen 3.5. Segundo uso: actividades recreativas, culturales y deportivas. Fuente: Archivo personal de Antonio Contreras e Ignacio L. Elaborada por Yuzzel Alcántara.

Imagen 3.6. Atmósferas corporeizadas. Elaborada por Yuzzel Alcántara.

Imagen 3.7. Recorridos espaciales corporeizados. Elaborada por Yuzzel Alcántara con fotografías propias.

Imagen 3.8. Cicatrices: inscripciones corporales. Elaborada por Yuzzel Alcántara con fotografías propias.

Imagen 3.9. Espacios densos. Elaborada por Yuzzel Alcántara.

Imagen 3.10. Restos arquitectónicos. Elaborada por Yuzzel Alcántara.

Imagen 4.1. Consideraciones finales. Elaborada por Yuzzel Alcántara.

Imagen 4.2. Patrimonio subyace a lo institucional. Elaborada por Yuzzel Alcántara.

Tabla 1. Fábricas textiles mexicanas que han sido destruidas al 2019. Elaborada por Yuzzel Alcántara.

Tabla 2. Espacios post industriales que han sido intervenidos con nuevos diseños arquitectónicos al 2019. Elaborada por Yuzzel Alcántara con fotografías propias y de sitios web citados en referencias bibliográficas.

Tabla 1.1. Fábricas instaladas en la región veracruzana a mediados del siglo XIX. Fuente: León N. & Benítez, S. (1990) “Los antagonismos empresariales de Xalapa en el siglo XIX” y Florescano, S. (1989) “El agua y la industrialización de Xalapa y la región durante el siglo XIX”, en *La Palabra y el Hombre*, num.70.